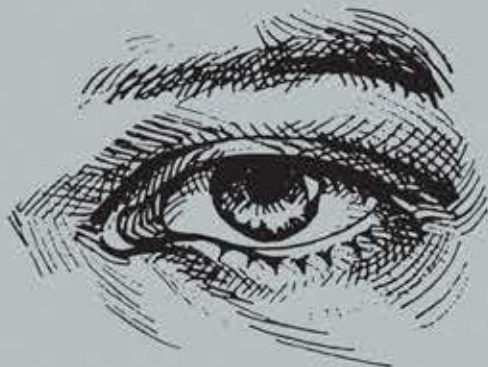




VICENTE BATTISTA

EL SIMULACRO DE LOS ESPEJOS




CELARG
CENTRO DE ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS - DR. CAROL
RÓMULO GALLEGOS


MONTE AVILA
EDITORIAL Y DISTRIBUIDORA

Premio
Internacional
de Novela
Rómulo Gallegos
2025

EL SIMULACRO DE LOS ESPEJOS



EL SIMULACRO DE LOS ESPEJOS

VICENTE BATTISTA

XXI EDICIÓN PREMIO INTERNACIONAL
DE NOVELA RÓMULO GALLEGOS



- 1.^a edición en Editorial Hugo Benjamín, Buenos Aires 2024
- 2.^a edición en Ediciones Garzamora, Caracas 2024
- 3.^a edición en Fundación Celarg y Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas 2025

El simulacro de los espejos

© Vicente Battista, 2025

Corrección: María López Balo

Diagramación: Sonia Velásquez

Diseño de portada: Ámbar Hernández

© Casa Rómulo Gallegos, 2025

Av. Luis Roche, cruce con Tercera Transversal,

Altamira, Caracas 1062/ Venezuela

Teléfonos: (0212) 295-2990/ 285-2644

Fax: (0212) 286-9940

Página web: <http://www.celarg.gob.ve>

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio, municipio Libertador,

Caracas 1010, Venezuela

Teléfonos: (0212) 485.0444/ 482.8989

www.monteavilaeditores.com

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal DC2025001188

ISBN: 978-980-01-2590-8

Veredicto Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos XXI Edición – 2025

La XXI edición del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, convocada el presente año 2025, tuvo una participación de 513 novelas en lengua castellana de escritoras y escritores nativos de 23 países, entre los cuales figuraron 97 de Argentina, 1 de Bélgica, 1 de Bolivia, 1 de Brasil, 15 de Chile, 58 de Colombia, 4 de Costa Rica, 13 de Cuba, 3 de El Salvador, 138 de España, 1 de Guatemala, 1 de Italia, 44 de México, 4 de Nicaragua, 4 de Panamá, 3 de Paraguay, 10 de Perú, 7 de Puerto Rico, 6 de República Dominicana, 1 de Ucrania, 15 de Uruguay y 81 de Venezuela. España representó el 27 % de las postulaciones, Argentina el 19 % y Venezuela el 16%. En la historia del Premio, esta es la edición de mayor participación.

El jurado del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos 2025, integrado por Perla Suez (Argentina), Rafael Cuevas Molina (Guatemala), Fermín Goñi (España), Juan Antonio Calzadilla (Venezuela) y Abel Prieto (Cuba), reconoce la calidad de muchas de las obras recibidas, lo que constituye una muestra de la vitalidad de la literatura en lengua castellana.

Después de intensas deliberaciones, los miembros del jurado acordamos escoger como finalistas:

1. Selva Almada, Argentina, con *No es un río*
2. Sergio Bizzio, Argentina, con *Perdidos*
3. María Elvira González, Venezuela, con *Voces de fondo*
4. Andrea Mejía, Colombia, con *La sed de se va con el río*
5. Olga Merino, España, con *La forastera*
6. Jorge Rodríguez, Venezuela, con *El mar que me regala*s
7. Martín Solares, México, con *Como vi a la mujer desnuda cuando entraba en el bosque*
8. Gabriela Wiener, Perú, con *Huaco retrato*
9. Vicente Battista, Argentina, *El simulacro de los espejos*.

Este 12 de julio, otorgamos por unanimidad el Premio a *El simulacro de los espejos* del escritor argentino Vicente Battista. Se trata de una obra de inspiración kafkiana, que crea una atmósfera opresiva muy particular y refleja algunos de los rasgos principales que definen a la sociedad contemporánea.

La presencia de poderes dictatoriales invisibles, la vigilancia consentida por los vigilados, la lógica del show contaminando permanentemente la política y la vida social, el diluvio de mensajes carentes de sentido, el vacío espiritual, así como la imposibilidad de proteger la intimidad de la mirada morbosa de los otros. Todos estos procesos aparecen en la que es, sin duda, una de las grandes novelas contemporáneas. Battista, al propio tiempo, describe su mundo asfixiante con una gran sobriedad, sin retórica alguna, sin discursos, sin permitirse ningún desliz propagandístico.

Dado en la ciudad de Caracas, Venezuela, el día 12 de julio de 2025.

Perla Suez

Rafael Cuevas Molina

Fermín Goñi

Juan Antonio Calzadilla

Abel Prieto

*El espacio y el tiempo son normas tuyas,
son instrumentos mágicos del alma,
y cuando esta se apague,
se apagarán con ella el espacio, el tiempo y la muerte,
como al cesar la luz
caduca el simulacro de los espejos
que ya la tarde fue apagando.*

Jorge Luis Borges, *La Recoleta*

Para Abelardo Castillo, a su memoria

O tal vez lo decidió él, sin la ayuda de ningún Mediador. En realidad, eso poco importa. Lo único cierto es que Octavio ya estaba en El Lugar, comenzaba a ser un nuevo Escogido. Al entrar solo dijo su nombre, Octavio, y su apellido, Premisse, como quien cumple con el protocolo de cubrir los casilleros de una planilla de admisión. Parecía un sujeto de pocas palabras. Aunque esto no puede tomarse al pie de la letra: todos los que ingresan, no importa el sexo, siempre hablan poco o nada, con el correr del tiempo van ganando confianza y algunos se largan a contar aquello que habían callado al principio.

Artemio, Braulio y Carmelo esperaban a Octavio, ni bien se filtró la noticia de su ingreso, se ocuparon de organizar la Ceremonia de Bienvenida, sabían que se trataba de un Escogido, si se hubiese tratado de una Escogida la Ceremonia hubiera estado a cargo de tres mujeres. En El Lugar hay ciertas normas que son inmodificables. No solo las normas son inmodificables, también lo son las costumbres que, a la larga, terminan por convertirse en normas. La llegada de Octavio no alteró esa costumbre, esa norma, podríamos decir, por eso Artemio, Braulio y Carmelo constituían el trío que lo recibiría. Y ahí estaban, orgullosos, esperándolo.

Braulio, tal vez algo excedido de peso para su metro setenta de altura, dijo con cierto tono de reproche:

—Una vez más le toca a usted ser Oficiante.

Se dirigía a Artemio, alto y robusto, casi un metro noventa y bastante más de cien kilos de peso, que pareció ignorar ese tono, porque solo dijo:

—No soy yo quien lo decide, Braulio.

—No, no, claro que no es usted quien lo decide —admitió Braulio.

—Alguna vez será su turno —intervino Carmelo, casi de la misma estatura y del mismo peso que Braulio.

—O el suyo —dijo Braulio—, también a usted lo pueden seleccionar.

—No estoy tan seguro —dijo Carmelo.

—¿Por qué no acaban con esa discusión? —dijo Artemio—. En cualquier momento llegará.

Más que como un pedido, sonaba como una orden. Se produjo un silencio, que no fue largo, pero fue incómodo, por fin Braulio habló:

—¿Está de acuerdo en que Artemio sea el Oficiante? —le preguntó a Carmelo—. ¡Fueron diez horas de ensayo!

—Estoy de acuerdo, nunca dije lo contrario —aceptó Carmelo y de ese modo finalizó la discusión.

Los tres continuaron hablando como si nada hubiera pasado, incluso se permitieron algunas bromas. Braulio y Carmelo reían, cada cual a su modo: la risa de Carmelo era ostentosa, exagerada, Braulio, en cambio, reía sin entusiasmo, como quien lo hace por compromiso. Artemio no reía, con su particular sonrisa complaciente, participaba de la charla, aunque su verdadera atención continuaba fija en El Portal de Entrada.

—Señores, ha llegado —dijo por fin.

Las risas se apagaron de inmediato. Braulio se ubicó a la izquierda de Artemio y Carmelo a la derecha, ambos oficiando de escoltas, a un metro atrás de Artemio. Así marcharon, manteniendo la debida distancia y midiendo con precisión cada paso. Octavio ignoraba que esa marcha, tan armónica y natural, era producto de muchas horas de ensayo.

—Bienvenido —dijo Artemio y ceremonialmente presentó a sus escoltas—, él es Braulio y él es Carmelo.

Octavio, más bien flaco, con pronunciada calvicie y algo más de un metro setenta y cinco, dijo su nombre y ofreció la mano derecha. Artemio le recordó que no habría contacto físico. Octavio pidió disculpas por haberlo olvidado y de inmediato dijo su nombre.

—Me llamo Octavio —dijo—: vine por decisión propia.

—Sabía decisión —dijo Artemio.

Braulio y Carmelo asintieron moviendo apenas la cabeza.

En La Sala, inmensa, imposible precisar sus dimensiones, había más gente. Junto a una mesa, Octavio vio a dos hombres y a dos mujeres que parecían jugar a las cartas, en otra mesa vio a un hombre también con cartas que, habrá supuesto, estaría haciendo un solitario, algo más lejos reparó en dos mujeres que tejían y, a casi un metro de las tejedoras, a otras cuatro mujeres con la vista fija en unas pantallas que parecían de televisión. En la pared izquierda se apoyaban varios sillones individuales, cuatro de ellos ocupados por hombres, tres parecían dormitar, el otro tenía los ojos abiertos, aunque también parecía dormir.

—Nuestros Escogidos —señaló Artemio.

—Y Escogidas —completó Braulio.

—Los irá conociendo de a poco —prometió Carmelo.

Octavio aprobó con un ligero movimiento de cabeza y señaló hacia las pantallas.

—¿Son de televisión? —preguntó.

—Son de televisión —confirmó Artemio.

—Bonitas, ¿verdad? —dijo Carmelo.

Octavio miró a Artemio, luego a Braulio y por último a Carmelo, había desconcierto en la mirada.

—Los Mediadores dijeron que no habría.

—¿Qué no habría qué? —preguntó Artemio.

—Televisores —dijo Octavio y nuevamente señaló las pantallas—. No entiendo, de verdad, no entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende, Octavio?

—Afuera dejé el celular, la tablet, la computadora. En la primera entrevista, Los Mediadores advirtieron que debía desprenderme de esos artificios, dijeron que en El Lugar esos artefactos no son necesarios, y lo primero que veo... —dijo Octavio, definitivamente desorientado.

La risa de Braulio lo habrá desorientado aún más. Carmelo también comenzó a reír. Artemio movió las manos pidiendo calma, él no reía.

—No tiene nada de que temer —dijo—, aquí no hay teléfonos, no hay tablets, no hay computadoras, todo eso quedó Afuera.

—¿Y los televisores?

—Son pantallas que solo muestran series elegidas por La Administración —lo tranquilizó Artemio—. El Sitio de las Pantallas se llama, le aseguro que esas series no dañan a nadie.

Octavio pareció tranquilizarse, porque sin decir palabra continuó mirando La Sala: en la pared opuesta a El Portal de Entrada, había otras dos puertas, una situada en cada ángulo, tal vez le inquietó que no hubiese ventanas.

—¿Qué cuarto le asignaron? —quiso saber Braulio.

—Supongo que este —dijo Octavio y mostró una llave que tenía en la mano.

—El 705 —dijo Artemio—, es un buen cuarto, se lo aseguro, yo estuve alguna vez ahí. Venga que lo acompañe.

Cruzaron el centro de La Sala, muy pocos Escogidos y Escogidas les prestaron atención. Octavio giró la cabeza en busca de Braulio y de Carmelo. Ambos seguían de pie, como si no hubieran reparado en la partida de Octavio y de Artemio. Conversaban animadamente: Braulio movía los brazos y reía, Carmelo no.

—Por acá —dijo Artemio—, tenemos que atravesar este pasillo.

Se trataba de un largo corredor, silencioso y oscuro, con puertas de uno y otro lado. Cada puerta tenía un número y todas estaban cerradas.

—Llegamos —dijo Artemio—, el 705, magnífico cuarto, ¿le dije que alguna vez lo ocupé?

Entraron.

—Aquí está la llave de la luz, recuerde, junto a la puerta. No se puede equivocar —dijo Artemio y la encendió.

Era una habitación pequeña, con escaso mobiliario: una cama de una plaza, una mesita de luz con un velador, una mesa y una silla. Sobre la cama estaba la valija de Octavio.

—Veo que ya la trajeron —dijo Artemio—. Se están perfeccionando, a veces tardaban más de un día en traerla. Conmigo

no fueron tan exagerados, pero me la entregaron después de casi siete horas.

Octavio sonrió agradecido, pareció sorprenderse de que el cuarto tampoco tuviera ventanas.

—No tiene ventanas —dijo.

—Ningún cuarto tiene ventanas —dijo Artemio—, es norma de El Lugar.

—¿Y la ventilación? Los cuartos deben ventilarse —dijo Octavio, con cierto tono de queja—. ¿Y en verano? ¿Cómo se soporta el verano?

—No se preocupe. Aunque no lo crea, los cuartos siempre están ventilados. Esperan a que estemos en La Sala para ventilarlos, no sé cómo lo hacen, pero le aseguro que cuando usted vuelve a su cuarto percibe la frescura, ya lo va a comprobar y verá que no miento. Tampoco se preocupe por el verano, nos proveen de pequeños artefactos que nos permiten dormir en paz. El Lugar piensa en todo, no se les escapa detalle.

—¿Y el baño? —preguntó Octavio—. No veo ningún cuarto de baño.

—Porque no mira bien —dijo Artemio y señaló a su espalda.

Atrás, casi pegada a la puerta de entrada, apareció otra puerta, muy angosta. Octavio se habrá preguntado si podría pasar por ella. La señaló y dijo:

—Pequeña, más bien chica.

—No se preocupe, entrará cómodo —dijo Artemio—. Adentro cuenta con lo esencial: ducha, inodoro y pileta, no tiene bidet.

A Octavio parecía no importarle la ausencia del bidet. Pero sin duda le importó la cruz cristiana y la estrella de David sujetas en la pared, muy cerca de la pequeña puerta del baño.

—¿Y eso? ¿Qué significa eso? —preguntó.

—¿Eso? Lo que usted ve: símbolos religiosos. Si el que ocupa el cuarto es católico tiene la cruz, si es judío tiene la estrella de David.

—¿Y si es ateo?

—No precisa de símbolos: tiene la pared blanca.

—¿Y si es musulmán o de cualquier otra fe?

—Cualquiera sea la fe del Escogido o de la Escogida, contará con el símbolo que la represente.

—¿Una especie de símbolo ecuménico? —preguntó Octavio.

—Nada de eso. En La Administración cuentan con todos los símbolos. Rige un solo requisito: si el musulmán, el hinduista, el budista o los seguidores de cualquier otra fe cambian de cuarto, tendrán que llevarse el símbolo. Solo la cruz y la estrella de David se mantienen siempre.

—Eso me tranquiliza —dijo Octavio.

—¿Usted profesa alguna fe remota y desconocida? —preguntó Artemio.

—Soy agnóstico —dijo Octavio.

Artemio aprobó con un gesto.

—Lo dejo en paz —dijo—. Estará cansado por el viaje.

—Fue corto —dijo Octavio.

—Pero igual estará cansado. Tiene que acomodar sus cosas —dijo Artemio y señaló la pared opuesta—, ahí está el placard.

—No lo había visto —se asombró Octavio.

—No se preocupe, al principio no se ve.

Artemio se encaminó hacia la puerta. Octavio lo acompañó, cuando llegaron, Artemio dijo:

—Nunca más volveré a entrar, ni yo ni nadie.

—Lo sé —dijo Octavio—, Los Mediadores lo repetían una y otra vez.

—Es una regla ineludible —dijo Artemio y se marchó.

Octavio fue hacia la cama con la intención de desarmar la valija, se detuvo en mitad del cuarto: tres golpes firmes contra la puerta lo detuvieron. Conocía esos golpes, eran frecuentes en las novelas de misterio: toc, toc, toc, aunque estos no los leía, los escuchaba.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

—Soy yo: Artemio. No es necesario que abra, olvidé decirle que cenamos a las ocho. Tal vez está cansado por el viaje y prefiere omitir la cena. En todo caso, nos veríamos en el desayuno, también a las ocho, pero de la mañana.

—Será en el desayuno —dijo Octavio—, quiero arreglar mis cosas.

Estuvo un buen rato frente a la puerta, tal vez para comprobar que Artemio se había ido. Es posible que haya pensado en abrir para verificarlo. Le acababan de advertir que la puerta debía quedar cerrada, en su primer día en El Lugar no era bueno que lo tomaran por un rebelde.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Era tiempo de deshacer la valija y hacia allí fue. Antes de abrirla miró hacia uno y otro lado. ¿Temía que lo estuvieran espiando? ¿Qué importaba? No tenía nada que ocultar. Sonrió, era una frase hecha: siempre tenemos algo que ocultar, es una de las condiciones que nos hace humanos. Tuviera o no algo que ocultar, sin duda, le molestaba que lo estuvieran mirando desde algún sitio que él no lograba descubrir. Una molestia, claro está, que no era privativa de Octavio, a todos nos molesta que nos miren sin que sepamos que nos miran. La valija guardaba lo necesario: camisas, remeras, pulóveres, pantalones, medias, calzoncillos, pijamas, un estuche con los artículos de tocador, la afeitadora eléctrica, un bloc de papel en blanco, un ejemplar de la Biblia de Jerusalén. ¿Por qué la Biblia si se había confesado agnóstico? Es una pregunta lógica. Octavio no mintió: en su lejana juventud había sido declaradamente ateo, al comienzo de su madurez se reveló agnóstico, continuaba descreyendo de la existencia de Dios, pero mantenía la esperanza de estar equivocado. Podríamos decir que la Biblia era su libro de cabecera, lo leía como se leen las grandes ficciones, con alegría, con desdicha, con rabia, con humor, con indignación, consciente de que esos trastornos nacen de una mentira pero que se fundamentan como auténticas verdades. Dejó la Biblia a un costado y se ocupó de lo que en ese momento realmente le interesaba: las fotos. No se trataba de fotos de viajes, tampoco de fotos de amigos y familiares, cumpleaños, fiestas de Navidad y de Fin de Año, eran exclusivamente fotos de mujeres, de sus novias, como él las llamaba, retratos carentes del mínimo rigor artístico, algunos solo mostraban la cara

de la fotografiada, en otros se veía el medio cuerpo, desde la cintura hasta la cabeza, solo dos de esas novias se exhibían de cuerpo entero. Eran mujeres de edad indefinida, algunas destacaban por su belleza, otras no. Octavio cumplía con el rito privado de mirarlas devotamente, cada una tenía su propia historia y constituían la prueba definitiva de los relatos que armaba en torno a ellas. Comprobó que nadie lo veía y con la mano derecha buscó el paquete de papel celofán sujeto con un cordel azul. Lo que naciera como un gesto tierno se transformó en un insulto indignado: no había ningún paquete de papel celofán sujeto con el cordel azul. Tanteó los rincones de la valija, nada, acercó la valija a la luz, nada, ni una sola foto. ¿Las había olvidado Afuera? Imposible, unas horas antes las había envuelto en papel celofán, había encadenado el paquete con el cordel azul, lo había cerrado con un riguroso nudo cirujano y lo había colocado debajo de la Biblia se puede decir que la Biblia ya no protegía a las fotos, alguien las había sacado. Podríamos agregar que se trataba de alguien extremadamente cuidadoso, porque las camisas, los pulóveres, las remeras, las medias y los calzoncillos se encontraban en la valija tal como Octavio los había puesto. Artemio podía decirle qué pudo haber pasado. Octavio habrá decidido dejar la pregunta para el día siguiente, porque se ocupó de guardar la ropa en el placard, puso la Biblia en el primer cajón, junto con las remeras y las camisas, en el segundo acomodó el pijama, las medias y la ropa interior, eligió el tercero para los pulóveres y otra ropa de abrigo. Cerró el placard y se dirigió al cuarto de baño, pasó por la puerta con más comodidad de lo que supuestamente imaginara, puso el estuche sobre una repisa y no se lavó los dientes, en castigo quizá, vaya a saberse de qué. Salió del cuarto de baño y recorrió la habitación con la mirada, se echó en la cama y apagó la luz del velador. Tal vez comenzó a llorar, aunque esto no puede certificarse porque el cuarto había quedado completamente a oscuras.

Un poco antes de las siete de la mañana, Octavio estaba despierto. No bien saltó de la cama se dirigió a la valija, tal vez con la esperanza de que todo hubiera sido un malentendido, una confusión, fruto del cansancio del viaje, aunque recordemos que el propio Octavio reconoció que el viaje había sido corto. Toda esa fantasía se acabó después de mirar y de recorrer con la palma de su mano el fondo de la valija, ahí no había quedado nada: la ropa estaba en el placard, el estuche en el cuarto de baño y las fotos en ningún sitio. La desolación de una valija vacía. Decidió darse una ducha, el agua caía en abundancia y estaba bien templada. Puso desodorante debajo de las axilas, tomó el frasco de colonia, pero de inmediato lo colocó otra vez en su sitio, tal vez no la consideró necesaria para el desayuno. Lavó sus dientes y pasó la afeitadora eléctrica por la cara. Finalizada la ceremonia, se miró en el espejo. La imagen fue más generosa de lo que seguramente esperaba.

Fue hasta el placard, en el primer cajón había guardado las camisas. Lo abrió y eligió una celeste con rayas verticales blancas, con la mano derecha recorrió el cajón, el paquete con las fotos podría haberse mezclado con las camisas; no se había mezclado, ahí solo había camisas. Tal vez se había mezclado con las remeras o con las medias o con la ropa interior. Abrió esos cajones, pero tampoco ahí encontró el paquete con las fotos. Se puso la camisa celeste con rayas verticales blancas y un pantalón negro y, podríamos aventurar, en ese momento descubrió que el cuarto carecía de espejos, ni en las paredes ni en la puerta interior del placard. Únicamente había uno en el botiquín del baño, un espejo pequeño en el que solo era posible mirarse la cara. Se puso medias negras y calzó unos mocasines del mismo color. Estaba listo para salir.

Aunque fuese de día, el largo pasillo mantenía la oscuridad de la tarde anterior. Las puertas estaban rigurosamente cerradas,

también el silencio era riguroso. Octavio miró su reloj de muñeca: faltaban cinco minutos para las ocho. No era necesario que apurara el paso, cuando por fin entró en La Sala le sorprendieron varias cosas. En primer término, la luz del ambiente, todo se veía con formidable claridad, pese a que las lámparas eléctricas estuviesen apagadas. Esto merece una aclaración: podría suponerse que La Sala estaba rodeada de enormes ventanales y que a través de ellos entraba la luz del sol. Nada de eso. La Sala tenía paredes muy muy altas, sin una sola ventana, ni grande ni pequeña. En la parte superior de esas paredes, justamente ahí donde debían juntarse con el techo, unas claraboyas, de no más de quince centímetros de alto, rodeaban la totalidad de La Sala. Por esas claraboyas se filtraban los rayos del sol. Digamos que Octavio habrá sentido el mismo asombro que siente quien entra por primera vez al Panteón, en Roma: la luz que viene del techo basta para iluminar la totalidad del recinto. Por supuesto, La Sala de El Lugar lejos estaba de ser el Panteón de Roma. Las mesas octogonales, cada una de ellas rodeada de ocho sillas, tuvo que haber sido la segunda sorpresa de Octavio: la tarde anterior el sitio estaba ocupado por dos o tres mesas cuadradas (imposible precisar el número exacto), por sillas y sillones. Como por arte de magia, las mesas, las sillas y los sillones habían desaparecido o, si se quiere, habían sido reemplazados por las mesas octogonales. Algunas estaban ocupadas, otras mostraban dos o tres sillas vacías. Octavio descubrió a Artemio en una de las mesas, parecía ensimismado vaya a saberse en qué, porque no prestaba atención a lo que hablaban sus vecinos. Se acercó cauteloso y cuando estuvo a su espalda carraspeó. Artemio giró la cabeza, sorprendido.

—Tengo que hablar con usted —dijo Octavio.

En la cara de Artemio se dibujó un gesto feliz, en sus labios apareció una sonrisa complaciente.

—Hola, buen día, ¿durmió bien? —preguntó.

—Dormí bien —dijo Octavio—, tengo que hablar con usted.

—Está hablando —dijo Artemio.

—A solas —dijo Octavio.

Artemio se excusó ante Braulio y Carmelo, se puso de pie y le indicó a Octavio una mesa vacía. Hacia allí fueron, lo invitó a sentarse y se sentó. De pronto, como de la nada, apareció un hombre que por su aspecto bien podría ser un mozo. Lo era, porque de inmediato preguntó:

—¿Qué les traigo?

—Buen día —dijo Artemio y señaló a Octavio—. Llegó ayer, se llama Octavio y este es su primer desayuno.

—Bienvenido —dijo el mozo y repitió—: ¿Qué les traigo?

—A mí un té, dos tostadas y dulce de naranja —dijo Artemio, después se dirigió a Octavio—: Le recomiendo un café con leche con medialunas de grasa o de manteca. Personalmente, prefiero las de manteca.

Octavio eligió un café con leche, mucho café y poca leche, y una medialuna de manteca.

—Todo en nuestra mesa —le pidió Artemio al mozo y señaló la mesa en la que estaban Braulio y Carmelo.

El mozo asintió moviendo apenas la cabeza y se fue, sin dejar de moverla. Cuando se había alejado lo suficiente, Octavio habló.

—Me quitaron las fotos —dijo.

—¿Qué fotos? —preguntó Artemio.

—Las que traía en un paquete, en el fondo de la valija.

—¿Eran fotos de su familia?

—No, eran fotos de mujeres.

—¿Pornográficas?

—¡Por quién me toma! Eran fotos de mis novias, de algunas de las novias que tuve Afuera.

Artemio no disimuló un suspiro de alivio.

—No se preocupe —dijo—, seguro que se las devolverán.

—¡Pero con qué derecho me las quitaron! ¡La valija estaba cerrada con llave!

Artemio sonrió, complaciente.

—Ellos tienen las llaves de todo —dijo.

—¡Pero con qué derecho! —repitió Octavio.

—Ellos tienen derecho a todo, usted se los otorgó —dijo Artemio—. Volvamos a nuestra mesa.

Ahora, además de Braulio y Carmelo, la ocupaban otros cuatro Escogidos que, por supuesto, Octavio no conocía. Artemio y Octavio se sentaron. Braulio y Carmelo continuaron bebiendo su desayuno en silencio, lo mismo sucedió con los cuatro Escogidos que Octavio no conocía. Al rato llegó el mozo, depositó una taza humeante de té, otra de café con leche, un pote con dulce de naranja y un plato con una medialuna y se marchó sin decir una sola palabra.

—Beba antes de que se enfríe —aconsejó Artemio.

Octavio bebió un pequeño sorbo e hizo un gesto de asco.

—¿Está muy caliente? —preguntó Artemio.

—Esto es pura leche y un poquito de café —protestó Octavio.

—Una Lágrima, así lo llaman —dijo Artemio.

—Pero yo le pedí mucho café y poca leche —dijo Octavio— y esta medialuna es de grasa, no de manteca.

—Sí —aceptó Artemio—, hay que reconocer que a veces se equivocan.

—¡Pero no se equivocaron al abrirme la valija y robarme las fotos!

—No las robaron, las confiscaron. Antes de lo que usted piensa se las devolverán. Tal vez no todas, pero recuperará la mayoría, se lo aseguro.

—¡No pueden hacer eso!

Artemio sonrió.

—Pero lo han hecho —dijo—, va a tener que acostumbrarse a estas cosas.

—¡Y si no me acostumbro y me voy! —dijo Octavio.

Braulio y Carmelo lo miraron, se diría que asombrados. Los otros cuatro Escogidos, que Octavio no conocía, siguieron con su desayuno, como si nada hubiesen oído. Artemio transformó la sonrisa complaciente en una carcajada irónica.

—¡Lo mejor que escuché esta mañana! Usted dice cada cosa, Octavio. Cállese, tendrá sus fotos, tendrá su café con leche con

mucho café y poca leche, tendrá su medialuna de manteca, pero, por favor, cálmese y no repita lo que acaba de decir.

Detrás de la carcajada de Artemio se escondía una gran preocupación. Esto al menos fue lo que habrá percibido Octavio.

—No se alarme —dijo—, no voy a irme, vine para quedarme. Artemio dejó de reír, se puso de pie.

—Vamos —pidió—, venga conmigo, es hora de que le presente a algunos Escogidos.

Octavio se levantó y esperó a que Artemio lo condujera. Fue una vana espera, porque Artemio continuaba a su lado, sin dar un paso. Octavio adelantó el pie izquierdo, señal inequívoca de que se disponía a emprender una caminata, pero antes de que lo apoyara en el piso oyó la voz de Artemio.

—Tranquilo —dijo—, no hay apuro, antes tienen que levantar las mesas del desayuno.

Octavio habrá pensado que deberían aguardar una hora o más. Si pensó eso, se equivocó: de pronto una suerte de batallón de hombres y mujeres con uniformes de color gris indefinido entró en La Sala, se movían a un ritmo vertiginoso, idéntico al de las hormigas en el interior del hormiguero.

—Repiten esta tarea día a día, semana a semana, mes a mes, año a año —dijo Artemio—. Preste atención y verá que no dicen una sola palabra, ni hacen un solo gesto, parecen robots, pero son seres humanos, como usted y como yo.

Antes de que Octavio pudiera contestar, La Sala estaba otra vez con sus mesas cuadradas, sus sillas y sus sillones.

—¡En cinco minutos dejaron todo limpio! —dijo Octavio, sin disimular su asombro.

—A veces tardan menos —dijo Artemio y con un gesto le pidió a Octavio que lo acompañase.

A paso lento llegaron hasta una mesa ocupada por dos mujeres que parecían hablar en voz baja.

—Ustedes perdonen —dijo Artemio—, quiero presentarles al nuevo Escogido: el señor Octavio.

Las dos mujeres dejaron de hablar, si es que realmente estaban hablando, y le dedicaron una sonrisa cordial.

—La señora Adela y la señorita Basilia —dijo Artemio y señaló a ambas.

La señora Adela, de cuerpo robusto o, acaso, con algún kilo de más, destacaba por el prolijo rodete que lucía en su cabeza y por los gruesos anteojos que, curiosamente, resaltaban la vivacidad de su mirada. Es posible que la señorita Basilia tuviese la misma edad que la señora Adela, era menuda y delgada, tal vez demasiado delgada, un severo rodete sostenía su pelo negro, la piel de su cara, blanca, aunque no pálida, contrastaba con sus ojos negros, la nariz y los labios no tenían ningún rasgo distintivo, pero sí los dientes, cada vez que sonreía, y sonreía con frecuencia, mostraba unos dientes perfectos, podían ser de ella o postizos, pero en uno u otro caso eran excesivamente blancos. La señora Adela parecía formal y correcta, la señorita Basilia no hacía nada por disimular su timidez. La señora Adela miró a Octavio por encima de sus anteojos.

—¿Cuándo llegó? —preguntó.

—Ayer por la tarde —dijo Octavio y de inmediato agregó—: Vine por propia decisión.

—Como todos —confirmó la señora Adela.

—Como casi todos —corrigió la señorita Basilia.

—¡Basta de insistir con eso, Basilia querida! —se enojó la señora Adela—. ¿Quién le ha puesto esa idea en la cabeza?

—Se dice por ahí, son rumores.

—No hay que hacerles caso a los rumores, Basilia querida.

—No les hago caso.

—¡Pero los repite como una cotorra, Basilia! —dijo la señora Adela.

A partir de ese momento, las dos mujeres se embarcaron en una discusión en torno a los rumores y por qué no hay que repetirlos.

Octavio y Artemio permanecían como simples oyentes. Octavio movió varias veces su mano derecha de arriba hacia abajo, una inequívoca señal de partida. Artemio negó con la cabeza.

—No es necesario irse —dijo—, ya se les va a pasar. Ellas son así.

Como si hubieran escuchado las palabras de Artemio, ambas mujeres dejaron de discutir, la señora Adela le hizo un ademán amable a Artemio, la señorita Basilia le brindó una blanquísima sonrisa a Octavio y, sin dejar de sonreír, le preguntó:

—¿Cuándo llegó?

La señora Adela, ya sin gesto amable, señaló:

—Ayer por la tarde, Basilia querida, lo acaba de decir.

Octavio, seguramente temeroso de que se produjera una nueva discusión, respondió de inmediato.

—Ayer por la tarde —dijo.

—¡Qué tarde la de ayer! —dijo la señorita Basilia, nostálgica, como quien recupera un bello recuerdo.

—¿Qué tuvo la tarde de ayer, Basilia querida? —preguntó la señora Adela—. ¿Me puede decir qué tuvo la tarde de ayer?

Artemio miró a Octavio.

—Vamos —dijo en voz muy baja—, hoy va a ser imposible, ya veremos otro día.

Octavio asintió en silencio. Artemio dijo que era hora de volver a sus cuartos.

—¿Recuerda su número? —preguntó Artemio.

—El 705 —dijo Octavio.

En el cuarto se percibía un aire fresco, podríamos decir primaveral. Octavio encendió la luz, sobre la cama, justo en el centro, se veía el paquete con las fotos. Corrió hasta ahí. Efectivamente, era el paquete, envuelto en papel celofán y sujeto con ese nudo cirujano, que muy pocos lograban hacer. Seguramente, en La Administración decidieron que era absurdo desatarlo, solo para ver unas fotos. Octavio lo abrió sin ocultar su alegría: nadie había mirado a sus novias. Luego de verificar cada una de las fotos, la alegría se transformó en indignación, faltaban dos. En estos casos, lo natural es el insulto. Octavio no era un hombre de malas palabras, acomodó las fotos, las envolvió con el papel celofán y otra vez se esmeró en el

nudo cirujano. Colocó el paquete sobre la mesa, a la vista de todos. Habrá pensado que era el mejor modo de esconderlas, pero estas no eran cartas, sino fotos, por lo cual abrió la puerta del placard y colocó el paquete en el segundo cajón, mezclado con las medias, los calzoncillos y las camisetas. Cerró el cajón, pero lo abrió de inmediato: no era un sitio digno de sus novias. Las puso en el primer cajón, debajo de la Biblia.

Necesitaba hablar con Artemio, tal vez él podría ofrecerle una causa razonable de por qué eligieron a Esther y a Clementina y no prefirieron, en cambio, a Raquel y a Sonia, o a Luisa y a Vlady, o a Silvia y a Jordana. Abrió la puerta del cuarto, salió, la cerró con cuidado y se dirigió a La Sala. Ahí encontró un paisaje idéntico, o muy parecido, al que había encontrado la tarde anterior: la señora Adela y la señorita Basilia, charlando en voz baja, Braulio y Carmelo envueltos en una discusión que parecía irritada. Artemio no estaba. Tal vez Braulio o Carmelo podían darle una respuesta.

—Bienvenido —dijo Braulio.

—Bienvenido —repitió Carmelo y agregó—: lo hacíamos en su cuarto.

—Busco a Artemio —dijo Octavio.

—¡Oh, Artemio! —dijeron a coro Braulio y Carmelo.

—¿Dónde lo puedo encontrar? —dijo Octavio.

Braulio miró fijo a Carmelo y le preguntó:

—¿Dónde puede estar Artemio?

En la mano de Carmelo apareció un reloj de chaleco, lo abrió y dijo:

—¿A esta hora?, en La Administración.

Braulio miró a Octavio y confirmó:

—Está en La Administración.

—¡Pero ahí no se puede ir! —dijo Octavio—. ¡Bajo ningún concepto, bajo ninguna excusa!

—Solo unos pocos pueden —dijo Braulio.

—Artemio es uno de esos pocos —agregó Carmelo—. Ganó ese derecho.

—Por sus muchos años de permanencia —completó Braulio.

Octavio no alcanzó a preguntar cuántos años de permanencia había que reunir para obtener el permiso, en ese momento vio a Artemio, rígido, de pie, en la puerta de La Administración. Fue hacia él.

—Faltan dos fotos —dijo cuando estuvo a su lado.

—¿Dos fotos? ¿Y qué le preocupa?

—¿Cómo qué me preocupa? ¡Faltan dos fotos!

—Eso me lo acaba de decir.

—¿Por qué se quedaron con esas fotos? —preguntó Octavio en un tono que iba de la sumisión a la furia.

—¿Y por qué me lo pregunta a mí? —quiso saber Artemio.

—Porque usted viene de La Administración, me dijeron que estuvo ahí.

—Octavio, Octavio —dijo Artemio con tono de padre comprensivo—, no crea todo lo que le dicen. Y si estuve en La Administración no fue precisamente para hablar de sus fotos.

¿Por qué negarlo? Octavio se ofendió, pero supo ocultar ese disgusto: Artemio era el único que podía darle la información que necesitaba y no iba a perderla por culpa de un malestar pasajero, perfectamente dominable. Pero el sosiego fue breve: advirtió que Braulio y Carmelo lo estaban mirando, continuaban estáticos en el sitio en el que los había encontrado, simulaban conversar, pero lo estaban mirando. ¿Por qué lo miraban? Sin duda, querían saber lo que Octavio le decía a Artemio. Había una considerable distancia, digamos cuatro o cinco metros, entre el dúo Artemio/Octavio y el dúo Braulio/Carmelo, por lo cual resultaba imposible oír lo que Octavio le decía a Artemio, pero a falta de oídos, los ojos son buenos: podían leerle los labios. Octavio les ofreció una sonrisa burlona, tapó sus labios con la mano izquierda, y le habló a Artemio.

—Usted puede decirme qué pasó con esas fotos —dijo, había quedado de espaldas a Braulio y a Carmelo, no tenían modo de leerle los labios.

—Puedo, Octavio, o usted cree que puedo. Pero créame que no es tan grave que se hayan quedado con dos fotos, fueron dos, ¿verdad?, frente a tantas cosas realmente graves que pasan en el mundo.

—Sí, pero me gustaría saber por qué se quedaron con Esther y con Clementina, qué los llevó a elegir a ellas y no a Raquel y a Sonia, por ejemplo.

—Cosas de La Administración —dijo Artemio—. Eso solo lo saben ellos. ¿Por qué se tapa la boca para hablarme?

—Tengo un ligero catarro —dijo Octavio—. ¿Podré recuperarlas? ¿Me las devolverán?

—Por supuesto, La Administración devuelve todo, jamás se quedan con algo que no les pertenece —dijo Artemio—, vamos yendo que en menos de dos horas servirán el almuerzo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Octavio.

—Cada uno a su cuarto —dijo Artemio y nuevamente ofició de guía.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

En la entrada al pasillo que conducía a las habitaciones se habían reunido varios Escogidos, algunos hablaban en voz baja, otros preferían el silencio, tanto los que hablaban en voz baja como los que estaban en silencio simulaban no ver a Octavio. Sí lo vieron Braulio y Carmelo, que acababan de unirse al grupo.

—¿Pudo solucionar el tema de las fotos, de las dos que faltan, digo? —preguntó Braulio.

El gesto de Octavio denotaba sorpresa, aunque más que sorpresa parecía rabia. Solo Artemio sabía de las fotos, sabía que La Administración le había quitado el paquete, sabía que se lo acababan de devolver y sabía que se habían quedado con dos. Octavio se lo había dicho a Artemio unos minutos antes. ¿Cómo podía saberlo Braulio?, y si lo sabía Braulio también lo sabría Carmelo.

—¿Cómo saben que son dos? —les preguntó.

—No lo sabemos —dijo Braulio—, lo suponemos.

—¿Lo suponen? ¿Por qué lo suponen? —preguntó Octavio levantando la voz.

Tres Escogidos que estaban a unos pasos de él lo miraron asombrados.

—Cálmese, cálmese, Octavio, por favor, cálmese —pidió Braulio—, es que con las fotos siempre pasa así: las devuelven, pero por lo general se quedan con dos. A veces con tres, jamás con una. Pero no tema, siempre las devuelven, sean dos o sean tres.

Octavio inclinó la cabeza, se supone que tendrían que arderles las mejillas, sin embargo, en su cara no se notaba el menor rubor, por el contrario, hasta podría decirse que había empalidecido, aunque esto no lo advirtieron los Escogidos que lo rodeaban.

—Perdón —dijo—, tendré que acostumbrarme. Hace solo dos días que estoy en El Lugar.

—Solo uno —dijo Braulio—, el de ayer no cuenta.

—Solo uno —aceptó Octavio—. ¿Están seguros de que me devolverán las dos fotos?

—Seguro, acerca de eso no tenga dudas —dijo Carmelo.

Octavio iba a agregar algo, pero Artemio, que hasta ese momento parecía ajeno a todo, ordenó:

—Es hora de entrar.

Octavio caminó rumbo a su cuarto. Habrá sentido que Artemio lo seguía a corta distancia, porque se detuvo y giró la cabeza. Artemio también se detuvo.

—¿Podríamos pasar el tiempo de espera en su cuarto o en el mío? —pidió Octavio—. Tengo que preguntarle cosas que aún no sé.

Artemio negó con suaves movimientos de cabeza.

—Usted sabe que eso es imposible, Octavio —dijo—, o debería saberlo: los cuartos son personales y no se admiten visitas.

—No entiendo por qué —quiso saber Octavio.

—Hay muchas cosas que todavía no entiende, Octavio —dijo Artemio.

Octavio entró a su cuarto, lo que hizo a partir de ese momento no tiene la menor importancia, no merece contarse.

Las mesas para el desayuno y la merienda, para el almuerzo y la cena estaban previamente establecidas. Tanto el Escogido como la Escogida, debían ocupar la mesa que le asignaran el mismo día de su ingreso, era su sitio definitivo y tenían prohibido quebrar ese orden. Las mesas de los Escogidos se encontraban a considerable distancia de las mesas de las Escogidas. Lo mismo sucedía con los cuartos, el pasillo de entrada del cuarto de los Escogidos se hallaba en la pared opuesta al pasillo de entrada del cuarto de las Escogidas; es decir: los separaba la totalidad de La Sala. Esta distribución no era fruto de un mero orden geográfico, había nacido por razones más profundas, que no vale la pena explicar en este momento.

Tal vez decir “tenían prohibido” pueda confundir. En La Sala no había prohibiciones, los Escogidos y las Escogidas eran libres de elegir lo que deseaban hacer, aunque, no se puede negar, sus elecciones invariablemente coincidían con las reglas impresas en las primeras páginas de los Manuales de Introducción y reiteradas hasta la última página del volumen final. Esas normativas, por lo tanto, se aceptaban con la misma naturalidad con que se acepta respirar, nadie se pregunta por qué respira, simplemente inhala y exhala.

Artemio le había dicho que el almuerzo se servía a las doce, por lo que a las doce menos cinco Octavio estaba listo para ir a La Sala. Abrió la puerta y pudo ver que otros Escogidos se dirigían hacia el mismo destino, algunos caminaban en solitario, otros lo hacían en pareja y otros en trío, todos hablaban, aunque, en rigor de verdad, no se oía ninguna voz. El silencio de los Escogidos y la luz escasa del pasillo le daba una extraña paz al ambiente. Habría que aceptar que La Administración cuidaba hasta el último detalle. Al salir del pasillo, Octavio vio que en La Sala habían distribuido las mesas

octogonales en el mismo sitio en que estaban para el desayuno. No le costó mucho encontrar la que ocupaba Artemio, pudo ver que quedaban dos o tres sillas vacías, hacia allí se dirigió.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó a Artemio.

—No solo puede, debe —dijo Artemio y le indicó una silla desocupada a su izquierda—, desde ahora este será su sitio.

Octavio se sentó y recién entonces vio a Braulio y a Carmelo, ambos estaban a la derecha de Artemio. Lo saludaron con una sonrisa. A los cuatro comensales restantes no los conocía, aún no se los habían presentado. Tal vez debía pronunciar un saludo general, aunque no era necesario: esos cuatro comensales no repararon en Octavio. Tres jarras con un líquido que parecía vino, tres botellas de agua, seis paneras, tres con pan blanco y las otras tres con pan negro, ocho platos, con una servilleta de papel en cada uno de ellos, y ocho juegos de cuchara, cuchillo y tenedor era todo lo que había sobre la mesa. Octavio señaló una de las jarras.

—¿Vino tinto? —preguntó.

—Tinto, también tiene blanco —dijo Artemio y acercó la jarra hacia Octavio—. ¿Prefiere blanco? No me diga rosado, porque rosado no hay. Alguna vez hubo, pero hace mucho que no hay.

—Soy del tinto —dijo Octavio—, no me interesa el blanco, ni siquiera cuando como pescado, y del rosado ni hablar.

—Coincidimos —dijo Artemio—, me alegro que coincidamos en tantas cosas.

—Yo prefiero el blanco —dijo Braulio y dirigiéndose a Carmelo, completó—: Creo que a usted le pasa lo mismo.

—¡Tinto! ¡Solo tinto! —dijo Carmelo, en tono agresivo.

Artemio se acercó a Octavio y en voz muy baja, dijo:

—No les haga caso, quieren buscar pelea. No entre en el juego.

Octavio asintió en silencio y dirigiéndose a Braulio y a Carmelo, dijo:

—Son gustos, respeto sus gustos.

Braulio estuvo a punto de decir algo, pero Carmelo lo detuvo.

—Son gustos —dijo, conciliatorio.

Octavio agradeció el gesto y le preguntó a Artemio:

—No veo el menú, ¿se trata de una comida común para todos?

Artemio amplió su sonrisa complaciente.

—Nada de eso —dijo—, no sea ansioso, sepa esperar y seguramente quedará satisfecho.

De pronto, como si Artemio lo hubiese convocado, se oyó el chirriar de las ruedas de un carrito. El mozo que lo arrastraba se detuvo junto a la mesa y sin decir palabra colocó una presa de pollo con puré en el plato de Artemio. A Octavio no le gustaba el pollo, en cualquiera de sus formas. El desencanto duró poco: el mozo acababa de poner en su plato una generosa porción de papas fritas coronadas con dos formidables huevos fritos.

—Su plato preferido, ¿verdad? —preguntó Artemio.

Efectivamente, era su plato preferido, pero ¿cómo pudieron saberlo? Tal vez en algún momento de alguna de las muchas entrevistas de Admisión se lo preguntaron: ¿Cuál es su plato preferido?, le habrán preguntado, y Octavio, sin dudarlo, habrá dicho: huevos fritos con papas fritas.

—Sí —dijo—, es mi plato preferido.

—Una rica combinación, pero no debe exagerar: huevos, papas, fritura, no es lo que se dice muy sano. Por suerte, La Administración toma sus medidas.

—No entiendo.

—¿Qué no entiende, Octavio?

—No entiendo cómo supieron que este es mi plato preferido y cuáles son esas medidas de La Administración.

—Usted hace muchas preguntas, Octavio —dijo Artemio sin abandonar su sonrisa complaciente—, mejor coma que se le va a enfriar.

Octavio aprobó en silencio, llevó su mano derecha hasta una de las paneras de pan blanco, cortó un buen trozo y mojó la miga en uno de los huevos. Llevó el pan a la boca, dispuesto a saborearlo. Sin duda, le bastaron un par de mordiscos para comprobar que lo que había masticado poco tenía que ver con ese sabor de los huevos

fritos que él tanto disfrutaba. Tragó el trozo de pan con gusto a poco, clavó el tenedor en una de las papas y llevó el tenedor a su boca, con la papa pasó lo mismo, ciertamente, no se distinguía el aroma de la fritura. Tal vez poca sal, buscó en vano un salero.

—¿Dónde está el salero? —preguntó.

Artemio estaba cortando la pechuga del pollo en trozos finos, pero igual contestó.

—No hay saleros —dijo—, aquí no hacen falta.

—¡Pero esto no tiene gusto a nada! —se quejó Octavio.

—Tiene gusto, hay que saber encontrarlo —dijo Artemio, llevó un trozo de pechuga a su boca y comenzó a saborearla con evidente placer—. Hay que saber encontrarlo —insistió.

Octavio se resignó, fue comiendo las papas mojadas en la yema del huevo, aunque, claramente, por más esfuerzo que hizo, por más voluntad que puso, las papas, los huevos y el pan mantuvieron su gusto a nada; para colmo, se habían enfriado. Desistió de limpiar con la miga el fondo del plato, ¿para qué?

—Sabrosas, ¿no? —preguntó Artemio y no parecía una burla.

—¿La comida siempre es así? —quiso saber Octavio.

—Así, ¿cómo?

—Así, sin sabor.

—¡Ay, Octavio! —dijo Artemio sin perder su sonrisa complaciente—. Parece que no quiere entender, la comida tiene sabor, usted tendrá que encontrarlo, de eso se trata: encontrar el sabor.

—¿Cuánto se tarda en encontrarlo? —preguntó resignado.

—Eso depende de usted —dijo Artemio y dejó espacio para que el mozo retirara los platos—, ya llega el postre.

—¿También es el que a mí me gusta? —preguntó Octavio.

—No creo, los postres siempre quedan a criterio de La Administración.

Hasta ese momento, Braulio y Carmelo habían comido en silencio, ajenos a lo que hablaban Octavio y Artemio. En realidad, no tan ajenos, porque Braulio dijo:

—Pero siempre son exquisitos.

—No siempre —intervino Carmelo.

Artemio con la palma abierta golpeó suavemente la mesa.

—Por favor, señores, terminarán por confundir a Octavio.

—No es nuestro propósito —dijo Braulio—, pero siempre son exquisitos.

Carmelo iba a agregar algo, pero justo en ese momento llegó el mozo y colocó un plato frente a cada uno de los comensales.

—¡Qué bien! —dijo Braulio—. *Pain au chocolat*.

—Parece una *sfogliatella* —dijo Octavio, era uno de los postres preferidos de su infancia, nunca más lo había vuelto a comer, pero seguramente aún recordaba el sabor de la masa hojaldrada, bañada en azúcar impalpable, y rellena de crema pastelera.

—La *sfogliatella* es natural de Nápoles —dijo Artemio—, fue creada cerca del 1600 en el monasterio de Santa Rosa, en la costa Amalfitana. El *pain au chocolat* es mucho más reciente, se lo conoció en Francia poco después de la Segunda Guerra Mundial. Esto, sin ánimo de discutir querido Braulio, es una *sfogliatella*.

Tampoco Octavio estaba para discusiones, tomó la *sfogliatella* con la mano derecha, la llevó a su boca y dio un mordisco intenso. Tal como sucedía en su infancia, el azúcar impalpable cayó sobre su camisa. Esta vez no escuchó el reto de su madre, pero seguramente recuperó aquel sabor de su infancia. Tal vez sintió ganas de llorar, pero se contuvo.

—Exquisita —dijo.

—Permítame que lo felicite, Octavio —dijo Artemio—, usted comienza a encontrar el sabor.

—¡Y en tan poco tiempo! —se asombraron a dúo Braulio y Carmelo.

Octavio no pudo disimular un gesto de orgullo.

—Ahora el café —dijo, como si fuese un Escogido con muchos años de permanencia en El Lugar.

—Hoy no, hoy no se sirve café —lo desencantó Artemio y de inmediato agregó—: pero no se preocupe, mañana sí.

Braulio y Carmelo se pusieron de pie. Los otros cuatro comensales, que a lo largo del almuerzo habían estado hablando en

una lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, también se levantaron, uno de ellos deseó buen provecho para los que se quedaban en la mesa. En realidad, para Artemio y para Octavio, los únicos que continuaban sentados. Octavio agradeció la gentileza, Artemio no.

—Buen provecho se desea antes de comenzar la comida, no cuando se acaba —le dijo a Octavio en voz muy baja.

—Un gesto de buena educación vale para antes o para después de comer —dijo Octavio—. ¿Quiénes son?

—Los cuatrillizos Malerba —dijo Artemio.

Octavio lo miró sorprendido, los cuatro hombres, con evidente diferencia de edad, de peso y de altura, no tenían ningún parecido entre sí.

—¿Cuatrillizos? —preguntó.

—Sí —confirmó Artemio—, ¿sabe algo de los cuatrillizos?

—Son como los mellizos —dijo Octavio.

—Sí y no —dijo Artemio—, más no que sí. Le pregunté si sabe algo de los Malerba.

—Nada —dijo Octavio—, es la primera vez que los veo. ¿Por qué hablan en esa lengua?

—Ciertas cosas no deben preguntarse —dijo Artemio, en este caso sin su sonrisa complaciente—. Sígame, le voy a presentar a Danilo Requejo.

Octavio no tuvo tiempo de responder, Artemio lo llevó hacia uno de los sillones de La Sala. Danilo Requejo, en adelante denominado Requejo, parecía dormir, aunque tenía los ojos abiertos.

—Requejo —dijo Artemio cuando estuvo junto al sillón.

—Artemio, qué agradable sorpresa —dijo Requejo y se puso de pie.

Octavio pudo ver que se trataba de un hombre de casi su edad, o al menos así parecía, totalmente calvo, con una barba candado, con pequeñas bolsas debajo de sus ojos, que después supo que eran celestes, y una pronunciada barriga que indicaba cierto excedente de peso.

—Quiero presentarle a Octavio, un nuevo Escogido.

—Un placer —dijo Requejo—. Me pareció ver alguna cara nueva. ¿Cómo lo tratan?

—Bien, no tengo quejas, hace solo dos días que llegué.

—Y así pasen dos mil días, no las tendrá —dijo Requejo.

—Un gusto —dijo Octavio—, nos volveremos a ver.

—Seguro, así pasen dos mil días —dijo Requejo y volvió a clavar la mirada en algún sitio de La Sala.

Artemio habló de la siesta, dijo que la gente del campo duerme la siesta, y la gente del campo es muy sabia. Octavio no era del campo y menos aún era de dormir siestas. Las veces que, por una u otra causa, tuvo que dormir las, invariablemente se despertaba de mal humor. Le costaba irse del mundo de día, en horas de la tarde, para dormir estaba la noche, no era casual que todas las mañanas invariablemente se despertara contento, sin que importara lo que hubiera soñado, por otra parte, en la mayoría de los casos olvidaba lo que había soñado.

—¿No tiene más gente que presentarme? —preguntó.

—Por supuesto, aún queda mucha gente para presentarle —dijo Artemio.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Habían llegado a la entrada del largo pasillo. Octavio, resignado, caminó lentamente hasta la habitación 705. Desde muy lejos oyó la voz de Artemio.

—Tiene todo el tiempo del mundo —escuchó.

Llegó hasta su cuarto, entró y cerró la puerta, como quien cierra un capítulo.

Abrió los ojos y solo encontró oscuridad. No podía ser de otro modo, el cuarto 705 carecía de ventanas, ahí jamás había entrado el sol, ni siquiera un minúsculo rayo. Habrá sentido algo difícil de describir, angustia, tal vez, o quizá tristeza. No había por qué exagerar, los primates dormían en cuevas y las cuevas, como bien se sabe, no tienen ventanas, solo cuentan con un hueco que oficia de entrada. Los hombres de las cavernas, así se los bautizó, junto con las mujeres (ignoradas en ese bautizo), buscarían, aún somnolientos, ese poquito de sol que los esperaba ahí mismo, en la entrada de la caverna. Octavio, según se mire, se encontraba en peores condiciones: por las mañanas no podía ir en busca de ningún rayo de sol, porque la puerta de su cuarto invariablemente se encontraba cerrada. Sin embargo, la angustia o tal vez la tristeza que probablemente sintió al despertar, no fue por la ausencia del sol sino porque había dormido la siesta, una costumbre de gente del campo que él no compartía. Buscó a tientas la llave de luz del velador, la apretó y de inmediato miró su reloj, suspiró: solo había dormido una hora.

La merienda se servía a las cinco, ¿sería idéntica al desayuno? ¿Pediría té o tal vez mate cocido, manteca y dulce de naranja para untar en unas tostadas crujientes y en su punto justo? Fue hasta el cuarto de baño, se miró en el espejo, aprobó a medias la imagen que reflejaba, mojó su cara con bastante agua fría y volvió a mirarse, seguramente ahora se veía mejor, abrió los labios para examinar su dentadura, deslizó una línea de dentífrico sobre las cerdas del cepillo, lo apoyó en los dientes y lo deslizó con fuerza, arriba y abajo, de izquierda a derecha, enjuagó su boca, otra vez se miró en el espejo y aprobó satisfecho. No salió del cuarto de baño. ¿Por qué se quedó en ese sitio tan reducido? Todo indica que volvió a pensar en una cámara oculta que filmaba todos sus movimientos.

Aún faltaba media hora para encontrarse con el té o el mate cocido y las tostadas untadas con manteca y dulce de naranja, le sobraba tiempo para descubrir a la cámara espía, con la paciencia de un monje tibetano revisó la juntura de los azulejos, deslizó suavemente la palma de su mano por la puerta de madera y por cada sitio del botiquín. No encontró nada. Volvió a la habitación con el desencanto de un cazador frustrado. Miró la hora, ya era tiempo de ir por la merienda.

Las mesas habían sido distribuidas exactamente igual que para el desayuno. Solo estaba Artemio, se lo veía ensimismado, vaya a saberse en qué. Lo cierto es que no vio que Octavio se acercaba, recién reparó en él cuando estuvo a su lado. Octavio le preguntó por Braulio y por Carmelo, ¿por qué no habían venido?

—No tema, ya vendrán, siempre vienen —dijo Artemio y con un gesto lo invitó a sentarse.

Octavio aún no se había acomodado en la silla cuando de pronto, como surgidos de la nada, aparecieron Braulio y Carmelo.

—¿Qué tal la siesta? —preguntó Braulio.

—Dormité un poco —dijo Octavio.

—Importa, aunque sea un poco —dijo Carmelo—, Napoleón antes de cada batalla dormía quince minutos.

Octavio aprobó, aunque seguramente en ese momento poco le importaba Napoleón. Había llegado el mozo y estaba preguntando qué iban a tomar.

—Café con leche, solo café con leche —dijo Artemio y acarició su barriga—, estoy engordando.

—También yo —dijo Braulio—, pero que el café con leche venga con dos *croissants*.

—Con dos medialunas, querrá decir —corrigió Carmelo.

—No es lo mismo el *croissant* que la medialuna —dijo Braulio.

El mozo frustró la posible discusión acerca de la diferencia entre los *croissants* y las medialunas.

—*Croissants* no hay —dijo—, hace más de un año que las quitaron del menú.

—¡Cómo pasa el tiempo! —se lamentó Braulio—. Entonces que sean dos medialunas.

—Para mí lo mismo —dijo Carmelo.

El mozo asintió con una ligera inclinación de cabeza y dio media vuelta dispuesto a cumplir con el pedido.

—¡Falto yo! —casi imploró Octavio.

—Ah, sí, usted —dijo el mozo.

Si hubo cierto desprecio en el tono del mozo, claramente Octavio lo ignoró o, tal vez, no lo advirtió. Con aplomo, dijo:

—Quiero un mate cocido, con tostadas, manteca y dulce de naranja.

El mozo esbozó un gesto indescriptible y se marchó, sin dejar en claro si había aceptado o no ese pedido. Para Octavio los diez minutos siguientes, exactamente los que demoró el mozo en regresar, habrán sido de absoluta tensión. En ese tiempo, Braulio, Carmelo y Artemio discutieron sobre cierta promesa incumplida, podemos asegurar que a Octavio no le preocupó ni esa promesa ni ese incumplimiento, solo le importó la llegada del mozo. Por fin, lo vio venir. Sobre la bandeja traía la taza de café con leche para Artemio, las tazas de café con leche y las medialunas para Braulio y Carmelo y una taza humeante, que seguro era de mate cocido, un plato con tostadas recién hechas, un pote de manteca y otro de dulce que, sin duda, era de naranja. Octavio disimuló una sonrisa, se habrá sentido Napoleón.

Artemio bebió su café con leche en silencio. Octavio, Braulio y Carmelo hicieron algo parecido, aunque para ser exactos, Braulio y Carmelo hablaron por un instante, no en tono de discusión sino para cambiar ideas. Octavio se ocupó de distribuir la manteca y el dulce, en ese orden, sobre las tostadas. Nadie se inquietó por la ausencia de los cuatrillizos Malerba. Era una merienda rápida y protocolar, hasta que un ruido inesperado hizo que Octavio levantara la vista del plato, entonces pudo ver que muchos Escogidos abandonaban las mesas. Las Escogidas, en cambio, continuaban sentadas, como si aún faltara que les sirvieran otra taza de té o,

pongamos por caso, otro plato con sacramentos y tortas negras. Una típica actitud femenina que, como tal, Octavio respetó, ni siquiera la comentó con Artemio y menos aún con Braulio y Carmelo. Finalmente, cuando las dos últimas mujeres se pusieron de pie, apareció el batallón de limpieza, un rato después todo quedó tal como estaba antes de que sirvieran la merienda.

—Es tiempo de que le presente a otros Escogidos y a otras Escogidas —dijo Artemio.

Octavio caminó junto a Artemio, Braulio y Carmelo iban atrás, a modo de escolta. Habían avanzado unos pocos metros, cuando Carmelo, con un tono que no ocultaba el asombro, dijo:

—¡Apareció Célica!

A un costado de La Sala, muy cerca de El Sitio de las Pantallas, una mujer de aspecto irreverente venía hacia ellos. Los cuatro hombres se detuvieron. No es fácil describir lo que habrá sentido Octavio en ese momento: ¿Sorpresa? ¿Desconcierto? ¿Miedo? ¿Alegría? Tal vez una mezcla de todo. Conocía esos labios, sabía de esas cejas y de esas largas pestañas. Solo había una diferencia en el color del pelo; antes era pelirrojo, ahora estaba teñido de negro. Octavio no esperó a que se la presentaran.

—Clementina —dijo.

—Célica —corrigió Carmelo—, se llama Célica.

—Célica —aceptó Octavio.

Artemio, Octavio, Braulio y Carmelo formaron un semicírculo frente a Célica. La sonrisa complaciente había desaparecido de los labios de Artemio. Octavio no lograba disimular su asombro. Braulio y Carmelo parecían felices de encontrarse con esa Escogida.

—¡Tanto tiempo sin verlos! —dijo Célica.

—Sí, mucho tiempo —dijo Artemio.

—Mucho —confirmó Braulio.

—Mucho —repitió Carmelo.

En todos los casos fueron respuestas secas, casi de compromiso. A Célica no pareció importarle.

—Nos vemos —dijo y prosiguió su camino.

Octavio la vio marcharse. ¿Cómo no había reparado en él? En realidad, había reparado, solo que le brindó la misma importancia que le brindara a Artemio, a Braulio y a Carmelo. Lo trató como a uno más.

—¿En qué piensa, Octavio? —preguntó Artemio.

—En nada, en nada —dijo Octavio—, acabo de resolver un enigma.

Esa mujer llamada Célica era un sosias de Clementina. Octavio había resuelto el enigma, aunque quedaban otras preguntas sin respuestas: Célica se pintaba los labios y los ojos de la misma manera que se los pintaba Clementina.

—¿Hace mucho que está en El Lugar? —quiso saber Octavio.

—¿Quién? —preguntó Artemio.

—Esa mujer, Célica —dijo Octavio.

Braulio y Carmelo rieron, como si la pregunta hubiese sido el mejor chiste de esa mañana.

—¿Mucho? —dijo Braulio—. No se puede dar una cifra exacta. Hay quienes dicen que siempre estuvo aquí.

—Eso es imposible —dijo Octavio.

Carmelo iba a intervenir, pero Artemio lo detuvo.

—Vaya entendiendo, Octavio —dijo—: aquí no hay imposibles, ¿le queda claro? No hay imposibles.

—Sí, pero...

—Pero nada —lo cortó Artemio—, esa mujer no merece que le demos tanta importancia.

Braulio y Carmelo asintieron con un sumiso movimiento de cabeza, casi de inmediato Octavio los imitó. Artemio miró a uno por uno, como estudiándolos.

—Vamos, Octavio —dijo, había recuperado la sonrisa complaciente—, sígame, le voy a presentar a otros Escogidos que vale la pena que conozca.

Braulio y Carmelo, dóciles y respetuosos, siguieron a Artemio y a Octavio. Si en una suerte de panorámica los observáramos desde arriba, desde el techo digamos, veríamos que a paso lento los

cuatro atravesaban La Sala. La escena mostraría a un impreciso número de hombres y mujeres, indiferentes a la caminata de Artemio, Braulio, Carmelo y Octavio. Si ahora la cámara se acercara a ellos, comprobaríamos que los cuatro caminaban en silencio, sin ningún gesto a destacar, pero si hiciera un primer plano exclusivamente a la cara de Octavio, descubriríamos que había girado levemente su cabeza, como buscando a alguien. ¿A quién estaba buscando? La respuesta queda en manos de cada espectador, aunque no es necesario ser muy sagaz para concluir que estaba buscando a Céli-ca. La Administración le había confiscado dos fotos, una era la de Esther, la otra la de Clementina. ¿Por qué no eligieron la de Vlady o la de Silvia o la de Jordana? Desde el mismo momento en que se separaron, Octavio había decidido dejar de pensar en Clementina. ¿Por qué entonces se sintió tan mal al descubrir que era de Clementina una de las dos fotos confiscadas? Podríamos asegurar que le entristecía dejar de verla, aunque solo fuese en una foto.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Artemio pidió que lo siguiera, llegaron a El Sitio de las Pantallas. Algunos Escogidos y Escogidas parecían discutir en voz alta.

—¿Qué sucede? —preguntó Octavio.

—Nada de qué preocuparse —dijo Artemio.

—¡Pero gritan y hacen gestos agresivos!

—Normales en cualquier discusión —dijo Artemio.

—Aquí también se discute —intervino Braulio.

—Como en cualquier otro sitio —completó Carmelo.

Octavio tendría que haberle dicho que El Lugar no era cualquier otro sitio, pero habrá querido eludir un posible conflicto, era suficiente con el que en ese momento, muy cerca de ellos, crecía sin descanso.

—¿Es una discusión política? — preguntó.

Braulio rio.

—No, en todo caso, televisiva —dijo.

Carmelo hizo un gesto de burla y agregó:

—Profundamente televisiva.

—¡Basta, señores! —intervino Artemio—. Octavio acaba de llegar, hace solo tres días que está aquí...

—Dos —corrigió Carmelo.

—Bueno dos —aceptó Artemio—, más a mi favor, y lo están abrumando con cosas que va a conocer de a poco. Recuerden lo que pasó con ustedes.

—Yo ya lo olvidé —dijo Braulio—, ¡fue hace tanto tiempo!

—No tanto —dijo Carmelo—, usted llegó después que yo.

—Pero no tengo tanta memoria como usted —dijo Braulio.

—¡Señores, dije que basta! —insistió Artemio y en tono calmo, agregó—: No les haga caso, Octavio, aquí la memoria no importa.

Aunque difícilmente haya entendido el sentido de la frase, Octavio la aprobó con un gesto que podía ser de interés o de cortesía.

Artemio ignoró el gesto, se limitó a señalar las pantallas.

—En cada una de ellas se proyectan series exclusivamente policiales —dijo.

—¿Por qué exclusivamente policiales? —quiso saber Octavio.

—No me interrumpa —exigió Artemio—, ya va a entenderlo, ahora déjeme hablar.

—No interrumpa, déjelo hablar —dijo Braulio.

—Ya lo va a entender —agregó Carmelo.

Octavio ignoró los comentarios de Braulio y de Carmelo, sin duda, solo le interesaba el relato de Artemio.

—Algunas series son de diez o más capítulos —dijo—, hay otras de tres o cinco. Miniseries, podríamos llamarlas.

Octavio asintió. Braulio y Carmelo continuaban ahí, pero parecían ajenos a la conversación.

—Poco importa que sean de tres, cinco, diez o más capítulos —continuó Artemio—, lo que de verdad importa es el capítulo final. Luego de semanas y de meses, incluso de años, los perseverantes espectadores sabrán quién es el asesino: todos los personajes, en mayor o en menor medida, resultan sospechosos. El detective los ha reunido, está a punto de revelarles cómo lo descubrió, levanta el dedo acusador para señalar al culpable y justo en ese

instante se congela la imagen: un definitivo cartel anuncia que se acabó la serie.

—¿El cartel dice Fin? —preguntó Octavio.

—Por supuesto, ¿qué otra cosa iba a decir? —intervino Braulio.

—No entiendo —dijo Octavio.

—Hay muchas cosas que usted no entiende —dijo Carmelo.

—¡Basta señores!, —exigió Artemio—. Ese corte, amigo Octavio, es el origen de la discusión. Tanto los Escogidos como las Escogidas que han seguido la serie tendrán que decidir quién fue el asesino. Como comprenderá, un lógico motivo de discusión.

—¿Pero por qué? —preguntó Octavio.

—¿Cómo por qué?, parece que usted no quiere entender, querido Octavio. Porque a veces deben elegir entre diez posibles sospechosos. ¿Le parece que no es motivo de discusión?

—¿Pero por qué las cortan?

Artemio, sin perder la sonrisa complaciente, se armó de paciencia.

—Una vez que se conoce la identidad del asesino —explicó—, las series dejan de interesar. En este caso sucede todo lo contrario, las discusiones en torno de quién es el asesino hace que continúen vigentes, se pueden ver una y otra vez, a la búsqueda de nuevas pistas.

—Hay que reconocer que en La Administración piensan en todo —dijo Braulio.

—¿Esos cortes los determina La Administración? —preguntó Octavio.

—¿Y quién si no? —dijo Carmelo.

Octavio permaneció unos minutos en silencio, digamos que estaba pensando una posible respuesta.

—Un modo de que todos participen —dijo por fin, conciliatorio.

—Usted lo ha dicho, Octavio —reconoció Artemio—, sabías sus palabras. Ahora tengo que presentarle a otra gente.

A Octavio le habrá extrañado que no dijera “a otros Escogidos”.

—¿Gente de aquí? —preguntó temeroso.

—Por supuesto, Octavio, ¿de qué otro sitio podría ser? —dijo Artemio—. Vamos, sígame.

Octavio lo siguió, pero podríamos asegurar que casi de inmediato se arrepintió: iban hacia El Sitio de las Pantallas. Era poco amigo de las discusiones y además no había visto un solo capítulo de esas series inconclusas. Artemio lo llevaba a una discusión inútil. Octavio se detuvo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Artemio giró la cabeza y lo miró extrañado.

—¿No me escuchó, Octavio, o no presta atención cuando le hablo? Vamos hacia allí —dijo y señaló las tres pantallas.

—No me gusta discutir, no vi las series.

Artemio recuperó su sonrisa complaciente.

—¡Ay, Octavio! —dijo—. Fíjese bien: ¿ve a alguien discutiendo?

Tenía razón, los Escogidos y las Escogidas parecían charlar como viejos amigos, estarían hablando de algo divertido porque se oían carcajadas.

—Pero hace unos minutos...

—¿Hace unos minutos qué? —preguntó Artemio.

—Hace unos minutos peleaban como perros y gatos.

—Usted lo ha dicho: como perros y gatos. ¿Vio cómo se pelean los perros y los gatos? Parece que fueran a matarse, y un rato después se los ve más tranquilos que agua de manantial. ¿Entiende, Octavio, que estas pantallas no dañan a nadie?

Octavio señaló a los Escogidos y Escogidas.

—Pero ellos no son ni perros ni gatos —dijo.

—Ya sé que no son ni perros ni gatos, era un ejemplo, Octavio, un ejemplo.

—Un buen ejemplo —dijo Braulio.

—Un magnífico ejemplo —dijo Carmelo.

Los Escogidos y Escogidas que estaban en El Sitio de las Pantallas comenzaron a dispersarse, se iban en silencio, tal vez agotados por las discusiones de un rato antes o por las risas de un rato después.

—Es tiempo de volver a nuestras habitaciones —sugirió Artemio, aunque más que una sugerencia parecía una orden.

Braulio, Carmelo y Octavio los siguieron obedientes.

En el pasillo parecía haber más Escogidos que otras veces, o tal vez parecían más porque caminaban más lento que otras veces. Octavio iba a su habitación y tal vez ni siquiera notó ese detalle, había tomado una buena merienda y, se supone, por un rato participó de la charla que mantenían Braulio y Carmelo. El tabaco había sido el tema de esa charla, realmente, un asunto sin importancia, ya que en El Lugar, si exceptuásemos El Bar, se ignoraba el tabaco y cualquiera de sus derivados. No estaba prohibido, solo se lo ignoraba: Octavio nunca había visto algún vestigio de humo, jamás había percibido su aroma.

La habitación estaba tal como la había dejado. Era natural que no se hubiera producido ningún cambio, la limpieza la hacían a la mañana, cuando todos tomaban el desayuno. La ropa que había usado el día anterior se veía sobre la cama. En algún momento, alguien la había depositado ahí, lavada y planchada. Esto sucedía a distintas horas, por lo que Octavio nunca pudo ver a ese anónimo empleado. Artemio le explicó que no se trataba de empleados anónimos sino de Agentes Especiales, destinados a esa tarea, y le advirtió que no intentara verlos, porque verlos era imposible. Por esa razón, Octavio no se preocupó por la ropa sobre la cama y fue directo al cuarto de baño, miró su cara en el espejo, hizo un par de muecas ridículas, sin sentido, y, en ese momento, seguramente pensó en Clementina. ¿O en Célica que tanto se le parecía? Salió del cuarto de baño, se dirigió resuelto hacia el placard y abrió el primer cajón. El paquete con las fotos continuaba ahí, tal como lo había dejado. Lo desató, ¿para mirar a sus novias o para lamentar la ausencia de Clementina? Tomó la foto de Vlady, pero no le prestó atención, lo mismo sucedió con la de Jordana, pero se estremeció al ver la tercera foto: era Esther. Imposible, La Administración la había confiscado junto con la de Clementina. Volvió a mirar. Efectivamente, era Esther, conocía muy

bien a sus novias. Tuvo que sentir miedo o algo parecido al miedo, la siguiente foto lo habrá tranquilizado: era Silvia, le dedicó un instante. En la quinta foto lo esperaba Clementina. No había duda, era Clementina, no podía ser otra. Solo Clementina podía conjugar en un instante gestos traviesos, ojos ingenuos y labios irreverentes. No podía preguntarse cómo había vuelto, no tenía respuesta para esa pregunta. Decidió mirar las fotos que quedaban, la de Raquel, la de Sonia y la de Luisa. En este momento, lo único importante era que había recuperado a todas sus novias.

Unos minutos de descanso, tirado en la cama, mirando el techo sin pensar en nada le vendría bien. Esto era una soberana mentira. Efectivamente, se había tirado en la cama y efectivamente estaba mirando el techo, pero, sin duda, pensaba en Clementina. No en cómo había vuelto su foto, dijimos que para esa pregunta no tenía respuesta, sino en todo lo que le había dicho cuando se fue. Recordar sus insultos era un modo eficaz de dejar de no lamentar la pérdida. Esto también era una soberana mentira. ¿Por qué nunca le dijo que la quería? Esta pregunta tampoco tenía respuesta. Saltó de la cama, aunque en realidad no se trató de un salto, simplemente se sentó en la cama, empaquetó las fotos en el papel celofán y ató el paquete con el cordel azul, una vez hecho el nudo cirujano, las acomodó en el primer cajón del placard, debajo de la Biblia. Miró la hora, estarían a punto de servir la cena.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

La Sala se veía casi llena. Buscó a Artemio, lo acompañaban Braulio y Carmelo.

—Pensamos que se había quedado dormido —dijo Artemio.

—No, nada de eso. Estuve arreglando algunas cosas —dijo Octavio y en voz baja, exclusivamente para Artemio, agregó—: aparecieron las dos fotos.

Artemio lo celebró con una sonrisa, pero no dijo nada. En ese momento llegaron los cuatrillizos Malerba. Ocuparon sus sitios en silencio.

—¿Tampoco ahora hay menú? —preguntó Octavio.

—¿Cuántas veces se lo debo decir, Octavio? —preguntó Artemio—. Nunca hay menú.

—*Never* —confirmó Braulio.

—¿*Never*? —se asombró Octavio.

—Estoy practicando mi inglés —explicó Braulio—, para no perderlo.

Octavio recordó las papas fritas con huevos fritos sin sabor y preguntó:

—¿Esta noche qué traerán?

—*Surprise!* —dijo Carmelo—. También yo practico mi inglés, para no perderlo.

En ese momento apareció el mozo y puso un plato frente a cada comensal. Parecía pechuga de pollo con puré.

—¿Le gusta? —preguntó Artemio.

—No soy muy amigo del pollo —dijo Octavio.

—Pruébalo y ya verá cómo se amiga.

Octavio llevó un trozo de pechuga a su boca y comenzó a masticar lentamente, atento al sabor y a la consistencia, era sabroso, aunque tenía un fuerte gusto a pescado: merluza o abadejo.

—No está mal —reconoció—, pero tiene gusto a pescado.

—Insisto —dijo Artemio—, nuestros cocineros logran maravillas.

—¿Desde cuándo son nuestros?

Octavio miró hacia uno de los lados del octágono, quien había hablado era el más gordo de los cuatrillizos Malerba. Los otros dos, algo más flacos y más jóvenes, continuaban en silencio. El cuarto, sin duda el menor, de pronto dijo:

—Recién me entero que habíamos comprado a los cocineros. ¿Alguien sabe cuánto pagamos?

Los cuatrillizos Malerba rieron, dos golpearon la mesa en señal de festejo; los otros dos, sin tocarse, amagaron cariñosos golpes de puño. Hasta ese momento, Octavio solo los había oído hablar en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían.

—No les haga caso —dijo Artemio en voz baja—, siga comiendo como si tal cosa, ya se les pasará.

Octavio obedeció de inmediato y llevó a su boca otro trozo de pollo con ligero sabor a merluza. Los cuatrillizos Malerba continuaron con las bromas, era imposible saber qué decían, de qué se reían, porque habían vuelto a la lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. Por el entusiasmo que demostraban parecía que esa escena iba a durar largo rato. No fue así, de pronto uno de los cuatrillizos se puso de pie, dijo algo, seguramente una orden, porque los otros tres también se pusieron de pie y en completo silencio se marcharon.

—No siempre se comportan de ese modo —dijo Artemio, con cierto tono conciliador.

—A veces son peores —completó Braulio.

—Es cierto —admitió Carmelo—, todavía no entiendo cómo los admitieron.

Octavio estaba a punto de preguntar por qué compartían la mesa con ellos, pero justo en ese momento llegó el mozo con el postre: manzanas al horno. Octavio cortó un pequeño trozo y con cuidado lo llevó a su boca, las manzanas tenían un exquisito sabor a manzana. Comió hasta el último bocado, después preguntó:

—¿Por qué compartimos la mesa con los cuatrillizos Malerba?

—No se preocupe, Octavio, ya lo va a entender —dijo Artemio y se puso de pie.

Octavio habrá supuesto que cada cual volvería a su cuarto. Artemio le borró esa presunción, dijo que ahora irían a La Tertulia de Requejo y, antes de que se lo preguntara, le habló de Requejo. Dijo que no sabía con certeza cuándo había ingresado a El Lugar, hace algo más de tres años, arriesgó. En los primeros tiempos se había mostrado comunicativo, simpático y risueño. Nada que ver, aclaró, con ese hombre que los esperaba sentado en el sillón. Aunque Octavio no se lo preguntó, Artemio dijo que si le preguntara el motivo de ese cambio, no tendría una respuesta correcta.

—Es escritor —dijo.

—¿Escritor? —preguntó Octavio.

—Sí, escritor —repitió Artemio—, aunque en La Biblioteca no hay un solo libro de él.

—¿La Biblioteca? —preguntó Octavio—. ¿Aquí hay una biblioteca?

—Por supuesto —dijo Artemio—. Contamos con una importante Biblioteca.

—¿Dónde está?

—Tiempo al tiempo —dijo Artemio—, ya la conocerá, cuando sea necesario la conocerá.

Llegaron al sillón de Requejo, ahora rodeado por algunas sillas ubicadas en semicírculo.

—Buenas noches —dijo Artemio—, hemos venido con Octavio, es el último Escogido, quiere participar de La Tertulia.

Requejo levantó su mano derecha, en señal de saludo y aprobación.

—Sea bienvenido —dijo y señaló una de las sillas—, siéntese ahí, por favor.

Octavio obedeció en silencio, en la silla vecina se ubicó Artemio y en las dos siguientes Braulio y Carmelo. Poco después llegaron la señora Adela y la señorita Basilia. Ambas ocuparon dos de las cuatro sillas que quedaban vacías.

—Creo que estamos todos —dijo Requejo—, esta noche no seremos más.

Y así fue como Octavio asistió a la primera Tertulia.

¿Qué podemos decir de ellas? ¿Cómo describirlas? Aparentemente, era Requejo quien las coordinaba. El adverbio no es gratuito, ya que había otros coordinadores. Eso Octavio lo sabría después, sin duda, en este momento solo le interesaba enterarse en qué consistían esas Tertulias. En La Administración nunca las habían mencionado, tampoco las había visto en los cursos de ingreso, y menos aún en el examen final.

—La última vez quedaron pendientes los sátiros —dijo Requejo. Todos asintieron, también Octavio.

—¿Por qué le preocupan tanto los sátiros? —preguntó Requejo.

La pregunta no estaba dirigida a la totalidad de La Tertulia sino exclusivamente a la señorita Basilia. A partir de ese momento, y como consecuencia de esa pregunta, se desarrolló una apasionada y desordenada discusión. Braulio y Carmelo cuestionaron que desde la cintura para abajo los sátiros fuesen cabras, Artemio aceptó que tenían rostro humano, con orejas puntiagudas y nariz encorvada, pero aseguró que de ninguna manera poseían cuernitos en la frente. “Esa es una burda mentira”, dijo con un tono de voz y una vehemencia desconocidos por Octavio. La señora Adela dijo que no soportaba que fueran lascivos y borrachos, en esto todos estuvieron de acuerdo, aunque Braulio murmuró que no era tan así. Es preciso señalar que la discusión no sucedió tal como ahora se está leyendo, en realidad, careció de orden, las palabras de unos y otros se mezclaban sin remedio, a veces el tono llegaba al borde del insulto, aquí es donde intervenía Requejo: con gestos y algunas frases adecuadas pedía calma. Solo Octavio y la señorita Basilia permanecieron en silencio. En Octavio resultaba comprensible: era la primera Tertulia a la que asistía y poco y nada sabía de los sátiros, pero sí le habrá inquietado que la señorita Basilia no hubiera intervenido. ¿Acaso el que manifestaba la pregunta tenía prohibido participar en la discusión? En ese instante, escuchó a Requejo.

—¿Satisfecha, señorita Basilia? —preguntó.

—Totalmente —dijo la señorita Basilia.

Todo indicaba que La Tertulia había finalizado.

—Usted no pronunció palabra —dijo Requejo y señaló a Octavio.

—Es que nada sé de esa gente —se disculpó Octavio.

—Espero que ahora al menos sepa algo —dijo Requejo.

—Sin duda —reconoció Octavio y, en un tono más campechano, agregó—: ¡Qué personajes!

Requejo se puso de pie, todos lo imitaron. Se despidieron en silencio y en silencio se dirigieron al pasillo que los llevaría a sus habitaciones. Octavio y Artemio quedaron al final de la fila.

—Me devolvieron las dos fotos —dijo Octavio.

—Sí, ya me lo había dicho —dijo Artemio—. ¿No era lo que quería?

—¿Por qué me las sacaron? ¿Por qué justo esas dos? —preguntó Octavio.

—¿Por qué, por qué y por qué? —se quejó Artemio—. Muchos por qué, Octavio, mejor vaya a dormir.

Octavio asintió y caminó hasta su habitación, dispuesto a cumplir con el consejo de Artemio; sin embargo, antes de acostarse buscó las fotos de sus novias. Sentado en la cama, las miró rápidamente a una por una, solo se demoró un largo rato en la de Clementina.

El paso del tiempo es inevitable, los Escogidos y las Escogidas no eran ajenos a esa rutina, pero tenían otro modo de medir las horas, los días, las semanas, los meses y los años. ¿Cuál era ese modo? Habría que preguntárselo a ellos, aunque de poco valdría la respuesta, porque posiblemente los modos de la señora Adela o de la señorita Basilia eran distintos, pongamos por caso, a los de Artemio o a los de Requejo que, a su vez, serían distintos a los de Braulio o a los de Carmelo. En El Lugar cada cual medía el tiempo a su antojo, también Octavio. Habían pasado dos semanas desde su ingreso y de a poco comenzaba a entender algunas cosas. Esos catorce días junto a Artemio y, ¿por qué no?, también junto a Braulio, a Carmelo y a Requejo, confirmaron lo que le dijera aquel Mediador en mitad del examen. Cuando ingrese, le había dicho con esa cordialidad típica de Los Mediadores, comprenderá muchísimas cosas. Y así fue, en poco más de dos semanas, Octavio era un Escogido que cumplía fielmente con las normas de El Lugar. Incluso lo habían elogiado por eso. Fue Artemio quien lo elogió. Dijo que admiraba la velocidad con que había comprendido muchas de esas normas.

—Hubo Escogidos —dijo— que tardaron más de seis meses en entender lo que usted captó en dos semanas.

—Hago lo que puedo —dijo Octavio y seguramente lamentó que ni Braulio ni Carmelo estuvieran ahí en ese momento.

—Usted puede mucho, Octavio —aseguró Artemio—, créame que puede mucho.

Octavio agradeció con una sonrisa. Sabía que Artemio era parco para los elogios, por lo que se habrá sentido doblemente orgulloso. Tal vez era un buen momento para contarle que había comenzado a dormir con alguna de sus novias. ¿Sabría Artemio de la ceremonia que Octavio realizaba noche a noche? Luego de lavar sus

dientes, caminaba hasta el placard, buscaba el paquete, desataba el cordel azul y esparcía las fotos sobre la cama. Las miraba por un buen rato y finalmente elegía a la novia con la que pasaría esa noche; casi siempre, Clementina era la elegida. Otras veces dejaba todo en manos del azar: cerraba los ojos, abría el paquete, mezclaba las fotos, como quien mezcla una baraja, y a ciegas separaba una. La victoriosa, ya sea por elección o por azar, lo acompañaba a la cama. Octavio la ubicaba sobre la almohada y tiernamente dormía junto a ella.

—¿Qué le pasa, Octavio?, se ha quedado mudo —preguntó Artemio.

—Nada, nada —dijo Octavio—, estaba pensando.

—Usted piensa más de la cuenta, no es bueno pensar tanto.

—Sí, claro, no es bueno —aceptó Octavio y habrá decidido que aún no era momento de contarle que dormía con sus novias, vaya a saber cómo se lo tomaba.

Tampoco le dijo que salía pasear con ellas. Aquí el plural puede llevar a confusiones: solo paseaba con una novia por vez. La ceremonia de elección era idéntica a la que realizaba cada noche, cuando estaba a punto de irse a dormir, claro que en este caso no se trataba de reposo sino de paseo, por lo que no ubicaba a la elegida sobre la almohada, sino que la acomodaba en el bolsillo superior de su camisa o en el bolsillo izquierdo de su pantalón, todo dependía de si esa tarde usara o no camisa, no tenía remeras con bolsillos. Una vez que ponía a la novia elegida, ya sea en el bolsillo de la camisa o en el bolsillo izquierdo del pantalón, se largaba a caminar con ella. Era un paseo placentero. Jordana tuvo el privilegio de ser la primera invitada y también, claro está, la primera en conocer La Sala. Esa tarde, Octavio le ofreció a Jordana un panorama general, algo así como un recorrido a vuelo de pájaro. Al día siguiente repitió el paseo con Esther, luego lo hizo con Silvia y, de ese modo, en las tardes siguientes paseó con Sonia, con Clementina, con Vlady y con Luisa. A cada una le dedicó el mismo recorrido a vuelo de pájaro que le dedicara a Jordana en el paseo inaugural. Habría tiempo

para hablarles de Artemio, de Braulio, de Carmelo y de los otros Escogidos y Escogidas con los que había tenido algún trato, habría tiempo de hablarles de La Tertulia, de Requejo, de la señora Adela y de la señorita Basilia, hasta podría contarle de los cuatrillizos Ma-lerba. Pero no les hablaría de Célica, ciertas cosas es mejor callarlas.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Aún faltaba bastante para la cena, muchos Escogidos y Escogidas habían vuelto a sus cuartos, tal vez para una siesta corta o para leer algo o para pegarse un baño o para hacer alguna de las muchas cosas que se pueden hacer durante dos o tres horas a solas en una habitación. Por consiguiente, La Sala estaba casi vacía. Octavio paseaba con Sonia, conocía los gustos de Sonia, sabía que era amiga de los largos silencios, respetuoso de ese silencio, caminaba sin decir una sola palabra. Alcanzó a ver a Artemio junto a la entrada del pasillo, Braulio y Carmelo ya habrían entrado, porque solo vio a Artemio, pero Artemio no lo vio o hizo que no lo veía. En la otra punta de La Sala, apoltronado en su sillón, estaba Requejo. Octavio caminó hacia él.

—¡Que sorpresa! —dijo Requejo—. ¿Qué lo trae por acá?

—Nada en especial, lo vi y vine.

—El jueves no concurrió a La Tertulia —dijo Requejo.

En sus palabras se advertía cierto tono de reproche, Octavio no le dio importancia: lo acompañaba Sonia y Sonia no soportaba las discusiones, las odiaba con el mismo fervor con que amaba los silencios.

—Tuve otro compromiso —dijo—, pero créame que lamenté mucho no haber estado. ¿Qué tema trataron?

Requejo lo miró entre extrañado y molesto.

—No cabe esa pregunta, Octavio —dijo—, usted debería saber que está vedado revelar qué se habla en La Tertulia.

Octavio no lo sabía, pero igual dijo:

—Perdón, Requejo, a veces olvido lo que no debería olvidar.

—No se inquiete —concedió Requejo—, lo comprendo, solo basta con que no vuelva a formular una pregunta de parecido calibre.

—No se repetirá —prometió Octavio—, pero ¿puedo hacerle otra?

—Claro que puede —aceptó Requejo y, después de una pausa, agregó—: siempre y cuando no se refiera a La Tertulia y que no sea una pregunta ofensiva.

Octavio demoró unos segundos, como quien piensa, finalmente preguntó:

—¿Usted es escritor?

Requejo lo miró sorprendido.

—¿No se nota? —preguntó.

—Sí, claro que se nota, solo quería confirmarlo.

—¿Confirmar qué?

—Que usted es escritor.

—¿Quién se lo dijo?

—Artemio me lo dijo.

—¿Usted piensa que Artemio miente?

—No, no, jamás se me ocurriría pensar eso.

—Entonces, si Artemio no miente, soy escritor.

Hubo un corto interludio que sirvió para apaciguar tensiones, porque ese breve diálogo, aunque por simple lectura no lo pareciera, había estado cargado de tensión.

—¿Escribió historias de amor? —preguntó Octavio.

—La literatura no es otra cosa que una larga historia de amor —dijo Requejo.

Octavio aprobó con un gesto, Requejo agregó:

—Y de odio.

Octavio aprobó con otro gesto.

Requejo, que no había reparado en el primer gesto, tampoco reparó en el segundo.

—Escribí muchas historias de amor —dijo y, sin esperar a que Octavio se lo pidiera, comenzó a contar una.

La historia sucedía en un asilo de ancianos, allí dos viejos se peleaban por una mujer que habían conocido cincuenta años antes. En realidad, solo uno de los viejos la había conocido, el otro no tenía la menor idea de quién era esa mujer, pero de puro aburrido dijo que él

también la conocía. Finalmente, todo se iba a resolver en un duelo que los dos viejos llevarían a cabo una madrugada, en los jardines del asilo.

—Una típica historia de amor y odio —dijo Octavio.

—No —corrigió Requejo—, solo de amor.

—Me gustaría leerla —dijo Octavio.

—También a mí —se lamentó Requejo—, pero no queda un solo ejemplar.

—Tal vez en La Biblioteca —sugirió Octavio.

—¿Qué Biblioteca? —preguntó Requejo.

A Octavio esa pregunta le habrá inquietado. Requejo, como escritor que dijo que era, tendría que saber que en El Lugar había una biblioteca: escritor-libros-biblioteca están íntimamente ligados. Esta habrá sido la primera conclusión a la que arribó Octavio. La segunda se habrá reducido a una pregunta: ¿acaso se trataba de una mentira de Artemio? Porque había sido Artemio quien le habló de La Biblioteca. Desde el sillón de Requejo se podía ver La Sala casi en su totalidad. En el primer golpe de vista Octavio no vio a Artemio, pero sí pudo verlo en el segundo: estaba de pie, solo, muy cerca de El Sitio de las Pantallas; se despidió de Requejo y fue hacia allí.

—¿Dónde está La Biblioteca? —preguntó ni bien llegó.

—¡Qué sorpresa! —dijo Artemio—. ¿Qué lo trae por aquí?

Octavio no pudo disimular el asombro: eran las mismas palabras con las que Requejo lo recibiera un rato antes.

—¿Por qué me dijo que había una biblioteca? —preguntó.

—Porque la hay —dijo Artemio—. ¿Qué le pasa, Octavio? Lo noto raro.

—Nada, no me pasa nada. Vengo de hablar con Requejo.

—Magnífica idea —dijo Artemio—, yo también charlo a menudo con él.

—Dijo que aquí no había ninguna biblioteca.

—¿Así dijo?

—Cuando le hablé de La Biblioteca, me preguntó: ¿Qué biblioteca?

Artemio dejó escapar un suspiro, que podría ser de paciencia o de comprensión.

—¡Ay, Octavio! Usted bien sabe que no es lo mismo preguntar que negar. Nuestro amigo Requejo tal vez quería saber si era La Biblioteca especializada en filosofía o La Biblioteca que agrupa literatura infantil o La Biblioteca que reúne novelas epistolares, vaya a saberse.

—¡Entonces hay más de una biblioteca! —se asombró Octavio.

—No, solo hay una.

—Pero según usted, Requejo quería saber de qué biblioteca se trataba.

Artemio sonrió indulgente.

—Usted sabe cómo son los escritores.

—¿Cómo son? —preguntó Octavio.

—Tienen su propio mundo, sus fantasías, pero, por sobre todo, mienten. Grábeselo bien, amigo Octavio, todos los escritores mienten.

Las palabras de Artemio habrán sido persuasivas, porque Octavio pareció entenderlo. Sin embargo, dijo:

—Quiero ir a La Biblioteca, ¿está abierta?

—Noche y día —dijo Artemio—, venga conmigo.

Cruzaron La Sala, todo indicaba que iban rumbo a las habitaciones, al menos eso habrá supuesto Octavio. Fue una suposición falsa, porque cuando aún faltaban unos metros para llegar al pasillo, Artemio se detuvo, giró casi en semicírculo y se dirigió hacia la pared opuesta. Octavio lo siguió obediente.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A La Biblioteca —dijo Artemio—, ¿no quería ir a La Biblioteca?

Unos minutos después estaban frente a una pared impersonal, lisa, sin un solo rasgo que la diferenciara del resto de las paredes de La Sala. Artemio apoyó la palma de su mano derecha en un sitio preciso de esa pared. Entonces, para el asombro de Octavio, surgió una puerta majestuosa, con una frase tallada en latín, *Si hortum in bibliotheca habes deerit nihil*, sobre su dintel. Artemio, apático, indiferente, movió el picaporte, como se mueven los picaportes de todas las puertas del mundo, abrió la puerta, como se abren todas las puertas del mundo, y lo invitó a entrar.

La Biblioteca que vio Octavio lejos estaba de figurar al Paraíso. Los libros, todos del mismo tamaño y con el mismo lomo, se agrupaban, fríos e indiferentes, en resignados anaqueles.

—Busque el libro de su agrado —dijo Artemio y señaló una larga mesa rectangular sobre la que se repetían cinco pantallas de computadoras—, basta con que ponga el nombre.

Octavio se detuvo frente al teclado de una de las pantallas y automáticamente escribió: “Martín Fierro”. La pantalla se iluminó por un instante, luego volvió a la oscuridad. A un par de metros, Artemio observaba todo. Octavio lo miró y con su mano derecha hizo el clásico gesto de pregunta. Artemio sonrió y con el índice de su mano derecha hizo el clásico gesto de señalar: señaló el noveno anaquel, muy cerca del techo. Sobre el lomo de un libro titilaba una pequeña luz de formidable potencia.

—Ahí lo tiene —dijo.

—Está muy alto —dijo Octavio—. ¿Cómo llego?

—Con una escalera —dijo Artemio—. ¿Qué se habrá inventado primero, la escalera o la rueda?

Octavio no tenía respuesta para esa pregunta, por lo que se ocupó de buscar la escalera. La encontró en uno de los ángulos del salón. Era de metal, sólida, llegaba hasta el techo y estaba sujeta a un riel que permitía desplazarla sin esfuerzo, la llevó al sitio preciso y se dispuso a subir, escalón por escalón, hasta la pequeña luz que parpadeaba incesantemente. No fue fácil, pero el esfuerzo valió la pena, tomó el libro. Era un volumen de tapa y contratapa negras, sin ningún título. En su lomo, la luz intermitente había dejado de parpadear. Intentó abrirlo, fue imposible. Un gesto de frustración apareció en la cara de Octavio. Artemio le pidió que bajara.

—Tráigalo —dijo.

Como bien se sabe, bajar es menos dificultoso que subir. Un rato después, Octavio le entregó el libro.

—No lo pude abrir —dijo.

—No pudo allá arriba —dijo Artemio y se lo devolvió—, pruebe ahora.

El libro se abrió dócilmente, en su interior solo había páginas en blanco, sin una sola palabra.

—Aquí no hay nada —dijo.

—No supo pedirlo, Octavio —dijo Artemio.

—¿Cómo que no supe pedirlo? Escribí el título.

—Sí, pero con eso no basta —dijo Artemio—, hay que poner, ¿cómo le explico?, alguna pasión, cierto interés, cuando lo pide. Por lo que noto, al escribir el título usted no puso nada de eso. La máquina lo capta de inmediato, no se pierde una, y esto es lo que sucede: le da el libro, pero con las páginas en blanco.

—¿Cómo hago? —casi suplicó Octavio.

—Ponga interés, ponga pasión en su pedido y verá que lo consigue. Deje ese libro sin vida sobre la mesa, ya lo colocarán en su sitio —dijo Artemio y comenzó a caminar hacia la puerta.

—¡Espere, espere! —rogó Octavio—, quiero pedir un libro de Requejo.

—De Requejo no hay nada, no insista —dijo Artemio.

—Igual quiero probar —dijo Octavio—, voy a poner interés y pasión en el pedido.

Artemio aprobó con un gesto. Octavio se dirigió hasta el teclado de una de las pantallas y escribió algo que Artemio no alcanzó a ver. Casi de inmediato titilaron ciento de pequeñas luces en los lomos de cientos de libros.

—¿Y? ¿Qué me dice ahora? —preguntó Octavio, desafiante.

A Artemio no pareció preocuparle el desafío.

—¿Qué escribió? —quiso saber.

—El título —dijo Octavio.

—¿Qué título?

—Los Viejos, hoy Requejo me habló de ese cuento, dijo que se llamaba Los Viejos.

—Octavio, Octavio, ¿tiene idea de cuántos títulos con la palabra “viejos” hay en la literatura de todos los tiempos? Por favor, sea más preciso: escriba Los Viejos y Requejo, veremos cuántas lucécitas se encienden.

Octavio cumplió con el pedido. Las pequeñas luces se apagaron de inmediato. No se preocupó, recorrió con la mirada todos los anaqueles de La Biblioteca, pero fue en vano: no había una sola lucecita encendida.

—¿Me comprende ahora? —dijo Artemio—. Vamos, pronto servirán la cena.

Octavio lo siguió en silencio.

Los últimos cinco meses habían sido de enorme valor para Octavio, mentiríamos si dijéramos que ya se comportaba como un Escogido veterano, pero una serie de cosas habían dejado de sorprenderle. Los jueves solía asistir a La Tertulia de Requejo, supo ser el árbitro en alguna de las tantas discusiones que la señora Adela sostenía con la señorita Basilia o celebró, con risas verdaderas, un buen número de bromas de Braulio y de Carmelo. No solo esto, también había ampliado su círculo de amigos, según los parámetros de amistad que se permitía en El Lugar. Ciertamente, aún no se atrevía a considerarlos amigos, los catalogaba como potenciales. Amigos potenciales, sería la definición correcta, pero estaba casi seguro de que antes de lo pensado se iban a transformar en amigos verdaderos. Eudoro era uno de esos amigos potenciales. Se habían conocido por culpa de un tropiezo. Octavio iba rumbo a su cuarto mirando el piso, acaso pensando a qué novia elegiría para el paseo de esa tarde. Eudoro venía en sentido contrario, había girado la cabeza con la intención de responder a un llamado o cosa parecida. Justo en ese instante se produjo el choque, no fue un golpe violento, apenas un roce, pero se tocaron. Esto paralizó a ambos. Eudoro pidió disculpas, pero Octavio se negó a aceptarlas, asumió por completo la falta, dijo que su mala costumbre de mirar el suelo tenía esas consecuencias.

—No fue por mirar el suelo —dijo Eudoro.

—Sí, lo fue —dijo Octavio—, no es la primera vez que me pasa.

—Insisto —recalcó Eudoro—, es mi culpa, no debí girar la cabeza.

—Poco importa que haya girado la cabeza —dijo Octavio—, yo estaba mirando al suelo.

— Mucha gente mira al suelo —porfió Eudoro.

- También mucha gente gira la cabeza —replicó Octavio.
—¿Más que la gente que mira el suelo? —quiso saber Eudoro.
—No tengo la estadística —dijo Octavio.
—¡Estamos discutiendo sin datos ciertos! —se alarmó Eudoro.
—Es verdad —reconoció Octavio.

Así, gracias a la ausencia de datos ciertos, se puso fin a lo que podría haber sido una ardua discusión entre dos Escogidos que ni siquiera se conocían.

- Me llamo Eudoro —dijo Eudoro y se inclinó con respeto.
—Octavio —dijo Octavio y se inclinó de la misma manera.

Eudoro parecía una buena persona, posiblemente tenía la misma edad de Octavio, incluso la misma altura, aunque era un poco más gordo. Mostraba una sonrisa sincera, un gesto amigable que, sin embargo, no alcanzaba a disimular esa mirada triste que suelen tener algunos solitarios.

- ¿Hace poco que está en El Lugar? —preguntó.
—El viernes se cumplen cinco meses —dijo Octavio—. ¿Y usted?
—También cinco, pero años.
—Conocerá muchísimas cosas —dijo Octavio.
—En El Lugar nunca se conoce todo —aseguró Eudoro.
—¿Nunca?
—Nunca —repitió Eudoro
—Nunca —aceptó Octavio, tal vez porque no tenía ganas de iniciar otra posible discusión.

Y aquí podría haber acabado la charla, no había motivos para continuarla. Sin embargo, no fue así: Eudoro dijo que podrían tomar un café.

- ¿Un café? —preguntó Octavio.
—Sí, un café —repitió Eudoro.
—¿Dónde? —preguntó Octavio.

El cuarto de Eudoro era el único sitio posible, pero ingresar en cuartos ajenos estaba terminantemente prohibido. ¿Acaso Eudoro era un rebelde que se proponía romper ciertas reglas y lo arrastraba en esa aventura?

—¿Dónde va a ser? —dijo Eudoro—, en El Bar.

Octavio no supo qué responder, se cumplían cinco meses de su ingreso. Habían sido veinte semanas deambulando por La Sala y, en todo ese tiempo, jamás vio un bar o algo que se le pareciera. Sin duda, Eudoro era un delirante. A los delirantes hay que seguirles la corriente.

—Sí, claro, en El Bar —aceptó Octavio.

Eudoro lo condujo hacia la pared opuesta al pasillo que llevaba a las habitaciones. Iban en silencio, como tantos otros Escogidos que, después de la merienda, elegían dar un corto paseo por La Sala antes de volver a sus cuartos. Claro que, en este caso, el destino era diferente. Podía advertirse cierto gesto de preocupación en la cara de Octavio, o tal vez no era preocupación sino curiosidad: ¿qué iba a decir Eudoro cuando llegasen a esa pared desnuda? ¿Cuál sería su excusa? Por fin, llegaron.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Eudoro apoyó la palma de su mano derecha en la pared.

La puerta, que apareció de pronto, carecía de la grandilocuencia de la que se abrió cuando Octavio entró por primera vez a La Biblioteca. Tal vez por eso no se sorprendió: era la puerta de un bar tradicional, idéntico a los que solía ir en su juventud.

—¿El Bar? —preguntó.

—El Bar —confirmó Eudoro—, pase usted.

Octavio aceptó la invitación, entró y se topó con un número impreciso de mesas, rodeadas por cuatro sillas que, así de lejos, parecían Thonet. Tres Escogidos ocupaban una de esas mesas, Octavio no reconoció a ninguno, las otras estaban vacías. Algo más lejos, se destacaba la barra. Acodado a ella se veía a un hombre de traje azul y sombrero gris, era todo lo que alcanzaba a verse, porque ese hombre estaba de espalda. En realidad, también se podía distinguir que con su mano derecha aferraba una copa, imposible saber qué bebía o qué había bebido. En esa misma barra, aunque algo más lejos, otro hombre, también de traje azul y también con un sombrero gris, sostenía un cigarrillo entre los dedos índice y mayor de su mano derecha. Un pocillo, muy cerca de esa mano, indicaba que había bebido café.

No estaba solo, lo acompañaba una mujer pelirroja, con un vestido casi del color de su pelo, tenía el antebrazo izquierdo apoyado en la barra, un pocillo descansaba casi pegado a su codo, por lo que ciertamente esa mujer también había bebido café. Con la mano derecha sostenía un trozo de papel que observaba con especial interés. Frente a ellos, semiinclinado, un barman de chaqueta y birrete blancos parecía estar hablando con el hombre del cigarrillo en la mano, pero en realidad no hablaba, solo lo miraba. ¿Octavio había visto esa escena en algún otro sitio?, quizá en una película. Giró la cabeza hacia la izquierda y se encontró con un billar solitario: sobre el paño, dos tacos, una bola amarilla, otra roja y otra blanca, aguardaban a los posibles contrincantes. Giró la cabeza hacia la derecha y se topó con un mueble, con forma de capilla, de más de un metro y medio de altura, tenía un altavoz en la parte inferior y una suerte de vitrina, en la parte superior. La vitrina exhibía y protegía a una pila de discos, debajo de la vitrina destacaba un tablero con botones, con una tarjeta junto a cada botón, sin duda para identificar el contenido de cada disco. Era un mueble idéntico a los que solía haber en los bares de antaño. ¿Cómo los llamaban? ¿Victrola? ¿Fonola? ¿Gramola? ¿Sinfonola? Miró a Eudoro, aunque resultaba difícil, imposible, podríamos decir, que ese hombre de mirada triste alguna vez haya puesto una moneda en la ranura de la Victrola, de la Fonola o de como diablos se llamase. Eudoro jamás podría revelarle el verdadero nombre de ese mueble con forma de capilla, de más de un metro y medio de altura, que tenía un altavoz en la parte inferior y una suerte de vitrina, en la parte superior. Octavio se alejó rumbo a la mampara de madera, decorada con vitrales, que separaba el Reservado de El Salón Familias de El Salón Principal. Como lo establecían las normas, a El Salón Familias únicamente podían acceder mujeres para, pongamos por caso, beber un jugo de frutas, sola o en compañía de otras amigas, o para esperar a su pareja, prometido, novio o incluso esposo. Era una regla inquebrantable. Sin embargo, por lo que se ve, Octavio sintió que debía ir a El Salón Familias. Digamos que tuvo la certeza de que había una mujer esperándolo. Sonrió, ninguna novia lo acompañaba.

—¿Adónde va? —preguntó Eudoro.

—A El Salón Familias.

—No puede entrar solo.

—Lo sé, lo sé —dijo Octavio, pero no detuvo su marcha.

Únicamente una mesa se veía ocupada. A Octavio le habrá parecido natural que fuera Célica quien la ocupase. En El Salón Familias había menos luz que en el resto de El Bar. Octavio caminó con pasos que intentaban parecer seguros: un mínimo tropiezo o llevarse por delante alguna silla le hubieran quitado dignidad al encuentro. Llegó hasta la mesa de Célica sin haber cometido un solo error, los errores comenzarían a partir de ese momento.

—Soy Octavio y usted es Célica —dijo.

—Efectivamente —dijo Célica y con un gesto lo invitó a sentarse.

Octavio agradeció la invitación y eligió la silla que estaba frente a Célica. Por un rato se miraron en silencio.

—Usted se parece mucho a una gran amiga —dijo por fin Octavio.

—Siempre pensé que yo era única —dijo Célica.

—También en eso se parecen.

—¿Cómo se llama esa mujer que me copia? —quiso saber Célica.

—¿Importa el nombre? Puedo inventar uno ya mismo y a usted no le quedará otro remedio que creermelo.

—Invente —propuso Célica.

—Herminia —dijo Octavio.

—Herminia —repitió Célica—, nombre de origen germano que significa “mujer consagrada a Dios”, nada que ver conmigo.

—Son como dos gotas de agua —dijo Octavio.

—Ella agua bendita, yo *champagne* —dijo Célica y comenzó a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó Octavio.

—De usted —dijo Célica—, podría haber inventado un nombre más adecuado.

A Octavio le ardían las mejillas, pero no habrá sido eso lo que realmente le preocupó, el ardor en las mejillas es natural en los seres humanos, sin distinción de sexo ni edad. A Octavio le tuvo que haber inquietado que ese ardor, natural en los seres humanos, fuese idéntico

al que había sentido muchísimo tiempo antes, cuando era un chico de no más de quince años y junto a sus amigos y amigas festejaban el Día de la Primavera. Aquella vez Mumi dijo que le iba a dar un beso de lengua. Octavio no tenía idea de lo que era un beso de lengua. Se quedó callado, pero el ardor en las mejillas lo delató. “Se puso colorado”, proclamó Mumi y comenzó a reír a carcajadas. En El Salón Familias, frente a Célica, Octavio seguramente sintió el mismo ardor que había sentido en aquel Día de la Primavera frente a Mumi. Tenía que irse de ahí.

—Me esperan —dijo.

—Ella aún lo quiere —dijo Célica—, al menos quiere a ese chico que usted todavía conserva.

—Me esperan —repitió Octavio.

Célica sonrió. Aunque fue una sonrisa leve, casi imperceptible, podríamos arriesgar que para Octavio tuvo la misma fuerza, el mismo efecto, de aquella carcajada de Mumi.

—Me esperan —dijo, se puso de pie y caminó lento hasta la salida. Efectivamente, Eudoro lo esperaba.

—Le advertí que no entrara a El Salón Familias —dijo.

—Es cierto, no se puede entrar solo —admitió Octavio.

—Yo también una vez entré solo —confesó Eudoro.

—¿Con quién se encontró? —preguntó Octavio.

—Con nadie, no había nadie —dijo Eudoro.

Había crecido la tristeza en su mirada, pero Octavio no pareció advertirlo, solo necesitaba alejarse cuanto antes de ahí. Miró hacia uno y otro lado, como buscando un sitio lejos de El Salón Familias. Señaló el mueble, con forma de capilla, de más de un metro y medio de altura, pidió a Eudoro que lo acompañase y hacia allí fueron.

—¿Sabe su nombre? —preguntó cuando llegaron.

Eudoro asintió en silencio.

—¿Cómo se llama? —exigió Octavio.

—Todo depende del sitio en donde se encuentre —dijo Eudoro, había recuperado la sonrisa y la tristeza de su mirada había regresado a su modo habitual—, en Estados Unidos se le llama Jukebox, también

le dicen Rockola. Esto último suele llevar a una confusión, hay muchos que suponen que se trata de acrónimo de Rock y Victrola, pero se equivocan de cabo a rabo. Rockola no es otra cosa que el segundo apellido de David Cullen, un hombre de Chicago que en 1926 fundó la Rock-Ola Manufacturing Company y que, en 1935, fabricaría la primera de estas máquinas. En España le dicen Fonola o Gramola; honestamente, no sé cómo le dicen aquí.

Eudoro contaba con mucha información, pero no conocía el verdadero nombre.

—¿Funciona con fichas o con monedas? —preguntó Octavio.

—Basta con oprimir el botón con el disco de su agrado.

Octavio apretó un botón al azar y clavó la vista en la vitrina; por lo que recordaba, un delgado brazo mecánico extraería el disco elegido, lo depositaría sobre el plato y segundos después, desde el altavoz, comenzarían a escucharse los primeros acordes. Nada de esto sucedió. No se movió el delgado brazo mecánico y el altavoz continuó en silencio.

—¡No funciona!

—Funciona —dijo Eudoro—, solo que usted no supo elegir.

—¿No supe elegir?

—Efectivamente, usted apretó un botón cualquiera y como no eligió nada, nada salió.

—No es cierto, algo elegí —protestó Octavio.

—Sí, pero eligió un disco que no tenía que ver con usted. En estos casos la máquina no se mueve. En eso es inflexible.

—¿Cómo supo que no tiene que ver conmigo?

—Ni idea —reconoció Eudoro—, eso habría que preguntárselo a la máquina.

—¡Pero las máquinas no hablan!

—Ese es el problema —dijo Eudoro—, ¿vamos a tomar el café?

—No, ahora no —dijo Octavio—, lo dejamos para otro día, falta poco para la cena.

—Tiene razón —dijo Eudoro—, no conviene tomar café antes de la cena.

Mientras caminaban hacia la salida, Octavio echó una última mirada a ese bar que tanto se parecía a los de su juventud: el mismo billar, las mismas mesas, las mismas sillas, la misma barra, la misma Victrola, Fonola o como fuese que se llamara esa máquina, el mismo Salón Familias, todo era igual, sin embargo, había algo que lo diferenciaba.

—El silencio —dijo de pronto Octavio—, falta el batifondo de aquellos bares. Es como ver una película muda.

No era del todo cierto, los protagonistas de aquellas películas iban de aquí para allá, torpes y desbocados; en cambio, los parroquianos de El Bar eran criaturas inmóviles, abatidas, sin esperanzas, y ni siquiera contaban con un piano que les pusiese música de fondo.

Octavio recorrió La Sala con la mirada de un general que estudia el campo de batalla, lo encontró sentado en una silla, parecía dormitar, hacia allí fue.

—Conocí a Eudoro —dijo cuando llegó.

Sin abandonar su sonrisa complaciente, Artemio movió apenas la cabeza, imposible discernir si fue un gesto de aprobación o de indiferencia. Octavio habrá decidido que era de aprobación, porque de inmediato comenzó a contar cómo conoció a Eudoro. Dijo que había sido consecuencia de un tropiezo, dijo que él iba con la cabeza baja y que Eudoro venía en sentido contrario, mirando para otro lado. ¡Chocamos!, proclamó con acento jocoso. Artemio mantenía su sonrisa complaciente y su silencio, ahora ni siquiera movía la cabeza. Octavio continuó con su relato, dijo que Eudoro lo invitó a tomar un café. Entonces, en un tono que iba de la alegría a la nostalgia, habló de El Bar, dijo que era idéntico a los de su juventud. Por razones que solo Octavio conoce, ocultó su visita a El Salón Familias y no dijo una sola palabra de su frustrada experiencia con la máquina de la que no conocía el nombre verdadero.

—Me preocupa ese roce —dijo Artemio, sin abandonar su sonrisa complaciente.

—Fue casual —dijo Octavio—, sin mayores consecuencias.

—Confiemos en que haya sido así —dijo Artemio y volvió a cerrar los ojos.

Octavio retrocedió dos pasos e hizo la pregunta.

—¿Qué me puede contar de Eudoro? —preguntó.

Artemio abrió los ojos.

—Octavio, hay ciertas reglas que ya debería conocer —dijo y por un instante borró su sonrisa complaciente.

—Fue apenas un roce— repitió Octavio.

—No hablo de eso —dijo Artemio y ante el gesto confundido de Octavio, agregó—: ¿Es posible que haya olvidado que ciertas cosas no deben preguntarse?

—¿Qué cosas? —quiso saber Octavio.

Artemio habló con el tono de un maestro comprensivo frente a un alumno desatento.

—Nunca preguntarle a un Escogido, y menos aún a una Escogida, por qué decidió entrar en El Lugar, nunca preguntarle cuál era su actividad Afuera. ¿Está claro?

—Está claro —aceptó Octavio.

—Son datos meticulosamente registrados en La Administración y de ahí no salen bajo ninguna circunstancia —concluyó Artemio.

—Pero por La Sala circulan historias —dijo Octavio en voz más baja.

—No crea todo lo que le dicen —aconsejó Artemio—, por lo general son habladurías. En El Lugar cada cual es como es o como le gustaría haber sido. La historia de cada uno corre por cuenta de los otros Escogidos y también de las Escogidas, por supuesto. Ellos, ellas, nosotros, armamos un relato que puede ser cierto o no, ahí reside el encanto, ¿se da cuenta?

—Sí, me doy cuenta —dijo Octavio—. ¿De mí qué se dice?

A Artemio le habrá sorprendido la pregunta.

—¡No sea tan vanidoso! —dijo—. Usted es un recién llegado, aún falta para que le tejan una historia.

—¿Y Eudoro? —insistió Octavio—. Ya lleva cinco años en El Lugar.

—El 19 de junio serán justo cinco años —precisó Artemio.

—¿Y de él qué se dice? —insistió Octavio.

—Por lo que veo no se rinde, Octavio —dijo Artemio—. Comentan que trabajaba en una gran empresa.

Octavio preguntó el nombre de esa gran empresa, pero Artemio lamentó no saber de qué gran empresa se trataba.

—No es que se lo quiera ocultar —dijo—, simplemente no lo sé.

Octavio dijo que no se preocupase, que eso no tenía importancia. Artemio le aseguró que no se preocupaba y le dijo que en esa gran empresa, de la que no recordaba el nombre, Eudoro ejercía un cargo importante.

—Así como lo ve —reveló—, habla cuatro o cinco lenguas.

Octavio confesó que no se había dado cuenta de eso, dijo que no había forma de distinguir a los políglotas. Artemio confirmó que, efectivamente, no hay modo de distinguirlos, solo lo advertimos cuando se expresan en otra lengua diferente a la que naturalmente hablan. Octavio aseguró que todo el tiempo habían hablado en castellano, aunque recordó que en algún momento de la charla se cruzaron un par de palabras en inglés.

—Las pronunció correctamente —dijo.

—Pronunciar correctamente una palabra extranjera no significa que hable correctamente esa lengua —advirtió Artemio.

—Pero usted dijo que Eudoro habla cuatro o cinco lenguas.

—Es cierto, aunque en ningún momento dije que el inglés fuera una de esas lenguas.

Octavio reconoció que, efectivamente, nunca se lo había dicho, y, conciliatorio, agregó que no tenía importancia. Fue un error, porque lo que intentó ser un gesto complaciente se convirtió en el origen de una posible discusión.

—Parece que para usted nada tiene importancia —reprochó Artemio—, no le importa que no recuerde el nombre de la gran empresa en el que trabajaba Eudoro, no le importa que Eudoro hable cuatro o cinco lenguas, dígame, Octavio, ¿qué es lo que realmente le importa?

Octavio estuvo un buen rato en silencio, como pensando qué era lo que realmente le importaba, por fin dijo:

—La mirada triste de Eudoro, eso es lo que me importa.

Artemio disimuló un suspiro de alivio.

—La trajo de Afuera —dijo—, a El Lugar entró con esa mirada.

—Pero ¿por qué?

—Le acabo de decir que esa mirada la trajo de Afuera y el Afuera, ¿es necesario que se lo repita?, no se conoce. Ahí tiene una buena oportunidad para inventar una historia.

Ciertamente, Octavio no tenía ganas de inventar historias.

—En todo caso que la invente Requejo —dijo—, Requejo es escritor y los escritores son los que inventan historias.

—Nada de eso —dijo Artemio—, Requejo insiste en que él no escribe historias de otros, afirma que solo escribe las suyas, aunque jamás las hemos leído.

—Deme algún dato —dijo Octavio, sin disimular el tono de súplica.

—¿Le parecen pocos los que le di? Le dije que trabajaba en una gran empresa, que era un alto ejecutivo de esa gran empresa, que habla cuatro o cinco lenguas, ¿qué pretende, Octavio, que la historia la escriba yo?

—No, por favor, Artemio, eso ni se me pasa por la cabeza, pero no creo que Eudoro tenga esa mirada triste por hablar cinco lenguas o por trabajar en una gran empresa.

—Cuatro o cinco —corrigió Artemio—, no se puede afirmar que sean cinco.

—Bien, cuatro o cinco —concedió Octavio—, pero eso y el trabajo en la gran empresa es todo lo que me dijo.

Artemio lo miró un buen rato. Era una mirada de reproche o, tal vez, de comprensión, por fin, cuando habló, no quedaron dudas de que era una mirada de comprensión.

—Le voy a dar más datos —dijo—, pero es lo último que le doy, el resto tendrá que ponerlo usted.

Octavio aprobó con entusiasmo y de ese modo supo, por boca de Artemio, que Afuera Eudoro se había casado con una mujer virtuosa, que le había dado dos hijos ejemplares. Constituían, según palabras de Artemio, un matrimonio perfecto: gozaban de un buen pasar, sin penurias económicas, con un abnegado jefe de familia que bregaba para que no les faltase nada. Parientes, vecinos y amigos los envidiaban, sanamente. La premisa de casa al trabajo y del trabajo a casa era sagrada para Eudoro, la cumplía fielmente todos los días de su vida, exceptuando los sábados y domingos, los feriados y las dos semanas de vacaciones que, invariablemente, tomaba

en febrero. Por eso fue razón de alarma que un lunes de abril no llegara a su casa a las siete de la noche. Dos días después nada se sabía de Eudoro, ningún hospital lo había recibido como paciente, no se encontraba demorado en ninguna de las comisarías de la ciudad. Su secretaria insistió en que aquel lunes el señor Eudoro se había comportado con su corrección habitual, incluso le había indicado algunos trabajos importantes para el día siguiente. No había una sola carta, ni el mínimo dato que indicara qué podría haber pasado. La policía prometió que se iba a ocupar del caso, pero no cumplió con su promesa. La familia contrató los servicios de un investigador privado, pero fue un gasto inútil: tampoco ese detective consiguió la mínima pista de lo que podría haber sucedido con Eudoro. ¿Qué había pasado? Solo se sabía que un lunes de abril Eudoro dijo basta y, sin explicación alguna, abandonó a su mujer, a sus hijos, a sus amigos, a sus parientes, a sus vecinos y a la gran empresa en la que trabajaba. Hubo quienes dijeron que una misteriosa mujer lo había vuelto loco y que se había ido detrás de ella, hubo quienes negaron la existencia de esa mujer misteriosa y afirmaron que había viajado a Europa, a realizar esa excursión que tantas veces prometiera hacer con su familia. La primera teoría se derrumbó de inmediato: Eudoro no era de volverse loco por nada y menos aún por una mujer, misteriosa o no, la segunda teoría, que parecía posible, se vino abajo cuando descubrieron que Eudoro no había tocado un solo peso ni en su casa ni en la cuenta bancaria, todo estaba tal como lo había dejado el día anterior de su partida.

—¿Por qué se fue? —preguntó Octavio.

—Eso tendrá que resolverlo usted —dijo Artemio—. No es tan difícil, al menos sabe cómo finaliza la historia: el 19 de junio, Eudoro cumplirá cinco años de permanencia en El Lugar.

—Sí, pero, ¿qué pasó desde que abandonó el hogar y entró a El Lugar?

—Una buena pregunta —dijo Artemio—, usted tiene la respuesta.

—¿Yo? —preguntó Octavio—. No tengo un solo dato.

—Cuando no se tienen datos, se inventan —señaló Artemio—, lo que le dije de Eudoro es simplemente lo que se dice de él, puede que sea cierto o puede que no, nadie tiene la verdad. Eso lo autoriza a inventar, ¿me entiende? Tiene pista libre para mentir sin límites. Anímese.

—¿Y la mirada triste? —preguntó Octavio—. ¿Cuál es la razón de esa mirada?

No tuvo respuesta, porque justo en ese momento llegaron Braulio y Carmelo. Se los veía inquietos, entre risueños y preocupados.

—¿Es cierto? —preguntó Braulio.

—¿Es cierto qué? —quiso saber Artemio.

—Lo que anda diciendo uno de los cuatrillizos Malerba —completó Carmelo.

Artemio miró a ambos y sin abandonar su sonrisa complaciente, dijo:

—Estaba hablando con Octavio.

—¿Sobre lo que anda diciendo uno de los cuatrillizos Malerba? —preguntó Braulio.

—Hablabamos de Eudoro —dijo Artemio y, mientras se ponía de pie, agregó—: es la hora del almuerzo.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Artemio, Braulio y Carmelo caminaron hacia la mesa. Los cuatrillizos Malerba ya habían llegado, cada uno ocupaba el sitio que le correspondía. Hablaban entre sí en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. El mayor de los cuatrillizos saludó a Artemio, pero ignoró a Braulio, a Carmelo y a Octavio. Esta descortesía no pareció preocuparles. Braulio le dijo algo a Carmelo, habrá sido algo gracioso porque Carmelo se rio. Artemio devolvió el saludo y comenzó a comer en silencio. Octavio no tenía apetito, porque casi no tocó la merluza a la romana que le habían servido. Hasta los postres todo se desarrolló como otro almuerzo en La Sala, pero antes de que llegara el café, se oyó la voz del más burlón de los cuatrillizos Malerba. Artemio siguió comiendo como si no hubiera escuchado nada.

Braulio y Carmelo continuaban enfrascados en una de sus habituales discusiones, por lo que seguramente tampoco lo oyeron. Solo Octavio lo escuchó, pero como era la primera vez que oía algo así no se atrevió a preguntar.

—Mañana llega un nuevo Escogido —dijo el más burlón de los cuatrillizos Malerba.

.

Octavio se negó, dijo que era un privilegio que de ninguna manera le correspondía y ofreció una serie de pruebas que daban crédito a esa negativa. “Soy el más nuevo”, fue lo primero que dijo. Era rigurosamente cierto: hacía apenas cinco meses que había ingresado a El Lugar, sin embargo, el argumento sirvió de poco. “Necesitamos sangre joven”, proclamó un Escogido, que aparentaba la misma edad de Octavio. Esa demanda produjo un murmullo en gran parte de los que participaban de La Asamblea. Era imposible determinar si el murmullo era de aprobación o de rechazo. Frente a esa duda, el presidente de La Asamblea optó por no tenerlo en cuenta. Octavio habrá decidido que esa negativa era un punto a su favor, porque de inmediato agregó: “No tengo la necesaria experiencia”. Esta vez no hubo murmullo, pero una Escogida derrumbó lo que, hasta ese instante, parecía una verdad indiscutible, dijo que había que tener en cuenta la formidable capacidad de Octavio para captar tan rápido ciertas cosas de El Lugar. El elogio fue casi unánimemente compartido. Hubo un Escogido que, incluso, se permitió una broma: “Podríamos decir que Octavio se comportó como un niño prodigio”, dijo y, de inmediato, otro Escogido agregó: “Aunque lejos está de ser un niño”. Hubo risas que ayudaron a serenar el clima tenso que hasta ese momento imperaba en La Asamblea. Octavio se había convertido en el centro de atención, algo que, sin duda, lo llenaba de orgullo. Sin embargo, no se dejó dominar por la vanidad: agradeció los halagos, pero insistió con que él no estaba en condiciones.

—No se trata de estar o no estar en condiciones—dijo Artemio, sin abandonar la sonrisa complaciente, pero en un tono de voz severo—, se trata de una norma de El Lugar y usted, Octavio, que ya conoce casi todas esas normas, se supone que también conoce esta.

—Comprenda, Artemio —dijo Octavio—, es la primera vez que me pasa.

—Todos tuvimos una primera vez —intervino Eudoro.

—¡Todos! —repitió buen número de Escogidos y Escogidas, entre los que se encontraban Braulio, Carmelo, la señora Adela, la señorita Basilia, los cuatrillizos Malerba, incluso estaba Requejo, que no solía asistir a ese tipo de Asambleas.

Octavio agachó la cabeza, desorientado: un rato antes se habían multiplicado los aplausos y un rato después se multiplicaban las críticas. En eso, costaba reconocerlo, El Lugar parecía idéntico al Afuera. Levantó la cabeza y vio que Célica se había incorporado a La Asamblea.

—De acuerdo —prometió Octavio—, si todos alguna vez lo hicieron, también lo haré yo.

—¡Así se habla! —aprobaron a coro Braulio y Carmelo.

Seguramente, no era una aprobación que alegrara a Octavio, pero sirvió para que de inmediato se adhirieran otros Escogidos y otras Escogidas y, por supuesto, se calmaron los ánimos. La Asamblea había llegado a su fin, los Escogidos y las Escogidas se dispersaron, aunque no todos: aún quedaban Artemio, Braulio, Carmelo, los cuatrillizos Malerba y, algo más apartados, Célica y un Escogido, que Octavio no conocía, hablando de algo aparentemente muy divertido, al menos divertido para Célica, porque se reía con ganas. Podríamos decir que eso no le gustó a Octavio, pero supo disimularlo: Artemio estaba junto a él, fingir indiferencia era lo indicado.

—Ahora le explicaremos La Ceremonia —dijo Artemio, hizo una pausa y agregó—: en cuanto quedemos solos.

—¿Solo usted y yo? —preguntó Octavio.

—Y Braulio y Carmelo, ellos son parte del protocolo —dijo Artemio, como quien da una orden.

Sin duda, fue una orden, porque los cuatrillizos Malerba se marcharon de inmediato, cada uno a su respectivo cuarto. Lo mismo hicieron Célica y el Escogido que Octavio no conocía, aunque ellos caminaron en sentido contrario, todo indicaba que se dirigían hacia la pared donde se generaba la puerta de El Bar.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

—Usted supo ganarse un sitio en La Ceremonia —dijo Artemio—, tendrá que saber honrarlo.

Octavio asintió en silencio, aunque hasta ese momento solo tenía una vaga idea de eso que llamaban La Ceremonia.

—Escucho —dijo.

Y Artemio habló. Dijo que, como era habitual, Braulio y Carmelo cumplirían el papel de Asistentes.

—El mismo papel que tendrá que cumplir usted, Octavio —dijo.

¿Cuál era ese papel? Tal como el nombre indica, se refiere a alguien que asiste. ¿A quién o a quiénes asiste? Asiste al Oficiante, que regularmente solo es uno, aunque podrían ser dos o incluso tres.

—En esta oportunidad habrá un solo Oficiante —dijo Artemio y no fue necesario aclarar que él cumpliría ese papel.

¿Cuál era ese papel? Tal como el nombre indica, se refiere a alguien que oficia. Es decir, el que lleva a cabo La Ceremonia.

—¿Me entiende, Octavio? —dijo Artemio—, seré yo quien reciba al nuevo Escogido. A mí me toca ocupar el centro de la escena y a Braulio, a Carmelo y ahora también a usted, les toca ayudarme en El Oficio. Es necesario que algo le quede muy claro: bajo ningún concepto, ni usted ni Braulio ni Carmelo podrán ocupar ese centro, el de la escena, digo. ¿Entiende porqué es preciso ensayar paso a paso, movimiento a movimiento?

—Sí, entiendo —dijo Octavio.

Esa lacónica respuesta, que a simple vista suponía frialdad, realmente expresaba sosiego: habrá que admitir que Octavio por fin comprendía la razón de aquellos movimientos que tanto le extrañaron cuando entró en El Lugar. Ahora, a cinco meses de aquel ingreso, se convertía en una figura clave de La Ceremonia. Era natural que junto con el sosiego sintiera orgullo, pero, ¿por qué negarlo?, por encima del orgullo seguramente le preocupaba someterse al mandato, a los antojos de Artemio, como a todas luces sucedía con Braulio y con Carmelo.

—Hay algo que me preocupa —dijo.

Sin perder su sonrisa complaciente, Artemio quiso saber qué le preocupaba.

—La independencia —dijo Octavio.

—Tranquilo —dijo Artemio—, de ningún modo la perderá.

Con un gesto casi imperceptible, Octavio señaló a Braulio y a Carmelo.

—No quiero ser como ellos —dijo.

La sonrisa complaciente de Artemio se convirtió en una risa irónica, que podía ser de burla o tal vez de comprensión. Braulio y Carmelo también rieron, tampoco quedaba claro si se burlaban o lo comprendían.

—Tranquilo, Octavio, tranquilo —dijo Artemio—, usted nunca podrá ser como ellos, lo que usted teme jamás sucederá.

—¿Por qué?

—Por la nomenclatura —dijo Artemio—, por una simple razón de nomenclatura, usted es una Anomalía en El Lugar y, créame, eso puede ser una ventaja.

—Seguro es una ventaja —dijo Braulio.

—O no —dijo Carmelo—, no siempre es una ventaja.

Braulio, en clara actitud acusatoria, señaló a Carmelo con el índice de su mano derecha, pero no llegó a decir las palabras que naturalmente deberían acompañar a esa actitud, Artemio se lo impidió.

—Por favor, señores —dijo—, no es momento para discusiones. Debemos ensayar, mañana llega el nuevo Escogido.

—¿Sabemos cómo se llama? —preguntó Octavio.

—No, eso se sabrá mañana —dijo Artemio—, siempre es así.

Octavio aprobó con un gesto. Artemio repitió que debían ensayar y comenzó a dar las instrucciones: le indicó a Octavio que se ubicase a la izquierda de Carmelo, dijo que los dos deberían estar en línea recta y situó a Braulio unos centímetros adelante de esa línea. Observó cómo quedaba la escena y se dirigió a Octavio.

—Usted no parece prestar atención —le dijo.

—Es que hay algo que no entiendo —dijo Octavio.

—¿Qué es lo que no entiende? —preguntó Artemio, sin abandonar su sonrisa complaciente.

—Eso de la nomenclatura —dijo Octavio— y de que soy una Anomalía.

Artemio no disimuló un suspiro, tal vez de indulgencia, y le dijo que no se preocupara, que con el tiempo lo iba a entender. Es solo cuestión de tiempo, repitió y le pidió que se acercara un poco más a Carmelo. Octavio obedeció en silencio. “Tiempo es lo que sobra”, le dijo Carmelo, en voz muy baja. Eso era cierto: sobraba tiempo. Octavio puso atención en el ensayo. La Ceremonia de Bienvenida, le había contado Artemio, era de antigua data, seguramente desde el mismo día en que se fundó El Lugar, y desde entonces no había sufrido o gozado, según se mire, ningún tipo de modificación. A simple vista, parecía sencilla, pero lejos estaba de serlo, sobre todo para los Asistentes que, obligados a girar en torno al Oficiante, debían situarse siempre detrás de él, si por cualquier razón se adelantaran al Oficiante, La Ceremonia quedaba automáticamente suspendida, con el perjuicio que eso significaba. La posibilidad de que se produjera esa catástrofe exigía que los ensayos fueran extremadamente rigurosos: se hacía preciso cuidar el equilibrio de cada paso y controlar la armonía de cada movimiento. Artemio no aceptaba ni permitía el mínimo error.

—Hay que tener en cuenta —dijo— que ingresar en El Lugar es un acto único y venerado, algo que llevaremos con nosotros hasta el final de nuestros días.

Aunque algo ostentosa, la frase pareció conmover a Braulio y a Carmelo, también, ¿por qué negarlo?, a Octavio.

—¿Probamos otra vez? —preguntó con entusiasmo.

—Por supuesto —confirmó Artemio—, hasta que lo consigamos.

Conseguirlo demandó su tiempo. Los ensayos, por aquello de repetir y repetir, suelen tornarse aburridos, narrarlos aumentaría ese tedio. Solo señalaremos que tres horas después de que Octavio formulara su entusiasta pregunta, Artemio dijo:

—Lo conseguimos, mañana haremos una rápida prueba final, pero ya lo conseguimos.

Braulio, Carmelo y Octavio aprobaron en silencio. Imposible asegurar si era porque lo habían conseguido o porque estaban muy cansados. Sin decir una sola palabra, caminaron a sus respectivos cuartos. Octavio desechó su baño nocturno y se dejó caer sobre la cama. Ni siquiera tuvo tiempo de elegir alguna novia: esa noche durmió solo. No podemos decir que haya dormido en paz: se despertó muchísimas veces. Los nervios fueron más fuertes que el cansancio, no estaba seguro de superar la prueba a la que iba a someterse en pocas horas más. Se levantó antes de lo previsto, bajo el chorro de la ducha habrá pensado que alguna de sus novias podría acompañarlo en La Ceremonia de Bienvenida. Si lo pensó, fue un pensamiento sin sentido: con sus novias solo paseaba por las tardes y, según le habían dicho, el nuevo Escogido llegaría antes del mediodía.

Artemio esperaba el desayuno en silencio, tenía la vista fija en algún punto de La Sala y se notaba impaciente, tal vez por La Ceremonia que debía presidir en un par de horas. Braulio y Carmelo parecían embarcados en una de sus habituales discusiones. Octavio se sentó en el sitio de siempre y con su mano derecha hizo un saludo general. Solo le respondió el mayor de los cuatrillizos Malerba.

—Se quedó dormido —dijo Braulio.

—No suele pasarme —se disculpó Octavio—, el ensayo de ayer fue duro.

—No más duro que otras veces —intervino Carmelo.

—Es que en mi caso es la primera vez —volvió a disculparse Octavio.

—Siempre hay una primera vez —dijo Braulio.

—No siempre —dijo Carmelo.

—Siempre —insistió Braulio.

Artemio frustró la respuesta de Carmelo.

—Señores —ordenó—, terminen con el desayuno, el nuevo llega en una hora.

—¿La prueba previa? —preguntó Octavio.

—No habrá prueba previa —dijo Artemio.

Se produjo un silencio incómodo. Artemio, Braulio y Carmelo, ahora de pie, miraron a Octavio. No fue necesario que dijeran una sola palabra: Octavio se levantó, resignado a quedarse sin desayuno, y se ubicó al final de la fila que, encabezada por Artemio y precedida por Braulio y Carmelo, comenzó a caminar hacia el sitio en donde se celebraría el agasajo. A Octavio le habrá sorprendido la indiferencia de los Escogidos y de las Escogidas que en ese momento estaban en La Sala. Le preguntó a Braulio la razón de esa indiferencia, pero fue Carmelo quien le contestó. Dijo que era parte del protocolo establecido para las Ceremonias de Bienvenida. ¿Por qué había que mostrar indiferencia? Nadie, ni un solo Escogido ni una sola Escogida, podría responder a esa pregunta, la Ley había sido proclamada muchísimo tiempo atrás y, aunque ya no tenía ningún fundamento, se continuaba practicando con absoluto respeto.

Artemio, como Oficiante, Braulio, Carmelo y Octavio, como sus Asistentes, ocuparon el sitio, a treinta metros del pórtico que se abriría para darle entrada al nuevo Escogido. En cuanto lo vieran en el marco del pórtico, comenzaría La Ceremonia: Artemio avanzaría hacia el recién llegado, Braulio, Carmelo y Octavio debían seguirlo a respetable distancia. Los tres Asistentes tenían que estar atentos a lo que el Oficiante pudiera necesitar. Cada paso, cada movimiento del Oficiante, así como cada paso y cada movimiento de los Asistentes, estaba calculado con rigurosa cronometría. Un *ballet* laboriosamente ensayado que, ante los ojos de quien lo mirase, debía parecer una simple caminata de cuatro amigos al encuentro de un quinto que estaba esperándolos. Y así fue: el nuevo Escogido aguardaba en el pórtico.

—Me llamo Fulvio —dijo.

Era delgado, de casi un metro ochenta de altura. Tenía el aspecto de un galán cinematográfico de mediados del siglo XX. No había que hacer mucho esfuerzo para imaginarlo rudo con los hombres y galante con las mujeres. Octavio lo miró sin decir palabra, tal vez en una extraña mezcla de admiración y envidia. Artemio, Braulio

y Carmelo también lo miraron en silencio, pero es imposible descifrar lo qué experimentó cada uno mientras lo miraba.

—Bienvenido —dijo por fin Artemio.

Braulio, Carmelo y Octavio asintieron moviendo apenas la cabeza. Era tiempo de conocer a sus nuevos compañeros. Aunque decir “compañeros” tal vez no sea del todo correcto, si bien es cierto que tanto los Escogidos y las Escogidas eran hombres y mujeres que se acompañaban, habría que preguntarse si esa circunstancia les daba la categoría de compañeros. A Fulvio no parecía inquietarle ese interrogante, recibía cortésmente a los que se acercaban a saludarlo, para todos tenía una sonrisa franca y amable. Era un verdadero seductor. Así llegaron hasta el pasillo que lo llevaría a su cuarto. Artemio preguntó cuál le habían asignado.

—El 401 —dijo Fulvio y mostró la llave como quien muestra una credencial.

—Un buen cuarto —dijo Artemio.

—¿También estuvo en el 401? —preguntó Octavio.

Artemio acentuó su sonrisa complaciente.

—No, ahí nunca estuve, pero sé que es un buen cuarto —dijo.

—Está más cerca de La Sala —dijo Octavio.

Artemio no tomó en cuenta algo tan obvio y le pidió a Fulvio que lo acompañara. Era el momento de mostrarle su nueva habitación, se trataba de una formalidad de la que solo podían participar el nuevo Escogido y el Oficiante, ambos ingresaron al cuarto 401.

—Van a demorar un buen rato —dijo Braulio.

—Tal vez más que el habitual —dijo Carmelo.

—¿Por qué? —quiso saber Octavio.

—Porque sí —dijo Braulio.

O tal vez fue Carmelo quien lo dijo. Realmente, no tiene mayor importancia quien lo haya dicho, lo cierto es que los dos decidieron irse de ahí. Braulio fue a su cuarto, Carmelo prefirió caminar por la Sala, incluso invitó a Octavio a que lo acompañara. Octavio agradeció la invitación, pero dijo que estaba un poco cansado, que prefería ir a su cuarto. Era verdad que estaba cansado, aunque, podría asegurarse, no

era cansancio sino molestia lo que realmente sentía, una molestia fastidiosa, difícil de explicar. No fue a su cuarto, por algo más de quince minutos estuvo de pie en la entrada del pasillo. Sin duda, esperaba el regreso de Artemio. Solo había dos posibilidades: Artemio volvía a La Sala o iba directamente a su cuarto. Volvió a La Sala. Se detuvo frente a Octavio y quiso saber qué le pasaba.

—Nada, no me pasa nada —aseguró Octavio y de inmediato corrigió—, creo que hay algo que no hago bien, no sé qué es, pero hay algo que no hago bien.

—Hace todo bien —dijo Artemio, comprensivo—, lleva solo medio año aquí y en ese corto tiempo supo ganarse el respeto y la simpatía de todos, le aseguro que en La Sala no se ha deslizado una sola frase en su contra. Eudoro se alegra de haberlo conocido y lo mismo sucede con Requejo, aunque usted no asista con frecuencia a su Tertulia. Los cuatrillizos Malerba no han dicho nada, ni a favor ni en contra, algo positivo si tenemos en cuenta que esos cuatro siempre hablan mal de todo el mundo. En cuanto a Braulio y Carmelo, ya sabe cómo son: hacen bromas, pero le tienen alta estima.

—Sí, pero a Fulvio —comenzó a decir Octavio.

—¿Qué pasa con Fulvio? —lo interrumpió Artemio.

—Le dieron un cuarto más cerca de La Sala —dijo Octavio, en voz baja.

Seguramente, Artemio evitó reírse, aunque no lo consiguió del todo.

—Los cuartos se otorgan de manera aleatoria —dijo—, usted lo sabe.

—En El Lugar nada se hace de manera aleatoria, eso es lo que sé —dijo Octavio.

—Los cuartos sí —insistió Artemio—, los cuartos se otorgan de manera aleatoria. Es lo único que se otorga así. No me pregunte por qué, porque no lo sé.

Octavio aceptó callado, un silencio muy corto, porque de inmediato dijo:

—Seguramente el 401 es más grande que el 705, con más comodidades.

Artemio no pudo contener la risa.

—Los cuartos son todos iguales —dijo—, fueron construidos con precisión matemática, sin un solo milímetro de diferencia entre uno y otro. Le aseguro que el mío y el de Eudoro, el de Braulio y el de Carmelo y el del resto de los Escogidos y de las Escogidas, tienen las mismas dimensiones y los mismos muebles. Todos son iguales, el 401 y el 705 también, créame.

Octavio pareció tranquilizarse.

—¿Y las Escogidas qué opinan? —preguntó.

—¿De los cuartos?

—De mí, qué opinan de mí.

—Tanto la señora Adela como la señorita Basilia —dijo Artemio— tienen un alto concepto de usted.

—¿Y Célica? —preguntó Octavio.

Artemio por un instante borró su sonrisa complaciente.

—No suelo hablar con esa Escogida —dijo—, para mí su opinión no tiene la menor importancia, supongo que para usted tampoco.

—Sí, sí —admitió Octavio—. Era simple curiosidad.

—No olvide que la curiosidad mata al gato —dijo Artemio—. En media hora estará el almuerzo.

—¿Vendrá Fulvio? —preguntó Octavio.

—Por supuesto —dijo Artemio y se marchó con destino desconocido.

Octavio, con paso lento, indeciso, podría decirse, caminó a su cuarto. Entró y fue directo al placard, buscó la foto de Clementina y con ella se tiró sobre la cama. Un rato después, colocó la foto en el bolsillo superior de su camisa y se levantó de un salto: la llevaría a comer con él. Caminó hacia La Sala, otra vez seguro de sí mismo. Podríamos afirmar que esa seguridad le duró muy poco: la mesa octogonal, esa en la que rigurosamente se sentaban Artemio, Braulio, Carmelo, él y los cuatrillizos Malerba, se había transformado en una mesa eneagonal, el noveno lado lo ocupaba Fulvio.

En poco más de dos semanas, Fulvio había congeniado con numerosos Escogidos y, sobre todo, con numerosas Escogidas. Si exceptuamos La Tertulia de Requejo y los ocasionales encuentros en El Sitio de las Pantallas, la señorita Basilia no asistía a otras reuniones, ya fuesen colectivas o individuales. Por diferentes conjeturas, que no vale la pena detallar, porque solo son conjeturas, Fulvio logró que la señorita Basilia rompiera lo que hasta ese momento había sido su regla inquebrantable. Era común verlos juntos, conversando vaya a saberse sobre qué. Contrariamente a lo que podría suponerse, la señora Adela solía participar de esas charlas.

—*Mens sana in corpore sano* —dijo Fulvio en voz baja.

En esta ocasión ni la señorita Basilia ni la señora Adela lo acompañaban. Era lógico que no lo acompañasen, ni ellas ni ninguna otra Escogida: Fulvio pronunció la frase en latín en la mesa del desayuno. Artemio, Braulio, Carmelo y Octavio aún la ocupaban. Los cuatrillizos Malerba ya se habían marchado. Las tazas vacías y los platos con migas de pan, los pots con restos de manteca y dulce, los cuchillos, los tenedores y las cucharitas sucias aguardaban el ingreso de los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido. Aunque todo era silencio, Fulvio repitió otra vez en voz baja lo de la mente sana en el cuerpo sano.

—Sabias palabras —dijo Braulio—. ¡Oh, los griegos! Fuente de nuestra cultura.

—La frase es de los romanos —corrigió Carmelo.

—De los griegos —insistió Braulio.

—Es de Juvenal, de sus *Sátiras* —dijo Fulvio—. “*Orandum est ut sit mens sana in corpore sano*”.

Carmelo aprobó, Braulio no.

—Habrà que preguntarle a Requejo —dijo.

—Requejo. Ese nombre me suena, ¿quién es? —preguntó Fulvio.

—Es escritor —dijo Artemio—, Danilo Requejo, pero le decimos Requejo. La Administración lo autorizó.

—Si es escritor —dijo Fulvio—, conoce a Juvenal.

—Debería conocerlo —dijo Braulio.

—O no —dijo Carmelo.

Braulio estuvo a punto de contestar, pero Artemio lo detuvo.

—El jueves se lo preguntan —dijo.

—¿Por qué el jueves? —preguntó Fulvio.

—Porque es el día de La Tertulia —dijo Octavio.

—¿La Tertulia?

—Son reuniones... —comenzó a decir Braulio.

Fulvio lo interrumpió.

—Me lo explica después —dijo—, ahora tengo que ir a El Gimnasio.

—¿A El Gimnasio? —preguntó Octavio, sin disimular la sorpresa.

—Sí, El Gimnasio —dijo Fulvio, miró a Octavio y agregó—: usted debería ir, le vendría bien bajar unos kilos.

Sin duda, Octavio cada vez entendía menos.

—¿Qué gimnasio? —preguntó.

Fulvio hizo un gesto comprensivo.

—El de aquí —dijo—, es muy completo.

En los seis meses que Octavio llevaba en El Lugar era la primera vez que tenía noticias de un gimnasio. Nunca escuchó que Artemio, por las razones que fueran, se refiriera a un sitio dedicado a la salud y al cuidado del cuerpo. Los Mediadores jamás mencionaron un sitio de esas características, no lo hicieron durante el largo período de aprendizaje, tampoco en el examen final, aunque también es cierto que nunca habían mencionado a La Biblioteca o El Bar y, pese a ese silencio, Octavio podía dar fe de que ambas cosas existían: él había sido testigo de esa existencia.

—¿Dónde está El Gimnasio? —preguntó.

Fulvio pidió que lo siguiera, caminaron en silencio hasta llegar a una pared, a un sitio de esa pared, que Octavio recordaba bien.

—Aquí está La Biblioteca —dijo.

—Sí —dijo Fulvio— y junto a La Biblioteca, El Gimnasio.

—¿Junto? —preguntó Octavio.

—*Mens sana in corpore sano* —dijo Fulvio y apoyó la palma de su mano derecha sobre la pared.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

La puerta apareció de inmediato, con cinco aros entrelazados sobre su dintel. Los gimnasios son bochincheros: el chirrido de las bicicletas fijas y de las cintas caminadoras se mezcla con el bati-fondo de la música frenética y el grito incesante de los instructores. Aquí, en cambio, todo era silencio, un silencio idéntico al que Octavio había encontrado en La Biblioteca y en El Bar. El sol iluminaba al recinto de paredes blancas y piso gris. Octavio levantó la vista para buscar las claraboyas, pero no encontró nada: las paredes y el techo se unían sin dejar la mínima grieta.

—¿Es la luz del sol? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Fulvio y comenzó a caminar—, sígame, le mostraré los aparatos.

Octavio no se movió.

—¿Cómo puede ser? —preguntó.

—¿Cómo puede ser qué? —dijo Fulvio y se detuvo.

—No hay claraboyas —dijo Octavio— ¿Por dónde entra?

Fulvio lo miró, se diría que sorprendido por esa pregunta.

—¿Qué importa por dónde entra? —dijo—. Lo importante es que esté.

—Pero eso no puede ser —dijo Octavio.

—Es cierto, no puede ser —aceptó Fulvio—, pero es. A cualquier hora que venga, de día o de noche, va a encontrar esta luz, con la misma intensidad que ahora.

—No puede ser —insistió Octavio.

Fulvio no lo habrá escuchado o habrá decidido no darle importancia, porque se limitó a explicarle las ventajas de ese sol incesante.

Dijo que podía tomarse todo el tiempo, sin sufrir quemaduras de ningún tipo ni otros daños mayores, como el cáncer de piel, por ejemplo.

—Los Escogidos y las Escogidas son pálidos —dijo Octavio—. ¿No vienen a El Gimnasio?

—Le acabo de decir que este sol no afecta la piel, no quema —dijo Fulvio.

—No hay nadie —dijo Octavio.

—Estamos nosotros, sígame —dijo Fulvio.

Fue un pedido amable, con cierto tono de orden.

Octavio lo escoltó, obediente. Fulvio se comportó como un guía experto: le indicó cuáles eran las bicicletas fijas y cuáles las cintas para trotar, le explicó de qué modo operaban los aparatos para bíceps y de qué modo los destinados a las caderas, le habló de la importancia de los bancos de hombros olímpicos y de los bancos de abdominales, le reveló cuándo debían utilizarse las máquinas de remos, tanto para los miembros superiores como para los inferiores. Octavio parecía un alumno aplicado, prestando atención a las palabras de su sabio profesor. Pero, honestamente, solo era un gesto de cortesía, porque nunca le interesaron los gimnasios. Sin embargo, había conocido uno. ¿Fue por propia decisión o por consejo de un amigo? Es una pregunta sin respuesta, solo sabemos que aquella vez entró al gimnasio tímidamente y sabemos que un vigoroso instructor le anunció que primero harían bicicleta y después cinta. Ordenó que subiera a una bicicleta y comenzara a pedalear. Octavio pedaleó, acompañado por una música estridente y por los gritos que un entrenador les brindaba a sus dóciles discípulos. Diez minutos después, el instructor le ordenó que bajara de la bicicleta y subiera a la cinta caminadora. Octavio anduvo sobre ella, incluso trotó, durante otros diez minutos. El instructor dijo que era suficiente y anunció que harían bíceps, pero Octavio se negó, aseguró que estaba agotado. El instructor se ofreció a ser su *personal trainer*, Octavio dijo que era una excelente idea. El instructor dijo que lo esperaba mañana, pero Octavio no volvió nunca más. Y ahora

estaba en El Gimnasio, sin música estridente, sin nadie que gritara y con aparatos impecables que, a simple vista, jamás habían sido utilizados.

—Salgamos —pidió—, estoy cansado.

Fulvio sonrió, comprensivo.

—Es cierto, se nota —dijo—. Tal vez por la falta de práctica.

Octavio aceptó, resignado. ¿Había sido un error rechazar al *personal trainer*? Fulvio, con bastantes kilos menos y un cuerpo mejor cuidado, parecía mucho más joven.

—Le aconsejo un buen descanso —dijo—, hoy se excedió más de la cuenta.

—Sí —reconoció Octavio y con paso lento se dirigió a su cuarto.

¿Vale la pena repetir que tanto los Escogidos como las Escogidas eran libres de pasear por La Sala las veces que se les ocurriera? Poco importaba que lo hicieran solos o en compañía. Nada ni nadie les impedía ir a El Sitio de las Pantallas y proponer, ahí mismo, el desenlace para la serie que estuviesen proyectando. Gozaban de absoluta independencia, ya sea para disputar partidas de Damas o Dominó o para permanecer plácidamente sentados en algunos de los sillones de El Espacio de la Reflexión. Eran libres de ir a El Bar, incluso a El Salón Familias de El Bar, siempre y cuando, claro está, lo hicieran en pareja: Escogida con Escogido. Por el contrario, las Escogidas, solas o acompañadas por otras Escogidas, tenían acceso abierto a El Salón Familias. Esta exclusividad no regía ni para La Biblioteca ni para El Gimnasio: ahí podían asistir libremente Escogidos y Escogidas, solos o acompañados. *Mens sana in corpore sano*.

Pero no confundir libertad con libertinaje. Ciertas normativas no podían ignorarse. El trato diario debía ser de usted, el tuteo era una costumbre que definitivamente había quedado Afuera. Las caricias, los manoseos o cualquier otro modo de tocarse corrían la misma suerte, ni siquiera se permitían los roces, aunque fuesen fortuitos. Hay que reconocer que esa regla admitía cierta tolerancia: el encuentro de Octavio y Eudoro se había producido como consecuencia de un roce casual. Así lo aceptó La Administración y el asunto no pasó a mayores.

La merienda sucedió sin nada digno de contarse. Braulio, Carmelo y Fulvio fueron los primeros en dejar la mesa, poco después se fue Artemio y, casi al mismo, tiempo los cuatrillizos Malerba. Octavio quedó solo. En ese momento, el batallón de hombres y mujeres, con uniformes de color gris indefinido, ingresó en La Sala dispuesto a comenzar su tarea. Ni esos hombres ni esas mujeres prestaron

atención en Octavio, únicamente se interesaron por las tazas y los platos sucios, por los cubiertos y las migajas de pan, negro y blanco, por los restos de medialunas, de manteca y de grasa, y por los pots con dulce que habían quedado sobre las mesas. Aunque Octavio había visto infinidad de veces al equipo de limpieza, nos arriesgaríamos a decir que por primera vez advertía que esos hombres y esas mujeres no solo usaban el mismo uniforme, de color gris indefinido, sino que todos, además, tenían la misma cara: rostros inexpresivos, sin un mínimo rasgo que diferenciara a uno del otro. Se quedó en silencio, podríamos asegurar que más solo que nunca, viendo cómo, cumplido su trabajo, el perseverante ejército se marchaba en riguroso orden.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

La Sala volvió a su estado habitual. Artemio hablaba con un grupo de Escogidos que Octavio no conocía. Unos metros más allá, Braulio y Carmelo parecían discutir algo, aunque sin mucha pasión. La señora Adela y la señorita Basilia habían ocupado dos de los tres sillones cercanos a la pared donde se originaba la puerta de La Biblioteca. Parecían muy interesadas por lo que les decía Fulvio, sentado en el tercer sillón. Eudoro y los cuatrillizos Malerba se habrían quedado en sus habitaciones, porque no se los veía por ninguna parte. Célica estaba muy cerca de El Sitio de las Pantallas, hacia allí se dirigió Octavio.

—Tengo que hablar con usted —dijo.

Célica no pareció sorprendida.

—Lo está haciendo.

—No aquí —dijo Octavio.

—¿Dónde? —preguntó Célica—. En las habitaciones no lo permiten, ¿o es que quiere rebelarse?

Aparentemente, Octavio pasó por alto ese comentario.

—En El Salón Familias —dijo.

Célica aceptó con una sonrisa que bien podía ser de compromiso y fueron hacia donde, suponían, se originaba la puerta de entrada a El Bar. Cuando llegaron, Octavio apoyó la palma de su mano derecha en la pared. Su agnosticismo le habrá impedido pedir ayuda divina.

Por fortuna, no fue necesaria: apareció la puerta y se abrió. En El Bar nada había cambiado: el billar continuaba aguardando a los posibles jugadores; en la barra, el hombre solitario, de traje azul y sombrero gris, seguía sosteniendo una copa en su mano derecha, el otro hombre, también de traje azul y también con un sombrero gris, conservaba el cigarrillo entre los dedos índice y mayor de su mano derecha y la mujer pelirroja, con un vestido casi del color de su pelo, mantenía el antebrazo izquierdo apoyado en la barra y, por supuesto, el barman de chaqueta y birrete blancos persistía en su puesto. La Fonola (o cómo diablos se llamase ese mueble) mantenía su silencio y sus luces titilantes. Se dirigieron a El Salón Familias y eligieron la misma mesa que habían ocupado la vez anterior. Octavio esperó a que Célica se sentara, luego se sentó él.

—La escucho —dijo.

—Fue usted quien dijo que tenía que hablar conmigo —dijo Célica.

—Cierto, fui yo.

—¿Qué quería decirme?

—No sé —dijo Octavio, y, aunque parezca mentira, estaba diciendo la verdad.

—Este bar se parece al que iba con Clementina —dijo Célica—. ¿Por eso me invitó?

—¿Cómo sabe que yo iba a un bar con Clementina?

—Limítese a contestar lo que le pregunto —dijo Célica y, sin abandonar el tono marcial, repitió la pregunta—: ¿Por eso me invitó?

—El bar al que iba con Clementina no tenía Salón Familias —dijo Octavio, con cierto tono desafiante.

A Célica pareció no importarle.

—El reservado del primer piso era una especie de Salón Familias —dijo—. Elegían una mesa apartada y se sentaban uno junto al otro.

—El reservado del primer piso —repitió Octavio—. ¿Quién se lo contó?

—No me lo contó nadie.

—¿Solía ir a ese bar?

—Jamás fui, ni siquiera sé dónde queda.

—En la esquina de... —comenzó a decir Octavio.

—No me interesa dónde queda —lo interrumpió Célica—. Solo sé que ahí Clementina le contaba cosas y solo sé que usted se limitaba a escucharla. Es lo que hizo siempre: simular que escucha, hacer creer que se interesa por lo que le están diciendo.

—No es cierto —dijo Octavio.

—Usted sabe que es cierto. ¿Acaso no se sentaban uno junto al otro?

—No es cierto que yo simulaba escucharla.

Célica sonrió. Octavio habrá sentido algo difícil de explicar, podía ser sorpresa o, tal vez, horror: la sonrisa de Célica era idéntica a la de Clementina, al menos a la sonrisa de Clementina que él recordaba.

—No mienta, Octavio —dijo Célica—. Usted siempre fue un gran simulador, hábilmente se convertía en lo que cada mujer quería que fuese. Podía ser muchos hombres y en definitiva no era ninguno.

—No es cierto, con Clementina jamás simulé.

Célica, sin perder la sonrisa, afirmó moviendo la cabeza.

—Con ella fue con quien más simuló. Lo que usted ignora, mi pobre amigo, es que ella también simulaba. Ambos se necesitaban y ambos se mentían, hacían planes que jamás iban a cumplir. Sentados a una mesa como esta, hablaban en voz baja, a veces discutían, siempre se besaban, sin descanso y sin que les importara la gente que había en las otras mesas. Era una ceremonia íntima y la intimidad, como usted bien sabe, no admite testigos y, menos aún, curiosos.

—Clementina me quería —dijo Octavio—, yo también la quería.

—No mienta, Octavio, no vale la pena. Clementina necesitaba querer a alguien. Usted también, pero no pudo querer a nadie.

Célica había dejado de sonreír. ¿Podríamos decir que Octavio tuvo ganas de tomar sus manos, acariciar sus mejillas y besarla?

—Vamos —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Célica, en tono cálido, acaso sensual, al menos eso fue lo que Octavio habrá percibido.

—Salgamos de aquí —dijo.

—No soy Clementina —dijo Célica—, pero soy lo único que le queda.

—Vamos —repitió Octavio.

Esta vez Célica no preguntó adónde, cerró su blusa, dos botones se habían abierto durante la charla, y se puso de pie. Cruzaron El Bar en silencio y salieron. La puerta desapareció detrás de ellos. La Sala estaba tal como la habían dejado.

—¿Alguna vez volveremos a nuestro bar y a nuestra mesa? —preguntó Célica y se fue sin esperar respuesta.

¿Qué sintió Octavio en ese momento? ¿Espanto? ¿Conmoción? ¿Asombro? Célica había repetido, palabra por palabra, la misma pregunta que una tarde le hiciera Clementina: “¿Alguna vez volveremos a nuestro bar y a nuestra mesa?”.

Fulvio y los cuatrillizos Malerba mantenían una discusión acalorada, que se cortó en el preciso instante en que Octavio llegó a la mesa. Ese claro gesto de descortesía le habrá importado muy poco, porque saludó con un ligero movimiento de manos y ocupó su sitio. Artemio, Braulio y Carmelo aparecieron unos minutos después. El primer plato transcurrió en calma: Braulio y Carmelo no se ponían de acuerdo en una discusión acerca de los insectos. Braulio aseguraba que solo las cucarachas sobrevivirían a una explosión atómica. Carmelo decía que era un error darle tanto mérito a un bicho de esa calaña, que todos los insectos sobrevivirán a la explosión. Artemio, Fulvio, Octavio y los cuatrillizos Malerba comían en silencio, ajenos a ese debate. En mitad del segundo plato las cosas cambiaron. En un tono que solo denotaba curiosidad, Braulio se dirigió a Fulvio.

—¿La conocía a Célica? —preguntó.

Fulvio hizo una sonrisa cómplice.

—Estuvo charlando con ella —completó Braulio.

—Observador el hombre —dijo Fulvio—. No, no la conocía.

Artemio, que parecía ajeno a todo, dejó el tenedor a un costado.

—Parecían viejos amigos —señaló—, por el modo en que charlaban, digo.

—¿Viejos amigos? —dijo Fulvio— No, nada de eso.

La respuesta pareció satisfacer a todos, porque cada uno volvió a su plato. El almuerzo hubiese finalizado sin ningún contratiempo, pero Fulvio habló.

—Célica me recuerda a una mujer que quise mucho —dijo.

Artemio miró a Braulio y a Carmelo e hizo la pregunta que cualquiera de ellos podría haber hecho.

—¿Por qué le recuerda a esa mujer? —preguntó.

Fulvio mojó un trozo de pan en la salsa, lo llevó a la boca, lo saboreó como si se tratara de un bocado exquisito, lo tragó y dijo:

—Porque es idéntica a esa mujer que quise mucho.

—Clementina —murmuró Octavio, sin levantar la vista del plato.

Fulvio lo miró asombrado.

—¿Qué? —preguntó.

—Clementina —dijo Octavio—. ¿Esa mujer se llama Clementina?

Fulvio negó moviendo la cabeza.

—Herminia —dijo y se puso de pie—. Esa mujer se llama Herminia.

La mesa quedó en silencio, ¿por lo que Fulvio había certificado o porque no había nada para decir? Imposible precisarlo, lo único cierto es que primero se levantaron los cuatrillizos Malerba y casi de inmediato Braulio y Carmelo. Solo quedaron Artemio y Octavio. Artemio parecía interesado por un trozo de comida que continuaba en su plato. Lo miraba con el interés con que un biólogo observa a un organismo que acaba de descubrir. Sin quitar la vista del plato, se dirigió a Octavio.

—Se lo ve cansado —dijo.

—Fulvio me hizo conocer El Gimnasio —dijo Octavio.

Artemio no pareció sorprenderse.

—Ahora entiendo —dijo—, El Gimnasio no es para todo el mundo.

—¿Qué quiere decir con eso?

Artemio le brindó la más complaciente de sus sonrisas.

—Lo que acabo de decirle —dijo—, fíjese cómo se cansó usted.

—No pedaleé la bicicleta —dijo Octavio—, ni corrí ni caminé en la cinta, no hice remos, solo miré esos aparatos.

—Pero está cansado —dijo Artemio.

—¿Cansa mirar la bicicleta, la cinta o los remos? —preguntó Octavio, sin disimular el tono irónico.

—Depende de cómo los haya mirado —dijo Artemio.

—¿Cómo los haya mirado?

Artemio asintió y le aconsejó que diera un paseo por La Sala, dijo que eso lo iba a ayudar. Octavio rara vez rechazaba un consejo de Artemio, más aún si venía acompañado por su sonrisa complaciente. Dijo que sí y se marchó sin rumbo fijo, aunque esto no es del todo cierto: caminó directo hacia un par de sillones, estratégicamente situados en un ángulo de La Sala. Un sillón lo ocupaba Célica, el otro, Fulvio. Ambos parecían gozar de una placentera sobremesa, se reían, seguramente burlándose de algo o de alguien. ¿Se reían de él? Apuró el paso, dispuesto a preguntarles por el motivo de tanta risa. Oportunamente, Eudoro se cruzó en su camino.

—¿Qué es La Tertulia? —preguntó.

¿Era posible que después de más de cinco años en El Lugar, no supiera de esos encuentros organizados por Requejo? En El Lugar todo era posible. Octavio le explicó, detalladamente, qué era La Tertulia.

—Los jueves, después de la cena —completó.

—Me invitó Carmelo —dijo Eudoro— y como Carmelo es algo bromista, pensé que podía ser una broma, ¿usted qué opina?

—¿Qué opino? —repitió Octavio.

Célica y Fulvio ahora estaban frente a la pared que originaba la puerta de El Bar, y, aunque ya no reían, se los notaba contentos, felices, podríamos decir. Fulvio le hizo un gesto a Célica, imposible establecer qué significaba ese gesto, no olvidemos que Octavio estaba a muchos metros de ese sitio, aunque, pese a la distancia, pudo ver que Fulvio apoyaba la palma de su mano derecha en la pared, vio que aparecía la puerta y vio que, repitiendo la mímica de antiguos caballeros, le cedía el paso a Célica. No bien entraron, se borró la puerta.

—¿Qué opina? —insistió Eudoro.

—No dejaron de reír —dijo Octavio.

—Es lo que digo: no quiero que se rían de mí.

—Tampoco yo —dijo Octavio—. ¿Qué le parece Fulvio?

—¿Fulvio? —preguntó Eudoro—. Lo traté muy poco, pero parece buena persona.

—No crea en todo lo que ve —dijo Octavio.

—Precisamente por eso le pregunto por Carmelo. ¿Será una broma?

—No es ninguna broma.

Aunque resulte insólito, esa afirmación pareció tranquilizar a Eudoro, pero de ningún modo tranquilizó a Octavio. No había dejado de mirar la pared en la que se originaba la puerta de El Bar. En algún momento, Célica y Fulvio tendrían que salir.

—¿Todos los jueves? —preguntó Eudoro.

—Todos —dijo Octavio—, pero no es obligación ir a todos, no pasa nada si un jueves no va.

—El jueves iré —dijo Eudoro y se marchó.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Sin quitar los ojos de la pared, caminó hacia El Sitio de las Pantalallas. Ahí se detuvo, como si estuviese interesado por la discusión que en ese momento sostenían la señora Adela, la señorita Basilia y otros Escogidos y Escogidas que él no conocía. Meras apariencias, lo que de verdad le interesaba era la pared: desde el ángulo en el que se había ubicado podía mirarla sin despertar sospechas. Las voces y los gritos indicaban que la pelea estaba en su pico más alto. Pese a tanto furor, para Octavio, esas voces y esos gritos parecían no tener la menor importancia. Evidentemente, solo le preocupaba que la puerta de El Bar continuara sin aparecer. Disminuyeron los gritos y los ánimos comenzaron a calmarse, todo volvía a la normalidad: la señora Adela, la señorita Basilia y los otros Escogidos y Escogidas, desconocidos por Octavio, se dispersaron en paz y armonía. Octavio habrá comprendido que era ridículo quedarse ahí, mirando una pared muda. Caminó hacia su cuarto.

Encendió la luz, nada había cambiado, si exceptuamos su ropa, limpia y planchada, sobre la cama. Indistintamente, la podían traer por la mañana o por la tarde, en los momentos en que los Escogidos y las Escogidas desayunaban o almorzaban. ¿Y si algún Escogido o alguna Escogida decidía quedarse en su cuarto durante el desayuno o la merienda? En esos casos, no recibían la ropa. Octavio

recogió la camisa, el calzoncillo y las medias, fue hasta el placard y acomodó cada cosa en su sitio, después buscó el paquete en el que guardaba las fotos de sus novias. Miró hacia uno y otro lado y, con simulada indiferencia, comenzó a buscar una foto. ¿Por qué con simulada indiferencia? Seguramente porque continuaba pensando que lo vigilaban. Aunque no había descubierto un solo detalle que hiciera válida esa sospecha, entendía que era conveniente mantener ciertas precauciones. Se sentó en la cama y contempló la foto de Clementina. *Harikoa*, susurró. Era una voz maorí que significaba Felicidad. Ritualmente, Octavio y Clementina la repetían después de hacer el amor; solo ellos conocían esa palabra. Dejó la foto sobre la cama y miró el reloj, faltaba más de una hora para la merienda, tenía tiempo para un baño y una siesta reconfortantes. El baño fue reconfortante, la siesta no. Por largo rato estuvo en la cama, boca arriba, mirando el techo. Había apagado la luz, por lo que solo habrá visto sombras amontonadas. Era tiempo de ir a la merienda.

Artemio, Braulio, Carmelo y los cuatrillizos Malerba ya estaban en la mesa. Octavio ocupó su sitio y un rato después apareció Fulvio.

—Conocí a Requejo —dijo.

A los cuatrillizos Malerba, incluso al más joven de ellos, no pareció preocuparles esa noticia, tampoco les habrá preocupado a Artemio y a Octavio, porque continuaron con su merienda, como si no hubieran escuchado nada. Braulio y Carmelo, en cambio, dejaron las tazas y las medialunas de lado y, casi a coro, preguntaron:

—¿Cómo fue?

Fulvio no se molestó en contestar esa pregunta. Prefirió destacar algunas virtudes de Requejo e insistió con que ese apellido lo había visto en otra parte.

—Me invitó a La Tertulia —dijo.

—Lo felicito —dijo Artemio—, Requejo rara vez invita.

—Casi nunca —dijo Braulio.

—Nunca —agregó Carmelo.

Octavio tendría que aceptarlo: Requejo elegía a sus invitados, y a él no lo había elegido.

—¿Irás el jueves? —preguntó Artemio.

—Por supuesto —dijo Fulvio y se marchó.

Los buenos jugadores de póquer saben ocultar la carta ganadora y, sobre todo, evitar el mínimo gesto que pudiera denunciarlo. Octavio no era un buen jugador de póquer, pero ante la sospecha de que Fulvio se encontrase con Célica, se comportó como si realmente lo fuera: participó en una conversación intrascendente y hasta celebró con risas una insulsa broma de Carmelo. En algún momento, habrá considerado que era tiempo de jugar su carta, saludó a todos y fue en busca de Fulvio.

Anduvo por La Sala a paso tranquilo, devolviendo el saludo de quienes lo saludaban. A simple vista, Octavio era un Escogido que simplemente aguardaba la hora de la cena. En realidad, podemos asegurar, poco o nada le interesaba la próxima cena, su verdadera preocupación era encontrar a Fulvio. Un rato antes se había marchado, casi intempestivamente, y ahora no aparecía por ningún sitio de La Sala. ¿Habría ido a su habitación o estaría con Célica en El Bar, en El Salón Familias de El Bar? Se dirigió hacia la pared donde se originaba la puerta, pero de inmediato se detuvo: en El Salón Familias no permitían la entrada de hombres solos, tendría que ir con una mujer, pero la mujer que podría acompañarlo justamente en ese momento se encontraba ahí, con Fulvio. O no. Tal vez Fulvio había vuelto a su habitación. Entrar en un cuarto ajeno no estaba permitido, pero no había normativas que prohibieran esperar en la puerta, incluso golpearla. Apuró el paso rumbo a la habitación de Fulvio, pero una vez más detuvo su marcha: en sentido contrario venía Célica.

—¡Qué sorpresa! —dijo Octavio cuando estuvieron frente a frente.

No fue una simple frase de cortesía, realmente se trataba de una verdadera sorpresa, de una agradable sorpresa, podríamos agregar, que le dio alegría, que hizo que de pronto se sintiera bien.

—También para mí —dijo Célica.

No sería arriesgado decir que Octavio la vio más bella que otros días, más idéntica a Clementina que otros días. Seguramente tuvo

ganas de besarla, como tantas veces había besado a Clementina. Era imposible: en El Lugar estaba severamente prohibido. El beso y sus consecuencias fue el tema central de dos seminarios, incluso ocupó un espacio sobresaliente en el examen final.

—Podríamos tomar un café —dijo Octavio y señaló hacia la pared sobre la que se originaba la puerta de El Bar.

A Célica le pareció una magnífica idea. Así dijo: “magnífica idea”. Caminaron hacia la pared, Octavio apoyó la palma de su mano derecha en el sitio correcto, la puerta se abrió de inmediato. Entraron en silencio y se dirigieron a El Salón Familias. Nada parecía haber cambiado, aunque cuando pasaron cerca de la barra, ya no estaba el hombre que acompañaba a la mujer pelirroja. En El Salón Familias había dos mujeres que se marcharon antes de que Octavio y Célica llegaran a la mesa elegida.

—Solos —dijo Célica.

—Solos —repitió Octavio y la invitó a sentarse.

—Como en aquel bar, junto a Clementina —dijo Célica.

—A veces había gente —corrigió Octavio.

—Pero a ustedes no les importaba —dijo Célica, en un tono con cierta carga de irritación o, tal vez, de celos.

Octavio habrá decidido que eran celos. Tenía la carta de triunfo, o al menos eso supuso.

—Vine a hablar de Fulvio —dijo—, no de Clementina.

—¿Fulvio? —repitió Célica y parecía de verdad sorprendida.

—Sí, de Fulvio. Anda diciendo que usted se parece mucho a una mujer que él quiso.

—Lo sé —confirmó Célica—, a mí también me lo dijo.

—¿Clementina es esa mujer? —preguntó Octavio.

Célica negó moviendo la cabeza. Octavio la miró a los ojos, luego miró sus labios, eran idénticos a los de Clementina.

—Tenemos que irnos —dijo y se puso de pie.

Célica continuó sentada.

—Usted y Fulvio se parecen mucho —dijo.

Octavio disimuló un gesto, acaso de sorpresa o tal vez de confusión, y volvió a sentarse.

—¿Parecernos? —preguntó.

—Fulvio es como un álbum para usted —dijo Célica.

—¿Cómo un álbum?

—Sí —dijo Célica—, hablo de esos álbumes que guardan fotos viejas. Nadie se acuerda de ellos, hasta que un día, por casualidad o porque no tenía otra cosa que hacer, alguien los abre y comienza a recorrerlos, página a página, foto a foto, para reencontrarse con el niño, con el joven, con el hombre que alguna vez fue y que hace mucho dejó de ser.

—No entiendo —dijo Octavio.

—Fulvio tiene ciertas cosas que usted también tuvo, pero que un día perdió para siempre —dijo Célica—. O tal vez no, tal vez no las perdió y solo quedaron guardadas. Fulvio hace que vuelva a verlas, así como sucede cada vez que se mira un viejo álbum. Fulvio es su álbum.

—No tengo álbumes —dijo Octavio en tono burlón, se puso de pie y comenzó a caminar.

Célica lo acompañó unos pasos, de pronto se detuvo y casi en un murmullo, dijo:

—Sin embargo, conserva las fotos de sus novias.

—¿Quién le dijo eso?

—Usted me lo dijo, se lo dice a quien quiera escucharlo.

—Nunca se lo dije.

Octavio apuró el paso. En la barra el hombre de sombrero gris acompañaba nuevamente a la mujer pelirroja. Todo volvía a ser como la primera vez. Llegaron a la salida y cruzaron la puerta. Célica hizo una mueca, que pudo ser un saludo y se marchó. Caminó unos metros, se detuvo y giró apenas su cuerpo.

—El jueves, La Tertulia, no lo olvide —dijo.

Octavio nunca antes la había visto en La Tertulia, pero siempre hay una primera vez.

—El jueves —confirmó, con algo que pretendió ser una sonrisa.

Todo llega, también el jueves. Octavio decidió que lo acompañaría Jordana, a ella le gustaban las reuniones, sobre todo las de ese tipo. Buscó la foto y la guardó en el bolsillo derecho de su pantalón. Fue hasta el cuarto de baño y se detuvo frente al espejo: su cara no mostraba ningún contratiempo. Aprobó con un gesto y caminó rumbo a La Tertulia. Solo estaban Fulvio, la señora Adela y la señorita Basilia, las dos mujeres escuchaban lo que decía Fulvio, seguramente era algo gracioso, porque ambas reían, aunque había un modo distinto en la forma de reír de cada una. En ese momento llegó Célica. Es posible que Octavio haya pensado en ponerse de pie para recibirla, pero se contuvo, hubiera sido ir en contra de las reglas establecidas, solo la saludó agitando su mano derecha. Célica ignoró ese saludo y caminó hacia una de las sillas desocupadas. Poco después llegó Artemio, lo acompañaba Eudoro. Artemio excusó la ausencia de Braulio y de Carmelo, aunque no dijo por qué motivo se ausentaban, y presentó a Eudoro. Requejo se asombró al escuchar ese nombre.

—Se llama igual que el personaje de uno de mis cuentos —dijo.

Eudoro construyó un gesto, tal vez de orgullo o acaso de sorpresa.

—Aunque en realidad —continuó Requejo—, en el cuento ese personaje no tiene nombre, se lo conoce como el hijo del actor, un actor secundario de uno de esos radioteatros que ponían en las viejas emisoras. Para escribirlo me basé en un chico del barrio que se llamaba Eudoro, Eudoro Pacífico, ¡qué nombres, no!

—¿Qué pasa en ese cuento? —preguntó Célica.

—¡Oh, algo terrible! —dijo Requejo—. El asunto se centra en un álbum, el álbum donde el hijo del actor tenía guardadas las fotos de su padre, ahí estaba el actor junto a grandes figuras del cine y del teatro, con políticos importantes, incluso al lado del presidente de la nación. Una tarde, el hijo del actor invita a sus amigos a la casa y les muestra el álbum. Aquí es cuando se produce el quiebre: esos chicos envidiaban al hijo del actor, una envidia dormida que se despertará ni bien comienzan a mirar las fotos. Sin decir una sola palabra, los envidiosos conjugan un pacto: esperan a que el hijo del actor se vaya a otro cuarto y, pacientemente, rompen cada una de esas fotos.

Hubo diversos comentarios en torno a lo que habían hecho los protagonistas de ese cuento.

—El tema de hoy podría ser la envidia —dijo Fulvio.

Sorprendió la propuesta, no era habitual que un invitado, en su primera visita, formulara el tema a tratar, ese privilegio estaba reservado a los Escogidos y las Escogidas que hubieran asistido a un buen número de Tertulias. No era el caso de Fulvio. Sin embargo, la insolencia no pareció importarle ni a la señora Adela ni a la señorita Basilia y menos aún a Célica. Eudoro se mostró indiferente, una actitud comprensible, también él asistía por primera vez a La Tertulia y no tenía por qué conocer los reglamentos internos. Artemio y Octavio, que sí los conocían, no disimularon el desagrado. Más allá de lo que cada uno sintiera, todos miraron a Requejo, él era el único que podía rechazar o aprobar la propuesta de Fulvio. Requejo movió apenas la cabeza, en un claro gesto de consentimiento, a partir de ese momento desapareció la tensión. Fue la señorita Basilia quien primero habló, aunque en rigor de verdad no dijo nada importante, se limitó a asegurar que ella no envidiaba a nadie.

—Es un sentimiento ajeno a mí —proclamó.

Esa confesión no convenció a la señora Adela.

—No le creo, querida Basilia —dijo—, de una u otra manera, siempre hay algo que envidiamos, ya sea persona o cosa.

Eudoro, en un tono más bajo de su tono habitual, adhirió a las palabras de la señora Adela.

—En mi caso —dijo—, tal vez envidia que el personaje del cuento se llame como yo.

—Se llamaba —dijo Requejo—, el Eudoro real murió hace mucho.

—Pero está vivo en el cuento —dijo la señorita Basilia y miró a Requejo en busca de su aprobación.

Requejo no tuvo tiempo de aprobar nada, las palabras de la señora Adela se lo impidieron.

—Querida Basilia —dijo—, le recuerdo que al personaje del cuento nunca se lo nombra.

La señorita Basilia, digamos que desorientada, miró a Requejo.
—Nunca —confirmó Requejo.

Eudoro bajó la cabeza, con el evidente propósito de ocultar su desencanto. Artemio le brindó un gesto que podría ser de comprensión o de apoyo, después se dirigió a Requejo y dijo que sería bueno recordar que la envidia es uno de los siete pecados capitales, y, para fortalecer su información, agregó que había sido el papa San Gregorio Magno, quien a finales del año 500 así lo había dispuesto. Este testimonio no borró el desaliento en la cara de Eudoro. Algo que, ciertamente, no pareció preocupar ni a la señora Adela ni a la señorita Basilia, tampoco a Octavio, a Célica y a Fulvio. La señorita Basilia preguntó si había sido por envidia que Caín mató a Abel. Fulvio dijo que la Biblia lo revelaba claramente, Génesis, Capítulo 4, Versículo 8, agregó categórico, pero cerró sus palabras con un “querida Basilia”, inadecuado para ese momento. A la señorita Basilia pareció no importarle, porque le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Tal vez alentado por esa sonrisa, Fulvio dijo:

—Parece que tuviéramos miedo de enfrentar a la envidia. Es un sentimiento exclusivamente humano, no creo que un oso hormiguero envidie la agilidad de una pantera, incluso estoy seguro de que San Gregorio Magno tuvo sus momentos de envidia, aunque después la haya decretado un pecado capital. Los chicos de su cuento, si me permite, Requejo, son unos pobres infelices que envidian lo que tiene el hijo del actor, porque ellos jamás podrán tenerlo.

Célica miró a Fulvio y le ofreció un aplauso de aprobación. Sin dejar de aplaudir, dijo:

—Mirar álbumes despierta rencores, revive envidias.

—Es cierto —completó Fulvio—, muestra lo que alguna vez tal vez tuvimos y ya no podremos tener.

La señora Adela estuvo a punto de decir algo, pero Célica habló antes, se dirigió a Octavio y en tono cálido le preguntó:

—¿Puede decirnos qué piensa usted de la envidia?

—Preferiría no hacerlo —dijo Octavio con respetuosa lentitud y desapareció mansamente.

La Biblioteca podía ser un buen refugio. Octavio se levantó antes de finalizar su desayuno, saludó con una mueca amable a Artemio, a Braulio, a Carmelo, a Fulvio, incluso a los cuatrillizos Malerba, y, a paso rápido, caminó hacia la pared sobre la que se originaban la puerta de La Biblioteca y la puerta de El Gimnasio. Comprobó que nadie lo había seguido y por fin, con un gesto cauteloso, llevó su mano derecha hacia la pared. ¿Por qué con un gesto cauteloso? Porque un mínimo error abriría la puerta equivocada. En este caso, la puerta equivocada era la de El Gimnasio. Ese sitio, de sol perpetuo, no era el más adecuado para encontrar refugio. La Biblioteca sí. ¿Pero de qué o de quién buscaba refugiarse Octavio? Solo él lo sabía. Apoyó la palma de su mano derecha en la pared y no disimuló el suspiro de alivio: la puerta que apareció tenía, sobre su dintel, una leyenda en latín: *Si hortum in bibliotheca habes deerit nihil*. Sujetó el picaporte, lo giró hacia la izquierda y entró. Todos los libros, del mismo tamaño y con el mismo lomo, persistían agrupados sobre los pacientes anaqueles. Caminó hacia las pantallas de las computadoras, aunque no sabía qué libro elegir. Realmente, no iba en busca de un libro, sino de ese silencio y de esa paz que únicamente brindan las bibliotecas. Aquí habría que hacer un inciso: también El Gimnasio y El Bar brindaban el mismo silencio de La Biblioteca, aunque acaso no la misma paz. Lo que llevaría a una pregunta: ¿el silencio y la paz sirven para refugiarse? Definitivamente, no. Permaneció un buen rato de pie, atento al mismo mensaje que se reflejaba sobre la pantalla de cada computadora. “Estamos para ayudarte”, leyó una y otra vez, pero no logró saber de qué modo conseguir esa ayuda. Negó con resignados movimientos de cabeza y se marchó convencido de que, efectivamente, había hecho un viaje inútil.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

En La Sala, a simple vista, nada había cambiado: Requejo continuaba apoltronado en su sillón, parecía dormitar. Buscó a Célica, pero no la encontró, ¿estaría en El Salón Familias con Fulvio? Vio a Artemio, muy cerca del corredor que conducía a las habitaciones, lo rodeaba un grupo de Escogidos y de Escogidas que lo escuchaban en silencio, obedientes, podría decirse. Miró hacia El Sitio de las Pantallas, Braulio y Carmelo se habían acomodado frente a una de ellas, los acompañaba la señora Adela, pero no estaba la señorita Basilia. Esto podría tildarse de insólito ya que, invariablemente, las series las veían juntas. ¿La señorita Basilia estaría en su cuarto, quizá descansando o tal vez sobrellevando algún pequeño trastorno? Nada de eso, la señorita Basilia estaba con Fulvio, los dos ocupaban una mesa, en el sitio más apartado de La Sala. Charlaban como buenos amigos, bajo los cánones de amistad que admitía El Lugar. Fulvio acompañaba sus palabras con gestos cordiales, incluso cariñosos. La señorita Basilia seguía con interés a esas palabras y a esos gestos, a veces aprobaba en silencio.

Suele suceder que cuando alguien fija su atención en un lugar preciso, descuida lo que ocurre más allá de ese lugar. Esto fue lo que pasó con Octavio: concentrado en Fulvio y en la señorita Basilia, no advirtió que Eudoro estaba detrás, recién supo de su presencia cuando hizo la pregunta.

—¿Por qué le dicen señorita? —preguntó.

Octavio giró el cuerpo, su cara mostraría desconcierto. Eudoro completó.

—A Basilia —dijo—. ¿Por qué le dicen señorita?

—Porque es señorita —dijo Octavio.

—Pero a la mujer que la acompaña —dijo Eudoro—, le dicen señora, señora Adela.

—Porque es señora —dijo Octavio.

—No parece convencido —dijo Eudoro.

—¿Convencido de qué? —preguntó Octavio.

—De que Adela sea señora y de que Basilia sea señorita.

—Así me las presentaron —dijo Octavio.

—No hay que quedarse con lo primero que le digan —señaló Eudoro.

Octavio estuvo un buen rato en silencio, se diría que buscando las palabras adecuadas, finalmente preguntó:

—¿Cuánto hace que está en El Lugar, Eudoro?

—Cinco años, tres meses, dos semanas y cuatro días—dijo Eudoro.

—¿Por qué después de tanto tiempo recién ahora hace esa pregunta?

La respuesta de Eudoro fue inmediata:

—Porque es la primera vez que veo a la señorita Basilia comportándose de ese modo con un Escogido.

Podríamos afirmar que esa anormalidad también preocupaba a Octavio, aunque no por el comportamiento de la señorita Basilia sino por la conducta de Fulvio. ¿Qué artimañas habría puesto en práctica para conseguir que la señorita Basilia transformara su timidez en osadía? Era como si mediante un pase mágico la hubiera convertido en una copia de Célica. Fulvio estaba trastornando el orden de El Lugar.

—Tal vez conoce el secreto para conquistar mujeres —bromeó Octavio.

—Tal vez —reconoció Eudoro—, pero en los cinco años, tres meses, dos semanas y cuatro días que estoy en El Lugar, nunca vi a la señorita Basilia comportarse de ese modo.

—No es para tanto —dijo Octavio—, solo se ríe de las cosas que le dice Fulvio, ni siquiera se tocan.

Eudoro dejó de mirar hacia la mesa que ocupaban Fulvio y la señorita Basilia y miró a Octavio.

—¿Se está burlando? —preguntó, sin disimular su enojo—. Usted bien sabe que no debemos tocarnos.

—Nosotros nos conocimos gracias a un roce —dijo Octavio. Eudoro pasó del enojo al temor.

—Olvidemos eso —dijo como quien suplica—, por favor.

—Está olvidado, Eudoro —dijo Octavio, sonriendo—, solo fue una broma.

—Hay que evitar ciertas bromas.

—Las evitaremos —concedió Octavio—. ¿Por qué se preocupa tanto por la señorita Basilia?

Eudoro agachó la cabeza, no se puede decir que estuviese a punto de llorar, pero daba esa impresión.

—Es que ahora me costará decirle señorita —confesó—. Es como si me hubiera engañado.

La congoja de Eudoro era auténtica, o al menos así parecía. ¿Acaso estaba secretamente enamorado de la señorita Basilia? Imposible, el amor era un sentimiento ajeno a El Lugar y Eudoro tenía más de cinco años de residencia. “El corazón tiene razones que la razón desconoce”, había leído Octavio al dorso de un boleto de colectivo o en un envase de chokolatines. Los boletos de colectivo y los chokolatines hacía mucho que no existían, pero la frase continuaba vigente.

—¿Siente algo por la señorita Basilia? —preguntó.

En la mirada de Eudoro ya no había temor, tal vez había indignación o sorpresa.

—¿A qué viene esa pregunta? —quiso saber.

—Acaba de decir que se siente engañado.

—Usted no entiende nada —dijo Eudoro.

Todo indicaba que Octavio iba a preguntar qué era lo que no entendía, pero no fue así, porque justo en ese momento Fulvio y la señorita Basilia se levantaron de la mesa y caminaron hacia la pared sobre la que se originaba la puerta de El Bar. ¿Seguirían la charla en El Salón Familias? Nada de eso: Fulvio detuvo su marcha y se inclinó ante la señorita Basilia. Fue un gesto reverencial, que tenía mucho de grotesco, a la señorita Basilia no le habrá parecido así, porque lo celebró con una risa chillona, algo desfachatada.

—Nunca la vi reír de ese modo —dijo Eudoro.

Octavio habrá sentido pena por Eudoro, o tal vez algo cercano a la pena. ¿Qué se hace en estos casos? Octavio no hizo nada, vio que Eudoro se marchaba y vio que en sentido contrario venía Artemio.

—¿Qué le anda pasando? —preguntó ni bien estuvo frente a Octavio.

—¿A Eudoro?

—No, a usted. Lo noto algo desorientado.

—Nada, no me pasa nada —dijo Octavio.

Esa podría haber sido una respuesta satisfactoria y cada uno podría haber seguido por su camino, pero Octavio señaló hacia donde estaban Fulvio y la señorita Basilia.

—¿Qué piensa de Fulvio? —preguntó.

—No suelo pensar en Fulvio —dijo Artemio.

—Tampoco yo —dijo Octavio—, pero me preocupa cómo se comporta con la señorita Basilia.

Artemio miró a Octavio. Imposible definir qué había en esa mirada. Tal vez podría ser la de un maestro de ajedrez en el instante de decidir su próximo movimiento.

—¿Qué le preocupa, Octavio? —preguntó—. ¿El poder de seducción de Fulvio?

Octavio aprobó con un leve movimiento de cabeza.

—Es cierto —reconoció Artemio—, Fulvio sabe cómo seducir. Y no solo a las Escogidas, habrá notado que se lleva de maravilla con los cuatrillizos Malerba, y no es fácil llevarse bien con los cuatrillizos Malerba. Le aseguro que es la primera vez que veo algo así.

—Hace muy buenas migas con Célica —dijo Octavio.

Artemio sonrió, pero su sonrisa ya no era complaciente.

—No es ningún mérito —dijo—, Célica hace buenas migas con todo el mundo.

Definitivamente, había sido una sonrisa despectiva. Octavio señaló a Fulvio y a la señorita Basilia.

—¿Con ella es un mérito? —preguntó.

Artemio esta vez no sonrió, hizo una mueca que podía ser de preocupación o disgusto.

—Es un mérito —reconoció—, a la señorita Basilia jamás la vi de ese modo.

—¿Cómo?

—Parece dispuesta a reír por todo lo que no rio en su vida.

—¿La señorita Basilia tuvo una vida triste?

La sonrisa complaciente volvió a aparecer en los labios de Artemio.

—¡Ay, Octavio, Octavio! —dijo—, parece que usted no quiere entender que el Afuera aquí no importa. Hace más de seis meses que está en El Lugar, ¿en todo ese tiempo alguien le preguntó cómo era usted Afuera?

Octavio iba a contestar, pero se detuvo, tal vez porque no tenía la respuesta correcta o porque en ese momento llegaron Braulio y Carmelo, venían eufóricos, derrochaban alegría: acababan de ver el último capítulo de una serie que seguían desde hacía muchos meses.

—Cinco —dijo Braulio.

—Siete —corrigió Carmelo.

Luego de una discusión que se prolongó por algunos minutos, acordaron que la habían seguido a lo largo de seis meses.

—La señora Adela y la señorita Basilia no se perdían un solo capítulo —dijo Braulio.

—Pero justo hoy —dijo Carmelo—, en el último, la señorita Basilia no vino.

—Le preguntamos a la señora Adela por qué no estaba la señorita Basilia —dijo Braulio.

—Ellas siempre están juntas —dijo Carmelo.

—Pero la señora Adela no contestó —dijo Braulio—, como si no nos hubiera oído.

—¡Bien que nos oyó! —dijo Carmelo.

—No dije que no nos oyó —se indignó Braulio—, dije como si no nos hubiera oído. El subjuntivo, Carmelo, el subjuntivo.

Artemio levantó la mano derecha para detener la respuesta de Carmelo y con esa misma mano señaló el sitio en el que se encontraban Fulvio y la señorita Basilia.

—Ahí está —dijo.

—A la vista de todos —completó Octavio.

No es fácil explicar qué sintieron Braulio y Carmelo. Braulio no disimuló su disgusto, del mismo modo que Carmelo no ocultó

su alegría. Incluso se atrevió a decir una frase que ni Artemio ni Octavio escucharon, o decidieron no escuchar, pero que, evidentemente, aumentó el disgusto en Braulio.

—Las formas, Carmelo, por favor, las formas —dijo.

Por un buen rato, Carmelo habló de las formas, dijo que hay formas naturales, que provienen de la propia naturaleza, y que hay formas artificiales, que son las creadas por los seres humanos, dijo que hay formas geométricas y formas orgánicas, hay formas bidimensionales y tridimensionales, las hay simples y las hay compuestas, hizo una pausa y preguntó:

—Honestamente, Braulio, ¿pensó que alguna vez veríamos esto?

—Nunca —aceptó Braulio.

Parecían estar de acuerdo, eso habrá alarmado a Artemio.

—¿Qué es lo que imaginaron que jamás verían? —preguntó.

Braulio y Carmelo señalaron a Fulvio y a la señorita Basilia que, ajenos a esa señal, continuaban hablando y riendo.

—La risa —dijo Braulio.

—Es la primera vez que la señorita Basilia se ríe de esa manera —dijo Carmelo.

—Y es la primera vez que no está con la señora Adela —completó Braulio.

Se produjo un silencio, no largo, pero sí incómodo. Octavio habrá supuesto que había que romperlo, porque preguntó:

—¿Fulvio es el responsable de ese divorcio?

—¿Y quién si no? —dijo Braulio.

—Hay que reconocerle sus méritos al recién llegado —dijo Carmelo.

—Logró lo que parecía imposible —completó Braulio.

Octavio aprobó en silencio, aunque seguramente ignoraba qué era lo que parecía imposible. La intervención de Artemio tampoco ayudó.

—Señores —dijo—, creo que exageran.

Braulio o tal vez Carmelo, ya que ambos hablaron al mismo tiempo, dijeron que no exageraban en nada y le preguntaron a Artemio

cuándo, en qué momento, había visto a la señorita Basilia comportarse de ese modo. Artemio pensó, o al menos hizo el ademán de pensar, y, por último, sin perder su sonrisa complaciente, reconoció que nunca la había visto así. Todo indicaba que Braulio y Carmelo aplaudirían en señal de triunfo, pero nada de eso sucedió, incluso disimularon la natural alegría que produce una victoria, en definitiva, también los líderes tienen derecho al error. Se había recuperado la armonía: Artemio, Braulio, Carmelo y Octavio comenzaron a charlar de asuntos sin importancia. Entretenidos en esa charla, dejaron de prestarle atención a los movimientos de Fulvio y la señorita Basilia. No vieron que se habían levantado de sus respectivos sillones. No vieron que, sin dejar de hablar y reír, se dirigieron hacia el pasillo de entrada a las habitaciones. No vieron que Fulvio, con ademanes solemnes, se despedía de la señorita Basilia, y, lo que es peor, no vieron que Fulvio caminaba hacia donde estaban ellos, entretenidos en una charla sin importancia.

—Mujer inquietante —dijo cuando llegó.

Artemio supo disimular la evidente sorpresa.

—No sé a qué mujer se refiere —dijo.

Braulio, Carmelo y Octavio no dijeron una sola palabra, pero quedaba claro que tampoco ellos sabían a qué mujer se refería.

—¡Señores! Saben a qué mujer me refiero —dijo Fulvio—, la señorita Basilia.

—¡La señorita Basilia! —repitió Braulio, como si recién en ese momento lo advirtiera.

—Sí, la señorita Basilia —dijo Fulvio—, no dejaron de mirarla y de mirarme.

El clima se había puesto tenso. Similar al que imperaba en El Sitio de las Pantallas, ahí era lógico, casi natural, podríamos decir, en definitiva, se trataba de un rincón en el que se discutía y las discusiones exigen un clima tenso que, bajo ningún concepto, podía trasladarse al sector de La Sala en el que en ese momento estaban Artemio, Braulio, Carmelo, Fulvio y Octavio.

—No lo mirábamos a usted —dijo Artemio—, mirábamos la risa de la señorita Basilia.

Fulvio dio un paso atrás, cerró los ojos y agachó la cabeza. ¿Era un gesto de servidumbre o el gesto de alguien que piensa? Ni lo uno ni lo otro, se trataba de un gesto de transformación: la mueca severa de Fulvio, su rictus agresivo, se convirtió en un ademán amable, definitivamente afectuoso.

—Tiene una risa especial —dijo.

Había vuelto la paz.

—Nunca la habíamos visto reír así —dijo Braulio.

—¿Nunca? —preguntó Fulvio y parecía de verdad sorprendido.

—Nunca —confirmó Carmelo.

—Es la primera vez que está separada de la señora Adela —dijo Braulio.

Para cualquiera que los viese de lejos, Artemio, Braulio, Carmelo, Fulvio y Octavio formaban un quinteto entretenido en una charla amigable, pero si el que los había visto de lejos se acercara y, sobre todo, los escuchara, advertiría que se trataba de un trío, formado por Braulio, Carmelo y Fulvio, que hablaban sin descanso, y un dúo, formado por Artemio y Octavio, que permanecían en silencio, ajenos a lo que decían Braulio, Carmelo y Fulvio.

—Sí —dijo Fulvio—, algo me habló de la señora Adela.

—¿Qué fue lo que le dijo? —preguntó Braulio.

Fulvio giró la cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha, vigilando el entorno. En rigor de verdad, una precaución innecesaria: solo Artemio, Braulio, Carmelo y Octavio podían escucharlo. Sin embargo, por alguna razón que únicamente Fulvio conocería, demoraba la respuesta.

—¿Qué fue lo que le dijo? —repitió Braulio.

Fulvio otra vez giró la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha, estuvo un instante en silencio y por fin habló:

—Lo siento —dijo—, no puedo contarles nada.

Braulio y Carmelo no ocultaron su decepción, pero antes de que alguno de los dos pudiera decir algo, Fulvio agregó:

—No puedo contarles nada de la señora Adela, pero puedo hablarles de Eudoro, también hablamos de Eudoro.

No era un canje beneficioso, pero algo es mejor que nada.

—¿También hablaron de Eudoro? —preguntó Braulio, en tono indiferente.

Fulvio afirmó moviendo apenas la cabeza, esa mínima acción bastó para que ambos grupos se unificaran. Artemio habrá escuchado las palabras de Fulvio, habrá visto su gesto, porque preguntó:

—¿Qué hablaron de Eudoro?

Fulvio sonrió, bajó el tono de voz y, como quien revela un secreto, dijo:

—La señorita Basilia tiene una especial simpatía por Eudoro.

Artemio lo miró fijo, su sonrisa continuaba siendo complaciente, aunque ahora tenía cierto aire inquisidor.

—¿Qué debemos entender por simpatía? —preguntó y sin esperar respuesta, agregó—: Eso puede ser peligroso.

—Nada que temer, Artemio —dijo Fulvio—, cuando digo simpatía no digo más que eso: simpatía. Dijo que le parecía una persona muy amable, muy gentil, muy educada; incluso me dijo que hasta le caía bien a la señora Adela.

Aparentemente, era el fin de la charla, Fulvio había decidido no decir nada acerca de la señora Adela y en lo que respecta a la señorita Basilia se había limitado a decir que tenía una especial simpatía por Eudoro. Si solo se tratara de eso, no había de qué preocuparse, en pocos minutos el grupo se separaría, y cada cual a lo suyo, pero no fue así, porque Artemio le habló a Fulvio.

—Muy gentil, muy amable, muy educado —dijo—, ¿así es como la señorita Basilia ve a Eudoro?

—Así, exactamente así —dijo Fulvio—: gentil, amable y educado.

Acentuando su sonrisa complaciente, Artemio preguntó:

—¿La gentileza, la amabilidad, la educación de Eudoro provocan risa?

Fulvio hizo el gesto de no entender, gesto que también podrían haber hecho Braulio, Carmelo u Octavio; seguramente, tampoco ellos entendían.

—Usted y la señorita Basilia se rieron todo el tiempo —aclaró Artemio—. ¿También rieron cuando hablaron de Eudoro?

—La risa es salud, estimado Artemio —dijo Fulvio.

—También es burla, estimado Fulvio —dijo Artemio.

¿Podríamos asegurar que otra vez se había originado un clima tenso? Todo indicaba que sí. Tal vez por eso, Braulio, en clara actitud conciliatoria, se largó a hablar de la risa y de sus virtudes, enumeró las bondades del buen reír, incluso citó un refrán: “quien de todo ríe bien vive”. Las buenas intenciones de Braulio tuvieron su fruto.

—Nunca nos burlamos de Eudoro —dijo Fulvio—, solo recordamos algunas de sus cosas y eso provocó risa, pero siempre fue una risa amable.

—¿Qué es una risa amable? —preguntó Carmelo.

En el caso de que fuera posible explicar qué es una risa amable, Fulvio no tuvo tiempo de explicarlo porque, sorpresivamente, intervino Octavio.

—Eudoro me habló de la señorita Basilia —dijo y cosechó la mirada del resto del grupo.

—¿Qué le dijo? —preguntó Artemio.

—Nada importante, pero estaba preocupado por la risa de la señorita Basilia.

—Todos lo estamos —admitió Braulio—, pero ¿qué más le dijo?

—Muchas cosas, que no viene al caso repetir —dijo Octavio. Hizo una pausa y agregó—: parecía de verdad dolorido.

—¿Dolorido? ¿Por qué? —preguntó Braulio.

—¿Por qué va a ser? Por la risa de la señorita Basilia —dijo Carmelo.

—No solo por eso —dijo Octavio—, también dudó de su virginidad.

Fulvio rio, en este caso, fue una risa desagradable, ofensiva.

—¡Por favor, señores! —dijo—, la virginidad es un mito.

—¡Un poco de respeto! —exigió Artemio.

A partir de esa advertencia se inició una acalorada discusión en torno a la virginidad, ya no de la específica, aunque dudosa,

virginidad de la señorita Basilia, sino de la virginidad como concepto a través de los siglos. Braulio trazó un análisis, en realidad, una crónica, acerca de cómo se entendía en diferentes culturas y en distintas épocas. Fulvio habló de las Vestales romanas y Carmelo recordó el misterio de María. Octavio fue algo más contemporáneo, habló de Sicilia, de la exhibición de la sábana ensangrentada, y Carmelo dijo que él no creía en la virginidad. Fulvio le respondió que no era una cuestión de fe e hizo un gesto desagradable con las manos. La discusión amenazaba con crecer en un tono inadecuado para La Sala, pero, por fortuna, intervino Artemio.

—La señorita Basilia es soltera —dijo en tono firme, aunque sin perder su sonrisa complaciente—, nunca contrajo matrimonio, nada sabe de relaciones carnales.

En contra de lo que pudiera suponerse, Braulio, Carmelo, Fulvio y Octavio aprobaron con pequeños movimientos de cabeza y a coro confirmaron:

—Por consiguiente, es virgen.

Luego se separaron, con la paz que brinda conocer la verdad revelada.

Fueron tres golpes, tac, tac, tac, secos, pero amables. ¿Por qué amables? Simplemente, porque no sonaron agresivos. A pesar de ello, Octavio se habrá sorprendido: no era común que golpearan a la puerta de su habitación, ni de la suya ni la de ningún otro Escogido o Escogida. Artemio le había hablado de las puertas y de su reglamento. Hubo una época, dijo, que podían golpearse como se golpean todas las puertas del mundo. ¿Cuándo y por qué había cambiado la normativa? Algunos aseguraban que la costumbre había caído en desuso, como sucede con tantas otras costumbres, otros, en cambio, afirmaban que se trataba de un imperativo de La Administración. A lo largo del curso, Octavio no había escuchado que algún Mediador le hablara de las puertas y de su prohibición de golpearlas, tampoco se mencionó en los exámenes finales. Por consiguiente, golpearlas o no quedaba al libre albedrío de cada Escogido o de cada Escogida. Es cierto que esa acción, la de golpear, no era vista con buenos ojos, tal vez por eso resultaba difícil oír el clásico tac, tac, tac que había despertado a Octavio. Miró el reloj: las siete y media. Faltaba una hora para el desayuno. ¿Quién golpearía y por qué? Estuvo un rato sentado en el borde de la cama, tal vez esperando oír otro golpe. No hubo ningún golpe. Abrir la puerta era el único modo de obtener respuesta. La abrió.

—¿Aún dormía?

En el corto trayecto desde la cama hasta la puerta, Octavio seguramente imaginó posibles golpeadores. Sin duda, Célica integraba esa lista. El aspecto de quien recién se despierta —mal aliento, cara hinchada y pelo revuelto—, no era el más adecuado para presentarse ante Célica. No obstante, siguió caminando. Tal vez recordó que las Escogidas tenían prohibido transitar por el pasillo que comunicaba con las habitaciones de los Escogidos, del mismo modo

que los Escogidos no podían circular por el pasillo que comunicaba con las habitaciones de las Escogidas. El Quinto Capítulo del Manual de Enseñanza II se refería a esa normativa. Era imposible que fuese Célica, pero sí podrían ser Artemio o Eudoro o Braulio y Carmelo. Un mensaje urgente habría obligado a que Artemio o Eudoro quebrantaran la normativa de no golpear la puerta. Braulio y Carmelo eran capaces de quebrarla solo para jugar una broma. Octavio abrió, convencido de que iba a encontrarse con Artemio o con Eudoro o con Braulio y Carmelo, cualquiera de ellos, menos con quien le preguntó si aún dormía.

—Estaba en la cama —dijo Octavio—, despierto.

—Por eso golpeé —dijo Fulvio.

La escena en sí era bastante grotesca. Bajo el marco de la puerta: Octavio, despeinado y en pijama. De pie, en el pasillo: Fulvio, peinado, con un *jogging* azul brillante. Uno mostraba el mal aspecto de quien recién se despierta, el otro, la buena estampa del que se acaba de dar una ducha. Más allá de estos detalles, lo que realmente tuvo que haber conmovido a Octavio no se veía, se olía. Era el aroma de un ignoto perfume que Octavio rastreaba desde hacía muchos años, imposible determinar cuántos. Sabemos que todo comenzó en el quinto o sexto piso de un edificio, no de vivienda sino de oficinas. No sabemos por qué Octavio estaba ahí, es un dato que carece de valor, solo sabemos que entró en un ascensor ocupado por tres o cuatro personas y quedó atrapado, subyugado podría decirse, por un perfume que nunca antes había oído. Los aromas se perciben, son imposibles de describir, de ahí que buscamos modos de identificarlos. Aquella vez, Octavio decidió que se trataba de una colonia de baño inglesa, solo necesitaba conocer su nombre. Uno de los tres o cuatro hombres que viajaban en el ascensor tenía la respuesta, bastaba con preguntarlo. La timidez de Octavio, el temor al ridículo, frustró esa pregunta. El ascensor llegó a la planta baja, abrió su puerta y Octavio, inmóvil, vio que los tres o cuatro hombres que viajaron con él se perdían en la calle. Aquella tarde habrá creído que perdía para siempre el nombre de esa

colonia, definitivamente inglesa. Creyó mal, porque se reencontraría con esa fragancia en otros momentos de su vida, aunque, igual que la primera vez, no se atrevió a preguntar su nombre. La pregunta trascendió fronteras: durante un viaje a Londres visitó diferentes perfumerías y, con ademán de experto, pidió captar distintos perfumes, en ninguno encontró ese aroma. Dos días después, durante un paseo por Greenwich Market, y cuando ya había decidido que no se trataba de una colonia inglesa, percibió nuevamente la fragancia, sin duda, pertenecía a un visitante de la feria. ¿Cómo distinguirlo en la multitud? En caso de distinguirlo, ¿se atrevería a preguntarle? Definitivamente, no. Ese viaje a Londres solo sirvió para certificar que la colonia efectivamente era inglesa, había que continuar con la búsqueda. Fueron años sin respuesta y ahora, cuando menos lo esperaba, llegaba a destino: Fulvio se había puesto esa colonia. Iba a preguntarle el nombre, pero se contuvo, seguramente pensó en los gatos: una vez que tienen a su presa proceden con cautela.

—Me sorprende, Fulvio —dijo—, no es muy común que golpeen la puerta.

—Lo sé, Octavio, lo sé, pero creo que sería bueno hacer un poco de ejercicio, nos hará bien.

Es posible que Octavio no guardase un buen recuerdo de aquella primera y única experiencia en El Gimnasio. Lo normal hubiera sido agradecer la invitación y buscar cualquier excusa para no ir, pero eso significaría no lograr el nombre de la colonia. Ese nombre bien valía un sacrificio.

—Espere un segundo —dijo—, me pongo ropa adecuada y vamos.

—*Jogging* y zapatillas —aconsejó Fulvio antes de que Octavio cerrara la puerta—, con eso basta.

Un rato después, ambos estaban frente a la pared donde supuestamente se generaba la puerta de El Gimnasio. Fulvio giró la cabeza, tal vez para confirmar que Octavio seguía a su lado.

—*Mens sana in corpore sano* —dijo y apoyó la palma de su mano derecha en la pared.

A pesar de la cita en latín, la actitud de Fulvio fue indolente, burocrática, podríamos decir, pero efectiva: una puerta, con cinco aros entrelazados sobre su dintel, se originó de inmediato. Fulvio dio un paso al costado e invitó a Octavio a que entrara. Octavio agradeció la gentileza, cruzó el umbral y se detuvo. ¿Habría pensado que Fulvio no iba a entrar? ¿Tal vez supuso que lo dejaría solo con las bicicletas fijas y las cintas caminadoras? Es muy posible que lo haya pensado, en definitiva poco o nada sabía de Fulvio, ¿por qué razón fue a buscarlo?, ¿por qué le propuso ir a El Gimnasio? Miró a su derecha: Fulvio estaba junto a él. Aunque resulte paradójico, podemos suponer que esa cercanía le dio tranquilidad. Avanzó unos metros, en El Gimnasio nada había cambiado: el sol brillaba con la misma energía que en la visita anterior, igual que en aquella visita, todo era silencio y no se veía a un solo Escogido, ni a una sola Escogida.

—Primero haremos unos minutos de marcha —propuso Fulvio y subió a la cinta caminadora.

Octavio tenía que subir a la cinta vecina, pero esperó a que Fulvio se lo ordenara.

—Suba —ordenó Fulvio.

Octavio cumplió la orden y buscó el botón rojo que estaba en el tablero, lo oprimió y la caminadora se puso en marcha. Tenía cierta experiencia con ese aparato, aunque experiencia es mucho decir: solo una vez había subido a una de esas cintas por las que se camina sin avanzar un centímetro. Aquella única vez, incluso había trotado.

—Solo caminar —dijo Fulvio.

Sin duda, Octavio se alarmó: ¿Fulvio era capaz de entrar en sus recuerdos?

—¿Caminar? —preguntó.

—Sí, como caminamos por La Sala.

—Pero en La Sala vamos de aquí para allá —dijo Octavio.

Fulvio habrá considerado que ese comentario no merecía respuesta. Se limitó a decir que diez minutos serían suficientes e inició la caminata. Su cara reflejaba el rigor que ponía en la marcha.

Octavio también comenzó a caminar, pero su cara no reflejaba nada, evidentemente, su marcha carecía de rigor.

—¡Tiempo completo! —dijo Fulvio, en un tono que sonó castrense.

Octavio apretó el botón rojo, la cinta se detuvo.

—¿Se siente mejor? —preguntó Fulvio.

—Sí, mucho mejor —dijo Octavio.

A veces verdad y mentira se confunden. Sin duda, los diez minutos de marcha hacia ninguna parte lo habían cansado más de lo que imaginara. Por fortuna, Fulvio no advirtió la mentira.

—Me alegro —dijo.

—Un buen remedio, realmente un buen remedio —dijo Octavio y se dirigió hacia la salida.

—¿Adónde va? —preguntó Fulvio.

—Dijo que este sería el primer ejercicio.

—Sí, pero no el único. Ahora haremos unos minutos de bicicleta.

—Unos minutos —repitió Octavio, resignado.

Poco antes de llegar a las bicicletas, la resignación se transformó en optimismo. ¿Por qué motivo se produjo ese brusco cambio? Tal vez porque supuso que era el momento indicado para hacer la pregunta.

—Usted perdone mi curiosidad —dijo—, la colonia...

No pudo terminar la frase, porque Fulvio comenzó a hablar sobre las bondades de las bicicletas, puso tanto entusiasmo en su disertación que hubiera sido irrespetuoso interrumpirlo. Octavio supo que la primera bicicleta, que entonces se llamó velocípedo, se conoció en 1817, supo que la inventó un alemán, Karl von Drais, supo que en 1860 el francés Pierre Michaux le incorporó pedales, pero no supo cuál era el nombre de la colonia, pregunta que seguramente pensaba hacer cuando pidió perdón por su curiosidad.

—¿Satisfecha su curiosidad? —preguntó Fulvio.

—Sí, sí, claro —dijo Octavio.

—Entonces, es tiempo de que comencemos —dijo Fulvio y señaló las bicicletas.

Pedalearon durante diez minutos. Fulvio lo hizo con el entusiasmo de un competidor en el Tour de Francia; Octavio, no. Acababa de confirmar que en El Gimnasio todo era silencio, no se oyó el mínimo sonido durante el tiempo en que anduvieron por las cintas, ni se oyó ningún chirrido cuando pedalearon en las bicicletas. Fulvio no había dicho una sola palabra mientras estuvo en la cinta y en la bicicleta. Octavio tampoco habló, ¿por decisión propia o porque desde algún sitio le ordenaron silencio? Tal como sucediera en la visita anterior, ni un solo Escogido ni una sola Escogida había entrado a El Gimnasio.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Fueron hacia el banco para hacer abdominales. Fulvio caminaba seguro de sí mismo, ¿qué significa seguro de sí mismo?, digamos que iba tranquilo, como quien pasea y disfruta de ese paseo. No se puede decir lo mismo de Octavio, no había duda de que caminaba molesto, de que no disfrutaba de ningún paseo. Se notaba cansado, un cansancio que arrastraba desde hacía mucho. Pese a ese cansancio, se apuró para estar junto a Fulvio, entonces hizo la pregunta.

—¿Cómo se llama la colonia? —preguntó.

Fulvio se detuvo.

—¿La colonia?

—Sí, la colonia, la que lleva puesta.

Fulvio sacudió la cabeza, gesto típico de quien no entiende qué le han preguntado o, tal vez, no comprende qué sentido tiene esa pregunta.

—La colonia —dijo y cerró los ojos.

Dicen que cerrar los ojos ayuda a pensar.

—En la *toilette*, la guardo en la *toilette*, hay varias —dijo, otra vez con los ojos abiertos.

A Octavio el plural no le importó.

—El nombre —dijo—, ¿cómo se llama?

—Ni idea —dijo Fulvio—, agarro la que tengo a mano.

—Pero debe tener una etiqueta.

—La tiene, todos los frascos tienen etiquetas —dijo Fulvio—, no se preocupe, la buscaré.

Octavio supo disimular el indudable entusiasmo: para cualquiera que lo mirase, era el mismo Octavio de minutos antes. Sin embargo, se había producido un cambio trascendental, uno de esos cambios que suelen expresarse con gestos eufóricos y gritos de alegría. En esta ocasión, no sucedió nada de eso. Octavio se limitó a mirar el reloj.

—Es la hora del desayuno —dijo.

Fulvio hizo un gesto resignado y dijo que los abdominales quedarían para la próxima, señaló la puerta y hacia ahí caminó. Octavio lo siguió, como si fuese su escolta o su guardaespaldas. En la cara de ambos se reflejaba el esfuerzo de haber entrenado al máximo, incluso más allá de sus posibilidades, iban a paso lento, pero con la satisfacción de haber cumplido un objetivo. Casi la totalidad de estos rasgos se borraron al entrar en La Sala, pero este detalle carecía de importancia, ya que no había quien pudiera mirarlos: la mayoría de los Escogidos y Escogidas estaban en las mesas del desayuno y solo parecían interesados por la llegada del té y el café con leche, las tostadas, los dulces y las medialunas. Braulio, Carmelo y los cuatrillizos Malerba ya ocupaban sus sitios.

—No veo a Artemio —dijo Fulvio.

—A veces es el último —dijo Octavio.

—Cierto, aunque tiende a ser el primero —aceptó Fulvio y preguntó—: ¿qué le parece Artemio?

Octavio lo miró sorprendido, con el gesto de quien no esperaba esa pregunta.

—¿Qué me parece? Me parece una buena persona —dijo y señaló hacia la mesa—, mire: acaba de llegar.

Fulvio aprobó moviendo apenas la cabeza.

—Debemos apurarnos —dijo—. Estoy muerto de hambre: el ejercicio despierta el apetito.

Caminaron hacia la mesa. Cuatro pasos después, Fulvio se detuvo sin ninguna razón.

—A mí también me parece una buena persona —dijo—. Un verdadero líder, siempre atento por lo que pueda sucederles a los otros.

Octavio dijo que sí, y fue todo lo que dijo. Cinco pasos después, Fulvio volvió a hablar.

—Aunque a veces exagera —dijo—. Lo que sucedió con Basilia, por ejemplo.

A Octavio seguramente le extrañó que Fulvio dijera “Basilia”, sin el calificativo, pero lo supo disimular.

—No es común comportarse como se comportaron —dijo.

—¿Quiénes? —preguntó Fulvio.

—Usted y la señorita Basilia, tan sueltos, con tanta confianza. No son habituales esas cosas.

Estaban a dos metros de la mesa.

—¿Habituales? —se asombró Fulvio—. A usted lo vi más de una vez con Célica, incluso suelen ir a El Salón Familias.

—Solo tres veces —dijo Octavio, hizo una pausa y agregó—: una cosa es Célica y otra es la señorita Basilia, son muy distintas.

—Son idénticas, a su modo, son idénticas —dijo Fulvio, con el tono de quien da por terminada una discusión.

Para Octavio no había terminado.

—¿Idénticas? —preguntó.

—Idénticas —confirmó Fulvio—. Me extraña que dude, Octavio, precisamente usted, con su experiencia con las mujeres.

—¿Experiencia?

—Las fotos dan testimonio —dijo Fulvio—. Usted es un conquistador, Octavio, no lo niegue.

Octavio no lo negó. Más allá del orgullo que seguramente sintió porque Fulvio lo consideraba un conquistador, le habrá preocupado que mencionara las fotos.

—¿Qué fotos? —preguntó.

—¿Qué fotos van a ser? —dijo Fulvio, casi en tono de broma—. Las de sus novias, de verdad bonitas, la pelirroja, sobre todo. Siempre quise tener una novia pelirroja.

—¿Cómo se enteró de esas fotos? ¿Quién se las mostró?

Octavio fue terminante, inquisidor: el cazador acababa de acorralar a su presa, pero la presa, Fulvio en este caso, no sintió temor, comenzó a reír, una risa franca, aunque insolente.

—Usted —dijo, sin dejar de reír—, usted me las mostró, Octavio.

En momentos como esos aparece la duda. Tal vez se las había mostrado.

—¿Cuándo? —preguntó.

Pero no tuvo respuesta porque en ese instante llegaron a la mesa.

—Apúrense o se quedan sin nada —dijo Braulio y los invitó a sentarse.

Octavio y Fulvio ocuparon sus sitios. Octavio pidió un café con leche y dos medialunas, una de grasa, la otra, de manteca, Fulvio un té y tostadas de pan integral. Carmelo preguntó por qué habían demorado. Octavio dijo que habían ido a El Gimnasio. Fulvio habló de la bicicleta y de la cinta caminadora. Por un rato se refirieron a las ventajas de hacer gimnasia. Los cuatrillizos Malerba parecían ajenos a esa charla, por momentos decían algo en su lengua, tal vez eslava o acaso ucraniana, pero lo que decían difícilmente se referiría a la gimnasia. Todo había vuelto a la normalidad, si es que en algún momento se había ido.

Artemio fue el primero en levantarse. Dijo que lo esperaban en La Administración y se marchó, ignorando un comentario tonto que en ese momento hizo Carmelo. Los cuatrillizos Malerba se fueron sin saludar. En cualquier momento aparecerían los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido. Braulio y Carmelo propusieron ir a El Sitio de las Pantallas. Fulvio dijo que prefería volver a su cuarto, a descansar un poco. Octavio habrá pensado que estaba muy cerca de conseguir el nombre de la colonia.

—También yo —dijo—. Una ducha me vendría bien.

En el mismo momento en que el batallón de limpieza ingresaba a La Sala, Octavio y Fulvio iban hacia el corredor que los llevaba a sus respectivos cuartos.

—Hacer gimnasia cansa —dijo Octavio.

—Es cuestión de acostumbrarse —dijo Fulvio.

—El hombre es un animal de costumbre —dijo Octavio y agregó—: ahora podrá decirme el nombre de la colonia.

Fulvio se sorprendió, como si fuera la primera vez que hablaban de eso.

—¡Claro, la colonia! —dijo—. Venga conmigo.

Octavio lo siguió en silencio, seguramente convencido de que no era necesario agregar nada, en pocos minutos tendría el nombre que había buscado por años. ¿Sería francés?, los grandes perfumes suelen ser franceses, pero esta era una colonia inglesa y se sabe que históricamente los franceses y los ingleses se llevan mal; difícilmente un perfumero británico bautizaría a su nueva fragancia con un nombre galo. Faltaban pocos minutos para tener la respuesta. Fulvio y Octavio habían llegado a la habitación 401.

—Espéreme aquí —dijo Fulvio, entró y cerró la puerta.

Cinco minutos después, que a Octavio le habrán parecido cinco horas, la puerta se abrió. Fulvio no traía ningún frasco, pero sí un trozo de papel higiénico humedecido. Se lo entregó a Octavio.

—Huela —dijo—. ¿Es este?

Octavio llevó el papel hasta el borde de su nariz y no disimuló una mueca de disgusto: era un aroma dulzón, desagradablemente dulzón, que nada tenía que ver con el espléndido aroma de la colonia, supuestamente inglesa.

—No, no es esta —dijo y apretujó el papel—, probemos con otra.

—Ahora no —dijo Fulvio—. Usted sabe que no está bien visto que un Escogido se demore en la puerta de una habitación que no le pertenece.

—Pero... —se quejó Octavio, con el tono de un chico al que le acaban de quitar su mejor juguete.

—Pero nada, si esperó años, bien puede esperar unos días más —dijo Fulvio y cerró la puerta.

¿Cómo sabía que habían sido años de búsqueda? Octavio no se lo había contado a nadie, y menos aún a Fulvio. ¿Habría que atribuirlo a la casualidad? Así lo habrá aceptado Octavio, eso al menos era lo que revelaba su cara. Podría afirmarse que estaba seguro de que en los próximos días conocería, por fin, el nombre de esa colonia, definitivamente inglesa.

Octavio lo comprendió de inmediato: era el último invitado. Lo que fue sorpresa se habrá transformado en rencor: a nadie le gusta que lo dejen para el final. Seguramente, decidieron invitarlo al advertir que quedaba una silla vacía. Para mayor disgusto, un recién llegado a El Lugar le había dado la noticia. “El líder y sus consecuencias será el tema de La Tertulia de hoy”, dijo Fulvio. Usó ese tono enfático con el que se hacen los grandes anuncios. Por razones que no vienen al caso, Octavio había elegido un sitio apartado de La Sala, hasta ese sitio fue Fulvio, para invitarlo a La Tertulia y anticiparle cuál sería el asunto a discutir. Normalmente, era Artemio quien hacía esas invitaciones. ¿Por qué lo invitaba Fulvio? Octavio supo disimular el rencor y se limitó a decir que iría. Gracias por invitarme, dijo. Fulvio sonrió y se marchó en silencio. ¿Se disponía invitar a otros Escogidos y a otras Escogidas? Nada de eso, caminó derecho hacia el pasillo que lo llevaba a su cuarto. Efectivamente, Octavio era el último invitado.

—¿Irás a La Tertulia?

La pregunta la hizo Eudoro, que apareció como por arte de magia.

—Es un tema que me interesa —dijo Octavio—. ¿A usted quién lo invitó?

—Creo que Fulvio —dijo Eudoro y de inmediato confirmó—: sí, Fulvio, fue Fulvio, hace dos o tres días.

Octavio aprobó con un gesto indiferente, tal vez despectivo.

—Nos vemos en La Tertulia —dijo.

Un rato después estaba de espalda sobre la cama, con la foto de Clementina a su lado. ¿Por qué había decidido no contemplarla? ¿Un modo de evocar aquellos días en que ambos miraban el techo, en silencio, luego de amarse como únicamente ellos sabían hacerlo? Puede ser, ahora también estaban en silencio, pero Clementina

solo era una foto y, por supuesto, no se habían amado como únicamente ellos sabían hacerlo: una foto puede provocar pasiones, pero no puede retribuir las, tampoco puede responder preguntas. ¿Por dónde andará Clementina? Octavio sabía que había muerto para él, pero continuaba viva para el resto del mundo. Acaso esa certeza era lo que más le molestaba. Dejó de mirar el techo y levantó la foto, pero no se demoró en la cara de Clementina, la giró para ver el dorso. ¿Por qué? Seguramente para buscar el día, incluso el sitio en donde había sido tomada. A veces se apuntan esos datos en la otra cara de la foto. Fue un acto inútil: Octavio sabía que ahí no había nada escrito. Clementina había decidido no registrarla en el tiempo y Octavio había respetado esa decisión. Volvió a colocar la foto junto a él y nuevamente miró el techo. Cerró los ojos y murmuró: “Te necesito, Célica”. Se levantó espantado. Célica, había dicho Célica. Sacudió la cabeza, como quien ahuyenta recuerdos y miró la hora: faltaba poco para La Tertulia, pero aún tenía tiempo para una ducha reparadora.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

No fue el primero en llegar, pero tampoco el último. La señora Adela y la señorita Basilia ocupaban sus sillas habituales. Los cuatrillizos Malerba habían elegido cuatro más apartadas y, raro en ellos, estaban en silencio. Octavio no sabía dónde ubicarse. Requejo habrá advertido esa incertidumbre porque, luego de responder el saludo, le indicó una silla muy cerca de la que ocupaba la señorita Basilia. Hacia allí fue Octavio, aún no se había sentado cuando llegó Eudoro, un minuto después aparecieron Artemio, Braulio y Carmelo. Aún quedaban dos sillas vacías. Una era la de Fulvio, seguramente la otra era la de Célica. Octavio la vio llegar en compañía de Fulvio. Cuando todos estuvieron sentados, Requejo levantó las manos para indicar que comenzaría La Tertulia, justo en ese momento Fulvio se puso de pie.

—¡Los misterios de la mente! —dijo, entusiasmado.

El entusiasmo y la frase no tenían nada que ver con ese sitio y ese momento.

—No entiendo —dijo Requejo.

—Por fin lo recordé —dijo Fulvio—, su apellido es idéntico al de un personaje de una novela.

Requejo no hizo un solo gesto de sorpresa, tampoco de curiosidad.

—¿Qué novela? —preguntó.

—No recuerdo el título, tampoco el autor —dijo Fulvio.

—Suele pasar —dijo Requejo—, no se preocupe, en algún momento también recordará el título y el autor.

En el tono de Requejo la ironía se mezclaba con la comprensión, a Fulvio no pareció importarle. Le preguntó si solo leía autores clásicos. Requejo aseguró que leía clásicos, contemporáneos y todo lo que cayera en sus manos. Fulvio no disimuló la satisfacción y dijo que, en cambio, al Requejo de la novela únicamente le interesaban los viejos escritores olvidados.

—Ya lo ve, solo nos parecemos en el apellido —dijo Requejo.

Aparentemente, Fulvio iba a agregar algo, pero no dijo nada, aprobó en silencio y se sentó.

—Hoy hablaremos del liderazgo —anunció Requejo.

Todo volvió a la normalidad.

—¿Del liderazgo o del líder? —preguntó Braulio.

—Una cosa tiene que ver con la otra —dijo Carmelo—. Realmente, usted hace preguntas sin sentido.

Antes de que Braulio pudiera responder, habló Artemio.

—Señores —dijo—, no hemos venido a discutir el sentido de las preguntas. Vinimos a disertar acerca del líder y del liderazgo.

Se produjo un silencio, que podría tildarse de incómodo. Octavio abrió los ojos, hasta ese momento los tenía cerrados, no en actitud de dormir sino de pensar, y señaló a Artemio.

—Hablaremos de usted —dijo—. Usted, Artemio, es un ejemplo de líder.

—Un verdadero ejemplo —confirmó Braulio, entusiasmado.

—Un verdadero ejemplo —repitió Carmelo, con parecido entusiasmo.

Fulvio aprobó en silencio, Eudoro, la señora Adela, la señorita Basilia y los cuatrillizos Malerba consintieron del mismo modo, Célica se limitó a hacer un ligero gesto, aunque no podría afirmarse que fuera de aprobación. ¿Y Artemio? En definitiva, era el aludido. Artemio miró a cada uno de los integrantes de La Tertulia. ¿Cómo podríamos definir esa mirada? Fría, indiferente, similar a la que adoptan los grandes maestros del ajedrez durante un torneo.

—Creo que exageran —dijo.

Hubo algunos murmullos que amenazaban una posible discusión. Requejo levantó las manos pidiendo calma.

—Vinimos a hablar de líder y de liderazgo —dijo—, no de Artemio.

Se apagaron los murmullos. Octavio descubrió que Fulvio le hacía una seña a Célica. ¿Qué significaba esa seña? Imposible saberlo. Para Octavio seguramente expresaba muchas cosas, todas malas. Iba a decir algo, pero vio que Fulvio repetía la misma seña, ahora dirigida a la señorita Basilia. Esto lo tranquilizó, imposible saber por qué, pero de su cara se borraron las muecas de intranquilidad, incluso pareció interesado por la pregunta del mayor de los cuatrillizos Malerba.

—¿Líder se nace o se hace? —había preguntado.

Requejo dijo que ese era un buen punto de partida. El mayor de los cuatrillizos Malerba se puso de pie, agradeció la respuesta y se marchó, seguido por sus hermanos, que ni siquiera saludaron. Esto no perturbó el clima de La Tertulia, sin embargo, Octavio dijo:

—No le dimos ninguna respuesta.

—Así son los cuatrillizos Malerba —dijo Artemio—, hay que comprenderlos.

Fulvio aplaudió, fue un mínimo aplauso, casi sin sonido.

—Aquí tenemos la muestra de cómo se comporta un líder —dijo—. Coincido con Octavio, usted es un líder, Artemio, no lo niegue.

Eudoro, Octavio, la señora Adela y la señorita Basilia aprobaron la afirmación de Fulvio, aunque prescindieron de los aplausos.

Artemio y Requejo se mantuvieron en silencio. Célica, que parecía ajena a todo, preguntó:

—Artemio, ¿usted nació líder o se hizo?

Requejo pidió que, por favor, no se personalizara, y explicó que es posible encontrar líderes de nacimiento. Dijo que eso era frecuente en las monarquías, el príncipe heredero irremediamente sabía que tendría que cumplir el papel de líder, aunque no siempre lo lograba: Carlos II, de España, llamado el Hechizado, lejos estuvo de ser un líder. Además de una personalidad fuerte, aseguró Requejo, debe tener el don de persuadir y para ello es preciso poseer un tono adecuado de voz. Braulio levantó la mano para pedir la palabra y sin esperar la autorización de Requejo, señaló a Carmelo.

—Él nunca podrá ser un líder —dijo, con cierto tono de burla. Carmelo pareció no inmutarse.

—Claudio era tartamudo —dijo.

No había, no podía haber, ningún Escogido con ese nombre. ¿Tal vez un Escogido anterior, muy anterior, a Carmelo? Si así fuera, era imposible que Carmelo contara con ese informe, los partes estaban celosamente guardados en La Administración y a La Administración solo entraba Artemio. Resultó natural, lógico, podríamos decir, que Braulio y Eudoro, incluso Requejo, miraran a Artemio, era el único que podría darles una respuesta. Pero Artemio parecía tan sorprendido como ellos. Miró a Carmelo y preguntó:

—¿De qué Claudio habla?

—Claudio I —dijo Carmelo—, Tiberio Claudio Cesar Augusto Germánico, emperador de Roma entre el año 41 y el año 54. Dicen que era giboso, rengu y tartamudo.

Podría afirmarse que hubo un suspiro de alivio. Todo indicaba que Requejo continuaría con su exposición, como si nada hubiera pasado. No fue así. Braulio dijo que no se refería a la forma sino al tono, al tono de voz, aclaró, es imposible imaginar a un líder con la voz chillona de Carmelo. Antes de que Carmelo pudiera defenderse, el propio Requejo salió en su auxilio, aseguró que había muchos líderes con voz chillona y, a modo de ejemplo, citó a dos de ellos.

No vale la pena consignar los nombres, ya que ambos eran absolutamente desconocidos. Posiblemente, Octavio o Eudoro o Fulvio pensaron que esos líderes no existían, que se trataba de un mero invento de Requejo para finalizar la discusión. Pero Artemio los hizo verdaderos, dijo que conocía a uno de ellos, dijo que lo había escuchado hablar y que, efectivamente, su voz era muy chillona. Carmelo aprobó con un gesto, entre triunfante y despectivo, y Requejo pudo seguir hablando de líderes y de liderazgo.

La señora Adela y la señorita Basilia parecían ajenas a la charla, sin embargo, cuando Requejo pidió que expresaran qué entendían por líder, fue la señorita Basilia quien primero respondió. Dijo que sí, que para ella un verdadero líder debía ser bondadoso, simpático, desinteresado y siempre atento a lo que le pasa al otro. Lo dijo de corrido, mirando el piso. Levantó la vista cuando terminó de hablar, pero no miró a Artemio, como muchos habrían imaginado. Casi de inmediato, Célica detalló los rasgos que caracterizan a un legítimo líder. Se trataba de un minucioso dibujo de Fulvio, a quien no dejó de mirar a lo largo de todo el relato. Fulvio se mantuvo impasible, únicamente construyó una tenue sonrisa de agradecimiento, que no le dedicó a Célica sino a la señorita Basilia.

Salvo en algunos matices, las descripciones hechas por Artemio y Eudoro coincidían en todo y no puede decirse que se caracterizaran por su originalidad. Braulio consideró que Muirchertach, rey en Dublín, podría ser un buen ejemplo de líder. Carmelo eligió a Claudio I y consideró innecesario abundar en explicaciones. Requejo confesó que nunca había escrito un cuento que tuviera a un líder por personaje, dijo que él trabajaba con antihéroes y la heroicidad, admitió, es un requisito esencial en todo líder. En base a esto, prescindió de ofrecer un retrato. Tampoco lo ofreció Fulvio. Se limitó a mirar a cada uno de los participantes, por un momento detuvo su mirada en Artemio, pero no dijo una sola palabra. Requejo aceptó ese silencio y se dirigió a Octavio.

—Yo di mi modelo de líder —dijo Octavio—, pero usted pidió que no personalicemos, y yo lo respeto, Requejo.

Artemio se mantuvo imperturbable. Requejo dijo que La Terulia había sido provechosa y que muy pronto convocaría a otra. Eudoro sugirió que el Poder podría ser un buen tema, en definitiva, Liderazgo y Poder van de la mano. A Requejo la propuesta le pareció buena, aunque eso no implicaba una confirmación, dijo que los esperaba el próximo jueves y se levantó. Comenzaron a dispersarse en silencio. Octavio vio que Fulvio le decía algo a la señorita Basilia, tal vez la invitaba a seguir charlando. Si se trataba de una invitación, quedó claro que no fue aceptada, porque la señorita Basilia se marchó en compañía de la señora Adela. Esa actitud alegró a Octavio, aunque no perturbó a Fulvio. Octavio vio que caminaba hacia donde estaba Célica, vio que le decía algo, vio que Célica aceptaba con una sonrisa y vio cómo los dos se marchaban juntos, ajenos al resto, riendo.

—Parecen felices —murmuró.

Octavio giró la cabeza y se encontró con Eudoro, confirmando con una sonrisa lo que terminaba de decir. ¿Otra vez había aparecido como por arte de magia? Nada de eso: había estado todo el tiempo ahí, pero era natural que Octavio no lo viese, solo había tenido ojos para Fulvio y Célica.

—¿Qué quiso decir? —preguntó.

—Usted lo sabe mejor que nadie —dijo Eudoro y se fue sin esperar respuesta.

Octavio hizo un gesto, que se podría tildar de ambiguo, y vio que Fulvio y Célica se dirigían a El Espacio de la Reflexión. El sitio no estaba citado en ninguno de Los Manuales, no lo mencionaban Los Mediadores y tampoco se nominaba en el examen final. Sin embargo, a esos cuatro sillones, propuestos en círculo, en un sitio apartado de La Sala, se los conocía como El Espacio de la Reflexión. Nadie sabía quién o quiénes lo habían bautizado de ese modo, esto no parecía preocuparles a los Escogidos y a las Escogidas, simplemente ocupaban los sillones y ahí se quedaban, por un buen rato, meditando. ¿Acerca de qué? Es una pregunta sin respuesta: las reflexiones son íntimas y silenciosas. Sin embargo, en ese momento,

esa no parecía ser la actitud de Fulvio y de Célica: ambos hablaban en voz alta, con un entusiasmo ajeno a la meditación. En realidad, quien más hablaba era Fulvio, Célica celebraba con risas cortas lo que Fulvio decía. “Parecen felices”, repitió Octavio y caminó hacia los sillones. ¿Iba con el disparatado propósito de ocupar uno de ellos? ¿Pensaba sentarse y adoptar la actitud de quien reflexiona? Nunca lo sabremos, porque precisamente en ese instante, Octavio sintió la presencia de Braulio y de Carmelo: estaban detrás de él, giró sobre sí mismo y quedó de espaldas a Fulvio y a Célica.

—¿Y Artemio? —preguntó.

—Fue a La Administración —dijo Braulio.

—Se equivoca —dijo Carmelo—, fue a su cuarto.

A Octavio no le interesó complicarse en una disputa acerca del destino de Artemio.

—No tiene importancia adónde haya ido, solo preguntaba —dijo.

Braulio hizo un gesto que bien podía ser de indiferencia. Carmelo lo imitó en el gesto.

—El Espacio de la Reflexión —dijo Octavio—. ¿Qué pueden decirme de El Espacio de la Reflexión?

A Braulio no le preocupó la pregunta.

—Poco o nada —dijo—, cuando yo llegué ya estaba.

—También cuando llegué yo —dijo Carmelo.

—No podía ser de otro modo —dijo Braulio—, usted llegó después. Si estaba cuando yo llegué, lógicamente tenía que estar cuando llegó usted.

Carmelo dijo que ese era un pensamiento mecánico. Braulio dijo que era un pensamiento racional, que nada tenía de mecánico. Octavio levantó las manos en señal de paz.

—Cuando llegó Artemio, ¿estaba? —preguntó.

—Sí —confirmó Braulio—, recuerdo que Artemio me habló de El Espacio de la Reflexión, pero ya no recuerdo qué dijo, fue hace mucho tiempo.

—¿Le contó quién lo había creado?

—No, eso lo ignoran todos —dijo Braulio—. Solo se sabe que es un sitio para el recogimiento, la meditación y la paz.

—No siempre —dijo Carmelo.

—Siempre —insistió Braulio.

—Fulvio y Célica no parecen recogidos, meditando y en paz —dijo Carmelo—, más bien todo lo contrario.

—¿Fulvio y Célica? —preguntó Octavio, con su mejor cara de sorpresa, pero sin darse vuelta.

—La están pasando muy bien —dijo Carmelo.

—Así parece, por lo que se ve —confirmó Braulio.

Aunque era una clara invitación a mirar, Octavio continuó de espalda a El Espacio de la Reflexión. Braulio y Carmelo se habían embarcado en un debate acerca de las distintas maneras de seducir. Braulio repitió que Fulvio lo hacía con la palabra, Carmelo dijo que no había modo de comprobarlo, porque desde donde estaban, era imposible escuchar lo que Fulvio decía.

—Salvo que usted sepa leer los labios —completó.

Braulio hizo una mueca, que podría ser de tolerancia, y dijo que Fulvio no solo seducía con palabras.

—Fíjese cómo mueve las manos —dijo—, mire sus gestos. Desde aquí se ve claramente.

—Es cierto —reconoció Carmelo—, Célica parece fascinada.

—¡Señores, creo que exageran! —dijo Octavio—. ¿A quién le interesa que Fulvio sea un seductor? ¿A quién le importa que Célica parezca fascinada?

Claramente, Carmelo se sorprendió por la irritación de Octavio, Braulio no.

—A usted —dijo—, parece que a usted le interesa.

Octavio cerró los ojos y apoyó las manos sobre la frente, la imagen clásica de quien busca la respuesta adecuada. Si la encontró, no pudo darla, porque justo en ese momento Carmelo anunció que Fulvio y Célica dejaban El Espacio de la Reflexión. Octavio abrió los ojos, giró la cabeza y comprobó que había oído bien: Fulvio y Célica estaban de pie. Seguramente, ahora irían a El Bar, a El

Salón Familias de El Bar, o tal vez continuarían caminando por La Sala. No sucedió nada de eso. Era el momento de la despedida: Célica le dedicó una sonrisa a Fulvio y se marchó hacia El Sitio de las Pantallas. Fulvio caminó en sentido contrario, precisamente hacia donde estaban Octavio, Braulio y Carmelo. Los tres, con ligeros matices, le brindaron un recibimiento cordial. Fulvio preguntó por Artemio. Braulio dijo que lo había visto ir a su cuarto. En cambio, Carmelo aseguró que había ido a La Administración. A Fulvio dejó de interesarle el destino de Artemio. Miró a Octavio y dijo:

—Interesante La Tertulia de hoy.

Octavio aprobó en silencio.

—¿Qué le pareció a Célica? —preguntó Braulio.

—¿Célica? —dudó Fulvio.

—Sí, Célica —confirmó Carmelo.

—No tenía del todo claro el concepto de líder —dijo Fulvio.

—En La Tertulia lo puso a usted como ejemplo —señaló Octavio.

—Solo fue una gentileza —aseguró Fulvio—, para Célica, Artemio es el verdadero ejemplo de líder.

—¿Artemio? —se asombró Braulio—. Por lo que sé, no le cae muy simpático.

—Un líder no tiene por qué caer simpático —dijo Carmelo.

—No es cuestión de simpatía —dijo Octavio—, se trata de experiencia y de conducta. La experiencia de Artemio es indiscutible y su conducta irreprochable.

Fulvio aprobó con un breve aplauso, idéntico al de una hora antes en La Tertulia, y dijo que se alegraba por las coincidencias. A partir de ahí, cada uno destacó las virtudes de Artemio, su modo de comportarse, su manera de superar las dificultades. Imposible descifrar si todas fueron palabras verdaderas o si solo se trató de frases acordes al momento. Verdaderas o falsas, parecían las palabras típicas de un funeral, elogios para alguien que ha muerto y, por consiguiente, hay que respetar. Era el momento de la despedida. Braulio dijo que volvía a su habitación, a descansar un poco.

Carmelo aseguró que él no estaba cansado y se marchó rumbo a El Sitio de las Pantallas. Fulvio y Octavio caminaron juntos, todo indicaba que cada cual iba a su cuarto. De pronto, Fulvio se detuvo y dijo:

—Realmente, Artemio es un líder.

En una primera lectura, precedida por un adverbio de modo, no se podía dudar del carácter afirmativo de la frase. Sin embargo, si esas palabras en cambio de leerse se oyeran, la afirmación se transformaría en pregunta: ¿Realmente, Artemio es un líder?, escuchó Octavio.

—Es un líder —confirmó.

—¿Y usted es su mano derecha? —preguntó Fulvio.

—Para nada —dijo Octavio—. En todo caso, Braulio o Carmelo.

—Carmelo no, de ninguna manera —dijo Fulvio—, Braulio puede ser, pero para mí usted es la verdadera mano derecha, yo lo veo así.

—Ve mal —rio Octavio.

Fulvio también rio, pero de otro modo. Habían llegado a la entrada del pasillo. En un rato, Fulvio se detendría en la habitación 401 y Octavio seguiría hasta la 705, pero no fue así: cuando llegaron a la 401, antes de que Fulvio dijera “hasta mañana” o “mañana nos vemos” o cualquier otra frase por el estilo, Octavio preguntó lo que seguramente desde mucho antes tenía ganas de preguntar:

—¿Podría darme otra muestra? De la colonia, digo, lo puedo esperar aquí.

—¡Ah, la colonia! —dijo Fulvio y, casi en tono de reproche, agregó—: No está bien visto que un Escogido se quede frente a la habitación de otro Escogido, usted debería saberlo.

—Lo sé —reconoció Octavio.

Fulvio le dijo que no se preocupara, que iba a tener la muestra, señaló la entrada del pasillo y pidió que lo esperara ahí, junto al lado derecho de la entrada. Octavio dijo que sí o tal vez lo aceptó con un simple movimiento de cabeza, lo cierto es que caminó rápido a su destino. Es posible que en ese corto trayecto se haya preguntado

por qué en el lado derecho y no en el lado izquierdo, ¿podría ser una cábala? Esa pregunta no tuvo respuesta, la ansiedad por la colonia, por el nombre de la colonia, estaba por encima de todo.

Cuando se espera, el tiempo suele pasar lentamente. Octavio lo sabía, por eso habrá decidido no mirar el reloj. Se ubicó en el sitio que Fulvio le había ordenado y ahí se quedó, sin duda, convencido de que muy pronto conocería el nombre de la colonia. Aunque no miraba el reloj, los minutos igual corrían. ¿Cuántos? Imposible saberlo, pero fueron muchos. ¿Octavio lo notó? No, porque en ese momento solo le importaba la llegada de Fulvio, estaba seguro de que vendría con un algodón empapado de colonia en su mano derecha. Pero Fulvio no apareció. Había que aceptar esa realidad. Octavio entró otra vez al pasillo y caminó hacia su habitación, se detuvo un instante frente a la 401. ¿Pensó en golpear la puerta? No lo sabemos. Lo único cierto es que continuó su camino. Llegó a su habitación y antes de abrir miró hacia atrás, tal vez con la esperanza de ver que Fulvio venía hacia él, con un algodón empapado de colonia en su mano derecha. Pero Fulvio no vino. Octavio murmuró “mañana será otro día”, entró y se dejó caer sobre la cama.

El primer día no le dieron importancia: era común que algún Escogido o alguna Escogida se ausentara de La Sala, Célica lo hacía a menudo. En la tarde del segundo día, Braulio y Carmelo decidieron buscarlo. Una hora después, sin disimular la frustración o, tal vez, la preocupación, llegaron a una mesa cercana a El Sitio de las Pantallas. Ahí estaban Artemio y Octavio, dispuestos a escuchar el resultado de la búsqueda. Braulio dijo que primero habían ido a El Bar, pero ahí no estaba. Octavio le preguntó si también habían ido a El Salón Familias. Carmelo le recordó que a El salón Familias solo se podía ir acompañado. Célica, dijo Octavio, podría haber ido con Célica. Braulio confirmó que no estaba ni en El Bar, ni en El Salón Familias. También fuimos a La Biblioteca, agregó Carmelo, y a El Gimnasio, completó Braulio, pero resultó inútil: no lo encontraron. Dos días de ausencia era motivo de preocupación. Durante el desayuno del tercer día, el menor de los cuatrillizos Malerba preguntó:

—¿Dónde está Fulvio?

En pocas semanas, Fulvio había cimentado un buen vínculo con los cuatrillizos Malerba, sobre todo con el menor.

—No sé —dijo el mayor de los cuatrillizos Malerba.

Lo dijo con la mirada fija en la taza, aún vacía. A simple vista era una respuesta indiferente, sin una pizca de preocupación. Pero no hay que quedarse con lo que se ve a simple vista, indudablemente, el mayor de los cuatrillizos Malerba también estaba preocupado. ¿Podríamos afirmar que todos estaban preocupados? Sí, lo estaban, aunque de diferente manera. Era distinta la preocupación del menor de los cuatrillizos Malerba que la preocupación de Artemio y de Octavio, por no hablar de la preocupación de Braulio o de Carmelo.

—La colonia —dijo Octavio, en voz muy baja.

—¿La colonia? —preguntaron casi a coro Braulio y Carmelo.

Octavio no respondió esa pregunta, pero dijo que seguramente él era el último que lo había visto. Contó, sin entrar en detalles, que tres noches antes había esperado a Fulvio en la puerta de la habitación.

—¿En la puerta de la 401? —preguntó Artemio, sin disimular su alarma.

Octavio corrigió de inmediato.

—No fue en la puerta —dijo—, sino en el pasillo, en la entrada del pasillo. Fulvio había ido a su habitación para buscar algo que tenía que darme, pero nunca volvió.

Artemio pareció tranquilizarse.

—¡Tres días sin salir! —dijo Braulio.

—Tendríamos que ir a golpear su puerta —propuso Carmelo.

—Usted sabe que eso no se debe hacer —dijo Artemio.

—Está previsto en caso de fuerza mayor —señaló Braulio—, Apartado 112, Inciso II, Libro Segundo.

A partir de esa precisión, hubo distintas propuestas. Finalmente, se impuso la de ir al cuarto de Fulvio y golpear la puerta. Artemio, que parecía ajeno a esa discusión, miró las tazas de té y de café con leche recién servidas, miró los platos repletos de tostadas y de medialunas, miró a los cuatrillizos Malerba, a Braulio, a Carmelo y a Octavio y finalmente, con una parsimonia ajena al momento, dijo:

—Tranquilos, señores, tranquilos.

El tono fue severo, aunque calmo, antes que una orden parecía un consejo. Cuando logró el silencio, señaló a su izquierda, nuevamente hubo alboroto, pero esta vez no fue de rebeldía sino de asombro: hacia ellos venía Fulvio.

—¿Tendré tiempo de comer algo? —preguntó y ocupó su sitio.

Eso fue suficiente para que se borrarán las preocupaciones, el desayuno comenzó a ser idéntico al de todas las mañanas.

—Le aconsejo las medialunas de manteca, están en su punto justo —dijo Braulio.

Fulvio agradeció el consejo, habitualmente comía tostadas de pan negro, sin embargo, eligió una medialuna de grasa.

—Esas también están en su punto justo —dijo Carmelo.

Por un buen rato todo fue silencio, aunque no puede decirse que haya sido un silencio absoluto: podía oírse el crujir de los cubiertos, incluso el chirrido de los dientes de algunos comensales, pero no se escuchó una sola palabra, si exceptuamos las que dijeron los cuatrillizos Malerba, aunque esto no computa porque hablaban en voz muy baja y en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían.

—¿Qué comió en esos tres días? —preguntó Carmelo.

Fulvio llevó un trozo de medialuna a su boca, la saboreó y dijo:

—Nada, fueron días de ayuno.

—¡Tres días sin comer! —se asombró uno de los cuatrillizos Malerba, posiblemente el menor.

—Se puede estar muchos días sin comer, un mes o más —dijo Braulio.

—Pero no se puede estar sin agua —agregó Carmelo—, el agua no puede faltar.

Aparentemente, Fulvio había perdido interés por la charla, parecía que solo le importaba saborear la medialuna. Artemio quebró ese momento de goce.

—¿Lo hace con frecuencia? —preguntó—. Lo del ayuno, digo.

—Toda vez que necesito limpiar mi cuerpo —dijo Fulvio.

Esa respuesta habrá conformado a Artemio, porque sin decir una sola palabra se puso de pie. Braulio y Carmelo lo imitaron. Antes de marcharse, Artemio sacudió su mano derecha en un indudable ademán de saludo, Braulio y Carmelo hicieron lo mismo, aunque ambos saludaron con la mano izquierda. Pocos minutos después se levantaron los cuatrillizos Malerba, dijeron algo en voz muy baja y se fueron sin saludar. En la mesa únicamente quedaron Octavio y Fulvio, aunque pronto tendrían que irse: en cualquier momento entrarían los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido para recoger las sobras y limpiar. Octavio, con la vista fija sobre el plato, dijo:

—La otra noche lo estuve esperando.

Fulvio bebió un sorbo de té, después miró a Octavio y dijo:

—Tendrá que perdonarme.

Octavio tal vez iba a decirle que no había nada que perdonar, que simplemente le había recordado que estuvo esperándolo, pero Fulvio habló antes:

—Viene el ejército —dijo y señaló a espaldas de Octavio.

Efectivamente, en ese momento entraban los hombres y mujeres con uniformes de color gris indefinido. Fulvio y Octavio se levantaron y, casi al trotecito, fueron hacia el sitio más apartado de La Sala. Vistos desde lejos podían confundirse con dos actores de alguna vieja película cómica, pero nadie podía verlos, ni de lejos ni de cerca, porque cuando ingresaba el personal de limpieza prácticamente no quedaba un alma en La Sala.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

—Estaba agotado —dijo Fulvio—, entré en mi cuarto, caí sobre la cama y ahí mismo me quedé dormido.

—¿Tres días durmiendo? —dijo Octavio.

—No, claro que no —dijo Fulvio, casi en un susurro.

Octavio le recordó que no era necesario que bajara la voz. No nos oyen, dijo y señaló a los hombres y a las mujeres con uniformes de color gris indefinido.

—Pero nos ven —dijo Fulvio, sin subir la voz.

—Tampoco nos ven —aseguró Octavio—, solo miran lo que tienen que limpiar, el resto no les importa.

Fulvio hizo un gesto de aprobación, pero permaneció en silencio hasta que el ejército de limpieza abandonó La Sala. Pocos minutos después todo pareció recobrar vida: Requejo nuevamente estaba apoltronado en su sillón, Artemio conversaba con dos Escogidos y una Escogida, los cuatro habían elegido una de las mesas del costado, muy cerca desde donde se generaba la puerta de entrada a La Biblioteca, Eudoro ocupaba uno de los sillones de El Espacio de la Reflexión, tenía la cabeza baja y seguramente los ojos cerrados, desde El Sitio de las Pantallas se oía el habitual alboroto, a muchos metros de ahí, Braulio y Carmelo parecían discutir,

imposible saber acerca de qué. Célica no se veía por ningún sitio. La señora Adela y la señorita Basilia paseaban en silencio. Fulvio las saludó, con el brazo en alto y agitando suavemente la mano derecha. La señora Adela no devolvió el saludo, la señorita Basilia sí.

—Una mujer encantadora —dijo Fulvio.

Seguramente, en ese momento a Octavio no le interesaba hablar de la señorita Basilia y menos de sus encantos.

—¿Estuvo tres días durmiendo? —preguntó.

—No, ya le dije que no. Fueron tres jornadas de ayuno y reflexión.

—¿Jornadas? —repitió Octavio, seguramente la palabra le sonaba a manual de autoayuda o texto parecido.

—¡Días, Octavio, días! —dijo Fulvio—. ¿Quiere saber qué hice en esos días?

Octavio asintió con una sonrisa.

—Pensé, reflexioné, medité, como mejor le guste —dijo Fulvio—. Una mujer ocupó mis pensamientos.

—Una mujer —se sorprendió Octavio—. ¿Célica?

—Basilia —dijo Fulvio.

—¡La señorita Basilia! —dijo Octavio.

—Sí, ¿de que se sorprende? —preguntó Fulvio.

—De nada —dijo Octavio—, no me sorprende de nada, es que la señorita Basilia no parece una mujer en la que uno vaya a pensar.

El gesto de Fulvio pudo ser de compasión o acaso de desprecio, no podía descifrarse, sus palabras sí:

—Basilia es una mujer para pensarse, día y noche —dijo.

Esa respuesta habrá tranquilizado a Octavio. Sonrió, fue una sonrisa de satisfacción que duró muy poco, seguramente comprendió que estaba jugando con fuego.

—La relación entre Escogidos y Escogidas —dijo— está regida por normas indeclinables.

—Lo sé —dijo Fulvio—, pero no veo que tiene de malo pensar en una Escogida.

—Lo tiene —dijo Octavio—, créame que lo tiene.

—¿A usted le pasó? —preguntó Fulvio y sin esperar respuesta, agregó—: No, a usted no le pasó, usted vino con sus novias, con las fotos de sus novias, puede mirarlas y pensar en ellas.

—Eso está permitido —dijo Octavio.

—Pero no está permitido pensar en Célica —dijo Fulvio—, y usted piensa en Célica, no lo niegue.

Octavio habrá decidido que la mejor respuesta era una risa sincera, que borrara cualquier malentendido, la mínima sombra de duda.

—¡Qué tontería! ¡Célica! —dijo, riendo—. Célica es una buena amiga.

—¿Eso está permitido? —preguntó Fulvio.

No, no estaba permitido. Octavio no podía ignorar esa norma, mencionada repetidas veces durante los cursos de ingreso. Precisamente, una de las preguntas del examen final se refería al concepto de amistad, cada posible Escogido o cada posible Escogida debía detallar de qué modo entendía la amistad. Era necesario que explicase las diferencias entre la amistad Afuera y la amistad en El Lugar. Un mínimo error en la respuesta significaba la reprobación definitiva. Octavio había aprobado.

—Sí —dijo—, me refiero a la amistad tal como se entiende aquí.

—Entonces, lo de buena sobra —advirtió Fulvio—, usted dijo buena amiga.

Efectivamente, sobraba. Octavio tenía que saber que en El Lugar no se debía discernir a la amistad, no era ni buena ni mala.

—Un error —reconoció—, a veces los cometo.

—No se preocupe —dijo Fulvio—, queda entre nosotros.

Sin duda, se trataba de un pacto de complicidad. ¿Convenía un pacto de ese tipo? A simple vista, no. Sin embargo, para Octavio podría ser provechoso, en definitiva, su “cómplice” le iba a dar ese nombre que buscaba desde hacía tanto tiempo.

—¿Tiene otra muestra de la colonia? —preguntó con cierto tono indiferente.

—Su colonia, Octavio, ¡cuánta pasión por esa colonia! —dijo Fulvio—. Tendrá que perdonarme, lo tuve plantado tres días y tres noches.

¿Fulvio suponía que Octavio estuvo tres días y tres noches esperándolo o simplemente se trataba de una broma, de un chiste para la ocasión? Octavio habrá decidido que era un chiste.

—Nada de eso —dijo riendo—, solo lo esperé unos minutos, diez o quince, después me fui a dormir, también yo estaba cansado.

—Eso me tranquiliza —dijo Fulvio, con la paz de quien se quita un peso de encima.

—Me alegro —dijo Octavio, sin perder la sonrisa—, pero aún me debe esa muestra.

—Suelo pagar mis deudas —dijo Fulvio y comenzó a caminar.

Octavio lo acompañó. Todo indicaba que Fulvio iría a su cuarto, en busca de una nueva muestra de la colonia. No fue así, caminó en dirección opuesta al pasillo que llevaba a las habitaciones.

—Ahora a El Gimnasio —dijo Fulvio.

—¿A El Gimnasio? —repitió Octavio.

—Sí, después de tres días de ayuno es necesario algún ejercicio —dijo Fulvio—, también a usted le vendría bien, aunque no haya hecho ayuno.

—¿Y la colonia? —preguntó Octavio.

Fulvio se detuvo, podríamos decir que sorprendido.

—Sigue ahí —dijo—, en el cuarto de baño, junto a las otras, sobre la repisa del botiquín.

Conseguir el nombre exigía sacrificios. Octavio se dispuso acompañar a Fulvio, pero un imprevisto frustró ese plan: Artemio venía en sentido contrario. En otro momento hubiese saludado a Octavio y a Fulvio y hubiera seguido su marcha, pero en esta ocasión, además de saludarlos se detuvo.

—Una suerte encontrarlos —dijo—, precisamente quería preguntarles algo.

Artemio hizo la pregunta, fue una pregunta insustancial, que no merecía detener el camino de nadie. Las respuestas de Octavio

y de Fulvio fueron tan insustanciales como la pregunta. Artemio agradeció, saludó y se fue. Fulvio esperó a que Artemio se alejara, luego miró hacia uno y otro lado y, aunque nadie podía escucharlo, habló en voz baja.

—¿Era necesaria esa pregunta? —dijo.

Octavio asintió, realmente no era necesaria.

—Artemio me preocupa —dijo Fulvio—, créame que a veces me preocupa.

Octavio quiso saber qué le preocupaba. Fulvio dijo que le inquietaban algunas actitudes de Artemio, hizo una pausa y, con el tono de quien revela un secreto, confesó que sobre todo le preocupaba su comportamiento.

—¿Su comportamiento? —preguntó Octavio.

—Sí, su comportamiento —dijo Fulvio—, el modo en que se comporta en ciertas circunstancias. Usted debería venir a nuestras reuniones.

—¿Reuniones?

—Nos reunimos por Artemio, nos preocupa Artemio —dijo Fulvio, con el tono de quien revela un secreto.

El gesto de Octavio fue clarísimo: necesitaba irse de ahí, debía marcharse cuanto antes, pero se quedó.

—Debería venir —repitió Fulvio.

—No voy a reuniones secretas —dijo Octavio.

—¡Secretas! —rio Fulvio—. ¡Pavada de imaginación la suya, de secretas no tienen nada!

—Por lo que me dijo, Artemio no sabe de esas reuniones.

—Ya lo sabrá, en su momento lo sabrá —dice Fulvio—, vamos, El Gimnasio nos espera.

Octavio dijo que prefería ir a La Biblioteca, admitió que no estaba en condiciones de hacer ejercicios físicos. Fulvio hizo una broma que Octavio seguramente no alcanzó a entender, pero igual la festejó, como si la hubiera entendido. Fulvio dijo que podrían caminar juntos: El Gimnasio estaba pegado a La Biblioteca. Hacía allí fueron, aunque ya no hablaron de Artemio, tampoco de las

reuniones, charlaron de temas intrascendentes, que no vale la pena transcribir. Sin dejar de hablar, Fulvio movía las manos para agradecer los saludos que le brindaban a su paso. Ayuno, respondía a quienes le preguntaban por sus días de ausencia. Sin duda, se había ganado la simpatía y el cariño de muchísimos Escogidos y Escogidas. Esto dicho como mera explicación, ya que simpatía y cariño no eran palabras usuales en La Sala, se trataba de sentimientos ajenos a El Lugar. Por fin, Octavio y Fulvio llegaron a la pared sobre la que se originaban las puertas de La Biblioteca y de El Gimnasio. Ambos apoyaron la palma de su mano derecha en el sitio adecuado. Las puertas surgieron de inmediato. Antes de entrar, Octavio y Fulvio se despidieron como dos buenos amigos, en los parámetros de amistad que se permitía en El Lugar.

No era fácil hablar a solas con Braulio, invariablemente Carmelo lo acompañaba. Es justo reconocer que Octavio, con la paciencia de un felino, esperó el momento oportuno, y ese momento llegó: vio que Carmelo iba rumbo a su habitación o a cualquier otro sitio, realmente no tenía importancia saber adónde iba, lo verdaderamente importante era que Braulio quedaba solo. Octavio caminó aparentando indiferencia y cuando estuvo junto a Braulio simuló sorpresa.

—¡Lo que son las casualidades! —dijo—, justamente quería hablar con usted.

Braulio, que también se alegró por el encuentro, aunque en este caso habrá sido una alegría natural, le preguntó sobre qué quería hablar. Octavio miró a su alrededor: Carmelo podría volver en cualquier momento y esa llegada le obligaría a suspender la charla. Eran falsos temores: Carmelo no se veía por ningún sitio. No obstante, convenía tomar precauciones: Octavio propuso caminar y hablar mientras caminaban, al mejor estilo peripatético. A Braulio le pareció una magnífica idea y comenzaron a andar.

—Usted dirá —dijo, dos pasos más tarde.

Octavio desechó la introducción que seguramente había pensado y fue directo al grano, en tono cómplice, dijo:

—Fulvio me habló de las reuniones.

—¿Las reuniones? —preguntó Braulio—. ¿Qué reuniones?

Octavio explicó a qué reuniones se refería. Braulio lo miró con un gesto que podría ser de sorpresa o de no entiendo de qué me está hablando.

—Pensé que eran como La Tertulia de Requejo —dijo Octavio y ante la mirada imperturbable de Braulio, agregó—: no tiene obligación de contarme, si no me quiere contar, no me cuente.

—¿Contarle? ¿Qué puedo contarle? —dijo Braulio—, son encuentros informales, no más que eso.

Octavio asintió con una sonrisa que podría ser de aprobación. En estos casos, lo adecuado era no mostrar ansiedad: la caminata se convirtió en un cordial paseo. A simple vista eran dos Escogidos que caminaban en silencio, sin destino cierto, saboreando cada paso que daban. No obstante, si se observara con mayor atención, podría advertirse cierta inquietud en Braulio y cierta ansiedad en Octavio.

—¿Hablan de algo en especial? —preguntó, sin detener su marcha—. En las reuniones, digo, ¿tocan algún tema en especial?

Braulio se detuvo, agachó la cabeza, estuvo así por un instante, como quien piensa, y de inmediato siguió caminando.

—¿Me escuchó? —dijo Octavio.

—Sí, lo escuché —dijo Braulio.

Habían llegado a El Sitio de las Pantallas, un buen número de Escogidos y Escogidas aguardaban en silencio, en cualquier momento proyectarían un nuevo capítulo de la serie. Octavio habrá comprendido que no le quedaba tiempo.

—¿Tocan algún tema en especial? —insistió.

Braulio asintió, un gesto, que podría ser de alivio, apareció en su cara.

—Por fin —dijo, en tono de reproche.

¿Por qué ese gesto, aparentemente de alivio, y ese tono de reproche? Carmelo fue la respuesta. Apareció de pronto entre Braulio y Octavio. Dijo que se entretuvo en El Sitio de las Pantallas y pidió disculpas por la demora. Braulio lo disculpó.

—No se preocupe —dijo.

Carmelo agradeció con un gesto y se dirigió a Octavio.

—Espero verlo en nuestras reuniones —dijo.

¿Carmelo era capaz de leer el pensamiento? El propio Carmelo resolvió ese enigma.

—Me lo acaba de contar Fulvio —dijo.

Claramente, Carmelo no se había separado de Braulio para ir a su habitación, sino para encontrarse con Fulvio. ¿Dónde? ¿En La

Biblioteca, en El Bar, en El Gimnasio? Poco importaba dónde, lo que de verdad importaba era el encuentro y, sobre todo, la razón de ese encuentro. ¿Y si hubiera sido una puesta en escena de Fulvio? Primer acto: Carmelo se va y deja solo a Braulio. Segundo acto: ingresa Octavio y le pregunta por las reuniones. Tercer acto: reaparece Carmelo, justo en el momento en que Braulio se disponía a contestar. La pregunta queda sin respuesta. Fin de la obra.

—Espero verlo en las reuniones —repitió Carmelo.

—Esperamos verlo —corrigió Braulio, sin disimular una sonrisa de triunfo.

—Iré con gusto —dijo Octavio y arriesgó una última carta—: ¿Hablan de algún tema específico?

Braulio y Carmelo se miraron, como si en ese momento se hubieran quedado sin texto.

—Siempre —dijo Braulio.

—No siempre —dijo Carmelo.

Habían vuelto a la normalidad. Por un rato, Braulio y Carmelo discutieron el verdadero sentido del vocablo “siempre”. Definitivamente, a Octavio no le quedaba otro camino que ir a las reuniones, era el único modo de saber de qué se hablaba y de quién se hablaba.

—Iré con gusto —dijo.

Carmelo le explicó que ocupaban la mesa casi pegada a la pared opuesta a la barra. La que está a cinco metros de la puerta de entrada y a tres metros de los baños, precisó Braulio. Instalados en los fondos, completó Carmelo y aseguró que no podía perderse. Braulio dijo que esa última acotación no era necesaria, que ya estaba todo claro. Antes de que Carmelo defendiera su acotación, Octavio preguntó con qué frecuencia se encontraban. Así supo que los encuentros eran semanales y supo que los participantes tenían que ingresar de a uno. Para evitar posibles sospechas, dijo Braulio. Octavio quiso saber si cada Escogido o cada Escogida debía originar su puerta de ingreso. Cada Escogido, corrigió Carmelo, no se admiten Escogidas. Braulio señaló que debía respetarse un espacio de cinco minutos entre una y otra entrada. Es un proceso largo,

incluso tedioso, agregó Carmelo. Pero seguro, concluyó Braulio. Octavio preguntó cuándo sería la próxima reunión.

—Mañana a las seis —dijo Braulio.

—Luego de la merienda —completó Carmelo.

—No es buena idea —dijo Octavio.

—¿Qué no es buena idea? —preguntó Braulio.

—La hora del encuentro —dijo Octavio—, puede provocar sospechas: ¿a quién se le ocurre ir a El Bar inmediatamente después de la merienda?

Braulio y Carmelo se miraron, podría decirse que había cierta turbación en la mirada.

—Sí, claro —murmuró Braulio.

—Puede ser —agregó Carmelo, también en voz baja.

Una notoria falla que ni Braulio ni Carmelo habían visto. Octavio no disimuló el gesto de triunfo, pero la satisfacción duró poco.

—La hora la dispuso Fulvio —dijo Braulio—, y Fulvio nunca se equivoca.

—Nunca —confirmó Carmelo.

Octavio habrá comprendido que no valía la pena seguir discutiendo. Debía ir, más allá del horario en que se hiciera, era la única manera de confirmar la sospecha que seguramente lo inquietaba.

—Mañana a las seis estaré en El Bar —dijo.

Braulio aprobó con una sonrisa, dijo que quería descansar un poco y se marchó a su habitación. A Carmelo le pareció una idea digna de ser imitada, aseguró que siempre es bueno un descanso antes de la merienda y, a paso lento, regresó a El Sitio de las Pantallas. Con paciente indiferencia, Octavio esperó a que Carmelo se mezclara con los Escogidos y Escogidas que discutían el final de una serie, después se dirigió a La Biblioteca. En mitad de camino, se cruzó con Célica.

—Lo noto preocupado —dijo.

Efectivamente, estaba preocupado. Sin embargo, hasta ese momento ni Braulio ni Carmelo lo habían advertido. Afuera Octavio había sido un maestro de la simulación, nadie era capaz de percibir sus preocupaciones; nadie, si exceptuáramos a Clementina. Ella lo

descubría de inmediato. Octavio jamás pudo saber cómo y por qué. Ahora Célica también lo descubría. Para colmo, se lo había dicho con las mismas palabras de Clementina: “Te noto preocupado”, decía Clementina, cada vez que lo notaba preocupado.

—No estoy preocupado —dijo Octavio.

—Lo está —dijo Célica y, sin esperar respuesta, continuó su camino.

Clementina, en cambio, se quedaba esperando la respuesta. Octavio contestaba con un monosílabo, por ejemplo: no. Clementina recurría a otro monosílabo: sí. De ese modo, los monosílabos iban de la frialdad a la ternura y de la ternura a la furia, hasta que finalmente se amaban, como solo ellos sabían hacerlo.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

El techo no tenía nada para decir. Boca arriba, sobre la cama, Octavio lo miraba indiferente. La cita era a las seis de la tarde, aún quedaba tiempo. Se levantó desganado y caminó hacia el cuarto de baño. El agua fría en su cara resultó un remedio efectivo, incluso se permitió algunas muecas frente al espejo, después fue hasta el placard y buscó el paquete con las fotos. Habrá decidido ir solo, porque ni siquiera se molestó en desatar el cordel azul. Puso el paquete otra vez en su sitio, apagó la luz de la habitación y abrió la puerta, el pasillo estaba desierto. Caminó, como quien pasea, hasta la pared que originaba la puerta de El Bar. Apoyó la palma de su mano derecha, la puerta apareció de inmediato, entró y se dirigió a la mesa ubicada en la pared opuesta a la barra. Fulvio lo saludó con un gesto. El resto de los reunidos imitó el gesto. Braulio, Carmelo y dos Escogidos, que Octavio no conocía, ocupaban la mesa. Fulvio le indicó el sitio donde sentarse. Octavio fue hasta esa silla y antes de sentarse vio que se acercaban los cuatrillizos Malerba. ¿Podríamos decir que se sorprendió? Tal vez, aunque la verdadera sorpresa se produciría algunos minutos después: llegó Eudoro y se sentó en la última silla vacía. Fulvio, desde la cabecera, habló:

—Estamos todos —dijo.

Braulio, Carmelo, Eudoro, Octavio, los cuatrillizos Malerba y los dos Escogidos, que Octavio no conocía, aprobaron esa obviedad.

—Y hoy tenemos un nuevo integrante —continuó Fulvio y señaló a Octavio—, un sólido nuevo integrante.

—Será necesario que lo pongamos en autos —propuso uno de los dos Escogidos que Octavio no conocía.

—Artemio —dijo Braulio—, nuestra preocupación es Artemio. Sin duda, Octavio acababa de confirmar su sospecha.

—¿Artemio? —preguntó, en un tono de asombro que parecía real.

Se produjo un silencio total, y esta no es una mera frase. Braulio y Carmelo no dijeron una sola palabra, los cuatrillizos Malerba, Eudoro, los dos Escogidos que Octavio no conocía y el propio Octavio, evitaron el mínimo murmullo. Es imposible precisar cuánto duró ese silencio. ¿Dos minutos? ¿Tal vez tres? Fulvio esperó a que el clima fuera realmente incómodo y entonces habló. Dijo que Artemio era un auténtico líder, dijo que eso estaba a la vista de quien quisiera verlo y dijo que solo un necio podía negar esa verdad. Hizo una pequeña pausa y fue mirando a cada uno, no se demoró en nadie en especial. Evidentemente, solo le importaba confirmar lo que había dicho. Lo consiguió: con mayor o menor énfasis, todos afirmaron moviendo apenas la cabeza. Fulvio hizo un corto silencio, que nadie se atrevió a romper, y confesó que le preocupaba Artemio. Pidió que, por favor, no lo malinterpretaran. En definitiva, ¿quién soy yo?, se preguntó con cierto tono teatral.

—Fulvio —respondió el menor de los cuatrillizos Malerba.

Hubo algunos murmullos de desaprobación. El mayor de los cuatrillizos Malerba defendió a su hermano.

—Es lo mismo que escuchamos el miércoles pasado —dijo.

—Pero nadie lo interrumpió —dijo Braulio.

—No fue una interrupción —dijo Carmelo y señaló al menor de los cuatrillizos Malerba—, solo contestó una pregunta.

Eudoro intervino, conciliatorio.

—Dejemos que nos siga contando —dijo.

En esta oportunidad, Fulvio no se preocupó por obtener la aprobación de la mesa, continuó hablando como si no hubiera habido interrupciones, como si nada hubiese pasado.

—Nadie —dijo—, no soy nadie. Carezco del don de mando de Artemio, no poseo su elocuencia, y, sin embargo, debo cuestionarlo. Es cierto que tiene una admirable capacidad para dirigirnos, pero pregunto: ¿hoy está en condiciones de hacerlo?, ¿hoy está en condiciones de representarnos en La Administración? Lo pregunto desde el dolor, porque Artemio es un buen hombre y solo deseo lo mejor para él.

Hubo murmullos, imposible saber si de rechazo o de aprobación. Fulvio levantó los brazos en un innegable gesto de pedir calma.

—No es necesario que me respondan ahora —dijo.

—Es la misma pregunta que hizo el miércoles pasado —dijo el mayor de los cuatrillizos Malerba.

—Entonces no estábamos todos —dijo Fulvio.

¿Cómo podría interpretarse esa respuesta? Si los que ocupaban la mesa representaban la totalidad del grupo, ¿cuántos no habían estado el miércoles anterior? Si Octavio era el único que no había estado, este encuentro se realizaba exclusivamente para él.

—¿Quiénes no estaban? —preguntó.

—Usted —dijo Fulvio—, usted no estaba.

Algunas certezas a veces dañan. Octavio habrá sentido ese daño.

—¿Ellos estaban? —preguntó y señaló a los dos Escogidos que no conocía—. ¿Braulio, Carmelo y Eudoro estaban?

—Todos estábamos —dijo Fulvio—, solo faltaba usted, Octavio.

—Solo usted —repitió Eudoro, en un tono inadecuado para ese momento.

Fulvio se puso de pie, prueba indudable de que la reunión terminaba. Advirtió que debían irse de a uno, dejando un tiempo, no menor a cinco minutos, entre salida y salida. Abrió la marcha uno de los dos Escogidos que Octavio no conocía, cinco minutos después lo siguió el otro Escogido, que Octavio tampoco conocía. Braulio fue el siguiente, después salió Carmelo y luego Eudoro. Los cuatrillizos Malerba se marcharon juntos, no les quedaba otra posibilidad. Todos respetaron celosamente los cinco minutos de

espera. Fulvio y Octavio continuaban frente a la mesa. Octavio habrá supuesto que ahora saldría Fulvio, pero, si supuso eso, se equivocó. Fulvio lo invitó a ir a la barra y hacia allí fueron.

En el otro extremo de la barra continuaba el hombre de traje oscuro, con la vista fija en su copa, aparentemente vacía, pero faltaban los dos hombres de traje azul y sombrero gris y la mujer pelirroja, con un vestido casi del color de su pelo, que acompañaba a uno de los hombres. Tampoco se veía al barman.

—¿Qué puede decirme? —preguntó Fulvio.

—¿Qué puedo decirle de qué?

—De la reunión —dijo Fulvio, en tono amigable.

Octavio respondió en el mismo tono:

—Poco y nada —dijo—, es la primera vez que vengo.

Apoyados en la barra y a varios metros del hombre que miraba su copa, Fulvio y Octavio podían pasar por dos Escogidos a punto de beber una copa y charlar sobre asuntos sin importancia. Pero no era así, todo indicaba que pronto hablarían de Artemio, en definitiva, Artemio había sido el motivo de la reunión.

—¿A usted no le preocupa? —preguntó Fulvio.

—No —dijo Octavio—, para mí sigue siendo la misma persona: íntegro, correcto, solidario, la viva imagen de un hombre de bien, un caballero, para entendernos.

Fulvio aprobó con ligeros movimientos de cabeza.

—Sin duda —dijo—, pero me alarman ciertas cosas.

Antes de que Octavio le preguntara por esas cosas, Fulvio las detalló. Habló de los olvidos de Artemio, de su indiferencia frente a hechos importantes y de su ignorancia acerca de temas esenciales

—No había reparado en eso —dijo Octavio.

—Es así, lamentablemente es así —dijo Fulvio—. ¿Entiende por qué estoy preocupado?

Octavio dijo que sí, que entendía, pero que honestamente no sabía qué hacer.

—Es una tarea colectiva —dijo Fulvio.

—Veo que ya cuenta con Braulio y Carmelo, incluso Eudoro parece interesado —dijo Octavio—, no sé nada de los otros dos Escogidos, no los conozco, pero me sorprenden los cuatrillizos Malerba, ¿qué papel cumplen?

Fulvio rio con ganas. “Usted no es el único sorprendido”, dijo y agregó que los cuatrillizos Malerba siempre sorprenden. En este caso, el menor le había pedido integrar el grupo. Como bien se sabe, los cuatrillizos Malerba nunca se separan, por lo que forzosamente vinieron los otros tres. Antes de que Octavio lo preguntara, Fulvio se anticipó, dijo que no tenían ninguna participación, solo venían para hacer número. ¿Para hacer número? Octavio quiso saber si los dos Escogidos, que él no conocía, también estaban para hacer número. Fulvio dijo que no, que nada de eso, los dos Escogidos, que Octavio no conocía, venían como oyentes. ¿Para oír qué?, Octavio había compartido una mesa, que bien podría llamarse “la mesa de los conjurados”, había escuchado el discurso de Fulvio, y continuó escuchándolo, de pie, junto a la barra, pero no había avanzado nada en torno a su sospecha.

—¿Quiere desplazar a Artemio? —preguntó.

Fulvio volvió a reír, aunque ahora con menos fuerza. Repitió que respetaba mucho a Artemio e insistió en su preocupación por lo que le estaba pasando. Octavio asintió en silencio. Fulvio nuevamente habló de los olvidos de Artemio, de su indiferencia y de su ignorancia, pero no precisó cuáles eran esos olvidos, cuál era su indiferencia y cuál su ignorancia.

—¿Artemio ya no nos representa? —preguntó Octavio.

—¡Nunca dije eso! —afirmó Fulvio—. Solo digo que hay un tiempo para todo.

—¿Debe retirarse? —preguntó Octavio.

—¡Nunca dije eso! —repitió Fulvio y, en tono más calmo, agregó—: Basta con que se haga a un lado.

—¿Usted cree que se hará a un lado?

—No lo creo —dijo Fulvio—, y esa es la razón de estas reuniones: necesitamos destacar los valores de Artemio, ponderar su trabajo y sugerirle que es tiempo de descanso.

—Será difícil —dijo Octavio.

—Por eso lo necesitamos a usted.

Octavio no ocultó su sorpresa.

—¿A mí? —dijo—. No me interesa ser líder.

Fulvio levantó los brazos y bajó la voz.

—Tranquilo —dijo—, no lo será. Usted es la pieza clave para convencer a Artemio. Habrá tiempo para elegir al nuevo líder.

—¿Usted? —preguntó Octavio.

—El tiempo lo dirá —dijo Fulvio—, paso a paso.

El primer paso era Artemio. Todo indicaba de que se trataba de una pieza a descartar y que Octavio debía mover esa pieza, aunque aún no sabía cómo. Fulvio ofreció algunas pistas. Elogió el modo persuasivo de Octavio y el especial interés que Artemio tenía por él. Eso era cierto, a poco de haber entrado a El Lugar, lo había integrado al Comité de Recibimiento. Claro que en ese Comité también estaban Braulio y Carmelo, los mismos que ahora integraban el círculo encargado de sustituir a Artemio. Imposible saber si Octavio tuvo en cuenta estos detalles. Se limitó a escuchar lo que Fulvio le dijo y solo hizo un mínimo gesto que podría ser de aceptación.

—Salgamos juntos —dijo Fulvio y se encaminó hacia la puerta de El Bar—, no despertamos ninguna sospecha.

Octavio lo siguió en silencio y así se mantuvo hasta que nuevamente estuvieron en La Sala.

—¿Aún está interesado en el nombre de esa colonia? —preguntó Fulvio.

Octavio ocultó la alegría que, sin duda, le habrá provocado esa pregunta, solo aseguró que sí, que continuaba interesado por el nombre de la colonia. Seguramente pensó que el próximo paso era ir hasta la habitación de Fulvio. No fue así. Fulvio levantó la mano para saludar a alguien. Octavio de inmediato comprobó que ese alguien era la señorita Basilia. También vio que la señorita Basilia, alegre y entusiasta, le devolvía el saludo, escuchó que Fulvio, con un monosílabo que no logró entender, se despedía de él, y vio cómo a paso rápido iba al encuentro de la señorita Basilia. Octavio quedó solo, en medio de La Sala.

Todas las mañanas, con cielo despejado o lluvia torrencial, minutos antes de las ocho, Octavio cerraba la puerta de su habitación e iba rumbo a La Sala. En realidad, a los habitantes de El Lugar no les importaba ni el sol ni la lluvia, esas cosas sucedían Afuera. A los Escogidos y a las Escogidas solo les importaban las tazas de té y de café con leche sobre la mesa, rodeadas por platos de medialunas, de manteca y grasa, por platos de tostadas, de pan blanco y pan negro, y por potes de manteca, de dulce de leche y de mermeladas de distintos sabores. Podría afirmarse que la corta caminata, desde su habitación hasta el final del pasillo, era un instante de felicidad, que invariablemente crecía al ingresar en La Sala. Atrás quedaban la penumbra y el silencio del pasillo, ahora se enfrentaba con el ruido y la luz que, conviene aclarar, nada tenían que ver con la luz y el ruido de Afuera.

Mañana a mañana, con mirada lúdica, Octavio recorría La Sala, para finalmente detenerse en la mesa donde lo esperaba el desayuno. Los cuatrillizos Malerba solían ser los primeros en llegar, un rato después aparecían Braulio y Carmelo, aunque no siempre en ese orden, a veces Carmelo llegaba antes que Braulio, aunque solo a un par de minutos de diferencia. En muchísimas ocasiones, Octavio aparecía cuando en la mesa solo estaban los cuatrillizos Malerba. Artemio solía ser uno de los últimos en sentarse. En cuanto a Fulvio, en sus escasos cuatro meses de permanencia en El Lugar, no tenía ningún orden de llegada, incluso en una oportunidad estuvo tres días sin venir. Podríamos decir que, tanto en el desayuno, como en la merienda, el almuerzo y la cena, imperaba el libre albedrío: cada Escogido y cada Escogida podía, dentro del tiempo que se destinaba para esa actividad, llegar cuando mejor le pareciera, incluso no venir. ¿Esto supondría una suerte de anarquía? Nada

de eso. La ausencia de una regla de ningún modo significa que esa regla no exista.

Octavio llegó a la mesa y brindó un saludo general.

—Se nota que ha dormido bien —dijo Artemio.

—Sí, de un tirón —dijo Octavio—. ¿No han traído medialunas de grasa?

—Carmelo se las comió todas —bromeó Braulio.

—Las dos últimas las comió él —dijo Carmelo y señaló a Braulio.

Nadie festejó el chiste, a Carmelo no le preocupó esa indiferencia, reconoció que no habían traído medialunas de grasa y elaboró una teoría insólita, ridícula, de por qué no las habían traído. Octavio dijo que no había de qué preocuparse, que las de manteca tenían buen aspecto.

—Y buen sabor —dijo Fulvio—. ¿Soñó algo?

Octavio demoró su respuesta, no estaba seguro de si se lo había preguntado a él.

—Nada —dijo—, no soñé nada.

—Siempre se sueña —aseguró Braulio—, aunque después no se recuerde.

—Si no se recuerda, no se soñó —dijo Carmelo.

Braulio y Carmelo discutieron sobre si, efectivamente, se soñaba todas las veces que se dormía. Artemio, Fulvio y Octavio parecían interesados por esa discusión. Los cuatrillizos Malerba hacía un buen rato que hablaban en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían.

—Requejo habló de un cuento que había escrito acerca de los sueños —dijo Artemio—. Fue en una Tertulia, hace mucho.

—Cosas de Requejo —dijo Braulio—, habla de los cuentos que escribió, pero jamás leímos uno, no creo que existan.

—Que no los hayamos leído no significa que no existan —dijo Carmelo.

—Leer para creer —dijo Braulio.

Artemio los miró un instante, después continuó:

—Sucedió en un extraño pueblo en el que sus habitantes jamás habían soñado, no sabían lo que era un sueño.

—Interesante —dijo Fulvio—, ¿ese era el cuento?

Artemio negó moviendo apenas la cabeza.

—A ese pueblo llegaba un hombre, se hospedaba en una pensión, esa noche dormía en paz y a la mañana siguiente, en mitad de un desayuno como este, contaba lo que había soñado. En aquella Tertulia, Requejo lo narró con lujo de detalles. ¿No lo recuerdan?

Braulio y Carmelo dijeron que no lo recordaban. Los cuatrillizos Malerba ignoraron la pregunta. Artemio se dirigió a Octavio y a Fulvio.

—Ustedes no pueden recordarlo —dijo—, se produjo en una Tertulia que sucedió mucho antes de que ingresaran a El Lugar.

Era una verdad irrefutable. Octavio aprobó en silencio. Fulvio dijo que le hubiera gustado leer ese cuento y prometió buscarlo en La Biblioteca. Octavio le informó que en La Biblioteca no había libros de Requejo. A Fulvio no pareció importarle esa carencia, solo hizo un gesto de resignación.

—Pronto levantarán las mesas —dijo Artemio y se puso de pie.

No fue una orden, pero como tal se tomó. Braulio y Carmelo se dirigieron hacia sus habitaciones. Los cuatrillizos Malerba se marcharon con rumbo incierto. Lo mismo puede decirse de Artemio y de Fulvio. Todo indicaba que iban hablando. Fulvio movía las manos con efusión, Artemio tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Octavio quedó solo, aunque la soledad duró un instante. Eudoro venía hacia él. Octavio lo esperó, sonriendo.

—En cualquier momento entra la tropa limpiadora —dijo, a modo de saludo.

—Lo sé —dijo Eudoro.

—Tendríamos que irnos —dijo Octavio.

—Sí —dijo Eudoro, pero no hizo ningún movimiento.

—Usted no está bien —dijo Octavio—, no lo veo bien.

—Estoy bien —dijo Eudoro.

—¿Qué le anda pasando? —preguntó Octavio.

—Desasosiego —dijo Eudoro y comenzó a caminar.

Octavio vaciló un instante, después lo siguió, justo cuando los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido entraban en La Sala. Eudoro iba rumbo a las habitaciones. Lo alcanzó casi en la entrada del pasillo.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Más tarde —dijo Eudoro y se marchó, casi corriendo.

Octavio estuvo a punto de seguirlo, pero por razones que solo él podría explicar, se demoró en la entrada del pasillo. Los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido ya habían comenzado con su limpieza. Octavio los había visto infinidad de veces. Visto, pero no mirado. Se puede decir que esa mañana miró por primera vez a esos hombres y a esas mujeres con uniformes de color gris indefinido. Se puede decir que esa mañana descubrió que formaban un extravagante *ballet*, hecho de piernas, brazos y manos, contoneándose con un solo propósito: limpiar las mesas y levantar las sobras que ahí habían quedado. Era un espectáculo donde la belleza de lo perfecto se mezclaba con el espanto de esa perfección. Mirar a un conjunto de máquinas operando coordinadas difícilmente produzca algún sentimiento. En cambio, mirar a un número incierto de seres humanos moviéndose en diabólica armonía, provoca horror. Eso es lo que tuvo que haber sentido Octavio. Seguramente, se habrá preguntado por qué no lo había visto antes o por qué Artemio nunca se lo había hecho notar. Los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido estaban por terminar su trabajo. En pocos minutos, La Sala quedaría lista para recibir a los Escogidos y a las Escogidas, todo iba a ser como antes. Volverían a oírse las voces y las risas. Seguramente, Octavio no tenía ganas de escuchar voces y risas, sin embargo, no fue a su habitación, se encaminó hacia un punto específico de La Sala. En ese punto estaba Célica, de pie, sola y, supuestamente, ajena a todo.

—Quiero hablar con usted —dijo Octavio cuando estuvo a su lado.

—¿Conmigo? —preguntó Célica y parecía de verdad sorprendida.

—Sí, con usted —dijo Octavio y fue todo lo que dijo, porque en ese momento apareció una Escogida, desconocida para él, aunque no para Célica.

—¡Qué alegría! —dijo.

La Escogida, que Octavio no conocía, murmuró algo muy cerca del oído de Célica. Habrá sido algo gracioso, porque ambas rieron. ¿Se reían de Octavio? Imposible, porque él no había hecho un solo gesto que provocara risa.

—Ella es Edelmira —dijo Célica— y él es Octavio.

A partir de ese momento, ambos se dieron por presentados. Edelmira dijo: “Por fin lo conozco, Célica me habló de usted”. Octavio asintió con un gesto que pudo ser de orgullo. A Edelmira no le inquietó ese gesto, le hizo un guiño a Célica y se fue sin saludar.

—¿Qué le dijo de mí? —preguntó.

—¿A quién?

—A esa Escogida que me acaba de presentar.

—Edelmira, se llama Edelmira, y no le dije nada importante.

Célica sonrió, como si esa sonrisa diera valor a sus palabras. Era una sonrisa de burla, idéntica a la que Octavio muchas veces había visto en los labios de Clementina.

—¿Quería hablar conmigo? —preguntó Célica.

Octavio asintió, ¿cómo decirle que quería saber de las reuniones secretas en El Bar? ¿Secretas? En realidad, no tenían nada de secretas: Fulvio, Braulio, Carmelo, Eudoro, los cuatrillizos Malerba y esos dos Escogidos, del que ignoraba sus nombres, se reunían a la vista de quien quisiera mirarlos. Si bien era cierto que llegaban de a uno, también era cierto que podría ser parte de un rito, en El Lugar se estilaban los ritos.

—¿Fulvio le contó de las reuniones en El Bar?

—¿Qué reuniones? —preguntó Célica, con un gesto de sorpresa que parecía sincero.

—¿Fulvio no le habló de las reuniones? —repitió Octavio, en un tono que más tenía de afirmación que de pregunta.

—Con Fulvio hablamos de otras cosas —dijo Célica y se marchó.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Quedó de pie, solo, en medio de La Sala, con los ojos cerrados. Cuando los abrió vio que Eudoro estaba ahí, ajeno a todo, con la mirada puesta en algún punto fijo.

—Usted no se encuentra bien —dijo Octavio.

—No me encuentro bien —confirmó Eudoro.

—¿Qué le anda pasando?

Eudoro señaló una mesa vacía, en uno de los sitios más solitarios de La Sala.

—Vamos —invitó—, y le cuento.

Era una mesa idéntica a todas las otras, sin embargo, esta parecía más austera, más despojada. Se sentaron frente a frente. ¿Eudoro iba a contarle la historia de su vida? ¿Sería un relato similar al que unos días antes le contara Artemio? Hasta ese momento, por boca de Artemio, Octavio sabía que Eudoro había ejercido un alto cargo en un importante banco, sabía que había cosechado excelentes amigos, sabía que había sido padre de dos hijos y esposo de una mujer ejemplar. Una vida envidiable, hasta que un día había tirado todo por la borda. Sin previo aviso, dejó su trabajo y abandonó a sus amigos, a su mujer y a sus hijos. Artemio le había contado que Eudoro llevaba más de cinco años en El Lugar, pero no supo o no quiso decirle por qué había abandonado a su mujer, a sus hijos, a sus amigos y a su trabajo. “Vamos, y le cuento”, había dicho Eudoro. ¿Era una mera frase o le hablaría de su vida? Octavio dio el primer paso.

—Usted trabajaba en un banco —dijo—, tenía un cargo ejecutivo.

—No —dijo Eudoro—, fui CEO en una empresa multinacional. Primera diferencia con el relato de Artemio.

—Lo imagino casado —arriesgó Octavio—, padre de uno o dos hijos.

—Sí —dijo Eudoro—, casado y padre de dos hijos.

Primera coincidencia con el relato de Artemio. Octavio se habrá sentido en condiciones de dar el siguiente paso.

—¿Un matrimonio feliz? —preguntó.

Era una pregunta tonta, decididamente cursi. A Eudoro no pareció importarle. Dijo que su esposa lo consideraba un marido ideal y sus hijos un padre perfecto. Otra coincidencia con el relato de Artemio. Había llegado el momento del paso esencial.

—¿Por qué entró en El Lugar?

—Porque aquí logré encuadrarme —dijo Eudoro—, yo estaba desencuadrado.

—Desenfocado —corrigió Octavio.

Eudoro lo miró del mismo modo que se mira a un chico que acaba de hacer una pregunta elemental.

—Estar desenfocado —dijo— es estar fuera de foco, yo estaba desencuadrado, fuera de cuadro, ¿entiende?

—Viene a ser lo mismo —dijo Octavio.

La mirada de Eudoro podía ser de conmiseración o de furia.

—No es lo mismo —dijo.

—¿No es lo mismo? —repitió Octavio.

En tono monocorde y desprovisto de emociones, Eudoro le explicó por qué no eran lo mismo.

—¿Ahora entiende? —preguntó.

—Ahora entiendo —dijo Octavio—: desterrado, usted estaba desterrado. Para los antiguos griegos, el destierro era más terrible que la muerte, preferían la muerte antes que el destierro. Sócrates, sin ir más lejos.

—No entendió nada —dijo Eudoro—, desde mi nacimiento viví el destierro, la muerte nunca me preocupó.

—Destierro significa rechazo —dijo Octavio—, es duro sentirse rechazado.

Definitivamente, la mirada de Eudoro era de conmiseración.

—Nadie me rechazaba —dijo—, era yo quien rechazaba. Poco importaba con quien estuviese, yo siempre estaba fuera de cuadro, desencuadrado, ¿entiende?

Por algunos minutos, poco importa cuántos, Octavio y Eudoro se miraron en silencio. En ciertas ocasiones es posible comprenderse sin decir una sola palabra. Esta no era una de esas ocasiones.

—La felicidad no existe —dijo Octavio—, solo existen momentos felices.

¿Por qué razón pronunció esa frase sin sentido? Imposible saberlo, lo único cierto es que la frase de pronto tuvo sentido.

—Para mí no hubo momentos felices —dijo Eudoro—, nunca supe querer. A quienes no sabemos querer nos hermana la impotencia. Yo era un impotente. Le había pedido muy poco a la vida y hasta ese poco la vida me lo negó. El desasosiego, ¿se da cuenta? Un día abandoné todo.

Octavio dijo que sí, que se daba cuenta. Era el momento de las preguntas.

—¿Por qué fue? ¿Cómo fue? —preguntó.

A Eudoro se le iluminó la cara.

—Fue una revelación —dijo—, como la de Pablo camino de Damasco, sentí que debía dejar todo, que debía irme. Y me fui.

—¿Y su mujer, su esposa, sus amigos?

—No sé qué fue de ellos, no los vi más. Solo quería aprobar los exámenes y entrar en El Lugar.

—Y entró —dijo Octavio—, hace cinco años que está aquí.

—Por cinco años, cuatro meses, dos semanas y diez días —precisó Eudoro—, estuve encuadrado. Desde el primer día pude estar con los otros. Pude desayunar, almorzar, merendar y cenar como uno más, pertenecer. Pude discutir los finales de las series que proyectan en El Sitio de las Pantallas y pude participar libremente en La Tertulia de Requejo. Comencé a vivir, ¿se da cuenta?

—Me doy cuenta —dijo Octavio—, pero me dijo que está mal. ¿Por qué?

—Porque volví a desencuadrarme, volvió el desasosiego —dijo Eudoro y se puso de pie—, sígame.

Octavio lo siguió, obediente. Caminaron hasta la pared donde se generaba la puerta de El Bar. Eudoro apoyó la palma de su mano derecha, la puerta apareció de inmediato. Entraron y, tal como había sucedido la primera vez, Eudoro condujo a Octavio por entre las mesas. Se detuvieron junto a la que estaba casi pegada

a la pared opuesta a la barra, a cinco metros de la puerta de entrada y a tres metros de los baños. Eudoro la señaló con el índice de su mano derecha.

—Aquí volvió el desasosiego —dijo.

Antes de que Octavio preguntara cómo, Eudoro le contó que un domingo Carmelo lo había invitado a una reunión en El Bar, el miércoles a la seis de la tarde. Le extrañó que en los días siguientes, Carmelo, tan charlatán, no hablara más de esa reunión, ni con él ni con nadie.

—Usted sabe cómo es Carmelo —dijo.

—Lo sé —dijo Octavio.

—Pensé que la reunión se había anulado —continuó Eudoro— pero en la sobremesa de ese miércoles, Carmelo me llevó aparte y pidió que no lo olvidara, a la seis, en El Bar. Me pareció divertido tanto misterio. Poco después de la seis, cumplí con todas las consignas y entré a El Bar. En la mesa estaban Fulvio, los cuatrillizos Ma-lerba, Braulio, Carmelo y dos Escogidos que no conocía, Ruperto y Segismundo, me dijeron que se llamaban. Solo dos sillas quedaban libres, elegí la de la cabecera. Fulvio ocupaba la otra cabecera. Todo parecía normal, no transgredíamos ninguna regla y, exceptuando a Ruperto y Segismundo, conocía al resto de los convocados, era una reunión idéntica a tantas otras que se hacen en La Sala. Pero Fulvio comenzó a hablar y las cosas cambiaron.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó Octavio.

Eudoro llevó las manos a su cara y se tapó los ojos, el gesto típico de quien se propone revelar algo fundamental.

—Dijo lo mismo que viene diciendo desde que llegó a El Lugar.

Las palabras de Eudoro habrán aumentado la confusión de Octavio.

—¿Entonces? —preguntó.

—Entonces me desencuadré —dijo Eudoro—, de golpe volví a quedar fuera de cuadro. Pude disimularlo, ni siquiera Fulvio se dio cuenta. Pero desde ese día, regresó el desasosiego. Usted es mi última esperanza, usted puede lograr lo que yo ya no puedo hacer.

—¿Qué? —preguntó Octavio.

—Avisarle a Artemio —dijo Eudoro—. Artemio no se lo merece.

Por alguna razón, imposible de explicar, Octavio habrá comprendido que Eudoro no diría una sola palabra más. Vio cómo se levantaba de la mesa, vio cómo se dirigía a la salida de El Bar y vio cómo se perdía otra vez en La Sala, esa fue la última imagen que le quedó de Eudoro.

El penúltimo examen exigía alta concentración. Se lo consideraba uno de los más difíciles, tal vez el más difícil del curso. Octavio lo había aprobado con buenas notas. Luego de felicitarlo, El Mediador, con la amabilidad típica de los Mediadores, le aseguró que estaba a un paso de ser un Escogido. Octavio asintió en silencio y habrá hecho lo imposible para disimular su euforia: en momentos así era conveniente ser cauto. Se mantuvo rígido, inexpresivo, aguardando a que El Mediador lo autorizara volver a su sitio. Sin embargo, no dio esa orden, lo miró fijo a los ojos y, sin perder el tono amable, le advirtió que en El Lugar debía olvidar definitivamente el Afuera. Esa advertencia, que a simple vista parecía otro de los tantos mandatos, era la prueba definitiva de que ingresaría en El Lugar. Octavio no disimuló su alegría y dijo que sí, que por supuesto, que iba a cumplir con esa normativa.

En rigor de verdad, no se trataba de una normativa. Hay que tener presente que tanto los Escogidos como las Escogidas ingresaban a El Lugar después de haber superado un examen riguroso; impudoso, sería el adjetivo adecuado. Una vez coronado ese examen, poco importaba lo que cada uno o cada una hubiera sido o hubiese hecho Afuera; revelarlo era una decisión personal. El Escogido o la Escogida que elegía contar su Afuera sabía que su relato iba a ser escuchado con interés o con indiferencia, con una sonrisa complaciente o con un gesto apático, pero en cualquiera de sus formas, la historia se aceptaría sin más vueltas e, invariablemente, se evitaría cualquier pregunta incómoda. Requejo, por ejemplo, se presentó como escritor y, pese a que La Biblioteca no guardaba un solo libro de los muchos que él decía haber escrito, nadie dudó de que fuese el autor de esos libros que no estaban. Fulvio nunca reveló a qué se dedicaba y qué había hecho Afuera, pero si hubiera dicho que había

sido músico o pintor, se le hubiese considerado músico o pintor, sin necesidad de que mostrara una mínima partitura o un mero retrato. En cuanto a los cuatrillizos Malerba, podría suponerse que eran naturales de algún país de Europa central. Una suposición, reconozcámoslo, basada exclusivamente en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. ¿Y si, pongamos por caso, hubieran nacido en algún sitio de Lombardía y, desde su infancia, además del italiano natal, incorporaron esa lengua extraña? Tampoco se tenían noticias de Artemio, podría argumentarse que era un hombre más bien callado. ¿Y Braulio y Carmelo?, aunque charlatanes sin remedio, jamás hablaron de sus respectivos Afueras. Nada se conocía de la señora Adela, en cuanto a la señorita Basilia, solo se sabía de su pregonada virginidad. En cuanto a Célica, su Afuera, para bien o para mal, estaba imaginado por los otros, ella nunca había dicho una sola palabra. Algo parecido pasaba con Octavio: había sugerido romances con distintas novias, pero solo se limitó a mostrar fotos de esas señoritas. Pese a lo insustancial de la prueba, no hubo quien dudara de esos noviazgos.

Por supuesto, a veces la curiosidad metía la cola. Hubo una tarde en que, por pedido de Octavio, Artemio le contó el Afuera de Eudoro. Más allá de algunas disidencias, resultó un relato similar al que tiempo después le revelaría el propio Eudoro. ¿Por qué Octavio estaba interesado por el Afuera de Eudoro? ¿Mera curiosidad o vislumbraba lo que una tarde Eudoro le iba a pedir? Son preguntas sin respuestas. En definitiva, la única verdad es la realidad. Para Octavio, la realidad era hallar a Artemio. Cruzó La Sala rumbo a la mesa del desayuno. El primer paso estaba dado: ahí se encontraban los cuatrillizos Malerba, Braulio, Carmelo, Fulvio y Artemio. El segundo paso era más simple: esperar el final del desayuno y decirle a Artemio que tenía que hablar con él. Lamentablemente, no siempre las cosas suceden tal como uno las imagina: Artemio se levantó de la mesa inmediatamente después de beber su té, sin probar ni la medialuna de manteca ni las tostadas que había pedido. Rogó que lo perdonaran, dijo que tenía una cita impostergable en

La Administración. Un hecho absolutamente natural, por lo que todos lo perdonaron y continuaron con sus charlas. Todos no. Aunque no dijo una sola palabra, Octavio no disimuló su gesto de preocupación. ¿Se preocupó porque Artemio se fue así, de inmediato, o porque no había visto a Eudoro en La Sala?

—¿Qué se sabe de Eudoro? —preguntó.

—No está en La Sala —dijo Braulio.

—Eso queda a la vista de todos —dijo Carmelo.

Contrariamente a lo que debía haber sucedido, Braulio dejó de lado la inminente discusión, se limitó a recoger el trozo de medallina que quedaba en su plato, lo llevó a la boca y lo masticó lenta y placenteramente.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Era el momento de abandonar la mesa. En pocos minutos, el batallón de hombres y mujeres, con uniformes de color gris indefinido, ocuparía La Sala. Octavio se puso de pie, extendió el brazo para un saludo general y se largó a caminar. Seguramente, deseaba volver a su cuarto. Fue un deseo incumplido. Célica venía en sentido contrario.

—Lo noto preocupado —dijo.

Octavio sonrió y, sin perder la sonrisa, aseguró que se sentía muy bien, que no tenía de qué preocuparse. No tengo de qué preocuparme, repitió, para que no quedasen dudas. Las dudas no se borraron: Célica insistió con que lo veía preocupado. Octavio dijo que tal vez se debía a Braulio y Carmelo, a una discusión entre ellos. Célica dijo que era común que Braulio y Carmelo discutieran. Octavio dijo que había sido una discusión absurda, sin sentido. Célica dijo que las discusiones de Braulio y Carmelo solían ser absurdas, sin sentido. Octavio aceptó ese argumento. Célica sonrió, satisfecha. Iba a continuar con su camino, pero Octavio se lo impidió.

—Sus ojos —dijo.

—¿Mis ojos? —preguntó Célica, sorprendida.

—Tiene los mismos ojos de Clementina.

Célica sonrió. Imposible descifrar si era una sonrisa de burla o de cariño.

—Ojitos de cielo, así le decía usted.

Era cierto, muchas veces se lo había dicho, a Clementina le gustaba que se lo dijera. A Octavio le gustaba decírselo.

—¿Quién le contó ese disparate? —preguntó.

—Usted —dijo Célica.

Era mentira. Si bien Octavio solía hablar de sus novias, nunca, bajo ninguna circunstancia, revelaba sus intimidades.

—Yo no le conté nada —dijo.

—Lo habré imaginado, suelo imaginar cosas —dijo Célica y sin esperar respuesta se marchó hacia El Sitio de las Pantallas.

Octavio descubrió que Célica no solo tenía los mismos ojos de Clementina, también caminaba como ella. No es fácil describir un modo de caminar. A comienzos de su adolescencia, Octavio conoció a una muchacha de la que solo recordaba dos cosas: su nombre, Rita, y su modo de caminar. ¿Por qué recordaba el nombre? Porque es un nombre inusual, corto, difícil de olvidar. ¿Por qué recordaba su modo de caminar? Porque los pasos de Rita eran sensuales. ¿Los pasos de una modelo profesional? Nada de eso, los pasos de Rita eran sencillos, comunes, aunque naturalmente sensuales. Octavio disfrutaba con solo verla venir hacia él. Muchos años después, Clementina le devolvió ese disfrute: caminaba como Rita. Ahora descubría que Célica también caminaba así. Siguió sus pasos, aunque no podríamos asegurar que esos pasos le brindaran disfrute.

Célica se había mezclado con los Escogidos y las Escogidas que estaban en El Sitio de las Pantallas. Octavio no hizo ningún movimiento, tampoco advirtió la llegada de Artemio, pero escuchó su pregunta.

—¿Usted quería hablar conmigo? —preguntó.

—Sí —dijo Octavio—: ¿Cómo lo supo?

—Por cómo me miró durante el desayuno —dijo Artemio—, por cómo se puso cuando vio que me iba antes.

Eran razones lógicas, al menos lo fueron para Octavio, que aprobó en silencio. Artemio señaló la pared donde se originaba la

puerta de El Bar y hacia allí fueron. Apoyó la palma de su mano derecha en la pared y un rato después ambos estaban sentados en una de las mesas de El Bar. Pese a que no había nadie que pudiera escuchar lo que fueran a decir, Octavio habló en voz baja. Señaló la mesa casi pegada a la pared opuesta a la barra.

—Ahí se reúnen —dijo y los enumeró—: Braulio, Carmelo, Eudoro, Fulvio, los cuatrillizos Malerba y dos Escogidos, Eudoro me dijo sus nombres, pero los olvidé.

—¿Qué tiene de malo que un grupo de amigos se reúna en un café? —preguntó Artemio.

—Están complotando en su contra —dijo Octavio—. Fulvio es el cabecilla, me pidió que lo convenciera, que yo lo convenciera a usted.

—¿Convencerme de qué?

—De que usted deje el liderazgo.

Artemio acentuó su sonrisa complaciente.

—Los liderazgos no se dejan —dijo.

—También Eudoro me lo pidió —dijo Octavio.

Artemio negó moviendo apenas la cabeza.

—Lo que le pidió Eudoro nada tiene que ver con lo que le pidió Fulvio —dijo.

—¿Usted lo sabía? —preguntó Octavio.

—¿Por qué se sorprende? Es condición de líder saberlo todo.

—¿También sabe cómo se llaman esos dos Escogidos que nunca había visto?

—Ruperto y Segismundo, así se llaman. Apenas son peones, igual que los cuatrillizos Malerba. Braulio y Carmelo son alfiles. Piezas que dependen de cómo se las mueva.

—¿Y Eudoro qué es? ¿Torre? ¿Caballo?

—Eudoro es un buen hombre —dijo Artemio y abandonó la sonrisa complaciente—, él no participa de este juego.

—Hoy no vino a desayunar —dijo Octavio.

—Y tal vez no venga más —dijo Artemio y se puso de pie—. Usted perdone, tengo que volver a La Administración.

Octavio siguió los pasos de Artemio, como un rato antes había seguido los de Célica. Artemio caminaba erguido, sereno e imperturbable. Definitivamente, un líder. Era natural que quisieran derrocarlo. Los Idus de Marzo. No exagerar, solo se trataba del comienzo de una conjura que difícilmente llegaría a su fin.

Otra vez en La Sala, vio a Fulvio junto a la puerta de El Gimnasio. ¿Se disponía a entrar o acababa de salir? La puerta se borró. Fulvio, de espalda a la pared, miraba a izquierda y derecha, como buscando a alguien. Claramente, Octavio era el objeto de su búsqueda, porque ni bien lo descubrió caminó hacia él.

—¿Sigues interesado por la colonia? —preguntó, a modo de saludo.

—Sí, por supuesto —dijo Octavio—. ¿La tiene ahí?

Fulvio dio un paso atrás y repitió los gestos de un mago dispuesto a ejecutar su prueba más compleja. Fueron meros gestos: en sus manos no apareció el frasco de colonia que Octavio esperaba.

—No la tiene —dijo, defraudado.

—Está en mi cuarto, esperándolo.

—No se puede entrar en cuartos ajenos —dijo Octavio—, usted lo sabe.

—Lo sé, lo sé, pero vienen tiempos nuevos —afirmó Fulvio, hizo una pausa y en voz más baja, agregó—: lo vi hablando con Artemio, ¿se lo dijo?

—Hablamos de asuntos sin importancia, no tenía nada que decirle.

Fulvio desechó los gestos de un mago a punto de ejecutar la prueba más compleja. Su cara era la de un profesor dispuesto a no perdonar la falta del alumno rebelde.

—No fue eso lo que le pedí —dijo.

—Los liderazgos no se dejan —repitió Octavio.

Fulvio ya no era el profesor severo, se había convertido en un vendedor eficaz, orgulloso del producto que ofrecía. Miró a Octavio como se mira a los viejos amigos. Le pidió que no perdiera la oportunidad, aseguró que difícilmente iba a tener una oferta parecida. Dijo que le estaba abriendo el camino para ingresar al bando vencedor.

—Piénselo, Octavio, usted es un hombre ilustrado —dijo y con tono cómplice agregó—: Los Partes de La Administración no mienten.

¿Fulvio conocía Los Partes de La Administración? Eso escapaba a toda lógica, o no. Tal vez el complot se estaba gestando desde otras esferas.

—¿Qué sabe usted de Los Partes de La Administración? —preguntó Octavio.

—Solo sé que no sé nada —dijo Fulvio y con el mismo tono de broma, agregó—: O sé y no puedo decir nada. Usted aún no integra el grupo.

Octavio estuvo un buen rato en silencio, después hizo la pregunta de la que, sin duda, de inmediato se arrepintió.

—¿Célica integra el grupo?

Fulvio sonrió.

—¡Qué obsesión que tiene con Célica! —dijo.

—¿Lo integra? —insistió Octavio.

Fulvio adoptó los modos de un buen padre comprensivo.

—Comprenderá, Octavio, que aún no se lo puedo decir —dijo y se fue sin esperar respuesta.

Una vez más, Eudoro faltó a la cena. No se lo había visto durante el desayuno y no apareció ni en el almuerzo ni en la merienda. Un incidente que, en rigor de verdad, no tendría por qué preocupar: algunas semanas antes, Fulvio había faltado a lo largo de tres días, sin provocar ningún contratiempo. Todo indicaba que la ausencia de Eudoro fuera a provocarlos. Braulio y Carmelo continuaron con sus bromas y sus discusiones, Artemio, Octavio y Fulvio charlaron de asuntos intrascendentes, algo parecido sucedió con los cuatrillizos Malerba, aunque es imposible saber si se refirieron a temas trascendentes o intrascendentes, ya que hablaron en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. Sin embargo, a Octavio se lo veía preocupado: Artemio le había dicho que Eudoro tal vez no viniera más. “Tal vez no venga más”, le había dicho y ahora, al final de la sobremesa, dijo algo digno de provocar desconcierto.

—Con el número dos nace la pena —dijo.

¿Por qué había citado ese verso? Pronto se cumplirían dos días de ausencia de Eudoro. ¿A partir de entonces nacería la pena? Al final del tercer capítulo del primer volumen de Normativas se hacía especial referencia acerca del concepto de pena. Por supuesto, ese apartado no se refería al sentimiento de tristeza provocado por un escenario adverso, sino a los diversos recursos con que contaba La Administración para reaccionar frente a un delito. ¿Qué delito había cometido Eudoro? ¿Ausentarse dos días de La Sala era un delito? No lo había sido para Fulvio. ¿La Administración lo había absuelto teniendo en cuenta que se trataba de un Escogido recientemente ingresado? No había una mínima prueba que le diera valor a esa tolerancia, por otra parte, La Administración no se caracterizaba por otorgar perdones. Eran muchas las preguntas, pero no

todos los que compartían esa sobremesa esperaban una respuesta. Los cuatrillizos Malerba actuaron como si nada hubieran escuchado y seguramente nada escucharon, Fulvio se mantuvo en silencio y Braulio y Carmelo hicieron algunas bromas que nada tenían que ver con lo que había dicho Artemio. ¿Solo a Octavio le había inquietado? Es posible, aunque él tampoco abrió la boca. El silencio de los corderos.

—Aconsejo que cada uno vaya a su cuarto —dijo Artemio—, mañana será otro día.

Unos minutos después la mesa quedó vacía. Los cuatrillizos Malerba marcharon a sus habitaciones, unos metros más atrás los seguía Fulvio, detrás iba Octavio, Braulio y Carmelo cerraban la marcha. Artemio se dirigió a La Administración, una hora inadecuada para hacer esa visita, pero hacia ahí fue, sin duda.

Octavio despertó temprano, poco después de las siete. Un rato más tarde estaba bajo la ducha. No cantó, no tenía por qué cantar y, en realidad, nunca cantaba bajo la ducha. Pero sí habrá pensado y, sin duda, Eudoro fue el motivo de su pensamiento. ¿Aparecería por fin al tercer día? Iba a ser un gozo verlo otra vez compartiendo la mesa. Todos se comportarían como si nada hubiera pasado: los cuatrillizos Malerba hablando en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían, Braulio y Carmelo discutiendo o haciendo bromas, Fulvio irónico, Artemio sabio. Podríamos asegurar que Octavio se vistió alentando ese pensamiento, su cara lo delataba, se veía alegre, despreocupado. Así caminó hacia la mesa del desayuno. Al dejar el pasillo, La Sala le habrá parecido más luminosa. Desde donde estaba, pudo ver a los cuatrillizos Malerba, a Braulio y a Carmelo, a Fulvio y a Artemio, fue todo lo que vio. Llegó hasta la mesa e hizo la única pregunta posible.

—¿Y Eudoro?

—Eudoro no vendrá —dijo Artemio.

—¿Nunca más? —preguntó Octavio.

Artemio afirmó moviendo apenas la cabeza. Esta confirmación podría interpretarse de dos maneras: en un caso, Eudoro no vendrá

hoy, pero vendrá en los próximos días; en el otro caso: Eudoro no vendrá nunca más. Octavio habrá elegido el primer caso. No hay drama, si lo esperamos tres días, bien podemos esperarlo otro rato. La alegría duró muy poco. Habló Fulvio.

—No vendrá nunca más —dijo.

Hay muchos modos de vivir un duelo. Octavio lo vivió como lo estaba viviendo el resto de la mesa: sin decir una sola palabra. Hasta los cuatrillizos Malerba habrán comprendido esa pérdida, porque se mantuvieron mudos, los cuatro mirando hacia un mismo sitio. Imposible determinar cuánto duró ese silencio. Fue Braulio quien lo rompió.

—Hoy no habrá medialunas de manteca —dijo.

¿Un secreto homenaje a Eudoro? Él era un declarado fan de esas medialunas.

—Ni mate cocido —agregó Carmelo.

Sin duda, era un homenaje: Eudoro invariablemente bebía mate cocido.

El desayuno transcurrió sin nada importante para contar. El silencio y el desánimo se proyectaba por el resto de La Sala, había disminuido el brillo de la luz y los Escogidos y las Escogidas deambulaban sin rumbo fijo. Podríamos decir que habían adoptado cierta actitud apática, pero bastó que se escucharan los primeros acordes de la *Marcha fúnebre* de Chopin —con un arreglo definitivamente ofensivo: tenía la cadencia de una cumbia pegadiza y bizarra—, para que un buen número de Escogidos y Escogidas comenzaran a seguir el ritmo golpeando suavemente sus palmas y moviendo apenas sus cuerpos. Era la primera vez que Octavio asistía a un espectáculo de ese tipo. Miró a Artemio, tal vez buscando explicación o ayuda, pero Artemio permanecía de pie, rígido, con los ojos cerrados. Los abrió en el preciso momento en que cuatro hombres entraban a La Sala, dos iban adelante y dos atrás, a modo de escolta. El cuarteto vestía frac negro, eran negros los zapatos de charol y negra la galera que llevaban en la cabeza, rigurosos e inexpresivos, caminaban a paso lento, ajenos al ritmo de cumbia de la *Marcha*

fúnebre, iban en dirección al pasillo que llevaba a las habitaciones de los Escogidos.

—Van por Eudoro —dijo Fulvio, en voz muy baja.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Poco después de los últimos acordes de la *Marcha fúnebre*, el sosiego volvió a La Sala, los Escogidos y las Escogidas habían dejado de batir sus palmas para retornar a la actitud apática de un rato antes, aunque ahora no deambulaban sin rumbo fijo, permanecían inmóviles, en estricto silencio. Esa conducta podría entenderse en Artemio, en Fulvio o en Octavio, pero no en los cuatrillizos Mallerba, en Braulio y en Carmelo. Sin embargo, ahí estaban los seis, callados, sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Otra vez se oyeron los acordes de la *Marcha fúnebre* de Chopin, pero en este caso sin ningún arreglo que la ofendiera. Un minuto después, aparecieron los cuatro hombres de frac negro, zapato y galera del mismo color. Estaban en la salida del pasillo que llevaba a las habitaciones de los Escogidos y todo indicaba que se disponían a cruzar La Sala. El que encabezaba la marcha sostenía una urna negra, marrón o gris, el color era imposible de definir, pero imponía respeto con solo mirarla. Los otros tres hombres lo seguían, a modo de escolta. Los cuatro marchaban lenta, armoniosamente, marcando en cada paso la cadencia que Chopin estampara en su *Marcha fúnebre*.

Octavio señaló la urna.

—¿Eudoro? —preguntó.

Artemio confirmó, moviendo apenas la cabeza.

En realidad, no era Eudoro sino sus cenizas. Un puñado de polvo, de color impreciso, que nada tenía que ver con ese hombre que unos días antes caminara por La Sala, afligido porque nuevamente se había desencuadrado. ¿Las cenizas pueden encuadrarse? Tal vez el fuego había resuelto el conflicto de Eudoro. ¿Cómo y cuándo lo quemaron? Los hombres de frac negro, zapatos y galera del mismo color, no habían tardado más de diez minutos en entrar y salir del pasillo. ¿Fue tiempo suficiente para incinerarlo o lo habían hecho antes, en los días en que Eudoro no apareció por La Sala? Artemio podría tener la respuesta.

—¿Cuándo lo incineraron? —preguntó Octavio, quedaba claro que evitó decir “quemaron”, indudablemente, una expresión más ofensiva.

Artemio, sin dejar de mirar a los hombres de frac negro, zapatos y galera del mismo color, dijo:

—Usted bien sabe, Octavio, que hay preguntas que no se deben hacer.

Octavio aprobó, obediente, justo en el momento en que los hombres de frac negro, zapatos y galera del mismo color dejaban La Sala. A partir de ese instante, todo volvió a la normalidad: los Escogidos y las Escogidas abandonaron su actitud apática, charlaban, reían, iban de aquí para allá, como si nada hubiera pasado. Por sus gestos, Braulio y Carmelo discutían o acaso simplemente bromeaban, se encontraban a muchos metros de Octavio, por lo que no quedaba otra cosa que suponerlo. Artemio no se veía por ningún sitio, habría ido a su cuarto o tal vez a La Administración. Fulvio estaba con la señora Adela y la señorita Basilia, seguramente les contaba algo interesante porque las dos mujeres parecían atraídas por el relato, aunque si se mirase con mayor cuidado, se vería que solo la señorita Basilia se mostraba atraída, la expresión de la señora Adela no denotaba el mínimo interés por las palabras de Fulvio. Algo más lejos, Octavio descubrió a Célica, sola en una mesa. Hacia allí fue, pero se detuvo a mitad de camino: un Escogido, que no conocía, se había sentado frente a Célica. Octavio se dio vuelta y comprobó que estaba a pocos metros de El Sitio de las Pantallas. Fue directo a una de las butacas, se sentó y fijó la vista en la primera pantalla, a la izquierda. Cualquiera que lo viese en ese momento, no dudaría del interés de Octavio por lo que estaba mirando. Nada más lejos de la realidad: a Octavio no le interesaba lo que estaba viendo, que no mirando. Tener la vista en la pantalla, sin mirar nada ni escuchar nada, era una buena manera de disimularse en la multitud, aunque decir multitud acaso resulte algo exagerado, en ese momento en El Sitio de las Pantallas había solo siete Escogidas y tres Escogidos, contando a Octavio. Los nueve estaban

de verdad interesados por lo que reflejaba la primera pantalla, a la izquierda. En cambio, podemos asegurar, Octavio solo pensaba en Eudoro, en su muerte. Era la primera muerte a la que le tocaba asistir en El Lugar. Para colmo, el muerto era su amigo. ¿Lo era? Esto es imposible de establecer, sobre todo teniendo en cuenta los cánones acerca de la amistad instaurados por La Administración. Había sido Eudoro quien le hizo conocer El Bar, había sido Eudoro quien no vaciló en contarle su Afuera y había sido Eudoro quien le pidió que le alertara a Artemio sobre el complot que estaban planeando. ¿Qué más se necesita para ser amigo? Eudoro era un hombre bueno, en el buen sentido de la palabra bueno. ¿Cómo había muerto? ¿Fue una muerte natural o fue un suicidio? ¿Lo habían matado? Octavio llevó la mano derecha hasta sus ojos, y con el pulgar y el índice los acarició suavemente. ¿Los tenía irritados por mirar tanto la pantalla? Nada de eso: solo secaba sus lágrimas, aunque la escena que se proyectaba en ese momento lejos estaba de producir llanto, por otra parte, el llanto era una emoción ajena, tanto para los Escogidos como para las Escogidas. Habrá que admitir que en El Lugar a veces sucedían cosas que escapaban al buen ver y entender.

Octavio solía aparecer cuando ya estaban todos, o casi todos. ¿Por qué en esta oportunidad fue uno de los primeros en llegar? Eudoro podría ser la respuesta a esa pregunta. La tarde anterior, Octavio había visto cómo cuatro hombres de frac negro, zapatos de charol y galera negra transportaban una urna con las cenizas de quien definitivamente consideraba su amigo, bajo los parámetros de amistad que se permitía en El Lugar. Esa muerte lo había alterado. ¿También a sus compañeros de mesa? La respuesta podría estar precisamente ahí, en la mesa. Octavio se había adelantado y ahora los esperaba, simulando indiferencia, como si esa mañana fuese una más, idéntica a todas las que había vivido y seguramente idéntica a las que le restaba vivir.

Los cuatrillizos Malerba llegaron respetando un orden que, se dice, jamás habían quebrado: el mayor abría la columna, el menor la cerraba. Uno de ellos, aparentemente el menor, saludó a Octavio con un ligero gesto de mano, los otros tres lo ignoraron. Cada uno ocupó su sitio y comenzaron a hablar en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. En rigor de verdad, poco importaba lo que dijese: los cuatrillizos Malerba nunca habían tenido trato cordial con Eudoro. Lo ignoraban con la misma fuerza con que Eudoro los ignoraba a ellos. Poco o nada valía evaluar de qué modo les habría afectado esa pérdida. No se podía decir lo mismo de Braulio y de Carmelo, ambos habían tenido buen trato con Eudoro, tal vez porque les festejaba sus chistes, tal vez porque solía terciar en algunas de sus discusiones. Braulio y Carmelo ya habían ocupado los respectivos sitios. Braulio saludó a Octavio con un gesto alegre, Carmelo repitió el mismo gesto y la misma alegría. Octavio devolvió el saludo casi protocolarmente, sin duda, le disgustó tanto entusiasmo. Fulvio apareció un rato después, hizo mención a un hecho que había sucedido la tarde anterior,

en realidad, un hecho sin importancia, que ni siquiera vale la pena consignar, pero no dijo una sola palabra sobre la muerte de Eudoro, tampoco del modo en que habían transportado sus cenizas. Fulvio no llevaba ni cuatro meses en El Lugar, pero en ese corto tiempo había hecho buenas migas con Eudoro, incluso lo había invitado a las reuniones secretas en El Bar. ¿Por qué ahora lo ignoraba de ese modo? Artemio fue el último en llegar. Ocupó su sitio, hizo un saludo general, al que todos respondieron, incluso los cuatrillizos Malerba, desde el menor hasta el mayor, y dijo que traía buenas noticias. Justo en ese momento apareció el mozo.

—¿Hay medialunas de manteca? —preguntó Octavio.

—Sí, como siempre —dijo el mozo.

—¿Y mate cocido?

—También, como siempre —dijo el mozo.

—¿Le preocupa el menú? —quiso saber Artemio.

—No, nada de eso —dijo Octavio y pidió lo de todas las mañanas.

En cuanto el mozo se fue, Fulvio quiso conocer las buenas noticias que Artemio anunciara. Sin modificar su sonrisa complaciente, Artemio dijo que no era bueno ser ansioso. Fulvio aseguró que no era ansioso. Simple curiosidad, dijo, pero bastó para que Braulio y Carmelo se enfrascaran en una discusión acerca de la curiosidad, sus ventajas y riesgos. La discusión duró poco, no más de seis minutos, después el silencio volvió a la mesa. Aunque no puede decirse que haya sido un silencio absoluto, porque los cuatrillizos Malerba continuaron conversando en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. Artemio reiteró que tenía buenas noticias, pero que por ahora no podía adelantar nada. Todos aceptaron y hasta el final del desayuno se tocaron otros temas, pero nada se dijo de Eudoro, de su muerte y cremación. Definitivamente, había sido ignorado en la totalidad de La Sala.

Fulvio fue el primero en levantarse, un minuto después lo hicieron los cuatrillizos Malerba y luego Braulio y Carmelo. En la mesa solo quedaron Artemio y Octavio.

—¿Por qué? —preguntó.

—Tenemos que irnos —dijo Artemio—, acaba de ingresar el comando de limpieza.

Caminaron hacia El Espacio de la Reflexión. ¿Artemio se disponía meditar? Nada de eso, se detuvo un par de metros antes, en un sitio que no impedía el trabajo de los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido.

—¿Por qué qué? —preguntó.

—¿Por qué no han dicho una sola palabra de Eudoro? —dijo Octavio.

—Eudoro, Eudoro —repitió Artemio como tratando de recordar a quién se refería—. ¿Qué le preocupa de Eudoro?

—Murió hace dos días, ayer lo llevaron y hoy no hay quien lo recuerde.

—Eso no es cierto, Octavio, usted lo recuerda. Comience a preocuparse cuando ni siquiera usted lo recuerde.

Octavio estuvo a punto de decir algo, pero Artemio apoyó sobre los labios el dedo índice de su mano derecha. Imposible saber cuánto duró el silencio. Fue el propio Artemio quien lo rompió. Miró a Octavio, una mirada comprensiva, pero a la vez severa, y le dijo que pronto cumpliría un año en El Lugar. Le preguntó si lo tenía presente. Octavio dijo que sí, que lo tenía presente. Hubo cierta turbación en la respuesta, ¿qué sentido tenía esa pregunta? Un año, repitió Artemio, y, en un tono que iba de la nostalgia a la crítica, advirtió que hay preguntas que no deberían hacerse. Octavio asintió moviendo apenas la cabeza y quiso saber cuáles eran esas preguntas. Artemio, sin perder la sonrisa complaciente, dijo que después de haber deambulado un año por La Sala, después de haber visitado La Biblioteca, El Gimnasio y El Bar, debería saber muy bien cuáles eran esas preguntas. Octavio dijo que aún le faltaba un tiempo para cumplir con su primer año en El Lugar. Artemio reconoció que en eso tenía razón. Octavio no desaprovechó la carta a su favor: volvió a preguntar por qué nadie hablaba de la muerte de Eudoro. Porque así son las cosas, dijo Artemio y, ante la mirada aturdida de Octavio, pacientemente comenzó a explicarle. Dijo que

esa pregunta, ¿por qué?, es una de las primeras que nos hacemos. Usted se lo habrá preguntado, yo me lo pregunté, levantó apenas la voz y con su brazo derecho hizo un gran círculo en el aire, todos se lo preguntan. No hay una sola y definitiva respuesta, algunos la encuentran en la fe, otros en la nada, pero con fe o sin ella, nadie quiere morir. ¿Lo entiende Octavio? La única verdad es que irremediablemente morimos. Octavio dijo que sí, que lo entendía, pero que él no hablaba de la muerte, solo quería saber por qué ignoraban a Eudoro después de su muerte. Porque una cosa está ligada con la otra, dijo Artemio, y le preguntó si sus abuelos habían muerto. Los cuatro están muertos, dijo Octavio, seguramente sin comprender la razón de esa pregunta. La siguiente pregunta de Artemio fue tan extraña como la primera: ¿los recuerda?, preguntó. Suelo recordar a la abuela Carmen, dijo Octavio. Esa respuesta alegró a Artemio. Gracias a ese recuerdo, dijo, su abuela Carmen no ha terminado de morir. ¿No terminó de morir?, preguntó Octavio. Sí, dijo Artemio, basta con que usted la piense para que Carmela continúe viva. Octavio negó moviendo la cabeza. Es así, por más que intente negarlo, dijo Artemio, comprensivo. Octavio persistió en la negativa. No se llama Carmela, dijo, se llama Carmen. Artemio aprobó, sin disimular su alegría. Se llama, dijo, la mejor prueba de que su abuela sigue viva. Si hubiera dicho “se llamaba”, estaría tan muerta como sus otros tres abuelos. ¿Se da cuenta? Esta conclusión habrá satisfecho a Octavio, porque sonrió feliz. Pero la sonrisa le duró poco. Claro que en algún momento usted dejará de pensarla, continuó Artemio, y entonces su abuela habrá muerto definitivamente. Hizo un corto silencio y agregó: en El Lugar no se conoce esa desdicha. Aquí se vive un continuo presente, el pasado no existe, jamás existió. El Escogido que muere no compartió desayunos, almuerzos, meriendas y cenas, no anduvo por El Bar, por La Biblioteca o por El Gimnasio, nunca participó de La Tertulia de Requejo, ni estuvo en El Sitio de las Pantallas ni en El Espacio de la Reflexión. ¿Se da cuenta?: no tiene pasado, porque el pasado no existe. Exactamente lo mismo sucede si se va una Escogida ¿Lo entiende? Octavio dijo

que sí, que lo entendía. Entiendo, dijo y quiso saber por qué ese tema no se había tratado durante el período de Aprendizaje, quiso saber por qué Los Mediadores nunca habían mencionado a la muerte y por qué tampoco figuraba en el examen final. No había reproche en las palabras de Octavio, tal vez pedía que no lo culparan por lo que ignoraba. Artemio rogó que se calmase, dijo que nadie lo culpaba. Afirmó que hay cosas que únicamente se aprenden con la práctica, por más que a un chico le hablemos del mar, solo sabrá lo que es el mar cuando por fin lo vea con sus propios ojos. Igual sucede con la muerte, cada Escogido y cada Escogida la conoce el día en que ve la muerte del otro. Octavio dijo que él ya se había enfrentado a otras muertes, las había visto. Artemio movió la cabeza en un gesto que tenía mucho de tolerante. Usted no entiende, dijo, habla de las muertes de Afuera y yo estoy hablando de las muertes en El Lugar, son dos cosas diferentes. Sin duda, Octavio no llegaba a entender esa diferencia. Los hombres de Neanderthal, dijo, enterraban a sus muertos. Era una frase sin sentido. Por eso fue natural que Artemio preguntara qué había querido decir. Hace más de cien mil años que respetamos a nuestros difuntos, dijo Octavio, para darle sentido a la frase. Tal vez eligió difuntos porque difuntos le otorgaba más fuerza que muertos. Artemio pareció no preocuparse por el cambio de léxico, miró a Octavio y, sin disimular el desengaño, dijo que había cosas que usted, Octavio, no termina de entender, en El Lugar se respeta a los muertos. Nadie le impide que recuerde a Eudoro, pero el día que deje de recordarlo, Eudoro morirá. Octavio levantó el tono de voz. ¡Me acusa de matarlo!, dijo. Otra vez con su sonrisa complaciente, Artemio reconoció que sí, que algo de eso había. Y sin gritar, aunque sus palabras tenían la fuerza de un grito, insistió: ¿tanto le cuesta entender por qué los olvidamos ni bien mueren? Es la única manera de que desaparezcan para siempre, de ese modo no hay quien cargue la culpa de esas muertes. ¿Lo entiende ahora? Octavio dijo que sí, que lo entendía. Artemio se limitó a señalar el centro de La Sala, dijo que los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido habían terminado con la limpieza, era tiempo

de ir a su cuarto, a El Sitio de las Pantallas o adonde se le ocurriera. Octavio no se movió, con tono provocador preguntó: ¿y los personajes célebres?, a Homero, a Julio César, a Napoleón, los seguimos recordando. Artemio sonrió mientras negaba moviendo la cabeza. Usted lo ha dicho: personajes, se trata de objetos de ficción, no se los recuerda, se los escribe. Octavio agachó la cabeza y se fue en silencio.

No puede decirse que en su cuarto haya encontrado la paz, más bien todo lo contrario. Se dejó caer sobre la cama y por largo rato estuvo mirando el techo. Imposible saber qué pensó en ese tiempo, después se durmió. Seguramente tuvo una pesadilla, porque se movió como se mueven los que tienen pesadillas. Los sueños suelen olvidarse, se supone que Octavio olvidó su pesadilla porque saltó de la cama como quien, después de gozar de un buen descanso, se dispone a seguir con sus cosas. ¿Cuáles eran esas cosas? En principio, refrescar un poco su cara. Fue hasta el cuarto de baño y por uno o dos minutos se miró en el espejo, no vio nada para destacar. Volvió a la habitación y se entretuvo buscando a la novia que lo acompañaría. Eligió a Clementina. *Harikoa*, murmuró, pero en la cara de Clementina no se dibujó ningún gesto. En definitiva, solo era una foto. La acomodó junto a las otras, envolvió el paquete con el papel celofán, lo cruzó con el cordel azul y lo sujetó con el nudo cirujano. Ubicó el paquete debajo de la Biblia, la abrió y recorrió sus páginas como buscando algo. No se puede decir que lo haya encontrado, porque colocó la Biblia en su sitio y cerró la puerta del placard. Caminaría solo por La Sala. Faltaba una hora para el almuerzo.

Braulio y Carmelo estaban en El Sitio de las Pantallas. Todo indicaba que habían visto el final de una serie, y ahora lo discutían junto a un grupo de Escogidos y Escogidas. Octavio observaba de lejos, digamos que a poco menos de diez metros. Indudablemente, no le interesaba participar de esa discusión, aunque sí le importaba mirarlos. El plural se refiere exclusivamente a Braulio y a Carmelo, ya que a Octavio poco y nada le atraían los otros Escogidos y Escogidas, de los que ni siquiera sabía sus nombres. La pregunta inevitable es por qué continuaba de pie, con la vista fija en Braulio

y Carmelo. La respuesta estaba escrita: la discusión en algún momento iba a terminar, el grupo se iba a dispersar pacíficamente y Braulio y Carmelo irían al encuentro de Octavio. Así sucedió.

Octavio construyó un gesto de sorpresa que parecía auténtico.

—¡Qué casualidad! —dijo—. Justo pasaba por aquí.

—Pero nos estuvo mirando —dijo Braulio.

—Por un buen rato —completó Carmelo.

—Iba camino al almuerzo y me detuve, solo un instante —dijo Octavio.

La mención del almuerzo puso fin a un par de preguntas incómodas, del tipo: ¿por qué se detuvo? ¿por qué nos miraba? Braulio no ocultó su entusiasmo.

—Artemio nos dirá la noticia —afirmó.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Carmelo.

—Lo prometió —dijo Braulio— y Artemio siempre cumple sus promesas.

—No siempre —afirmó Carmelo.

Octavio levantó la mano derecha, el ademán podía leerse de dos maneras: poner fin a una discusión inútil o pedir permiso para hablar. Poco importa cómo se leyó el gesto, lo cierto fue que Braulio y Carmelo se callaron. Octavio habló.

—No será fácil olvidar a Eudoro —dijo.

El gesto de sorpresa en Braulio y en Carmelo también parecía auténtico.

—¿Eudoro? —preguntó Braulio.

—¿Eudoro? —repitió Carmelo.

—No esperaba ese final —dijo Octavio.

—Tampoco nosotros —dijo Braulio.

—Lo acabamos de discutir —dijo Carmelo y señaló El Sitio de las Pantallas.

—No hablo de eso —dijo Octavio.

—Fue una discusión fuerte —dijo Braulio.

—Casi una pelea —dijo Carmelo.

—No exagere, Carmelo —dijo Braulio.

—No exagero —dijo Carmelo.

Octavio esperó a que volviera la calma, habló cuando Braulio y Carmelo se callaron.

—No hablo de la serie —dijo—, hablo de Eudoro.

—¿Eudoro? —preguntó Braulio.

—¿Eudoro? —repitió Carmelo.

—Sí, Eudoro —confirmó Octavio—, murió hace dos días y nadie lo recuerda.

—¿Usted lo recuerda? —preguntó Braulio.

—¡Sí, lo recuerdo, claro que lo recuerdo! —dijo Octavio, con el énfasis de quien proclama una consigna.

—Entonces sigue vivo —dijo Braulio y caminó hacia la mesa del almuerzo.

—No deje de recordarlo —pidió Carmelo y siguió a Braulio.

Octavio quedó solo, aunque por poco tiempo, a su espalda sonó una voz conocida.

—Es difícil entenderse con Braulio y Carmelo —dijo.

La sorpresiva aparición de Célica tuvo que haberle alegrado.

—Hablabamos de Eudoro —dijo Octavio.

La respuesta que seguramente esperaba no llegó.

—Murió hace un par de días —completó Octavio— y nadie lo recuerda.

—¿Usted lo recuerda? —preguntó Célica.

—¡Sí, lo recuerdo, claro que lo recuerdo! —dijo Octavio, con el mismo énfasis que había utilizado ante Braulio y Carmelo.

—¿Tanto como recuerda a Clementina?

—¡Clementina no murió!

—¿Cómo lo sabe? —dijo Célica y en tono conciliador agregó—: No tiene importancia que haya muerto o no, Clementina pertenece al Afuera.

—Pregunté por Eudoro, les pregunté por Eudoro —dijo Octavio.

Imposible saber si el gesto de Célica fue de comprensión o de hartazgo.

—Nadie va contestar esa pregunta —dijo.

—¿Por qué?

—Porque lo han olvidado, simplemente por eso. Eudoro no existe, nunca existió.

—Yo lo recuerdo —afirmó Octavio.

Aunque resulte difícil de creer, Célica por un instante perdió su tono insolente, miró a Octavio casi con ternura y dijo:

—Hasta que un día cualquiera dejará de recordarlo y también para usted, Eudoro nunca habrá existido.

Octavio miró hacia uno y otro lado, tal vez temeroso de que alguien lo escuchara.

—¿Y Clementina? —preguntó—. ¿Si algún día dejo de recordarla, también ella nunca habrá existido?

Célica negó moviendo apenas la cabeza, había esperanza en esa negativa.

—Clementina no vive en El Lugar —dijo—, pertenece al Afuera. Aparentemente, esa conclusión tranquilizó a Octavio.

—Jamás olvidaré a Clementina —aseguró.

—Si usted lo dice... —sonrió Célica y se fue sin esperar respuesta.

Esa sonrisa no le habrá gustado a Octavio, pero si realmente no le gustó, supo disimularlo. A paso lento, indiferente, caminó rumbo a la mesa del almuerzo. Poco antes de llegar se cruzó con Artemio. ¿Una casualidad? Tal vez, aunque en La Sala las casualidades a veces eran causalidades.

—Tengo que hablar con usted —dijo Octavio.

—Lo escucho —dijo Artemio, pero no detuvo su marcha.

Básicamente, lo que hablaron no se diferenció en nada de lo que habían hablado unas horas antes, después del desayuno. Octavio repitió las mismas preguntas y Artemio ofreció las mismas respuestas. Braulio, Carmelo, Fulvio y los cuatrillizos Malerba ya estaban en la mesa. A simple vista podría parecer un almuerzo más de cualquier mediodía. Sin embargo, cada uno a su modo esperaba la noticia que había prometido Artemio. La espera se prolongó hasta los postres. Luego de beber el último trago de vino, Artemio golpeó el vaso con su cuchillo.

—Señores —dijo—, mañana ingresará un nuevo Escogido a El Lugar.

Si exceptuamos el par de medias, el calzoncillo y la camisa sobre la cama, el cuarto estaba exactamente igual a como Octavio lo había dejado. Nunca había visto a la mujer o al hombre que traía la ropa limpia, pero no se puede decir que ese detalle lo inquietara. Recogió la camisa, el calzoncillo y las medias y colocó cada cosa en su sitio. La cama quedaba a su disposición. Sin embargo, pospuso el descanso. Miró a izquierda y derecha y miró el techo y el piso, giró sobre sí mismo y compuso lo que, sin duda, era un paso de baile. A partir de ese momento, forjó un sendero por el que avanzó y retrocedió con admirable armonía. El ensayo, porque a todas luces era un ensayo, se prolongó hasta que, visiblemente cansado, Octavio hizo un último giro y cayó de espaldas sobre la cama. Más allá del cansancio, había satisfacción en su cara. Tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta. ¿Dormía? A pesar de que a simple vista pareciera que sí, no es posible asegurar que estuviese durmiendo. Lo único cierto es que media hora después, Octavio iba rumbo a la mesa de la merienda. Sin duda, le alegró que solo estuviesen Artemio y los cuatrillizos Malerba. Saludó a todos, pero solo Artemio respondió el saludo.

—¿Buena siesta? —preguntó.

—Sí —dijo Octavio—, tenía que descansar, para después de la cena.

—¿Después de la cena? —preguntó Artemio.

—El ensayo —dijo Octavio, justo en el momento en que llegaban Braulio y Carmelo.

Artemio los saludó con un gesto, luego se dirigió a Octavio.

—No habrá ensayo —dijo.

Octavio preguntó por qué suspendían algo tan importante, imprescindible, podría decirse, pero Artemio no lo escuchó, o hizo

que no lo escuchaba, porque se limitó a anunciar que esa noche servirían filet de merluza. A los cuatrillizos Malerba pareció no importarles el menú, tampoco le importó a Fulvio y a Octavio. Braulio confirmó que seguramente iba a ser filet de merluza. Carmelo, en cambio, arriesgó que traerían arroz con pollo. A partir de ese momento comenzó una charla gastronómica, nadie habló del ensayo que debería realizarse poco después de esa cena en la que, finalmente, sirvieron carne al horno con papas. A los postres, Artemio recogió un cuchillo y ceremonialmente golpeó su copa. Una vez logrado el silencio, en un tono de voz amable, aunque enérgico, confirmó lo que había anunciado durante el almuerzo.

—Mañana ingresará el nuevo Escogido —dijo.

Tal vez ese hubiera sido un buen momento para que Octavio preguntara por el ensayo, sin embargo, no dijo una sola palabra. Los cuatrillizos Malerba fueron los primeros en levantarse, saludaron casi a coro y se marcharon rumbo a sus cuartos. Fulvio saludó con un gesto gentil y se dirigió a El Espacio de la Reflexión, aunque su propósito no era reflexionar sino encontrarse con Célica, que lo esperaba muy cerca de ahí. Ambos caminaron hacia la pared donde se originaba la puerta de El Bar. Braulio y Carmelo eligieron El Sitio de las Pantallas. Artemio se dirigió hacia La Administración, era comprensible que fuera a esa hora inusual, seguramente habían quedado pequeños detalles sobre la inminente llegada del nuevo Escogido. Octavio continuaba sentado a la mesa, el ingreso de los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido hizo que se pusiera de pie. A paso lento caminó a su cuarto. La carne al horno con papas no le habría caído del todo bien, volver a su cuarto y recostarse en la cama podría ser un remedio efectivo.

Encendió la luz y recorrió la habitación buscando vaya a saberse qué. Fue una búsqueda inútil, porque todo se encontraba exactamente igual a como lo había dejado. Tampoco vio nada distinto en el cuarto de baño. Por fin, se tiró sobre la cama. Su cara mostraba inquietud, sin duda, motivada por la Ceremonia de Bienvenida del día siguiente, aunque quizá no era la Ceremonia en sí lo que le

inquietaba, si no la ausencia del ensayo final que esa Ceremonia exigía. No podemos decir que haya dormido en paz.

Despertó a la hora de siempre e hizo lo que siempre hacía a esa hora, no es necesario entrar en detalles. Cuarenta minutos después caminó rumbo a la mesa del desayuno. Logró detener al mozo antes de que se fuera, le pidió café con leche y tostadas de pan blanco. Ocupó su sitio e hizo un saludo general. A lo largo del desayuno no se dijo una sola palabra de la llegada del nuevo Escogido, tampoco de la Ceremonia de Bienvenida. Media hora más tarde, sobre la mesa quedaron las tazas vacías, los restos de medialunas de grasa y manteca y los trozos de pan blanco y pan negro. Era el momento de los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

El ejército de limpieza había borrado los restos del desayuno. Los Escogidos y las Escogidas nuevamente deambulaban por La Sala. Artemio, Braulio y Carmelo se dirigían hacia El Portal de Entrada. Artemio encabezaba la marcha, Braulio y Carmelo oficiaban de escolta. Octavio apuró el paso y se colocó junto a Carmelo. Muy pronto comenzaría la Ceremonia de Bienvenida de la que, lamentablemente, no se había realizado el ensayo final. Artemio se detuvo de pronto y, lógicamente, Braulio, Carmelo y Octavio también se detuvieron. Artemio se dio vuelta y quedó frente a los tres, que habían formado una línea horizontal. Esta coreografía era desconocida para Octavio, por lo que no le quedaba otro remedio que seguir los pasos de Braulio y Carmelo, pero Braulio y Carmelo no dieron un solo paso, fue Artemio quien avanzó hacia ellos, se detuvo a poco menos de un metro y, con la fuerza de una orden, dijo:

—Usted no, Octavio.

Claramente, la Ceremonia de Bienvenida recuperaba su forma clásica, con un Oficiante y dos Asistentes como únicos protagonistas. Octavio por fin comprendía por qué se había cancelado el ensayo final.

—Entiendo —dijo obediente y dio un paso al costado—, solo Braulio y Carmelo.

—Y Fulvio —agregó Artemio.

—¿Fulvio? —repitió Octavio.

¿Cómo ilustrar qué habrá sentido cuando lo repitió? Aumentar los signos de admiración o de pregunta serviría de poco, era algo que iba más allá de las formas gráficas, algo que ni el propio Octavio conseguiría explicar. Dejó el espacio libre para que lo ocupase Fulvio.

La Sala iba a recibir al nuevo Escogido. El Portal de Entrada aún se mantenía cerrado. A varios metros, sobre una línea sutilmente marcada en el piso, Artemio, como Asistente, Braulio, Carmelo y Fulvio, como Oficiantes, estaban dispuestos a iniciar la Ceremonia. Lejos del Asistente y de los tres Oficiantes, deambulaban varios grupos de Escogidos y Escogidas, aunque simularan indiferencia, quedaba claro que a la mayoría solo les importaba la llegada del nuevo Escogido. Octavio se encontraba entre ellos. Había perdido su condición de actor, pero probablemente aún no había asumido el papel de espectador.

No sonó la fanfarria, pero fue como si hubiera sonado. Los Escogidos y las Escogidas dejaron de deambular y pusieron su atención en La Ceremonia. Artemio dio el primer paso, Braulio, Carmelo y Fulvio lo siguieron con movimientos precisos y armónicos. Así avanzaron, aunque bien podría decirse danzaron, hacia el nuevo Escogido que, desde hacía varios minutos, los esperaba en El Portal de Entrada. Se podía ver que era un hombre de altura media, superaba el metro setenta, algo excedido de peso, bastante más de ochenta kilos, y con una incipiente calvicie. Sus gestos no ocultaban la felicidad que sentía en ese momento. Realizadas las presentaciones, el nuevo Escogido se ubicó junto a Artemio y ambos comenzaron a caminar hacia el centro de La Sala, Braulio, Carmelo y Fulvio los seguían en silencio. Los Escogidos y Escogidas ya podían aproximarse para conocer a quien muy pronto deambularía con ellos por La Sala. Octavio se acercó con aire indiferente, sabía cuáles serían los próximos movimientos: Artemio preguntaría qué habitación le había tocado, el nuevo Escogido levantaría la llave,

con el número correspondiente, luego seguiría a Artemio por el pasillo, rumbo a esa habitación. Aún faltaba algo: ¿cómo se llamaba el nuevo Escogido? Artemio había detenido la marcha. Octavio apuró el paso, llegó justo en el momento en que Artemio revelaba el nombre.

—Emeterio —dijo.

Imposible precisar qué fue lo que habrá sentido Octavio en ese momento. Tuvo que haber sido algo muy fuerte, su cara no mentía. ¿La angustia puede revelarse en un gesto? ¿Solo la mención de un nombre es capaz de provocar ese gesto? Emeterio, había dicho Artemio, y bastó con que lo pronunciara para que el desamparo se grabase en la cara de Octavio. A simple vista, su angustia se debía a la semejanza de nombres. Pero solo a simple vista, esa misma tarde el propio Octavio le contaría a Artemio la verdadera razón de su pena.

Ahora Emeterio estaría quitando su ropa de la valija, ya habría recorrido el cuarto o se disponía a recorrerlo. Es posible que permaneciera un buen rato sobre la cama, el ingreso a El Lugar solía ser un ejercicio agotador. ¿Vendría a su primer almuerzo? ¿Qué mesa le habían destinado? Las respuestas a estas preguntas solo podía darlas Emeterio, que continuaba en su cuarto, tal vez tirado sobre la cama o acaso dándose una ducha reparadora. Braulio y Carmelo estaban en El Sitio de las Pantallas. Artemio no se veía por ninguna parte, es posible que hubiese vuelto a La Administración, para dar un informe completo de cómo había sido el ingreso del nuevo Escogido. Tampoco se veía a Fulvio, quizá se encontraba en su cuarto o en El Gimnasio, marchando sobre la cinta caminadora. Ni lo uno ni lo otro. Estaba con Célica, en una mesa que, por alguna razón desconocida, la mayoría de los Escogidos y las Escogidas se negaban a ocupar. Hacia allí fue Octavio. Ni Célica ni Fulvio se sorprendieron por su llegada, sí les sorprendió la pregunta.

—¿Saben cuántos Escogidos y cuántas Escogidas hay en El Lugar? —preguntó.

—Ni idea —dijo Fulvio—, no me interesan los censos.

—¿Cien? ¿Ochenta? ¿Treinta? —dijo Célica—, ¿qué importa el número?

—Importa mucho —dijo Octavio.

Célica preguntó por qué importaba mucho, o quizá lo preguntó Fulvio, no interesa quién lo haya preguntado, porque no hubo respuesta, ni para Célica ni para Fulvio. Octavio había visto a Artemio, que seguramente venía de La Administración e iba rumbo a su cuarto. Se levantó de la mesa y corrió a buscarlo.

—Tengo que hablar con usted —dijo, cuando estuvo a su lado.

Artemio lo miró, sorprendido. Y creció su sorpresa cuando Octavio aseguró que por fin lo había descubierto.

—¿Descubrió qué?, preguntó Artemio.

—La cantidad —dijo Octavio.

—¿La cantidad? —repitió Artemio.

—Sí —dijo Octavio—, la cantidad de Escogidos y Escogidas que viven en El Lugar.

—¿Tiene el número? —preguntó Artemio, con una sonrisa que más que complaciente parecía burlona.

—Cincuenta y cuatro —dijo Octavio—, veintisiete Escogidos y veintisiete Escogidas.

—¿Así de exacto? —preguntó Artemio.

—Ni uno más ni una menos.

Artemio quiso saber cómo había llegado a esa cifra, tan precisa. Octavio se lo explicó. Dijo que la clave estaba en la muerte de Eudoro. Sin abandonar la sonrisa complaciente, que había dejado de ser burlona, Artemio dijo que Eudoro no existía, ¿por qué insiste con eso, Octavio? Eudoro nunca existió. Octavio aprobó con un gesto que habrá confundido a Artemio. Lo que dijo después del gesto tuvo que haberlo confundido aún más. Emeterio reemplaza a Eudoro, dijo Octavio, esa es la clave: reponer las letras. Cada Escogido o cada Escogida que se retira de El Lugar para incorporarse a la nada, al olvido total, es automáticamente reemplazado por otro Escogido u otra Escogida cuyo nombre comenzará con la misma letra del Escogido o de la Escogida que ya nadie recuerda. Emeterio

reemplazó a Eudoro, ocupa su lugar en la mesa, la vida sigue. Octavio hizo una pequeña pausa y dijo que el resto estaba a la vista de todos: veintisiete son las letras de nuestro alfabeto, exactamente la cantidad de Escogidos y la cantidad de Escogidas que tiene El Lugar. Cincuenta y cuatro en total.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Artemio.

Octavio aprobó con un gesto y Artemio hizo la pregunta.

—¿Usted Afuera era escritor? —preguntó.

Octavio dijo que no entendía la razón de esa pregunta.

—Sin ánimo de ofender —continuó Artemio—, solo a un escritor se le pueden ocurrir tantas pavadas. Vaya a ver a Requejo, seguramente él tiene algún cuento o alguna novela en donde desarrolla esa absurda teoría.

—Usted sabe que no es absurda, Artemio —dijo Octavio—. ¿Yo a quién reemplacé, a Olegario, a Onésimo? ¿Cómo se llamará el que me reemplace cuando los cuatro señores de frac negro me saquen de El Lugar? ¿Odilio, Oreste?

Artemio no perdió su sonrisa complaciente, pero negó moviendo apenas la cabeza.

—No habrá reemplazo —aseguró.

—Es cierto, yo soy una Anomalía, usted me lo dijo.

Octavio habrá supuesto que Artemio se refería a esa paradoja. Algún tiempo después iba a descubrir el verdadero sentido de esas palabras.

No había ninguna razón para que un par de medias, un calzoncillo y una camisa provocasen el asombro de nadie y menos aún de Octavio, acostumbrado a encontrar esas prendas, limpias y planchadas, sobre su cama. Sin embargo, aunque fuese un hecho habitual, Octavio se asombró. ¿Cuál fue la razón de ese asombro? Si bien las medias, el calzoncillo y la camisa eran idénticos a las medias, al calzoncillo y a la camisa que usaba todos los días, no eran ni sus medias, ni su calzoncillo, ni su camisa, lo que estaba sobre la cama era ropa sin estrenar. El Lugar guardaba sorpresas, esta podría ser una de ellas. Acomodó las prendas en el placard y se acostó boca arriba, con la vista fija en el techo, seguramente pensando, vaya a saberse en qué.

Despertó cuando faltaba muy poco para la merienda. Aún somnoliento, caminó hasta el cuarto de baño y refrescó su cara. Un rato después, ya sin huellas de la siesta, salió del baño y fue directo al placard, tal vez con la esperanza de que las medias, el calzoncillo y la camisa sin estrenar hubieran sido una confusión. No habían sido una confusión. La camisa, los calzoncillos y las medias continuaban ahí, con ese aroma característico que tiene la ropa sin estrenar. Seguramente, Artemio podía resolver el enigma. Miró la hora: en diez minutos servirían la merienda.

Los cuatrillizos Malerba aún no habían llegado, tampoco Artemio. Braulio, Carmelo y Fulvio ya ocupaban sus sitios y, a simple vista, parecían mantener una charla de buenos amigos, dentro de los parámetros de amistad permitidos en El Lugar. Imposible saber de qué hablaban, tal vez del reciente ingreso de Emeterio, en definitiva, ellos habían integrado la Ceremonia de Bienvenida. Pidió un café con leche y dos medialunas, una de grasa, la otra de manteca. Artemio llegó antes de que el mozo se fuera. Saludó a todos, pidió un té con tostadas y se sentó. Octavio le habló en voz baja.

—Me pasó algo que no alcanzo a entender —dijo.

No habrá sido en voz tan baja, porque Braulio, que estaba muy cerca de Artemio, repitió a todo volumen:

—A Octavio le pasó algo que no alcanza a entender.

Carmelo y Fulvio preguntaron qué le había pasado y qué no alcanzaba a entender. Incluso los cuatrillizos Malerba, recién llegados, miraron a Octavio con ojos expectantes; sobre todo, el menor.

A Octavio no le quedó otro remedio que hacerlo público.

—Hace un rato, sobre la cama —dijo—, estaban mis medias, mi calzoncillo y mi camisa.

Se notó cierto clima de desencanto.

—Eso es natural, Octavio. ¿No sé qué le preocupa? —dijo Braulio.

—Día a día nos dejan nuestra ropa limpia y planchada —completó Carmelo.

—Nuestra ropa —repitió Octavio—, pero esa no era mi ropa, era ropa sin estrenar.

¿Cómo explicar lo que sucedió en ese momento? Bastó con que Octavio finalizara su frase, dijera “sin estrenar”, para que estallaran los aplausos.

—¡Feliz cumpleaños, Octavio! —celebraron a coro Artemio, Braulio, Carmelo, Fulvio y los cuatrillizos Malerba. Fue un coro perfecto y armónico, que se repitió en mesas vecinas.

—Cuando un Escogido cumple su primer año en El Lugar —explicó Artemio—, recibe como regalo un juego de ropa sin estrenar, de su ropa, claro está.

—También la reciben las Escogidas —dijo Braulio.

—Cuando cumplen su primer año en El Lugar —completó Carmelo.

—Eso no hace falta aclararlo —dijo Braulio.

—Por si no lo entendió —completó Carmelo.

—Lo entendí, lo entendí —dijo Octavio—, pero no recuerdo haberlo visto en los Manuales de Iniciación, tampoco escuché que lo dijeran Los Mediadores.

—Si estuviera en los Manuales o si lo dijese Los Mediadores, se perdería el factor sorpresa —dijo Braulio.

—Y a El Lugar le encantan las sorpresas —dijo Carmelo—, es un baúl de sorpresas.

Octavio aprobó en silencio y comenzó a fabricar bolitas con las migas de pan que habían quedado cerca de su taza. A simple vista, era un modo indiferente de pasar el tiempo. Pero solo a simple vista, si observáramos con atención, advertiríamos que Octavio aguardaba la partida de los integrantes de la mesa. Sin duda, quería quedarse solo con Artemio. Su deseo se cumplió: primero se levantaron los cuatrillizos Malerba, casi de inmediato lo hizo Fulvio y un minuto después, Braulio y Carmelo. Artemio continuaba sentado, como esperando las palabras de Octavio.

—Tengo que hablar con usted —dijo.

—Aquí no, está por entrar el ejército de la limpieza —dijo Artemio, se puso de pie y pidió que lo siguiera.

Caminaron hacia la pared donde se originaba la puerta de El Bar. ¿Entrarían? ¿Ocuparían una de las mesas? Artemio se detuvo frente a la pared, pero no apoyó la palma de su mano derecha para crear la puerta de ingreso.

—Usted dirá —dijo.

El modo imperativo, inhabitual en Artemio, habrá desorientado a Octavio, no hizo un solo gesto ni dijo una sola palabra. Artemio lo advirtió, porque acentuó su sonrisa complaciente y en un tono lejano al reproche, le dijo que no valía la pena persistir con la teoría del reemplazo de letras. Reconoció que era una hipótesis inquietante, aunque imposible de llevar a la práctica, y celebró la capacidad de imaginación de Octavio. Todo indicaba que ahí concluiría la charla. No fue así. Octavio afirmó que habría tiempo para discutir cómo reemplazaban a los Escogidos y a las Escogidas que se iban de El Lugar.

—Lo que ahora me preocupa —dijo— es su indiferencia frente al complot que traman para desplazarlo. De verdad, no lo entiendo.

—No hay nada que entender —dijo Artemio—, ya lo verá con sus propios ojos.

—¿No le preocupa que quieran eliminarlo?

—No exagere, Octavio —dijo Artemio, sin perder la sonrisa complaciente—, solo intentan dejarme de lado.

—¿No es para preocuparse? —insistió Octavio—. ¿No es para indignarse que lo traicionen de ese modo?

—No —dijo Artemio—, todo líder sabe que, tarde o temprano, intentarán desplazarlo.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Octavio.

—Se lo acabo de decir: usted lo verá con sus propios ojos.

—¿Qué es lo que verá?

—Verá cosas de las que no podrá creer, que le resultarán imposibles de creer —dijo Artemio, señaló hacia el centro de La Sala y anunció—: se fue el batallón de limpieza.

Efectivamente, los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido, se habían ido. La Sala tenía la pulcritud de siempre y, como siempre, algunos Escogidos y Escogidas caminaban de aquí para allá, otros discutían en El Sitio de las Pantallas, Requejo dormitaba en su sillón, a unos cuantos metros, en una mesa apartada, la señora Adela y la señorita Basilia charlaban con Fulvio, parecía una charla amable. Aunque si mirásemos con más cuidado, veríamos amabilidad solo en la señorita Basilia y en Fulvio, la señora Adela seguía la charla en silencio, con cierto gesto hosco. A Braulio y a Carmelo no se los veía por ninguna parte, tampoco se veía a Célica.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Artemio parecía ajeno a todo.

—Un descanso y a pensar en positivo le hará bien —dijo de pronto—, es su primer cumpleaños en El Lugar, debería estar contento.

La frase tenía cierto tinte a libro de autoayuda, pero aparentemente Octavio la recibió bien. Eso al menos expresó el gesto de su cara, digamos que fue un gesto de conformidad que, sin duda, alegró a Artemio.

—Esta noche habrá Tertulia —dijo—, sería bueno verlo por ahí.

Octavio prometió ir, se despidió de Artemio y, contrariamente a lo que podría suponerse, no se dirigió a su cuarto sino a El Espacio de la Reflexión. Los sillones estaban vacíos, ocupó uno de ellos, cerró los ojos y por largo rato estuvo reflexionando. Imposible saber acerca de qué, aunque seguramente tuvo que ver con el tema que esa noche propondría en La Tertulia de Requejo.

No tiene la menor importancia mencionar qué sucedió desde el momento en que Octavio se sentó a reflexionar hasta el momento en que, después de la cena y cuando estaban por servir los postres, Artemio dijo que los esperaba en La Tertulia, se levantó supuestamente para ir a su cuarto o tal vez directamente a lo de Requejo. Octavio se dirigió a su cuarto, pero solo para refrescarse la cara. Se miró por unos minutos en el espejo y luego se encaminó hacia La Tertulia. Aparentemente, no le sorprendió ver a Emeterio en una de las sillas, la señora Adela y la señorita Basilia ocupaban las dos siguientes y, algo más lejos, se veía a Célica. Caminó hacia ella, pero antes de llegar eligió una silla desde donde, habrá supuesto, se observaba mejor el entorno. Fulvio apareció un rato después, saludó con un movimiento de manos y se sentó junto a Célica. Ambos cruzaron sonrisas, que Octavio no vio porque desde su sitio, habría que aceptarlo, no se observaba mejor el entorno. Artemio, Braulio y Carmelo llegaron al mismo tiempo. Cada cual se instaló en su silla. Requejo, que hasta ese momento parecía dormir, dijo:

—Estamos todos, espero que alguno de ustedes proponga el tema.

Octavio se puso de pie.

—La traición, propongo que hablemos de la traición —dijo y se sentó.

A Requejo le pareció un tema interesante, digno de tratarse. Ahora Artemio, Braulio, Carmelo o Fulvio, tenían la palabra, también podrían hablar Célica, la señora Adela o la señorita Basilia, incluso Emeterio. Poco importaba quién iniciase el debate, lo esencial era que comenzara. Nadie habló. Octavio sabía que las reglas de La Tertulia se cumplían al pie de la letra: para abordar el tema

propuesto, solo se admitían cinco minutos de tolerancia. En caso de que el silencio persistiera después de esos cinco minutos, de inmediato se proponía otro tema. Habría que aceptar que la traición, en cualquiera de sus formas, no era un asunto que provocara mucho interés.

—¿Escribió cuentos o alguna novela con traidores y traicionados? —preguntó Octavio.

Requejo sonrió satisfecho y dijo que sí, que la traición era uno de sus temas recurrentes, el primer cuento que había publicado se refería a una madre que traicionaba a su hijo, el segundo, a un hombre que traicionaba a su mejor amigo. El debate quedaba abierto. Octavio no disimuló el suspiro de alivio.

—Háblenos de esos cuentos —pidió Fulvio.

La señora Adela y la señorita Basilia aprobaron con un mínimo movimiento de cabeza, Célica lo hizo con un guiño. Artemio, Braulio, Carmelo, Octavio, incluso Emeterio, desecharon los ademanes, pero quedaba claro que ellos también querían escucharlo. Requejo comenzó a narrar. Lo hizo lentamente, con las palabras adecuadas y deteniéndose en los detalles de cada escena. Veinte minutos después concluyó su relato. Era el momento de los comentarios.

—¡Formidable! —dijo Fulvio—. Es la síntesis perfecta de lo que entendemos por traición. Está todo dicho, no es necesario agregar nada.

Braulio y Carmelo coincidieron con Fulvio, aunque, justo es reconocerlo, no con el mismo fervor. Emeterio no dijo una sola palabra. La señora Adela dijo que no imaginaba a una madre traicionando a su hijo, la señorita Basilia le recordó que se trataba de una prostituta, pero no la convenció, la señora Adela invocó el instinto maternal, dijo que era natural en todas las mujeres, incluso en las de vida fácil. Célica no estuvo de acuerdo. Se ponía en movimiento un nuevo debate. Octavio lo detuvo.

—No estamos aquí para discutir el instinto materno —dijo—. El tema es la traición.

Fulvio aprobó con un movimiento de cabeza, aunque sus palabras no coincidieron con el gesto.

—Pensé que habíamos terminado con ese tema —dijo.

Octavio negó con un movimiento de cabeza, en este caso sus palabras coincidieron con el gesto.

—No, definitivamente no —dijo—, hay otros modos de traición.

A partir de ese momento todo giró en torno a la traición y sus diferentes maneras de ejercerla. La señora Adela recordó a Judas, pero Artemio dijo que aún no se sabía con certeza si eso había sido una traición o un acuerdo entre el Maestro y el Discípulo. Braulio y Emeterio manifestaron la misma duda. Por el contrario, Carmelo afirmó que había sido una traición, sin más vueltas. La señorita Basilia reconoció que poco o nada sabía de traiciones, pero la de los enamorados, confesó, eran las que de verdad le impresionaban. Célica, sin disimular la ironía, afirmó que esas no eran traiciones sino pactos, como el de Judas y Jesús. Fulvio dijo que, palabra más palabra menos, coincidía con Célica y preguntó si había otro tema.

—Este aún no acabó —dijo Octavio.

—¿Hay más traiciones? —preguntó Fulvio, en tono jocoso.

—Traicionar al líder —dijo Octavio.

—Judas vendiendo a Jesús —dijo Fulvio—, eso lo vimos hace unos minutos.

—Lo de Judas fue un acto individual y no quería el mandato —dijo Octavio.

—¿Un acto individual? —preguntó Braulio, desorientado.

—Traiciones colectivas —dijo Octavio—, de eso hablo.

—Traiciones colectivas —repitió Carmelo—. ¿Puede darnos algún ejemplo?

Octavio no dijo una sola palabra, aparentemente, carecía de ejemplos.

—¿Cuál es el próximo tema? —preguntó Fulvio.

—Los Borgia —dijo Requejo.

—¿Los Borgia como tema? —preguntó Fulvio.

—No —dijo Requejo—. Los Borgia como ejemplo de traición colectiva: se aliaron con los Colonna para derrotar a los Orsini.

—Usted perdone —dijo Fulvio—, ahí no veo ninguna traición.

—Una vez que derrotaron a los Orsini —continuó Requejo—, traicionaron a los Colonna y se quedaron con el poder.

Octavio sonrió. Podría decirse que fue una sonrisa de agradecimiento a Requejo.

—No lo lograrán.

Artemio lo repitió por segunda o por tercera vez. La frase parecía cargada de odio y rencor. Sin embargo, el modo de pronunciarla, el tono con el que Artemio la pronunció, indicaba todo lo contrario. Los tonos no pueden leerse, hay que oírlos. Octavio gozó de ese privilegio, escuchar la frase por segunda o por tercera vez le habrá permitido comprender el verdadero significado de lo que Artemio quiso decir. Ambos compartían dos sillones de La Sala. Para saber cómo llegaron hasta ahí y, sobre todo, para saber la razón de esa frase, no queda otro camino que seguir los pasos de Octavio, desde el comienzo de ese mismo día hasta que finalmente ocupó, frente a Artemio, uno de los sillones más apartados de La Sala.

Octavio se despertó a las siete en punto y cumplió con el rito de cada mañana: fue hasta el placard, abrió el paquete que contenía las fotos de sus novias, guardó la foto que lo había acompañado esa noche, envolvió el paquete con el papel celofán, lo cruzó con el cordel azul, lo sujetó con el nudo cirujano y lo puso debajo de la Biblia. En el cuarto de baño se dio una ducha reparadora, lavó sus dientes y acarició su cara, ahí habrá decidido que no era necesario afeitarse, colocó desodorante en las axilas y un poco de colonia sobre los hombros y el pecho. Se miró una vez más en el espejo y seguramente pensó en Fulvio, no porque aún le debía el nombre de la colonia inglesa, sino por las maniobras que coordinaba para desplazar a Artemio. Braulio, Carmelo y esos dos Escogidos, Ruperto y Segismundo, así le había dicho Artemio que se llamaban, eran parte de esas maniobras. También los cuatrillizos Malerba, es cierto, pero su presencia no preocupaba, nunca se interesaban por nada, por lo que tampoco se iban a interesar por el posible desplazamiento de Artemio. Octavio salió de su cuarto y a paso lento, pero seguro, se encaminó hacia la mesa del desayuno.

Braulio y Carmelo ya ocupaban sus sitios, un rato después aparecieron Fulvio y los cuatrillizos Malerba. Fulvio habría dicho algo gracioso, porque el menor de los cuatrillizos reía, los otros tres continuaban serios, como si no hubieran escuchado la supuesta broma de Fulvio. La silla de Artemio continuaba vacía, algo inusual, ya que solía ser el primero o uno de los primeros en llegar.

—¿Y Artemio? —preguntó Octavio.

—Hoy no vendrá —dijo Braulio.

—Nos pidió que los excusemos —dijo Carmelo.

¿La ausencia se iba a repetir en el almuerzo, la merienda y la cena? Frente a esa pregunta sin respuesta, Octavio bebió el café con leche y comió las medialunas en silencio, con la vista clavada en la taza. Diez o quince minutos más tarde, llegarían los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido. No fueron ni diez ni quince minutos, aparecieron en algo más de veinte, se ocuparon de su silenciosa tarea y poco después La Sala quedó lista para recibir a los Escogidos y Escogidas. Octavio fue uno de los primeros en volver, había estado en su cuarto, tirado en la cama, con los ojos cerrados, imposible saber si dormía o simplemente no tenía ganas de mirar el techo. Poco importa si dormía o no, lo único cierto es que se levantó de un salto y dejó la habitación, sin pasar por el baño, ni siquiera para refrescarse la cara. En La Sala anduvo sin rumbo fijo, posiblemente en busca de Artemio. No lo encontró, pero sí se cruzó con Braulio y Carmelo. Los saludó con una sonrisa, pero no pudo seguir caminando: Braulio y Carmelo se lo impidieron.

—El miércoles nos encontraremos —dijo Braulio.

—En El Bar, en la mesa de siempre y a la hora de siempre —completó Carmelo.

Sin duda, la invitación desorientó a Octavio. ¿Confiaban en él o era un modo de tenderle una trampa?

—Trataré de ir —dijo.

—Es necesario que vaya —dijo Braulio.

—Es imprescindible que venga —completó Carmelo.

Octavio aseguró que iría. Esa promesa fue suficiente para que Braulio y Carmelo le cedieran el paso, agradeció la gentileza y se confundió entre los Escogidos y Escogidas que vagaban por La Sala. Algunos iban en grupos, otros solos. Los que iban en grupos, charlaban y reían, imposible saber de qué hablaban o por qué reían. Los que iban solos caminaban en silencio, seguramente pensando, vaya a saberse en qué. Octavio integraba el grupo de los solitarios. Más allá de lo que pensara, podría aventurarse que lo movía un único propósito: encontrar a Artemio. ¿Dónde podría estar? ¿En El Bar, en El Gimnasio, en La Biblioteca? Artemio no solía ir a esos sitios. Tal vez se encontraba en La Administración o en su cuarto, poco importaba un lugar u otro, ambos eran territorios vedados, tanto para los Escogidos como para las Escogidas.

Octavio detuvo su marcha. En sentido contrario, venían la señorita Basilia, Fulvio y, unos pasos detrás, la señora Adela. Los tres componían un típico cuadro de siglos pasados: la pareja de novios paseando bajo la atenta mirada de la madre de la novia. Claro que eso estaba lejos de ser la realidad: la señorita Basilia y Fulvio no eran novios y la señora Adela no era la madre de la señorita Basilia. A veces, lo que nos parece real no coincide con la verdadera realidad. ¿Cuál era la verdadera realidad para Octavio? Imposible saberlo, Fulvio era la única persona que le interesaba de ese trío. Los saludó con una sonrisa que pretendía ser amable, los tres le devolvieron la sonrisa. Fulvio dijo:

—No se olvide que el miércoles nos reunimos.

Octavio afirmó moviendo apenas la cabeza. La sonrisa se había transformado en un claro gesto de alarma. Era comprensible, unos minutos antes Braulio y Carmelo lo habían invitado al encuentro en El Bar, ahora lo hacía Fulvio. En la última Tertulia de Requejo se había discutido sobre la traición y los diferentes modos de ejecutarla. Octavio tenía que encontrar a Artemio, pero Artemio no se veía por ninguna parte. En cambio, apareció Célica.

—Lo noto preocupado —dijo.

¿Era tan evidente la preocupación de Octavio?

—Estoy bien —dijo—, no me pasa nada.

—No le pasa nada —confirmó Célica—, tal vez sea eso.

Octavio aceptó que podía ser eso, dijo que efectivamente la gente suele preocuparse cuando no pasa nada. Omitió decir que él no estaba preocupado porque no pasara nada sino precisamente por todo lo que iba a pasar. Eso, por supuesto, no podía contárselo a Célica, por lo que no le quedó otro camino que articular una serie de lugares comunes, un montón de frases hechas, que no vale la pena repetir y que, bueno es decirlo, Célica escuchó sin inquietarse más de la cuenta. Entre ambos se formó un molesto silencio, hasta que por fin Octavio habló.

—Busco a Artemio —dijo—. ¿Lo ha visto?

—No —dijo Célica—, no me interesa verlo.

A veces, tanta sinceridad molesta. Tal vez Octavio pensó que Célica sabía más de lo que a simple vista aparentaba. Fulvio podría haberle contado del complot, en definitiva, eran amigos; dentro de los parámetros de amistad que admitía El Lugar.

—Es un líder —dijo Octavio.

—¿Quién? —preguntó Célica.

—Artemio —dijo Octavio.

Célica negó una y otra vez, moviendo apenas la cabeza, había cierta sensualidad en ese movimiento.

—Artemio no me interesa, sea o no un líder —dijo y, sin disimular el desprecio, agregó—: ¡Pobres aquellos que necesitan líderes!

Era una frase casi idéntica a la que dijera Clementina, una noche, de algunos años antes. Octavio habrá recordado aquella noche, es el único modo de explicar el gesto, mezcla de asombro y de espanto, que apareció en su cara.

—Ya escuché esa frase —dijo.

—Usted y muchísima gente más —dijo Célica.

—Clementina —dijo Octavio—, fue Clementina quien me la dijo.

—Una noche —agregó Célica.

—¿Cómo sabe que fue una noche?

—No lo sé, se me ocurrió. Esas cosas suelen decirse de noche.

—Usted la acaba de decir en mitad de la mañana —advirtió Octavio.

Célica volvió a negar moviendo apenas la cabeza, aunque ahora no había sensualidad en ese movimiento.

—¿En mitad de la mañana? —preguntó—. ¿Está seguro?

—Estoy seguro —dijo Octavio—, después de la noche viene la mañana, después de la mañana viene la tarde, después de la tarde viene la noche y después de la noche otra vez la mañana. Siempre fue así y así seguirá siendo.

—Yo no estaría tan segura —dijo Célica, levantó la mano derecha en ademán de saludo y se marchó a otro sitio de La Sala.

Artemio seguía sin aparecer. Octavio decidió regresar a su habitación. Un rato después abrió la puerta de la 701. Adentro, nada había cambiado. Miró el reloj, faltaba poco para el almuerzo. Se detuvo un instante junto a la cama, luego caminó hasta el placard, hizo el ademán de abrirlo, pero quedó en el ademán, porque de inmediato se dirigió a la mesa y ocupó una de las sillas. Pasó las manos por su cabeza, en el gesto típico de quien intenta ordenar los pensamientos. Se puso de pie y fue hasta al cuarto de baño. El espejo despejó cualquier duda: Octavio continuaba preocupado, eso era lo que delataba su cara, incluso después a haberla mojado con chorros de agua fría. Volvió a mirar la hora y, sin más vueltas, decidió que debía volver a La Sala.

Artemio estaba en la mesa del almuerzo. Ese mínimo detalle modificó la expresión de Octavio, saludó a todos y se acomodó en su sitio. Braulio y Carmelo no se ponían de acuerdo. Era una discusión comprensible, había que descifrar si las milanesas que acababan de servirles eran de pollo, de vaca o de cerdo. Octavio llevó un trozo a su boca, lo saboreó un instante y dijo que eran de pollo. Fulvio negó moviendo apenas la cabeza y aseguró que eran de cerdo. Los cuatrillizos Malerba dijeron que les daba lo mismo que fuesen de pollo, de vaca o de cerdo. Artemio comía en silencio, ajeno a la discusión. Fulvio insistió con que eran de cerdo, tal vez para confirmarlo se dirigió a Artemio. ¿Pollo, vaca o cerdo?,

le preguntó. Artemio dejó de comer, puso los cubiertos al costado del plato, levantó la cabeza y miró a cada uno de los comensales.

—El gusto es cosa de ustedes —dijo, hizo una pausa y agregó—: ustedes deciden qué es, y eso será.

—Cerdo —dijo Fulvio.

—Pollo —dijo Octavio.

—Vaca —dijo Braulio.

—Cerdo —dijo Carmelo.

Artemio no dijo una sola palabra, tampoco los cuatrillizos Malerba, pero a partir de ese momento el almuerzo transcurrió en paz, los ocho que compartían la mesa parecían saborear gratamente lo que estaban comiendo, sin que importara que fuese cerdo, pollo o vaca. Fulvio desistió del postre. Dijo que la manzana asada no le caía bien, hizo un saludo general y se fue. Aparentemente, a los cuatrillizos Malerba tampoco les caía bien, porque dejaron las manzanas en sus platos y se marcharon en silencio, sin saludar, aunque uno de ellos, aparentemente el mayor, hizo un gesto que podría interpretarse como un saludo. Artemio estaba a punto de irse, al menos eso era lo que indicaban sus movimientos. Se trató de una falsa alarma, porque volvió a acomodarse en la silla y por un rato, no más de cinco o seis minutos, participó de la charla que mantenían Braulio y Carmelo. Sin duda, Octavio deseaba que Braulio y Carmelo se fueran de una vez por todas. Si ese era su deseo, se cumplió. Ambos se levantaron al mismo tiempo y, sin dejar de hablar, caminaron hacia algún lugar de La Sala. En la mesa solo quedaron Artemio y Octavio.

—¿Qué le anda pasando? —preguntó Artemio.

—Me pidieron que el miércoles fuera a la reunión en El Bar —dijo.

—¿Braulio y Carmelo? —preguntó Artemio.

—Y Fulvio —agregó Octavio.

Artemio sonrió. Octavio quiso saber la razón de esa sonrisa, pero Artemio no lo escuchó o tal vez no tenía ganas de dar razones, porque se limitó a señalar el ingreso de los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido.

—Esta noche hablaremos —dijo y se marchó.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Había quedado solo en medio de La Sala. Podría haber ido a La Biblioteca o a El Gimnasio, pero esos no eran sitios que frecuentaba, por esa razón, a paso lento y mirando hacia el piso, caminó hasta su cuarto. No se cruzó con nadie y esto, sin duda, le habrá alegrado. En el cuarto buscó el paquete con las fotos de sus novias, se sentó en la cama y las miró lentamente, una por una. Como era habitual, le dedicó más tiempo a Clementina, incluso murmuró algo, pero fue en voz tan baja que no pudo escucharse. Un rato después las fotos estaban otra vez envueltas con el papel celofán, sujetas con el cordel azul, cerradas con el nudo cirujano y debajo de la Biblia. Se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos. Es imposible saber si durmió la siesta, lo único cierto es que se levantó en paz. También es cierto que esa paz duró poco: en la mesa de la merienda estaban todos, menos Artemio.

—¿Y Artemio? —preguntó.

—En La Administración —dijo Fulvio.

—No suele ir a esta hora —dijo Braulio.

—Muchas veces va a esta hora —dijo Carmelo.

La oportuna llegada del mozo cortó la discusión, hicieron los pedidos y hasta el final de la merienda no sucedió nada digno de ser contado. Braulio y Carmelo se levantaron antes de que llegara el ejército de limpieza y se dirigieron a El Sitio de las Pantallas. Fulvio y los cuatrillizos Malerba eligieron ir a sus cuartos. Octavio se ubicó en un costado de La Sala, con la mirada fija en la puerta de La Administración, tal vez con la esperanza de ver salir a Artemio. Fue una esperanza vana. Caminó hasta El Sitio de las Pantallas, pero solo estuvo unos minutos, no le interesaba lo que estaban proyectando y menos aún iniciar una discusión al final de ese capítulo. Volvió a su cuarto. Después de una ducha, que habrá considerado necesaria y reparadora, continuaba preocupado. Artemio le había dicho que a la noche hablarían, ¿qué iba a hacer si continuaba en La Administración?

La respuesta la obtuvo cuando llegó a la mesa de la cena. Los cuatrillizos Malerba charlaban amigablemente en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. Braulio, Carmelo y Fulvio discutían sobre las consecuencias de beber café después de las seis de la tarde. Artemio ocupaba su sitio, ajeno a todo. Octavio se sentó y en voz muy baja le preguntó:

—¿Tendré que ir a la reunión?

—Sí —dijo Artemio.

—Es un complot en su contra —dijo Octavio.

Artemio sonrió. ¿De qué modo interpretar esa sonrisa? ¿El líder se entregaba mansamente? ¿Aceptaba que un intruso como Fulvio le quitara el mando? ¿Consentía la traición de Braulio y Carmelo? Octavio no tenía respuestas para tantas preguntas.

—Es un complot en su contra —repitió.

Artemio llevó un bocado de arroz a su boca, masticó suavemente y prometió hablar de eso en la sobremesa. Octavio hizo un gesto de aprobación y observó al resto de los comensales. Apparentemente, Braulio, Carmelo y Fulvio se habían puesto de acuerdo sobre las consecuencias de beber café después de la seis de la tarde. Artemio solo parecía interesado por lo que tenía en su plato. Algo parecido sucedía con los cuatrillizos Malerba, habían dejado de hablar en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían, y masticaban en silencio. Los postres llegaron con un ligero retraso. Braulio elogió la crema chantilly, Carmelo, por el contrario, la encontró ligeramente agria. Fulvio y los cuatrillizos Malerba desistieron de la crema, en cambio, Artemio y Octavio comieron hasta el último bocado, de ese modo, los juicios sufrieron un claro empate que, en rigor de verdad, a nadie le interesó. Los cuatrillizos Malerba fueron los primeros en marcharse, lo hicieron antes de que ingresaran los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido. Un rato después, Braulio, Carmelo y Fulvio se dirigieron hacia El Sitio de las Pantallas. Artemio con un gesto mínimo, casi imperceptible, le pidió a Octavio que lo acompañase. Ambos caminaron hasta uno

de los rincones más apartados de La Sala. Artemio se sentó en un sillón e invitó a Octavio a ocupar el otro. Después de un instante de silencio, en un tono de voz que habría que oír antes que leer, Artemio dijo la frase que repetiría por segunda o tercera vez.

—No lo lograrán —dijo.

A la hora de confeccionar un nuevo calendario, el emperador Julio César estableció que cada día de la semana estuviese vinculado a dioses del Olimpo. Así, martes provenía de Marte, Dios de la Guerra, y miércoles surgía de Mercurio, Dios del Comercio. Si bien, en ambos casos se trata de divinidades, habrá que aceptar que poco tienen en común un perito en combates y un perito en mercados. Para celebrar las reuniones secretas, Fulvio había elegido el miércoles en cambio del martes. ¿Acaso porque un Dios depende del otro y, finalmente, la persistencia del comerciante derrota al fervor del guerrero? Tal vez Octavio se planteó esa pregunta, o tal vez no. Lo cierto es que ese miércoles se levantó a la hora de siempre y, como siempre, caminó hasta el cuarto de baño. El espejo le devolvió la típica imagen de quien recién se despierta. Mojó su cara con agua fría y volvió a mirarse, ahora se veía mejor y, sobre todo, no se veía tan preocupado por la reunión de esa tarde, que prometía ser preocupante.

En la mesa del desayuno, Braulio y Carmelo parecían discutir algo gracioso, por el modo en que ambos reían, podría afirmarse que, efectivamente, se trataba de algo gracioso. Los cuatrillizos Malerba miraban a un punto fijo de La Sala, sin decir una sola palabra. Fulvio prestaba atención a lo que Artemio le decía. A simple vista, era un desayuno idéntico al de todas las mañanas. Sin embargo, algunas horas después, en El Bar, en la mesa casi pegada a la pared opuesta a la barra, se llevaría a cabo un nuevo encuentro para orquestar el desplazamiento de Artemio. Lo curioso, lo realmente absurdo, era que en este momento la posible víctima de la expulsión mantenía una charla cordial con quien intentaba expulsarlo.

Octavio llegó a su silla.

—¿Aún no vino el mozo? —preguntó, antes de sentarse.

—Como bien se nota —dijo Braulio.

—Ahí viene —indicó Carmelo.

Por un momento, ese hombre de cara incierta y riguroso silencio, ocupó la atención de todos. Cada cual hizo su pedido, un rato después las tazas de té y de café con leche estaban sobre la mesa, junto a los rollos de manteca, a los potes de dulces, a los platos con las tostadas y las medialunas. Por entonces, Braulio y Carmelo se habían embarcado en una discusión acerca de la importancia de los números primos, los cuatrillizos Malerba charlaban en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían, en tanto que Artemio, Octavio y Fulvio comían y bebían sin pronunciar una sola palabra. En un momento dado, el menor de los cuatrillizos Malerba se dirigió a Fulvio, le dijo que había pensado seriamente acerca de la propuesta, pero que aún no tenía nada decidido. Fulvio terminó de comer su tostada, bebió un sorbo de té y asintió con un ligero movimiento de cabeza. Para el menor de los cuatrillizos Malerba habrá sido suficiente, porque, sin hacer el mínimo gesto, continuó la charla con sus hermanos. Media hora más tarde, sobre la mesa quedaban los restos de lo que fuera el desayuno, faltaba poco para que los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido ocupasen La Sala. Braulio fue el primero en levantarse, Carmelo y Fulvio y los cuatrillizos Malerba lo siguieron de inmediato. Solo quedaron Artemio y Octavio.

—¿Está preocupado? —preguntó Artemio.

Podríamos asegurar que esa era la pregunta que esperaba Octavio.

—Estoy preocupado —dijo.

Artemio señaló al escuadrón de limpieza.

—Pronto estarán aquí —dijo.

Octavio aprobó con un gesto. Artemio señaló los sillones que habían ocupado la noche anterior. Hacia allí fueron. Ambos se sentaron al mismo tiempo, aunque no en los mismos sitios de la noche anterior.

—La reunión será hoy a la tarde —dijo Octavio.

—¿Va a ir? —preguntó Artemio.

—¿Y si no voy? —preguntó Octavio.

¿Había cierto desafío en el tono de Octavio? Es posible que lo hubiera, aunque Artemio no le dio importancia. Dijo que era libre de hacer lo que tuviera ganas, lo que se le ocurriese. En El Lugar no hay prohibiciones, dijo. ¿No hay prohibiciones?, preguntó Octavio. Imposible establecer si el tono de sorpresa con que lo preguntó fue real o fingido. Aparentemente, este interrogante tampoco le preocupó a Artemio, porque repitió que en El Lugar no había prohibiciones, aunque en esta oportunidad no dijo prohibiciones sino proscripciones que, en definitiva, vienen a significar lo mismo.

—En El Lugar no hay proscripciones —dijo—, cada Escogido y cada Escogida tiene derecho a hacer lo que quiera.

—En los límites de La Sala —precisó Octavio, con cierto tono desafiante.

—Y en el cuarto de cada uno —amplió Artemio, sin perder su sonrisa complaciente—, y en El Bar y en El Gimnasio y en La Biblioteca, por solo dar unos ejemplos.

—¿Hay más sitios? —preguntó Octavio y parecía de verdad sorprendido.

—Todos los que usted elija —dijo Artemio.

—¿Los que yo elija?

—¡Se lo acabo de decir, Octavio!

Artemio había perdido la sonrisa complaciente. Esto rara vez sucedía, por lo que resultó natural, casi lógico, podríamos decir, el modo amable con que Octavio hizo la pregunta.

—¿Y las normativas? —preguntó—. Hay cosas que se pueden hacer y hay cosas que no se pueden hacer.

Artemio aprobó, otra vez con su sonrisa complaciente.

—Se trata de mantener el orden —dijo—, si descuidamos el orden brota el caos.

El Manual de Enseñanza I contaba con un apéndice dedicado a ese asunto. “¡Orden versus Caos!”, anunciaba la portada con letras contundentes. No eran más de siete páginas donde se detallaban

los peligros de caer en el desorden y, con idéntico énfasis, se ofrecían las diferentes maneras de sortear esos peligros.

—Brotó el caos —repitió Octavio, casi en un murmullo.

Artemio lo habrá escuchado, porque nuevamente se refirió a la libertad que gozaban los Escogidos y las Escogidas. Para no caer en el caos, insistió, es necesario establecer horas ineludibles, por ejemplo: la del desayuno, la del almuerzo, la de la merienda y la de la cena.

—¿Ineludibles? —preguntó Octavio—. ¿Qué sucede si algún Escogido o alguna Escogida no se presenta para el desayuno, para el almuerzo, para la merienda o para la cena?

La pregunta de Octavio era obvia, también lo fue la respuesta de Artemio. Aseguró que esa ausencia no implicaba ningún castigo. Dijo que cada cual es dueño o dueña de hacer lo que le plazca: ir a El Sitio de las Pantallas, vagar libremente por La Sala, ingresar a La Biblioteca, a El Gimnasio, a El Bar o por donde más le guste, puede asistir a La Tertulia de Requejo, pasar horas en El Espacio de la Reflexión o quedarse en su cuarto. Nadie le va a exigir nada, nadie le va a preguntar nada. Cada uno es dueño de hacer lo que se le antoja.

—Esa es la verdadera libertad —concluyó, con tono victorioso.

—El esclavo más dócil es aquel que no sabe que lo es —dijo Octavio—, no recuerdo dónde lo leí.

—Leyó mal —dijo Artemio.

—¿Soy libre de ir o de no ir a la reunión en El Bar? —preguntó Octavio.

—Es su decisión.

—Ayer me dijo que fuera —recordó Octavio.

—También le dije que no lo lograrán.

Artemio, sin esperar respuesta, se puso de pie y caminó rumbo a su cuarto.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

A las seis de la tarde estuvo frente a la pared sobre la cual se originaba la puerta de El Bar. Primero miró a uno y a otro lado,

después apoyó la palma de su mano derecha sobre el sitio preciso, la puerta surgió de inmediato. El billar continuaba aguardando a los posibles jugadores, acodado en la barra se veía al hombre de traje azul y sombrero gris en la cabeza, pero ya no estaban ni el otro hombre, también de traje azul, ni la mujer pelirroja que lo acompañaba. Podríamos afirmar que a Octavio no le preocuparon esas ausencias, aunque sí la presencia de los que ocupaban la mesa apoyada en la pared opuesta a la barra. Pudo ver que Fulvio ocupaba la cabecera, vio que a su izquierda estaba Braulio, junto a Braulio se habían ubicado los cuatrillizos Malerba. A la derecha de Fulvio, se supone que se encontraba Carmelo. Una presunción lógica, ya que los que ocupaban ese costado de la mesa quedaban de espaldas a los ojos de Octavio. ¿Quiénes la ocupaban? Junto a Carmelo se ubicaban tres Escogidos. Octavio conocía a dos de ellos, pero ahora eran tres. ¿Un nuevo conspirador? La cabecera de la mesa estaba libre, sin duda, ese era el sitio que le habían dejado. Caminó hacia allí, en un par de pasos tendría la respuesta a su pregunta. La respuesta tuvo que haberle inquietado: Octavio conocía a ese Escogido.

—Sabíamos que vendría —dijo Emeterio y lo invitó a sentarse.

—No había duda de eso —confirmó Fulvio.

Los pasos siguientes fueron de puro protocolo: algunas frases para la ocasión y una broma que solo provocó la risa de dos o tres Escogidos. Hubo un corto silencio, se oyó el carraspeo de Fulvio y de inmediato sus palabras.

—¿Habló con Artemio? —preguntó.

Exceptuando a los mellizos Malerba, que continuaban interesados en un punto fijo de El Bar, el resto de la mesa miró a Octavio.

—Hablé —dijo.

—¿Cuál fue su reacción? —preguntó Fulvio.

—No hubo ninguna reacción.

—¿Lo aceptó sin discutir?

—No hubo ninguna discusión —dijo Octavio.

Fulvio no disimuló el gesto de triunfo. A partir de ese momento fue pródigo en elogios para Artemio. Habló de su incuestionable

conducta, habló de su intachable hombría de bien, detalló sus indudables condiciones de líder, detuvo por un instante sus alabanzas, miró a cada uno de los integrantes de la mesa, luego inclinó la cabeza y con voz quebrada, dolorida, podríamos agregar, dijo que invariablemente siempre hay un final. Por mucho que nos pese, añadió en tono afligido, estamos frente a ese final. Honremos a quien fuera un legítimo conductor. Hubo algunos murmullos, sin duda de aprobación. Fulvio levantó la cabeza y se dirigió a Octavio.

—¿Por qué no discutió? —preguntó.

Octavio demoró la respuesta, cuando logró la atención de todos, se limitó a repetir las palabras de Artemio.

—No lo lograrán —repitió—. ¿Se da cuenta, Fulvio?, no hay nada que discutir.

Fulvio rio. Sin dejar de ser agresiva, su risa tenía cierto tono cariñoso.

—El compañero Octavio posee un formidable sentido del humor —dijo.

Se produjo un silencio tenso. Seguramente, no por la frase en sí, sino por una palabra de esa frase. “Compañero”, había dicho Fulvio. Era una palabra ajena a El Lugar, no había quien la pronunciara, no porque estuviese prohibida sino porque carecía de sentido. Sería como decir alfaqueque o melarquía o perillán, voces que persisten en nuestro idioma, pero no hay quien se atreva a utilizarlas. ¿Por qué Fulvio había dicho “compañero”? ¿Fue una manera de transgredir normas o se trató de un infortunado error? Podrían articularse diferentes respuestas, aunque no hay modo de afirmar cuál sería la correcta.

—Está claro que Artemio mantiene su liderazgo —dijo Octavio—, no esperaba otra cosa de él.

Emeterio levantó su mano derecha y habló sin esperar la autorización.

—Habrà que recurrir al Plan B —dijo.

—¿El Plan B? —preguntó el mayor de los cuatrillizos Malerba—. ¿Qué es el Plan B?

—Es un plan alternativo —dijo Braulio—, por si no funciona el que estaba previsto.

—Que sería el Plan A —agregó Carmelo.

Los cuatrillizos Malerba asintieron con un ligero movimiento de cabeza, pero no dijeron una sola palabra. Fue Fulvio el que habló.

—No hay ningún plan, ni A ni B —dijo.

Si exceptuásemos una risa nerviosa de Carmelo y un comentario de Emeterio, que no se llegó a escuchar, la ausencia de planes, ni A ni B, no pareció afectar a nadie. Para cualquiera que los viese, Fulvio, Braulio, Carmelo, los cuatrillizos Malerba, Emeterio, Octavio, Ruperto y Segismundo, los dos recientes Escogidos, parecían integrar una mesa de amigos, no una mesa en la que se planeaba la destitución de un líder. Sin embargo, para eso se habían reunido. Fulvio repitió que consideraba normal que Artemio mantuviese su liderazgo, dijo que no esperaba otra cosa de él.

—¿Usted hubiera hecho lo mismo? —preguntó Emeterio.

—Yo no soy un líder —dijo Fulvio.

Aquí se cruzaron diferentes opiniones. Prevalcieron, esto no puede ocultarse, las que sostenían que, ciertamente, Fulvio era un líder. No vale la pena señalar quiénes lo valoraron de ese modo; en síntesis, quedaba claro que únicamente un líder podía aventurarse a desplazar a otro sin contar con un Plan B y, para colmo, sin siquiera contar con un Plan A.

—¿Cuáles serán los próximos pasos? —preguntó Emeterio.

—Esperar, solo esperar —dijo Fulvio, se puso de pie y caminó hacia la barra.

Ruperto y Segismundo, sin decir una sola palabra, abandonaron la mesa y caminaron hacia la puerta de El Bar. Un minuto después, Braulio y Carmelo hicieron lo mismo, aunque no iban en silencio sino discutiendo, vaya saberse acerca de qué. Octavio y Emeterio se levantaron al mismo tiempo, pero solo Octavio caminó hacia la puerta de El Bar. Emeterio, a paso lento, se dirigió a la barra. Los cuatrillizos Malerba fueron los últimos en abandonar la mesa. Obviamente, la consigna de salir de a uno no regía

para ellos. Octavio fue el último en irse, antes de cruzar la puerta miró hacia atrás: Fulvio y Emeterio, apoyados en la barra, hablaban como dos buenos amigos, según los parámetros de amistad que permitía El Lugar.

A simple vista, el desayuno no ofrecía mucho para contar: Fulvio intentaba explicarles a los cuatrillizos Malerba en qué se diferencia el azúcar refinado del azúcar negro. Aparentemente, solo el menor de los cuatrillizos parecía interesado en conocer esa diferencia. Braulio y Carmelo discutían sobre los múltiples modos de llegar a la felicidad. Artemio y Octavio charlaban en voz baja, por lo que resultaba imposible descifrar acerca de qué hablaban; en rigor de verdad, quien hablaba era Octavio, Artemio se limitaba a aprobar o a negar en silencio, a veces emitía un monosílabo, no más que eso. La discusión entre Braulio y Carmelo finalizó minutos después de haber comenzado. El menor de los cuatrillizos Malerba no llegó a conocer las diferencias entre el azúcar refinado y el azúcar negro, porque Fulvio cortó su explicación antes de que el mozo distribuyera las tazas de té, café con leche y mate cocido. La charla de Octavio y Artemio, en cambio, se prolongó hasta que esas tazas quedaron vacías. Si bien se alargó algo más que las otras, podría suponerse que también esa había sido una conversación intrascendente. Los cuatrillizos Malerba se marcharon en silencio, mucho antes de que el batallón de hombres y mujeres con uniformes de color gris indefinido entrara en La Sala. Braulio, Carmelo y Fulvio también se fueron sin hacer comentarios. Únicamente Octavio y Artemio quedaron en la mesa. Acaso esa soledad hizo que Octavio levantara el volumen de voz. Por lo que pudo escucharse, se trataba de una conversación importante: Octavio narraba lo sucedido el miércoles por la tarde en El Bar, un informe detallado de aquel encuentro con Fulvio. Aparentemente, esa revelación no le preocupó a Artemio. Asintió moviendo apenas la cabeza, se puso de pie y con un gesto invitó a que Octavio hiciera lo mismo. Un rato después ambos caminaban hacia sus habitaciones, iban en silencio, a paso

lento. Octavio se detuvo en la entrada del pasillo y repitió las palabras de Fulvio:

—Hay que esperar, solo esperar, así dijo.

—Habrá que esperar —aceptó Artemio.

A Octavio le tuvo que haber molestado esa respuesta resignada, le habrá parecida indigna de un auténtico líder. Se detuvo y en un tono imposible de precisar, tal vez amenazante, tal vez convincente, anunció otra revelación que, vaya a saberse por qué, hasta ese momento había guardado.

—Emeterio también estaba en la mesa —dijo.

—No me sorprende —dijo Artemio.

¿Por qué se comportaba de ese modo? ¿Por qué adoptaba esa conducta pasiva? Definitivamente, no era la conducta de un líder.

—Después los dos fueron a la barra —dijo Octavio y, como quien revela un secreto de estado, agregó—: ahí continuaron hablando.

—Es lo correcto —dijo Artemio.

—¡Lo correcto! ¡Están complotando en su contra y usted dice que es lo correcto!

Artemio miró a Octavio del mismo modo que un padre comprensivo mira al hijo rebelde. En voz baja y sin perder la sonrisa complaciente, repitió que había que esperar, como si en esa espera estuviese la solución del problema.

—Hay que esperar —dijo y se dirigió a su cuarto.

Octavio vio cómo se marchaba, pero no hizo nada por detenerlo. Aguardó a que Artemio llegara hasta la puerta de su habitación, luego se mostró indeciso, aquello de no saber qué hacer y adónde ir. Finalmente, optó por regresar a La Sala, caminó directo a El Espacio de la Reflexión. Los sillones estaban vacíos. Eligió el que le habrá parecido más adecuado, pero no tuvo tiempo para reflexionar: en una mesa, a pocos metros de ahí, Fulvio y la señorita Basilia charlaban como si fuesen viejos amigos. Claro está, dentro de los parámetros de amistad que permitía El Lugar. ¿Por qué la señorita Basilia escuchaba con tanto interés las palabras de Fulvio? ¿Le proponía

participar en el desplazamiento de Artemio? Imposible: las Escogidas no eran parte del complot. Cerró los ojos, como quien se dispone a meditar, pero los abrió de inmediato. Muchísimas cosas dejan de verse cuando se cierran los ojos, aunque solo sea por un instante. En este caso, Octavio no pudo ver que Fulvio acariciaba tiernamente las manos de la señorita Basilia. En El Lugar, vale la pena repetirlo, las caricias estaban absolutamente vedadas, no se admitían bajo ningún concepto. ¿Qué pretendía Fulvio? ¿Por qué la señorita Basilia admitía esa caricia? Obviamente, por haber cerrado los ojos, Octavio no pudo formularse estas preguntas, aunque se levantó indignado, como si hubiera visto todo, y así se dirigió a su cuarto.

Una buena ducha caliente limpia el cuerpo, lo reconforta. Octavio se quitó los zapatos y las medias, luego comenzó a desabrochar su camisa, se detuvo en el cuarto botón y lo miró, como si en ese pequeño círculo de acrílico se encontrase la respuesta de todo. ¿Cuál era esa respuesta? Imposible saberlo, porque sin modificar sus gestos, Octavio continuó con la tarea de desabrochar botón por botón, cuando llegó el último arrojó la camisa sobre la cama, un minuto más tarde los pantalones le hacían compañía y, casi de inmediato, los calzoncillos se unían a la camisa y a los pantalones. Caminó hasta el baño y abrió la ducha. El agua caliente lo habrá reconfortado, pero no se puede decir que le haya brindado esa respuesta que supuestamente estaba buscando.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

El techo no mostraba ni grietas ni manchas. Boca arriba sobre la cama, con la cabeza descansando sobre las manos entrelazadas y el cuerpo apenas cubierto con la toalla, Octavio miraba el techo. Así estuvo por un buen rato, hasta que un imprevisto bostezo le obligó a modificar la escena, sus manos dejaron de ser almohadas: con la izquierda cubrió su boca, mientras que con la derecha tanteaba la mesa de luz, en busca del reloj pulsera. Observó la hora y saltó de la cama. Se vio completamente desnudo. Aunque decir “vio” puede resultar excesivo: en la habitación no había dónde mirarse, el único

espejo se encontraba en el cuarto de baño, sujeto a la pared, por encima del lavatorio. Tenía forma de esfera y el tamaño exacto para reproducir la cara de Octavio. En rigor de verdad, esa restricción parecía no preocuparle. Comenzó a vestirse sin apuro, tal vez porque el reloj le había informado que le sobraba tiempo. ¿Para qué? Ciertamente, no tenía respuesta a esa pregunta. O sí.

Faltaba poco para el almuerzo, Octavio pudo ver que Fulvio y los cuatrillizos Malerba ya estaban en la mesa, sin embargo, no fue hacia ahí. ¿Esperaba la llegada de Artemio, de Braulio y de Carmelo? Es posible, aunque no deja de ser una mera suposición. Lo único cierto es que caminó en sentido contrario, parecía ir a la búsqueda de algo o, quizá, de alguien. Se detuvo en El Sitio de las Pantallas. Precisamente, a esa hora se emitían las “Series de Culto”. La Administración, algún departamento de La Administración, había establecido esa nomenclatura que, casi de inmediato, dio origen a un largo debate: ¿con base en qué criterio se decidía cuáles eran series de culto y cuáles no? Hay quienes aseguran que la discusión se prolongó por algo más de dos años. Lo cierto es que no se llegó a ningún acuerdo. Desde entonces, tanto los Escogidos como las Escogidas aceptan que son de Culto las Series que se emiten los lunes y jueves, desde las 9:30 de la mañana hasta las 12:30 del mediodía. Si bien a Octavio nunca le apasionaron las Series, de Culto o no, por unos minutos observó a los Escogidos y las Escogidas, entregados a lo que veían en las pantallas. Si buscaba a alguien, ahí no lo encontró, por lo que, como suele leerse, giró sobre sus talones, aunque no para ir a la mesa del almuerzo sino a El Espacio de la Reflexión. Emeterio, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, ocupaba uno de los sillones, los otros tres estaban libres. Octavio se sentó en el más cercano a Emeterio y por un buen rato mantuvo la actitud de quien reflexiona, luego se puso de pie y a paso ligero se dirigió a su mesa. Sin duda, era a Emeterio a quien buscaba. ¿Qué quería decirle? ¿Por qué no hizo el mínimo ruido para que abriera los ojos? Imposible saberlo: únicamente Octavio podría responder esas preguntas. Llegó a su destino y ocupó el sitio que le correspondía. La comida no ofreció nada digno de

ser contado. Luego del postre, los cuatrillizos Malerba se levantaron al mismo tiempo y en absoluto silencio abandonaron la mesa. Unos minutos después, Braulio y Carmelo repitieron los pasos de los cuatrillizos Malerba, aunque no en silencio, Braulio y Carmelo caminaron hacia sus habitaciones discutiendo sobre un tema sin importancia. Artemio, Fulvio y Octavio parecían decididos a quedarse ahí, cada cual en lo suyo: Artemio jugaba con unas migas de pan desperdigadas junto a su plato, Fulvio había apoyado las manos sobre la mesa y miraba un punto fijo de La Sala, en lo que bien podría considerarse un modo de meditación, Octavio sostenía el tenedor frente a sus ojos mientras lo observaba con el interés de un científico a un paso de resolver un enigma. Ciertamente, Artemio, Fulvio y Octavio eran conscientes de que les quedaba poco tiempo para jugar con las migas de pan, mirar un punto fijo de La Sala o resolver enigmas, en cualquier momento llegaría el batallón de limpieza, por lo que en pocos minutos debían abandonar La Sala o, en el mejor de los casos, refugiarse en El Sitio de las Pantallas, en El Espacio de la Reflexión o en cualquier otro recoveco donde no entorpecieran la tarea de esos hombres y mujeres con uniformes de color gris indefinido.

Fulvio se puso de pie.

—Voy a El Sitio de las Pantallas —dijo.

Podría entenderse como una invitación, pero ni Artemio ni Octavio lo entendieron de ese modo. Artemio simplemente dijo que volvería a su cuarto, Octavio no dijo nada, pero asintió con un pequeño movimiento de cabeza. Ambos caminaron con la apatía de quien no tiene apuro por llegar, más que una caminata parecía un paseo. Se mostraban interesados en lo que habían comido un rato antes: Octavio dijo que tanto el arroz como el pollo estaban en su punto justo. Artemio negó moviendo apenas la cabeza.

—¿No le parece que estaban en su punto justo? —preguntó Octavio.

Habían llegado a la entrada del pasillo. Artemio se detuvo y, sin abandonar la sonrisa complaciente, confesó que no le importaban ni el arroz ni el pollo.

—¿Qué quería preguntarme, Octavio? —dijo.

Octavio no se sorprendió, al menos no hizo un solo gesto que denotara sorpresa.

—Emeterio —dijo.

El ejército de la limpieza ya estaba en La Sala. Artemio con un gesto invitó a que entrasen al pasillo. Octavio lo siguió en silencio. Fue un silencio muy corto, porque un par de metros después, hizo la pregunta:

—¿Sabía que Emeterio participaba del complot?

—Es parte del juego —dijo Artemio y sin esperar respuesta se dirigió a su cuarto.

Octavio no hizo nada para detenerlo, vio cómo Artemio caminaba indiferente hacia su habitación, vio cómo se detenía frente a la puerta, vio cómo la abría y vio cómo entraba. Podríamos decir que justo en ese momento, cuando Artemio entró, Octavio perdió toda esperanza. Estuvo un buen rato mirando hacía el cuarto de Artemio, tal vez con la fantasía de que la puerta se abriese y, desde el marco, Artemio lo saludase agitando su mano derecha, un saludo afectuoso, de amigo, según los parámetros de amistad que admitía El Lugar, pero nada de eso sucedió, por lo que Octavio regresó a La Sala, sin ningún gesto en su cara.

Era la hora de la siesta, por lo que le habrá parecido natural encontrar a pocos Escogidos y a pocas Escogidas. La mayoría estaban en sus cuartos o en La Biblioteca o en El Bar, incluso en El Gimnasio, aunque no es recomendable practicar actividades físicas después del almuerzo o de la cena. Estuvo un buen rato de pie, a unos metros del pasillo, atento a lo que pasaba a su alrededor. En rigor de verdad, no pasaba nada: apoltronado en su sillón, Requejo parecía dormir, nadie ocupaba El Sitio de las Pantallas y solo dos Escogidos habían elegido El Espacio de la Reflexión. Una de las mesas, en mitad de La Sala, la ocupaban Fulvio y la señorita Basilia. En medio de tanta paz y silencio, era imposible acercarse a esa mesa sin llamar la atención. Octavio habrá decidido que lo adecuado era una buena siesta, por lo que, a paso lento, se dirigió a su cuarto.

El que busca encuentra. ¿Cuántas veces Octavio lo habrá escuchado? ¿Cuántas veces se lo habrán dicho? Imposible llegar a una respuesta válida, ni siquiera el propio Octavio podría darla porque, seguramente, nunca contó las veces que lo había escuchado o las veces que se lo habían dicho. Lo único cierto es que quien busca, finalmente encuentra. Por supuesto, estamos hablando de búsquedas posibles, el que se largue a buscar un unicornio difícilmente lo encontrará, ni en el jardín ni en cualquier otro rincón del mundo. Pero no divaguemos, Octavio no iba detrás de una criatura mitológica. Todo indicaba que buscaba a un Escogido o a una Escogida. ¿Tal vez a la señora Adela o a la señorita Basilia? Precisamente, en ese momento, ambas ocupaban una mesa y parecían interesadas en una partida de Damas. Hacia allí fue Octavio, la señora Adela y la señorita Basilia, con la vista fija sobre el tablero, no advirtieron su llegada, tampoco advirtieron que las saludaba amablemente. Octavio continuó con su camino y de pronto un gesto de alegría apareció en su cara: Célica venía en sentido contrario. Sin embargo, cuando estuvieron frente a frente, apenas cruzaron saludos protocolares y ni siquiera detuvieron la marcha. Sin duda, Célica iba al encuentro de Fulvio, ubicado junto a una mesa, a diez metros de distancia. Octavio, por su parte, se dirigió hacia El Espacio de la Reflexión; definitivamente, el gesto de alegría no lo había provocado Célica sino un Escogido que, sentado en uno de los sillones, parecía estar esperándolo.

—Los otros días lo vi en este mismo sitio —dijo Octavio.

—Poco antes del almuerzo —confirmó Emeterio.

—Sí —dijo Octavio—, pero usted tenía los ojos cerrados.

—A veces es posible ver sin abrir los ojos —dijo Emeterio y de inmediato agregó—: ¿Para qué quería verme?

—Para hacerle una pregunta.

En El Lugar no se formulaban preguntas. Los capítulos seis y nueve del Primer Tomo del Manual de Iniciación, explicaban las razones; incluso había una ligera referencia en un inciso del capítulo veintitrés. Las preguntas no estaban vedadas, aunque no era conveniente, ético, podríamos decir, hacerlas. Por consiguiente, el asunto que quedaba a criterio de cada Escogido o de cada Escogida. Tal vez por eso, la cara de Emeterio no reflejó sorpresa ante lo que Octavio podría preguntarle, se limitó a realizar un ademán con las manos, algo así como: “Adelante, haga usted su pregunta”. Pero, antes de formularla, Octavio quiso saber si Emeterio estaba dispuesto a responderla. Emeterio dijo que no habría ningún problema, aunque de inmediato aclaró: siempre y cuando la respuesta no me afecte a mí o a terceros. Octavio construyó una sonrisa amable y aseguró que nadie se vería afectado. Esa sonrisa habrá sido suficiente, porque Emeterio repitió el ademán de aprobación.

—¿Por qué va a las reuniones con Fulvio, en El Bar? —preguntó Octavio.

—¿Usted por qué va? —repreguntó Emeterio.

Octavio estuvo un instante en silencio, su cara no reflejaba un solo gesto.

—Yo pregunté primero —dijo.

A Emeterio no pareció preocuparle esa respuesta tan infantil.

—Es un acto de amor —reveló.

—¿Un acto de amor! ¿Considera que es un acto de amor quitarle el liderazgo a Artemio?

—Hay un tiempo para amar y hay un tiempo para odiar —dijo Emeterio.

—En El Lugar no se ama ni se odia, usted debería saberlo, es lo primero que nos enseñan.

—¿No se ama ni se odia? —preguntó Emeterio y parecía de verdad sorprendido.

Octavio citó, casi de memoria, algunos fragmentos del Quinto Capítulo del Manual de Enseñanza II referido al tema amor/

odio y repitió lo que en diversas oportunidades le habían dicho Los Mediadores.

—No hay tiempo para amar ni tiempo para odiar —dijo, hizo una pausa y concluyó en tono categórico—: Es raro que usted ignore eso, es lo primero que se enseña.

—O que se enseñaba —dijo Emeterio en tono cordial—. Usted hace más de un año que está en El Lugar, en un año cambian muchas cosas.

—No aquí —aseguró Octavio, sin abandonar el tono categórico.

—También aquí —dijo Emeterio, manteniendo el tono cordial.

Evidentemente, todo se reducía a una cuestión de tonos, al tono que cada cual aplicaba. En definitiva, un modo astuto de ocultar la verdadera razón de la charla. ¿Cuál era la verdadera razón? Imposible saberlo porque tanto Octavio como Emeterio se empeñaban en ocultarla. Para colmo, como caídos del cielo, aparecieron Braulio y Carmelo. Uno se colocó junto a Octavio, el otro junto a Emeterio. A simple vista, eran cuatro amigos que, bajo los cánones de amistad que admitía El Lugar, se disponían a pasar un buen rato. Nada más lejos de la verdad: Octavio y Emeterio no estaban pasando un buen rato.

—La Armonía —dijo Braulio—, ese será el tema de La Tertulia de hoy.

—Uno de los temas —dijo Carmelo.

—¿Cuál es el otro? —preguntó Braulio.

—No lo sé —admitió Carmelo—, pero siempre hay otro.

Estaba a punto de comenzar una discusión, pero Emeterio la impidió.

—Haya Armonía —dijo, saludó y se fue.

Octavio se dispuso seguirlo, pero Braulio y Carmelo se convirtieron en una eficaz barrera.

—El tema lo propuso Emeterio —dijo Braulio.

—¿Usted vendrá? —preguntó Carmelo.

—Es posible —dijo Octavio.

Braulio y Carmelo aprobaron con una sonrisa y se marcharon en dirección contraria a la que tomara Emeterio. Octavio quedó otra vez solo. Giró su cabeza a la izquierda, luego a la derecha. Era el gesto de estar buscando a alguien o tal vez se trataba de un simple movimiento para desentumecer el cuello, ya sea porque no encontró a quien buscaba o porque el cuello se había desentumecido, Octavio dejó la cabeza firme y a paso lento se dirigió a su cuarto, iba con la actitud de un caminante indiferente a lo que lo rodeaba. En una de las mesas vio a Fulvio y a Célica, hablaban de algo gracioso, porque ambos reían. Algunos metros más adelante, la señora Adela y la señorita Basilia, ajenas a todo, continuaban con su partida de Damas. Braulio y Carmelo habían elegido El Sitio de las Pantallas, aunque no parecían interesados en lo que se proyectaba. En El Espacio de la Reflexión no había nadie. Octavio giró levemente, tal vez con el propósito de ir hacia los sillones, pero casi de inmediato volvió a su posición anterior y con paso decidido fue hacia su cuarto. Ahí nada había cambiado, si exceptuamos la ropa limpia que habían dejado sobre la cama. La acomodó en su sitio y después buscó el paquete con las fotos. Desató el cordel sin ningún apuro y buscó la de Vlady, con ella había tenido una relación especial, no se puede decir que haya sido íntima, menos aún apasionada, pero Vlady tenía la virtud de comprenderlo bien, era capaz de dar respuesta a sus interrogantes más complejos. La miró por un instante, después dijo:

—¿Por qué Emeterio quiere hablar de Armonía?

Por supuesto, Vlady mantuvo la sonrisa eternizada en la foto. Una sonrisa similar a la de la Gioconda, pero no dijo una sola palabra.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Cuando llegó a La Tertulia, estaban la señora Adela, la señorita Basilia y, por supuesto, el propio Requejo. Todos mantenían un incómodo silencio, que no fue cortado con el arribo de los cuatrillizos Malerba. Poco después aparecieron Fulvio y Célica, reían, vaya a saberse de qué, pero dejaron de hacerlo ante la mirada reprobadora de Requejo. ¿Hablar de la Armonía demandaba ese

sosegado protocolo? Es posible, porque incluso Braulio y Carmelo lo respetaron. Artemio y Emeterio llegaron juntos y sin decir una sola palabra ocuparon los dos asientos que quedaban libres.

—Armonía —dijo Requejo—, también esto es Armonía.

Todos aprobaron. En realidad, no todos: Emeterio no hizo el menor gesto, pero fue el primero en hablar. Dijo que el concepto de Armonía siempre le había preocupado, pero no logró explicar cómo y de qué manera, porque uno de los cuatrillizos Malerba lo interrumpió. Dijo que Pitágoras, a partir de la relación numérica entre los sonidos de la escala musical y la longitud de las cuerdas de la lira, había revelado la Armonía de las Esferas. La Música del Universo, agregó el menor de los cuatrillizos Malerba. Requejo aprobó con un gesto y le preguntó a Emeterio si esa era su preocupación. Emeterio dijo que no, que esa no era su preocupación y fue todo lo que dijo, porque de inmediato optó por un cauteloso silencio, aunque no por ello perdió interés sobre lo que se estaba tratando. La señorita Basilia, a media voz, dio una serie de ejemplos de Armonía que, supuso, podrían explicarla. En rigor de verdad, no explicaron nada. No obstante, la escucharon y nadie intentó interrumpirla. Hubo sí algunos comentarios por lo bajo: fue imposible oír lo que Braulio le comentó a Carmelo ni lo que susurraron Fulvio y Célica. Cuando la señorita Basilia concluyó con su exposición, Braulio pidió la palabra y, antes de que Requejo se la concediera, dijo que Armonía era una criatura mitológica, esposa de Cadmo, el introductor del alfabeto en Grecia. Carmelo admitió que con la venia de Zeus, Armonía y Cadmo se habían unido en matrimonio, pero objetó que fuera Cadmo quien introdujera el alfabeto en Grecia. Primero miró a Braulio, después al resto de La Tertulia y, en tono seguro, agregó: Hecateo de Mileto sostiene que fue Dánao quien llevó la escritura a Grecia. La señora Adela preguntó quién era Dánao, pero no obtuvo respuesta porque Artemio, sin perder su sonrisa complaciente, recordó que estaban hablando de la Armonía, no de quienes llevaron el alfabeto a Grecia. Volvamos a Pitágoras, pidió, sin olvidar a Heráclito. ¿Heráclito?, preguntó Carmelo. Sí, afirmó Artemio,

ambos coincidían en que la Armonía era fruto de la conciliación de los contrarios. ¿Los contrarios?, preguntó la señorita Basilia. No hubo un solo gesto en la cara de Artemio, por lo que podríamos suponer que ni siquiera la había escuchado. Una suposición errada, porque de inmediato explicó qué se entendía por contrarios: la noche y el día, dijo, el frío y el calor. La Armonía es el acuerdo entre esos elementos discordantes. Artemio quedó en silencio por algunos minutos, dos o tres, no más de eso, podría decirse que era la actitud de un maestro verificando si sus alumnos habían entendido lo que acababa de explicarles. Habrá quedado conforme, porque de inmediato agregó: Heráclito decía que todo nace de la discordia, que la Armonía se lograba por la permanente lucha de los contrarios. Dialéctica, dijo Requejo, el bien no existiría sin el mal. Ni la lealtad sin la traición, agregó Fulvio con una sonrisa, que bien podría tildarse de cínica. En ese momento se volvió a escuchar la voz de Emeterio.

—Entiendo —dijo y se marchó sin agregar una sola palabra.

Podríamos afirmar que ese fue el final de La Tertulia. Los cuatrillizos Malerba se incorporaron al mismo tiempo, el mayor abrió la marcha y el menor la cerró, jamás transgredían ese orden. La señora Adela hizo una seña a la señorita Basilia y fue suficiente para que ambas se pusieran de pie. Caminaron en silencio, en algún momento la señora Adela le comentó algo a la señorita Basilia. No habrá sido importante, porque la señorita Basilia solo movió apenas la cabeza en un gesto de aprobación. Fulvio y Célica partieron de la misma forma en que habían llegado: riendo, vaya a saberse de qué. Braulio y Carmelo continuaban sentados, como si para ellos La Tertulia no hubiera finalizado. También Octavio persistía en su silla, con la vista fija en Artemio, quien en voz baja hablaba con Requejo, tal vez hacían un balance de La Tertulia. Por fin, Braulio y Carmelo comprendieron que ya había terminado, se fueron sin decir una sola palabra, raro en ellos. Solo quedaron Artemio y Requejo, que continuaban hablando, y Octavio que, sin duda, esperaba el fin de esa charla para acercarse a Artemio.

Así fue, cuando Artemio y Requejo se despidieron, Octavio se levantó y en dos pasos estuvo junto a Artemio.

—Quedó claro —dijo.

—Quedó claro qué —preguntó Artemio.

—Que siguen operando en su contra.

Artemio mantuvo la sonrisa complaciente.

—No le dé importancia —dijo—, todo se mantiene en perfecta Armonía.

En El Lugar nada sabían del odio, del rencor y de la envidia, tampoco del amor y la amistad. Esas pasiones forzosamente debían quedar Afuera. Hay que tener en cuenta que, aun habiendo superado todos los exámenes, el ingreso era definitivamente rechazado si se advertía que un Escogido o una Escogida conservaba una mínima huella de alguna de esas pasiones. Si la anomalía se registraba una vez ingresado a El Lugar, la expulsión era inmediata. Se consentía una suerte de amistad, sujeta a una serie de códigos, celosamente fiscalizados por La Administración. El amor se ignoraba en cualquiera de sus numerosas formas. ¿Es posible que, por ciertas actitudes, incluso por algunos gestos, Octavio profesase algún sentimiento hacia Célica? ¿Sucedió porque Célica y Clementina eran como dos gotas de agua? Honestamente, esa circunstancia no debería ser motivo de preocupación: los sosias existen desde que el mundo es mundo. Habrá que suponer que lo que realmente le preocupaba era que Célica mencionase intimidades de él y Clementina, lo hacía como si hubiera sido testigo de esos momentos. ¿Una Pitonisa? El Lugar no admitía Pitonisas, por lo que no queda otro camino que continuar con el relato con base en los gestos de cada cual.

El gesto de Octavio fue de alegría. Después de deambular un buen rato por La Sala, descubrió a Artemio sentado a una mesa cercana a El Sitio de las Pantallas. Apuró el paso.

—No lo vi en el desayuno —dijo cuando llegó—. ¿Prefirió dormir otro rato?

Artemio lo invitó a sentarse.

—Nada de eso —dijo—, tuve una charla en La Administración.

—¿Una charla? ¿Hablaron de lo que está tramando Fulvio?

Artemio lo miró asombrado.

—En La Administración solo se habla de cosas serias —dijo, sin perder la sonrisa complaciente.

—¿Le parece poco serio que pretendan desplazarlo?

—Es una idea suya —dijo Artemio— y la respeto como tal, pero me parece una idea poco seria.

—¿Y las reuniones en El Bar? Ahí estaban los cuatrillizos Malerba y Braulio y Carmelo y un par de Escogidos que no conozco.

Artemio aprobó con un movimiento de cabeza.

—Braulio y Carmelo, igual que los cuatrillizos Malerba, van por donde vaya la corriente. Nada sé de ese par de Escogidos que usted dice no conocer. Como ve, nada serio.

Octavio estuvo un instante callado, después, con tono lapidario, agregó:

—Emeterio también estaba.

Artemio no hizo un solo gesto, ni de sorpresa ni de preocupación.

—Le dije que era parte del juego —repitió—. Es natural, así debe ser.

—¡Natural! ¿Qué tiene de natural? —se indignó Octavio.

Artemio remarcó su sonrisa complaciente y se puso de pie.

—Vamos —dijo—, es la hora del almuerzo. Veremos con qué plato nos sorprenden este mediodía.

En rigor de verdad, no hubo ninguna sorpresa. Sirvieron milanesas con papas fritas. Las milanesas tenían un ligero sabor a merluza a la romana, las papas fritas conservaban su sabor natural. El almuerzo transcurrió sin nada importante para señalar, los cuatrillizos Malerba hablaron apenas unos minutos en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían, después se mantuvieron en silencio hasta los postres. Braulio y Carmelo discutieron sobre la transmigración de las almas, pero por poco tiempo, dejaron de hacerlo cuando el mozo les sirvió las milanesas. Octavio fue el primero en levantarse, desistió del postre, manzanas en almíbar, saludó con un ademán de manos y se marchó sin rumbo fijo. Este no es un mero giro: claramente, ignoraba adónde ir. Lo natural sería regresar a su cuarto, después

de un succulento almuerzo es aconsejable una buena siesta. La siesta quedaría para otra oportunidad, porque caminó en sentido opuesto al pasillo de entrada a los cuartos. ¿Iba rumbo a El Espacio de la Reflexión? Puede ser, aunque eso nunca lo sabremos porque se cruzó con Célica, seguramente en ese instante se modificaron sus planes.

—Lo noto preocupado —dijo.

¿Habría que resignarse, aceptar sin más vueltas, que Célica, igual que Clementina, era capaz de descubrir cuándo Octavio estaba preocupado?

—Para nada —dijo.

—Con Clementina solía preocuparse.

—Eso era Afuera.

Célica aprobó moviendo apenas la cabeza.

—Pero traje una foto de ella —dijo.

—Y de siete novias más —agregó Octavio con tono indiferente.

—Eso es lo que no me explico —dijo Célica.

—¿Qué tuve novias? —preguntó Octavio—. Usted también habrá tenido novios.

—Los tuve, pero no traje las fotos de ninguno —dijo Célica—. Lo que no me explico es cómo ingresó. Hay emociones que forzosamente deben quedar Afuera.

El tono de Octavio pasó de la indiferencia a la rabia.

—Clementina no era una emoción —dijo.

—Lo sé —aceptó Célica, conciliatoria—, lo sé muy bien.

—Me alegro —dijo Octavio, otra vez indiferente.

—Eso explica el problema que hubo con sus fotos, con dos de sus fotos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Octavio, esta vez el tono no fue ni de indiferencia ni de rabia, podríamos decir que fue de sorpresa.

Célica le brindó una sonrisa imperceptible: sus labios apenas se abrieron.

—Sé más cosas de las que usted supone —dijo.

Podríamos asegurar que aquí creció la sorpresa de Octavio, aunque más que sorpresa habrá sido temor. Tal vez por eso se

quedó callado, acaso esperando a que Célica enumerara las cosas que decía conocer. El silencio sirvió de poco: Célica no pronunció una sola palabra. Ambos, acaso sin proponérselo, habían forjado una escena incómoda, casi ridícula. Los dos de pie, rígidos y mudos, como suelen estar las estatuas. Finalmente, Octavio habló. Imposible saber qué dijo, ya que apenas fue un murmullo. No obstante, Célica lo habrá escuchado porque de inmediato, con total naturalidad, hizo una pregunta que nada tenía que ver con la conversación de un rato antes. Preguntó por qué en la última Tertulia no había opinado sobre la Armonía. Aunque la pregunta no tenía el menor sentido, Octavio la respondió como si lo tuviera: dijo que la Armonía no era algo que lo perturbara. Aparentemente, a Célica le bastó esa respuesta porque hizo el clásico gesto de despedida, dispuesta a marcharse. Octavio, con otro gesto, se lo impidió.

—¿Cuáles son las cosas que usted sabe?

Una risa destemplada, algo insolente, fue la respuesta de Célica.

—¿Por qué se ríe? —quiso saber Octavio.

—¿Tanto le interesa lo que yo pueda saber?

—Curiosidad —dijo Octavio.

—La curiosidad mata al gato —bromeó Célica.

Acababa de decir la misma frase que tantas veces le había dicho Clementina. Desde Montaigne hasta Walt Disney hay infinidad de frases en torno a la curiosidad, ¿por qué Célica había elegido precisamente la que decía Clementina? Imposible saber si Octavio se hizo esta pregunta, pero por la expresión de su cara no puede negarse que la frase de Célica de alguna manera le afectó.

—Eso solía decirme Clementina —dijo, indiferente.

—Lo sé —dijo Célica.

Y fue todo lo que dijo, porque en ese momento aparecieron Braulio y Carmelo.

—Desde allí —dijo Braulio y señaló un sitio a unos metros detrás de él—, parecían dos estatuas.

—Yo diría dos efigies —corrigió Carmelo.

—No es lo mismo —dijo Braulio.

Fue suficiente para que ambos se embarcaran en una discusión sobre la diferencia entre estatua y efigie. A primera vista, Célica parecía interesada en esa diferencia. Puro simulacro, aprovechó un pequeño descuido de Octavio para salir de escena. Nunca mejor dicho, ni bien Octavio advirtió la ausencia de Célica recorrió con su vista la totalidad de La Sala y comprobó, defraudado (eso reflejaba su cara), que Célica realmente había salido de escena: no se la veía por ningún sitio.

Ni a Braulio ni a Carmelo les preocupó la repentina ausencia de Célica. Habían llegado a un acuerdo en torno a la diferencia entre estatua y efigie. Braulio invitó a Octavio a ir a El Sitio de las Pantallas. “Estrenan una nueva serie”, completó Carmelo. Octavio dijo que prefería descansar y se marchó rumbo a su cuarto. Antes de entrar en el pasillo, se detuvo y echó una mirada general a La Sala. Tal vez buscaba a Célica, aunque esto es una mera suposición. Por fin entró, caminó tres o cuatro pasos y otra vez se detuvo: en sentido contrario venía Artemio, parecía abstraído en vaya a saberse qué pensamientos. Pasó junto a Octavio, no puede decirse que lo haya visto. Sin embargo, habló.

—Pasarán cosas —dijo.

Sin detener su marcha, lo dijo.

Sin riesgo a equivocarnos, podríamos decir que Octavio pasó una mala noche. ¿En qué nos basamos para llegar a esta conclusión? Hay un primer dato para tener en cuenta: en distintas oportunidades se despertó con la boca seca, por lo que no le quedó otro remedio que ir a la búsqueda de agua. Aquí, una vez más, se habrá enfrentado a un conflicto no resuelto. En las habitaciones de El Lugar, tanto en las de los Escogidos como en las de las Escogidas, no había heladeras de ningún tipo. Una garrafa de un litro y medio guardaba el agua en estado natural. Alguna vez, en una etapa del Primer Curso de Ingreso, un Mediador había explicado las razones de esa normativa, Octavio no le prestó la debida atención, por lo que ahora resulta imposible detallar cuáles eran esas razones. Lo cierto es que bebió de mala gana, solo porque tenía sed, y regresó a la cama. Le costó recuperar el sueño, ensayó diferentes posturas —boca arriba, mirando el techo, boca abajo, sin mirar nada, apoyado en el lado derecho, mirando la pared opuesta, apoyado en el lado izquierdo, mirando la pared opuesta—, pero todas fracasaban. Cuando por fin logró dormir, no cesó la pena: la respiración entrecortada y el constante girar en la cama indicaba que estaba sufriendo pesadillas. Felizmente, llegó la mañana, aunque para Octavio no fue feliz.

La noche anterior, con gestos de chef que no le correspondían, el mozo había anunciado un guiso de lentejas elaborado exclusivamente con “productos de la huerta”. Algo difícil de admitir, porque El Lugar carecía de huertas. En el guiso, junto con las cebollas, los ajíes, las zanahorias y las lentejas, deambulan chorizos colorados, chorizos blancos y panceta, ingredientes de buen aspecto, pero lejos de considerarse productos de la huerta. Los cuatrillizos Malerba rechazaron el guiso, como si se tratara de un plato prohibido. Braulio y Carmelo apenas lo probaron, no por falta de apetito sino

porque se embarcaron en una discusión sobre los valores nutritivos de las lentejas. Fue una pelea tan acalorada que ni siquiera advirtieron el momento en que el mozo retiró los platos. Artemio y Fulvio no se enrollaron en ninguna discusión, pero solo comieron cuatro o cinco cucharadas. Únicamente Octavio, con una gula ajena a él, devoró hasta el último bocado.

Aquí habría que detenerse un instante. Si bien las papas fritas con huevos fritos era su plato favorito, no se puede decir que Octavio fuese un adicto a las comidas fuertes, su dieta tendía a ser frugal, se alimentaba con lo necesario, ¿por qué causa, consciente de que le iba a caer mal, había engullido las lentejas sin dejar una sola miga?, ¿se estaba autocastigando de la misma manera que lo hacían los penitentes del cristianismo primitivo? Los penitentes recurrían al cilicio para mortificar su carne, ¿Octavio recurría al guiso de lentejas para mortificar su estómago? Es una mera hipótesis, entre otras muchas que pueden proponerse, pero como no hay modo de probarla, habrá que limitarse a seguir los pasos de Octavio. Aún soñoliento, se sentó en el borde de la cama y con su mano derecha revisó el bolsillo superior del pijama. Sin duda, quería saber con cuál de sus novias había dormido, con ninguna, porque el bolsillo estaba vacío. Se levantó de un salto y fue hasta el placard, recogió el paquete con las fotos, estuvo un rato observándolo, pero no lo abrió, lo puso de nuevo debajo de la Biblia y caminó hasta el cuarto de baño. La imagen que le devolvió el espejo habrá sido menos infame de la que Octavio esperaba, porque dibujó una sonrisa que podría interpretarse de aprobación.

Llegó a la mesa del desayuno y ahí supo que algunos rasgos de la mala noche persistían en su cara. Fulvio, después de responder al saludo, preguntó si se sentía bien. Los cuatrillizos Malerba no prestaron atención a la pregunta de Fulvio, en cambio, Artemio, Braulio y Carmelo se hicieron eco de esa pregunta. Artemio se anticipó a la respuesta de Octavio.

—Hay ciertos platos que deben evitarse —dijo—, sobre todo de noche.

—Sí —confirmó Octavio—. Las lentejas, el guiso de lentejas.

Lo definitivo de la respuesta cerró el tema. A partir de ese momento, fue un desayuno más, si exceptuamos que Octavio pidió té en lugar de café con leche y prescindió de las medialunas, no queda nada interesante para contar.

En cualquier momento entraría el batallón de limpieza. Artemio y Fulvio caminaron hacia el pasillo que llevaba a los cuartos, se supone que iban hablando, al menos Artemio movía la cabeza en señal de aprobación sobre algo que le estaría diciendo Fulvio. A los cuatrillizos Malerba no se los veía por ningún sitio, sin duda, ya ocupaban sus correspondientes habitaciones. ¿Cuál sería la conducta de cada uno de ellos en esos pocos momentos en que se separaban? Imposible saberlo porque estaba vedado entrar en los cuartos. Octavio había quedado a pocos metros de la mesa del desayuno, hacia él fueron Braulio y Carmelo.

—Hoy es miércoles —dijo Braulio.

—Día de reunión —completó Carmelo.

Octavio hizo un gesto de sorpresa.

—¿Día de reunión? —repitió.

—Sí —dijo Braulio—, en el mismo sitio.

—A la misma hora —completó Carmelo.

—En el mismo sitio, a la misma hora —repitió Octavio, con tono vacilante.

Para Braulio y para Carmelo habrá sido una confirmación, porque se limitaron a decir que lo esperaban y se marcharon sin esperar respuesta.

Octavio entró a su habitación y no advirtió ningún cambio, todo estaba tal cual como lo había dejado. El cambio lo iba a encontrar un par de horas después, en la mesa del almuerzo. Los cuatrillizos Malerba esperaban la comida en silencio, ajenos al resto de los comensales. En rigor de verdad, los comensales se limitaban a Braulio y Carmelo, envueltos en una discusión acerca de las momias de los reyes incas, jamás encontradas. Las sillas de Artemio y de Fulvio estaban vacías. Ese fue el cambio que encontró Octavio cuando llegó a la mesa.

—¿Artemio? —preguntó.

—En La Administración —dijo Braulio.

—En su cuarto —dijo Carmelo.

Antes de que comenzara la disputa, Octavio preguntó por Fulvio.

—No está —dijo Braulio.

—No vino —certificó Carmelo.

En ese momento apareció el mozo para tomar los pedidos. Un rato después los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo comían en silencio. Octavio se había limitado a un vaso de agua, bebía a pequeños sorbos. Cuando sobre los platos quedaron unas pocas migas, Braulio habló.

—Esta tarde habrá reunión —dijo.

—A las seis —confirmó Carmelo.

Los cuatrillizos Malerba aprobaron en silencio y en silencio se fueron. Octavio demoró la respuesta. Se levantó y puso su atención en La Sala, parecía buscar a alguien, ¿tal vez a Artemio para preguntarle si debía ir o no a la reunión? Solo vio a los hombres y a las mujeres con uniformes de color gris indefinido listos a cumplir sus tareas.

—A las cinco —aceptó y a paso rápido se dirigió a su cuarto.

Sobre la cama estaba la ropa limpia, la acomodó en el placard, cerró la puerta, miró hacia uno y otro lado y la abrió de nuevo. Buscó el paquete con las fotos, sacó la de Clementina y la contempló por un buen rato, otra vez comprobó que nadie lo vigilaba y puso la foto en el bolsillo superior de la camisa. Envolvió el paquete con el papel celofán, lo sujetó con el cordel azul, lo cerró con el nudo cirujano y lo colocó debajo de la Biblia. Se tiró sobre la cama y así estuvo, boca arriba, con los ojos cerrados. Habrá supuesto que ir a la reunión con Clementina no era lo adecuado, porque saltó de la cama, fue hasta el placard, desató el paquete, colocó la foto junto a las otras y cumplió con el ritual de cerrar el paquete. Cuando concluyó con el nudo cirujano, descubrió que solo faltaban diez minutos para la hora de la reunión.

La Sala mostraba el aspecto de siempre: algunos Escogidos paseaban solos o en compañía de una Escogida o de otro Escogido. La señora Adela y la señorita Basilia ocupaban una mesa, seguramente disputando la habitual partida de Damas. Uno de los sillones de El Espacio de la Reflexión lo ocupaba una Escogida, los otros dos estaban vacíos. En El Sitio de las Pantallas un número impreciso de Escogidos y Escogidas miraban la película en silencio, aún no era el momento de la discusión. Nadie sabía, ¿o acaso no le interesaba saberlo?, que en una de las mesas de El Bar estaba a punto de desarrollarse otra reunión secreta. Octavio apuró el paso, por ese mismo sendero, diez metros más adelante vio a Célica. Ese modo de andar, como deslizándose, lento y sensual, idéntico al de Clementina, pertenecía a Célica. Caminaba hacia la pared en donde se originaba la puerta de El Bar. Octavio se detuvo, ¿iba a la reunión? Célica dobló a la izquierda, Octavio no disimuló el suspiro de alivio.

Junto a la barra solo se veía a la mujer pelirroja, con un vestido casi del color de su pelo, los otros dos hombres de traje azul y sombrero gris no estaban, tampoco el barman de chaqueta y birrete blancos. Esto no pareció importarle a Octavio, pues caminó directo a la mesa situada en la pared opuesta a la barra. El lugar de Fulvio lo ocupaba Emeterio. Los cuatrillizos Malerba, Braulio, Carmelo, Ruperto y Segismundo estaban en sus sitios. La ausencia de Fulvio habrá preocupado a Octavio.

—¿Por qué no está? —preguntó.

—Hoy no vendrá —dijo Emeterio.

—¿Dónde fue?

—No lo sé —dijo Emeterio—. ¿Soy acaso el guardián de Fulvio?

Octavio aprobó en silencio y ocupó su lugar en la mesa. Emeterio, que definitivamente reemplazaba a Fulvio, comenzó a hablar. Enumeró las numerosas virtudes de Artemio, entre las que destacó su honradez y mesura. Hizo silencio, tal vez esperando la opinión, a favor o en contra, de quienes compartían la mesa, pero como nadie habló, retomó su discurso. En este caso, ponderó la capacidad de liderazgo de Artemio, su modo de solucionar cualquier problema,

por difícil que fuera. Otra vez hizo silencio, paseó su mirada por la totalidad de la mesa, pero solo recogió tres o cuatro aprobaciones mudas, el resto ni eso. Incluyó apenas la cabeza, como quien piensa, carraspeó y continuó con su discurso. Dijo que todo tenía su tiempo, un tiempo para plantar y un tiempo para despedirse. En un tono que iba del dolor a la resignación, confesó que era imposible torcer el destino, que hay que aceptarlo, sin más vueltas. Todos, incluido el propio Octavio, aceptaron esas palabras. En definitiva, era un discurso que no aportaba nada nuevo, un calco de lo dicho por Fulvio en los encuentros anteriores. Sin embargo, para cerrar su exposición, Emeterio dijo algo que Octavio había escuchado un día antes.

—Pasarán cosas —dijo.

Esa frase dio término a la reunión. Los cuatrillizos Malerba fueron los primeros en marcharse, cinco minutos después lo hizo Braulio, no es necesario enumerar al resto, cada uno cumplió con el ritual: todos respetaron los minutos de espera entre una y otra partida. Tal vez por haber sido el último en llegar, a Octavio le tocaba ser el último en partir. Se puso de pie, con el evidente propósito de ir hacia la salida, pero Emeterio con un simple gesto lo detuvo.

—Tengo que hablar con usted —dijo y señaló la barra.

Se ubicaron en la otra punta, seguramente para que la mujer pelirroja, con un vestido casi del color de su pelo, no escuchara una sola palabra.

—Quiero pedirle algo —dijo Emeterio en voz baja.

—No pienso hablar con Artemio —dijo Octavio.

—No hable —dijo Emeterio—, precisamente eso era lo que iba a pedirle.

Sin duda, Octavio no esperaba esa respuesta. ¿Le quitaban la tarea de mensajero inquietante? ¿Lo habían invitado para anunciarle que ya no pertenecía al grupo? Si bien es cierto que Octavio nunca quiso pertenecer, esa decisión tuvo que haberle molestado, el gesto de disgusto en su cara era una prueba elocuente.

—¿Por qué no tengo que hablar? —preguntó en tono desafiante.

—Porque ya no es necesario —dijo Emeterio.

Se oyó el clásico toc de una bola chocando con la otra. Octavio giró la cabeza hacia el billar, curioso por saber quiénes estarían disputando la partida. Nadie. El billar persistía en su soledad, con las tres bolas en el centro de la mesa.

—¿No habrá complot? —preguntó Octavio.

—No dije eso.

La respuesta de Emeterio no admitía dudas: Octavio ya no pertenecía al grupo, había sido desplazado, del mismo modo que pronto desplazarían a Artemio. Octavio y Artemio descartados, solos e inútiles como las bolas del billar en el centro de la mesa. ¿O acaso era una jugada inteligente, un movimiento de pieza acertado, para que Octavio finalmente hablara con Artemio?

—Hace un rato usted dijo la misma frase que ayer dijo Artemio. Exactamente la misma frase.

A Emeterio no pareció preocuparle esa coincidencia.

—¿Qué frase? —preguntó.

—Pasarán cosas, eso fue lo que dijo Artemio —afirmó Octavio.

Emeterio sonrió. Podía ser una sonrisa inocente, una sonrisa escéptica o una sonrisa piadosa, incluso podía ser una sonrisa irónica. Imposible descifrar qué tipo de sonrisa era. Sin borrar esa sonrisa, se refirió al concepto de cosa. Dijo que esa palabra dice todo y a la vez no dice nada. Hizo una pausa y ante el silencio de Octavio, continuó. Efectivamente, admitió, tiene cierto tinte filosófico, la cosa en sí, las palabras y las cosas, pero la mayoría de las veces que decimos cosa, lo decimos para reemplazar aquello que no sabemos cómo definir o aquello que simplemente no recordamos. Creció su sonrisa indescifrable, miró a Octavio, exactamente a los ojos de Octavio, y reconoció que cada vez que decimos cosas, obligamos a que nuestro interlocutor decida de qué se trata, le pasamos el problema y nos lavamos las manos.

—Sí, Octavio, pasarán cosas —dijo y con un gesto indicó que era hora de irse.

Antes de que sonara el despertador, Octavio ya tenía los ojos abiertos. Saltó de la cama y fue directo hacia el placard. En su mano derecha sostenía la foto de la novia con la que había dormido esa noche, no alcanzaba a distinguirse de qué novia se trataba. Desató el paquete, acomodó la foto, lo sujetó con el nudo cirujano, puso el paquete otra vez en su sitio y se dirigió al cuarto de baño. La ducha hizo que se despertara del todo. Luego, con el toallón sujeto a la cintura, cepilló sus dientes mientras miraba su cara en el espejo del tocador. Exceptuando pequeños detalles, era una mañana idéntica a todas las otras en El Lugar. Se vistió rápido, salió de la habitación y atravesó el pasillo sin apuro: aún faltaban cinco minutos para las ocho. Entró en La Sala y se topó con una escena inédita: los Escogidos y las Escogidas permanecían de pie junto a sus respectivas mesas, como si hubieran recibido la orden de no sentarse. Todos mantenían un silencio respetuoso o tal vez temeroso. Octavio respetó ese silencio hasta que estuvo junto a Artemio.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz muy baja.

Artemio lo saludó con un gesto, pero no dijo una sola palabra. Sus labios no mostraban la sonrisa complaciente. Octavio habrá decidido ser parte del rito, porque se quedó de pie, en silencio. Algunos minutos después, imposible determinar cuántos, pero fueron muchos, Artemio contestó la pregunta de Octavio.

—Fulvio —dijo.

Octavio advirtió la ausencia de Fulvio, algo que no tendría por qué preocuparle, Fulvio solía llegar tarde al desayuno. Sin embargo, se preocupó, su cara mostraba preocupación. ¿Era por la ausencia de Fulvio o porque había descubierto que Artemio, Braulio, Carmelo y los cuatrillizos Malerba tenían la vista fija en El Portal de Entrada a La Sala? Esa conducta, sin excepciones, se repetía con el resto de los Escogidos y Escogidas.

—¿Qué miran? —preguntó.

—No miran, esperan —dijo Artemio.

—¿Qué esperan?

La respuesta de Artemio no pudo oírse, porque en ese momento un trémulo coro cantando *a capella* “¡Señor, salva a tu pueblo!” inundó La Sala. Casi de inmediato, una cifra imprecisa de violonchelos y violas ofrecieron los primeros acordes de la *Obertura 1812*. En El Portal de Entrada aparecieron cuatro hombres vestidos con túnicas negras, cordel rojo en la cintura y capucha roja cubriendo sus cabezas, marcharon al compás de los oboes y las flautas, se detuvieron cuando comenzaron a vibrar los timbales. Cuatro mujeres, indudablemente eran mujeres, vestidas con túnicas rojas, cordel negro en la cintura y capuchas negras cubriendo sus cabezas, aparecieron en El Portal de Entrada. El oboe, los contrabajos, los violonchelos, los clarines y las flautas sonaron a pleno. Los cuatro hombres de túnicas negras reiniciaron la marcha, las cuatro mujeres de túnicas rojas fueron detrás de ellos. Los tambores y los metales dieron paso a fragmentos de “La marsellesa”, en el preciso momento en que los hombres de túnicas negras ingresaban al pasillo que llevaba a las habitaciones de los Escogidos y las mujeres de túnicas rojas ingresaban al pasillo que llevaba a las habitaciones de las Escogidas. La música se apagó justo cuando debían oírse los primeros cinco disparos de los dieciséis cañones propuestos por Tchaikovsky. Según la partitura, las descargas se producen doce minutos después del comienzo de la *Obertura*, por lo que, es fácil deducirlo, ese fue el tiempo que los hombres de túnicas negras y las mujeres de túnicas rojas emplearon en cumplir con sus mandatos. El silencio tuvo el efecto de un bálsamo, si bien los Escogidos y las Escogidas continuaron de pie, las palabras volvieron a La Sala.

—¿Por qué esta ceremonia? —preguntó Octavio.

—Porque hubo una falta grave —dijo Braulio.

—Gravísima —dijo Carmelo.

Artemio intervino antes de que comenzaran a discutir las diferencias entre grave y gravísimo.

—Fulvio —dijo—, lo encontraron en su cuarto con una Escogida.

—Célica —murmuró Octavio.

En su cara se reflejaba la indignación o, tal vez, la pena. Artemio negó con un ligero movimiento de cabeza. La indignación o la pena desaparecieron de la cara de Octavio.

—¿Quién? —preguntó.

—Pronto lo sabremos —dijo Artemio.

Los cuatro hombres de túnicas negras reaparecieron en La Sala. Ahora no formaban una fila recta sino dos filas paralelas, entre esas dos filas estaba Fulvio con los brazos detrás de la espalda y esposas de metal sujetándole las muñecas. Sin embargo, conservaba su arrogancia: el cuerpo firme y la cabeza erguida. En el otro extremo de La Sala, las cuatro mujeres de túnicas rojas, también en dos filas paralelas, cercaban a una Escogida que, como Fulvio, tenía los brazos por detrás de la espalda y esposas de metal sujetándole las muñecas. A diferencia de Fulvio, mantenía la cabeza gacha, por lo que se hacía imposible saber de quién se trataba. En medio de tanto silencio, estalló el primero de los cinco cañones de los dieciséis propuestos por Tchaikovsky. La *Obertura 1812* volvió a cobrar vida. Luego del estruendo del primer cañonazo, la señorita Basilia alzó la cabeza. ¿Sorpresa? ¿Asombro? ¿Estupor? Imposible hallar la palabra exacta. ¿Sorprendía que la señorita Basilia, tan pulcra y rigurosa con sus vestidos, llevara ropa suelta y desprolija? ¿Asombraba que no ostentase su riguroso rodete? Su pelo, rabiosamente negro, caía lacio y libre por debajo de la cintura. ¿Producía estupor que el pelo suelto y la desprolijidad del vestido provocara cierta sensualidad, insólita, turbadora, en la señorita Basilia? Los sones de “La marsellesa” comenzaban a declinar. Las cuatro mujeres de túnicas rojas que llevaban a la señorita Basilia cedieron el paso a los cuatro hombres de túnicas negras que llevaban a Fulvio. Las cuatro mujeres de túnicas rojas se ubicaron detrás de los cuatro hombres de túnicas negras. En *allegro vivace*, el coro nuevamente entonó la plegaria “¡Señor, salva a tu pueblo!”, ahora con acento victorioso. Los cuatro hombres de túnicas negras que llevaban a Fulvio y las

cuatro mujeres de túnicas rojas que llevaban a la señorita Basilia, abandonaron La Sala. Estalló el rugido de los últimos once cañones y, de inmediato, las campanas repiquetearon llamando a júbilo, después todo fue silencio.

En absoluto silencio, los Escogidos y las Escogidas ocuparon sus sitios en las correspondientes mesas. Poco después llegó el mozo para recoger los pedidos y todo fue exactamente igual al desayuno de cada día. Aunque no todo: mientras los cuatrillizos Malerba mojaban sus medialunas en las tazas de café con leche, Artemio saboreaba su té y Braulio y Carmelo untaban sus tostadas con manteca y dulce, Octavio no bebió un solo sorbo de su taza ni se preocupó por las galletas que estaban en su plato. Tenía la cabeza gacha, con la vista fija en la mesa. De pronto la alzó, como si estuviera a punto de decir algo, pero no dijo una sola palabra, se mantuvo callado, mirando un punto fijo más allá de la mesa. Muy pronto se acabaría el desayuno y los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido entrarían a La Sala.

—La señorita Basilia —dijo por fin Octavio, en tono melancólico o, tal vez, desilusionado.

—Ahora solo Basilia —dijo Braulio.

—O señora Basilia—dijo Carmelo.

—¡Señores, por favor! —dijo Artemio, parecía indignado, pero la sonrisa complaciente había vuelto a sus labios.

—¿Qué sucederá con ellos? —preguntó Octavio.

En los Manuales de Iniciación y en los volúmenes de Estudios Superiores se advertía que serían castigados aquellos Escogidos y aquellas Escogidas que cometieran faltas. La expulsión de Fulvio y de Basilia no dejaba duda de que habían perpetrado una falta gravísima. ¿Hasta dónde llegaba el rigor de la pena? ¿Los mantenrían aislados por un tiempo o definitivamente volverían Afuera? Era imposible saberlo, porque si bien los Manuales de Iniciación enumeraban los castigos, en ninguna de sus muchas páginas se detallaba el tenor de las penas.

—No sé ni nos importa —dijo el mayor de los cuatrillizos Malerba, claramente hablaba por él y por el resto de sus hermanos.

—A nadie le importa —coincidió Artemio.

Hubo un silencio incómodo. Octavio iba a decir algo, pero Artemio se anticipó.

—No olvide, Octavio, que la curiosidad mata al gato —dijo, sin perder la sonrisa complaciente, aunque había algo de amenaza, tal vez de advertencia, detrás de esa sonrisa.

Los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo asintieron en silencio, se pusieron de pie y a paso sincronizado se fueron con rumbo desconocido. Solo Artemio y Octavio quedaron en la mesa.

—¿Qué sucederá con Fulvio y la señorita Basilia? —insistió Octavio.

—Eso lo decide La Administración —concedió Artemio, se levantó y hacia allí fue.

Los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido ya estaban en La Sala. Octavio tendría que elegir regresar a su cuarto, refugiarse en el Sitio de las Pantallas o situarse en el Espacio de la Reflexión. Eligió volver su cuarto. Caminó con la cabeza baja, por lo que no vio que Célica venía en sentido contrario. No la vio, pero la escuchó.

—Tengo un mensaje para usted —dijo cuando pasó a su lado, pero no interrumpió la marcha.

Octavio observó los pasos voluptuosos de Célica, que cada día se parecían más a los de Clementina. Resignado, se dirigió a su cuarto. Boca arriba sobre la cama, seguramente pensaba en el mensaje de Célica. No le había dicho que tenía que hablar con él, sino que tenía un mensaje para él. Eso la convertía en una emisaria, ¿de quién? Saltó de la cama y fue hasta el placard, abrió el paquete de las fotos y buscó la de Vlady. La miró por un buen rato, pero no consiguió nada. Cerró el paquete y volvió a tirarse sobre la cama. Célica tenía la respuesta. Apagó el velador y giró el cuerpo hacia la derecha. Afirman que un sueño ayuda. No siempre. Cuando Octavio despertó el gesto de preocupación continuaba en su cara. Miró la hora, faltaba poco para el almuerzo.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

La Sala se mostraba idéntica a la de cualquier otro mediodía. Algunos Escogidos y algunas Escogidas paseaban despreocupados. Se puede decir que simplemente hacían tiempo para ocupar sus sitios en la mesa, otros Escogidos y otras Escogidas ya las habían ocupado. Unos y otras, tanto los que estaban de pie como los que ya se habían sentado, no mostraban el menor gesto de preocupación por lo sucedido unas horas antes. No parecía inquietarles que cuatro hombres con túnicas negras y cuatro mujeres con túnicas rojas trasladaran a Fulvio y a la señorita Basilia a un sitio desconocido. Octavio apuró el paso hacia su mesa, tal vez con la esperanza de encontrar algo distinto. Si fue con esa esperanza, se le borró ni bien llegó. La mesa había recuperado la forma octogonal, como si Fulvio jamás hubiese estado ahí, Artemio tenía la vista perdida en algún lugar de La Sala y la sonrisa complaciente en los labios, Braulio y Carmelo parecían envueltos en una discusión y los cuatrillizos Malerba hablaban en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. Nada había cambiado.

—¿Vino el mozo? —preguntó Octavio y se sentó junto a Artemio.

No fue necesaria la respuesta: el mozo apareció justo en ese momento. Sostenía una pequeña libreta en la mano izquierda y un lápiz en la derecha, esperó a que en la mesa se hiciera silencio y anunció que el plato principal iba a ser pasta, con distintos tipos de salsa, a elección. Braulio solicitó el detalle de las salsas y Carmelo preguntó si era pasta rellena. El mozo dijo que no era rellena y enumeró diferentes salsas, que no vale la pena repetir porque, en rigor de verdad, se trataba de un mero protocolo. Cada vez que el plato principal era pasta, el mozo detallaba los tipos de salsa y cada comensal pedía la de su gusto, pero invariablemente, ya fuese pasta seca o pasta rellena, la salsa era pomarola y, en algunos casos, boloñesa. El mozo se marchó con los pedidos, un rato después regresó con ravioles bañados en salsa pomarola. Los cuatrillizos Malerba los comieron sin pronunciar una sola palabra. El silencio se extendió por el resto de la mesa. ¿No hablaban subyugados por el sabor de los ravioles o porque no querían referirse a lo que

habían visto horas antes? El postre fue flan con crema. Braulio y Carmelo se fueron antes de que el mozo lo trajera. Los cuatrillizos Malerba lo saborearon, aunque el mayor y el menor prescindieron de la crema. Artemio solo probó un bocado y Octavio lo ignoró por completo, algo inusual en él porque regularmente cerraba la comida con algo dulce.

El silencio irritante del almuerzo se había proyectado después de los postres. En el resto de La Sala tampoco se oía, como suele decirse, ni el volar de una mosca. Era un silencio distinto, acaso idéntico al que sufren los sordos de toda sordera: el reposo infinito que prefigura la muerte. Octavio habrá decidido romperlo. En voz muy baja se dirigió a Artemio.

—Tengo que hablar con usted —le dijo.

Artemio se negó moviendo apenas la cabeza y, sin pronunciar una sola palabra, caminó rumbo a su cuarto.

Esa misma mañana Octavio había sido testigo de la expulsión de Fulvio y de la señorita Basilia. Cuando cesaron los estampidos de los cañones y el trepidar de las campanas, preguntó adónde los llevaban, pero nadie contestó. Un rato después, Célica le había dicho que tenía un mensaje para darle, pero había continuado su camino, sin dárselo. ¿Cuál había sido el destino de Fulvio y de la señorita Basilia? ¿Cuál era el mensaje que Célica quería darle? Artemio había dicho que pasarían cosas y, efectivamente, estaban pasando. Octavio quiso hablar con Artemio, pero Artemio se había marchado, sin decir una sola palabra. ¿Ese reiterado silencio hizo que Octavio deambulara por su cuarto pensando en las preguntas que quedaron sin respuestas? También podría ser que fuese de una pared a otra solo para matar el tiempo, faltaban pocos minutos para regresar a La Sala.

Los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo estaban en la mesa. Octavio ocupó su sitio y miró hacia la puerta de la cocina o lo que se suponía era la cocina. No había noticia de que algún Escogido o alguna Escogida alguna vez hubiera atravesado esa puerta, que solo aparecía en los momentos del desayuno, del almuerzo, de la merienda y de la cena. Octavio vio que ya había aparecido, por lo que seguramente pronto vendría el mozo.

—¿Y Artemio? —le preguntó a Braulio.

Pero fue Carmelo quien contestó.

—Hoy es miércoles —dijo.

El malestar de Octavio fue evidente, al menos así lo reflejó su cara. Pese a que esa mañana se habían llevado a Fulvio, ¿igual habría reunión? ¿Quién la conduciría? ¿Uno de los cuatrillizos Malerba, Braulio, Carmelo, Emeterio, Ruperto o Segismundo?

—¿Habría reunión? —arriesgó Octavio.

—¿Reunión? —dijo el mayor de los cuatrillizos Malerba.

—¿Qué reunión? —repitieron a coro Braulio y Carmelo.

Octavio no disimuló el gesto de alivio y nuevamente preguntó por Artemio. Braulio supuso que estaba en La Administración. Carmelo iba a agregar algo, pero justo en ese momento apareció el mozo y detalló el menú. Un rato después, mientras los cuatrillizos Malerba comían las milanesas con puré que habían pedido y Octavio descubría que su guiso de lentejas en realidad era guiso de garbanzos, Braulio y Carmelo, ajenos a los *spaghettis alla putanesca* que tenían en sus platos, discutían acerca de los ingredientes esenciales para un genuino pesto genovés, incluso invitaron a Octavio a que participase. Octavio dijo que no le gustaba esa salsa y continuó con su guiso de lentejas, que en realidad era de garbanzos. Se puede decir que, salvo ese detalle, el almuerzo sucedió sin nada digno de contarse.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Los cuatrillizos Malerba se levantaron antes de que ingresara el batallón de limpieza, Braulio, Carmelo y Octavio lo hicieron poco después. Cada uno se dirigió a su cuarto, Octavio se detuvo en mitad del camino: Artemio estaba cerca de El Espacio de la Reflexión, corrió a buscarlo, sin importarle que los hombres y las mujeres con uniformes color gris indefinido ya hubiesen entrado a La Sala. Artemio parecía estar esperándolo.

—Tengo que hablar con usted —dijo Octavio.

—Aquí no —dijo Artemio y se dirigió hacia la pared donde se originaba la puerta de El Bar.

Octavio lo siguió. Nunca antes habían ido juntos a El Bar. Artemio apoyó la palma de su mano derecha en la pared, la puerta se abrió de inmediato y entraron a un escenario idéntico al de las visitas anteriores: el mismo billar solitario, esperando a que alguien viniera a jugar, la misma barra con los dos mismos hombres de traje azul y sombrero gris, la misma mujer pelirroja con un vestido casi del color de su pelo y el mismo barman de chaqueta y birrete blancos. Artemio se dirigió a la mesa casi pegada a la pared opuesta

a la barra. Esto fue distinto a las visitas anteriores: la mesa se veía desocupada; en realidad, parecía que nunca antes la hubieran ocupado.

—¿De qué quería hablar? —preguntó Artemio y lo invitó a sentarse.

Octavio se sentó, pasó su mano por sobre la mesa y dijo:

—Aquí se planeó el complot en su contra.

—¡Octavio, por favor, no exagere! —dijo Artemio.

—¡Exagerar, querían desplazarlo! —dijo Octavio.

El énfasis no sirvió de nada. Artemio continuó imperturbable, manteniendo la sonrisa complaciente.

—Fulvio fue expulsado por eso —dijo Octavio—: ¿Qué sucederá con los cuatrillizos Malerba, con Braulio y con Carmelo? ¿Qué pasará con Emeterio? Ellos iban a esas reuniones.

A simple vista, Artemio y Octavio solo eran dos Escogidos que compartían una mesa de El Bar, aunque, si se les prestase algo más de atención, se advertiría que ambos sintetizaban dos emociones opuestas: Artemio reflejaba esa paz obstinada que caracteriza a los monjes tibetanos. Octavio, por el contrario, mostraba el espanto que caracteriza a esas criaturas que no logran salir del laberinto. Irremediablemente, el sosiego que mostraba Artemio se enfrentaba al desequilibrio que exhibía Octavio.

—Fulvio fue expulsado por dirigir esas reuniones —repitió.

—Fulvio fue expulsado por compartir su cuarto con una Escogida —corrigió Artemio.

Octavio giró el cuerpo y miró hacia la entrada de El Bar. ¿Acaso imaginaba que de un momento a otro entrarían Braulio y Carmelo, los cuatrillizos Malerba, Emeterio, Ruperto y Segismundo? Por su pregunta podríamos asegurar que lo imaginó.

—¿Por qué los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo venían a las reuniones? —preguntó.

—Ya se lo dije: los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo van por donde va la corriente.

—¿Y Emeterio y Ruperto y Segismundo?

—Ruperto y Segismundo son dos peones sin importancia —dijo Artemio.

—¿Y Emeterio?

—Emeterio nunca estuvo —dijo Artemio.

El adverbio inquietaba: ¿no había estado en la ceremonia de expulsión, no había estado en las reuniones en El Bar o jamás había estado en El Lugar?

—Emeterio presidió la última reunión —dijo Octavio.

Artemio lo admitió moviendo apenas la cabeza. Ese gesto tuvo que haber tranquilizado a Octavio, aunque la tranquilidad duró un instante, porque Artemio continuó hablando.

—Era la tarea que tenía asignada —dijo.

—No entiendo —dijo Octavio.

—Ya lo va a entender —aseguró Artemio.

Ciertamente, Octavio continuaba en el laberinto. Habrá decidido que era tiempo de hacer la pregunta que, sin duda, más lo angustiaba.

—¿Qué pasará conmigo? —preguntó.

En realidad, más que una pregunta fue un ruego. Sin perder la sonrisa complaciente, Artemio negó con pequeños movimientos de cabeza.

—Nada —dijo—, usted está afuera de todo.

—¿Por qué soy una Anomalía?

—También por eso —dijo Artemio y se puso de pie.

¿La Anomalía está vinculada a la soledad? Es posible. En definitiva, suele considerarse una rareza, una extravagancia, algo que escapa al común de la gente. ¿Podríamos deducir que Octavio se sentía solo? Hay que tener en cuenta que la soledad, en cualquiera de sus formas, no estaba contemplada en los Programas de Aprendizaje, no se la mencionaba en los Manuales de Iniciación, ni figuraba en los volúmenes de Estudios Superiores. Tampoco se la nombraba en La Sala y no había noticias de que alguna vez hubiera sido tema de discusión en La Tertulia de Requejo. Simplemente, no existía. No se veía, no se oía. ¿Esto significaba que los Escogidos y las Escogidas la desconocían? Nada de eso, ignorar no es desconocer.

—¿Y por qué más? —preguntó Octavio.

Artemio le dijo que ya lo iba a saber, que hay tiempo para todo, y caminó hacia la salida. Octavio se puso de pie. Miró por un instante la mesa, como si esa tabla de madera, sostenida por seis patas, contuviese todas las respuestas. Se supone que no encontró ninguna, porque apuró el paso para alcanzar a Artemio. Salieron de El Bar en silencio. La puerta desapareció de inmediato. Entonces Artemio habló:

—Espero haberle sido útil —dijo.

La frase no era digna de Artemio, podría haber sido pronunciada por un servicial funcionario público cualquier día hábil de la semana, pero no por Artemio. Octavio lo habrá notado, porque le respondió de la misma forma.

—Sí, muchas gracias —dijo.

Sin duda, ambos sabían que varias cosas habían quedado en el tintero, por lo que habrá que suponer que resolvieron establecer una tregua para, cuando fuese adecuado, retomar el tema. Artemio dijo que volvería a su cuarto, por lo que implícitamente invitaba a Octavio a que caminaran juntos hasta el pasillo de entrada. Octavio dijo que se quedaría otro rato en La Sala y ahí se quedó, con la clara intención de estar buscando a alguien. El que busca encuentra, postula el dicho. Así fue: a un par de metros de El Espacio de la Reflexión estaba Célica. Hacia allí fue Octavio. A Célica no le sorprendió el encuentro, podría decirse que lo esperaba.

—¡Qué sorpresa! —dijo.

—Tenía un mensaje para mí —dijo Octavio.

Célica lo invitó a ir a El Espacio de la Reflexión. Ocuparon dos sillones, frente a frente.

—Fulvio —dijo Célica—, el mensaje es de Fulvio.

—Fulvio —repitió Octavio, en un tono más cercano a la indiferencia que a la sorpresa.

—Me dijo que le dijera que continuara buscándola.

—¿Buscándola? —se sorprendió Octavio.

—La colonia —aclaró Célica—, dijo que le dijera que no dejara de buscarla.

El gesto de Octavio fue de sorpresa o tal vez de indignación.

—¿Le contó a usted de la colonia?

—Entre otras cosas.

—¿Qué cosas? —quiso saber Octavio.

La pregunta tenía el acento de una orden: detallar una a una cuáles eran esas cosas.

—No suelo hablar de mis intimidades —dijo Célica.

Intimidades forzosamente se vincula a lo íntimo, a lo cercano, incluso a lo sexual. Esos asuntos estaban vedados en El Lugar, no se los mencionaba ni en los Manuales de Iniciación ni en los volúmenes de Estudios Superiores, Los Mediadores nunca hablaban de ello. Los Escogidos y las Escogidas debían callar todo lo vinculado a lo íntimo, incluso observaban un silencio que seguramente abarcaba más insolencias de la que ocultaban los Sectarios del Fénix. Por el solo hecho de decir que no hablaba de sus intimidades, Célica reconocía que existían esas intimidades.

—¿Hablaron de Clementina? —preguntó Octavio.

Célica comenzó a reír. Era una risa más cercana a la compasión que a la burla.

—¿Por qué íbamos a hablar de Clementina? —dijo—. De Clementina solo hablo con usted.

Esa afirmación aparentemente tranquilizó a Octavio.

—Es una colonia inglesa —dijo—, la seguiré buscando.

—La encontrará —pronosticó Célica.

El desayuno transcurrió sin nada digno de ser narrado. Esa circunstancia se repitió durante el almuerzo. Podríamos decir que el relato comenzó a tomar forma a la hora de los postres. El anuncio de Artemio se oyó en el preciso momento en que Braulio y Carmelo se ocupaban de su flan con crema, Octavio de sus duraznos en almíbar y los cuatrillizos Malerba del queso y dulce. Como quien aparta un estorbo del camino, Artemio corrió levemente a la izquierda su pote de arroz con leche, después dijo que tenía que hablar con todos. No se refería a los que en ese momento compartían la mesa, sino a la totalidad de los Escogidos y de las Escogidas que deambulaban por La Sala. Si alguien se hubiese tomado la molestia de contarlos, hubiera descubierto que, efectivamente, estaban todos: ni un solo Escogido ni una sola Escogida había quedado en su cuarto.

Artemio se puso de pie y con un simple gesto de mano pidió que lo siguieran. Si bien parecía una invitación, el pedido tenía el vigor de una orden. Octavio, los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo obedecieron de inmediato. Artemio se detuvo en el centro de La Sala, los Escogidos y las Escogidas lo rodearon en silencio. Claramente, esperaban sus palabras. Artemio no se hizo esperar. En tono grave y sin la sonrisa complaciente, preguntó:

—¿Saben quién es Fulvio?

Hubo algunos murmullos hasta que un Escogido, tal vez el que estaba más lejos de Artemio, dijo:

—Es una aberración.

—Un monstruo —agregó una Escogida.

A partir de ese momento, se desperdigaron los juicios. Un buen número de Escogidos y de Escogidas repitieron que era un monstruo, otro número no menor coreó que se trataba de una aberración.

También hubo Escogidos y Escogidas que en silencio aprobaron ambas definiciones. Octavio fue uno de los que aprobó en silencio.

En cuanto volvió la calma, Artemio quiso saber si Fulvio merecía el recuerdo de los Escogidos y las Escogidas.

—No es bueno recordar a los monstruos —dijo el mayor de los cuatrillizos Malerba.

Esa propuesta fue aprobada por la totalidad de La Sala. Una vez más, Octavio asintió en silencio. La sonrisa complaciente parecía haber vuelto a los labios de Artemio.

—¿Saben quién es la señorita Basilia? —preguntó.

—Una aberración —proclamó un coro de voces. La señora Adela integraba ese coro.

Artemio negó moviendo apenas la cabeza y preguntó si la señorita Basilia merecía el recuerdo de los Escogidos y las Escogidas.

—No es bueno recordar las aberraciones —dijo la señora Adela, ahora como primera voz del coro.

—No se equivoquen —dijo Artemio—, la señorita Basilia merece ser recordada, ahora y siempre.

Por supuesto, hubo voces y gestos de sorpresa. ¿Recordada?, se preguntaban algunos Escogidos. ¿Ahora y siempre?, repetían otros. Era un asombro lógico, comprensible, podríamos decir. En El Lugar estaban vedadas todas las formas del recuerdo. Cada vez que un Escogido o una Escogida partía, un riguroso manto de olvido se desplegaba sobre él o sobre ella. Había excepciones, siempre las hay. Eran rigurosamente recordados aquellos Escogidos y Escogidas que hubieran realizado un acto considerado noble por La Administración. ¿Podríamos ofrecer el número de los Escogidos y de las Escogidas recordados? Imposible, no hay manera de brindar una cifra exacta, aunque, sin riesgo a equivocarnos, estaríamos hablando de un número pequeño, de un solo dígito, integrado exclusivamente por Escogidos, ni una sola Escogida había logrado el privilegio de ser recordada. Ahora, según palabras de Artemio, la señorita Basilia estaba a punto de obtener esa distinción, se convertiría en la primera Escogida que ingresaba a El Panteón de los

Recordados. Un absurdo total. ¿Pasar la noche en el cuarto de un Escogido era un acto noble? Cuando se apagaron los murmullos y desaparecieron los gestos de asombro, Artemio retomó la palabra. A lo largo de cinco minutos, tal vez seis, pero no más de eso, se refirió a la medida de la señorita Basilia, mentó su humildad y su trato cordial. Con un dejo de nostalgia, preguntó si recordaban cómo, en El Sitio de las Pantallas, discutía el final de las series, jamás una palabra subida de tono, nunca un agravio. Se escucharon algunas voces de aprobación. Artemio hizo una pausa corta y de inmediato se refirió al asunto que sin duda inquietaba a la mayoría de los Escogidos y de las Escogidas: la virginidad de la señorita Basilia. En un tono que podría tildarse de evangelista, dijo que la señorita Basilia en ningún momento había presumido de su castidad.

—La llevó con laboriosa perseverancia —reconoció la señora Adela.

Por un buen rato se oyeron voces de alabanzas. Octavio las aprobó con un ligero movimiento de cabeza, Célica se mantuvo indiferente a ese entusiasmo. Artemio esperó el silencio, después dijo:

—Y una agria noche, la señorita Basilia entregó su virginidad.

—¿Por qué a Fulvio? —preguntó el menor de los cuatrillizos Malerba, había cierta tristeza en esa pregunta.

—Porque era un seductor —fue la respuesta del mayor de los cuatrillizos Malerba.

Artemio asintió, desde hacía un buen rato la sonrisa complaciente había desaparecido de su boca. Dijo que Fulvio había aprobado el examen final con la nota más alta y aseguró que eso no se conseguía solo con seducción. Repitió que Fulvio era inteligente y astuto y que, gracias a esos atributos, había superado la mirada rigurosa de Los Mediadores, capaces de escudriñar hasta el costado más oculto de cada postulante.

—Desdichadamente —lamentó—, nadie supo ver las oscuras intenciones de Fulvio.

—¿Qué intenciones? —preguntó Braulio.

Carmelo iba a agregar algo, pero solo quedó en el gesto, porque Artemio continuó hablando.

—Infiltrarse —dijo—, Fulvio era un infiltrado, un falso Escogido que llegó para provocar el caos.

Carmelo, que continuaba con la mano en alto, hizo la pregunta.

—¿Un espía? —preguntó.

—Un espía —confirmó Artemio.

Las voces de los Escogidos y de las Escogidas se mezclaron sin remedio, con diferentes tonos y con distintas palabras, preguntaban lo mismo: ¿Qué espiaba? ¿A quién espiaba? La respuesta de Artemio fue contundente.

—A nosotros —dijo—, a todos nosotros.

Hubo muecas de sorpresa, de indignación y de temor, hubo numerosas preguntas. ¿Por qué quería espiarnos? ¿Para quién trabajaba Fulvio?, fueron las más repetidas. Artemio dijo que eran preguntas sin respuesta.

—¿Sin respuesta? —preguntó el mayor de los cuatrillizos Malerba.

—Sin respuesta, la respuesta está Afuera —dijo Artemio, una mueca de resignación reemplazaba a su sonrisa complaciente.

Podría decirse que esa resignación se extendió por el resto de La Sala. Ciertamente, Artemio debía reafirmarse como líder, en un tono de voz, difícil de definir, habría que oírlo, dijo que en El Lugar nunca se habían producido sucesos de ese calibre, hizo una pausa, que pareció muy larga pero solo duró un minuto, y señaló a un Escogido. Su nombre no tiene importancia, basta con decir que era el que más años llevaba en El Lugar. Todos lo miraron, seguramente buscando una respuesta. El Escogido esperó la autorización de Artemio y comenzó a hablar. Dijo que había asistido a muchas ceremonias, pero en ninguna de ellas había visto a cuatro hombres de túnica negra y a cuatro mujeres de túnica roja que, con la *Obertura 1812* como música de fondo, expulsaran a un Escogido y a una Escogida. Ese testimonio fue la prueba definitiva de que en El Lugar nunca se habían producido destierros como el sufrido por Fulvio y la señorita Basilia. Sin ninguna duda, Fulvio estaba condenado al

desprecio y al olvido, en poco tiempo sería la nada absoluta. ¿Por qué Artemio había liberado a la señorita Basilia de esos oprobios? En esta ocasión, la respuesta fue inmediata. Artemio dijo que la señorita Basilia no dudó en sacrificar su bien máspreciado, la virginidad, y remarcó que lo había hecho con un solo propósito: descubrir al traidor, desenmascarar al espía. Aquí hizo una nueva pausa, algo más larga que la anterior. Solo tenía un camino, continuó, ir a la cama con él. Fingió que Fulvio la había seducido y mansamente entró en su cuarto. Artemio había llegado al momento cúlmine de su relato, paseó la mirada por los Escogidos y las Escogidas que seguían sus palabras y pidió, aunque realmente exigió, que cada uno y cada una imaginara por un instante el espanto de ese momento.

—Hallewyn —dijo Requejo.

Sin duda, esa observación asombró a todos.

—¿Qué tiene que ver esa fiesta pagana con el sacrificio de la señorita Basilia? —preguntó Braulio.

—Es una fiesta cristiana —corrigió Carmelo.

Requejo, con un ademán cordial, detuvo la respuesta de Braulio, dijo:

—No hablo de esos festejos con calabazas y disfraces. Hablo de un drama de Michel de Gheldorode, Hallewyn se titula. Así se llama el personaje principal, un diabólico príncipe de Flandes que con su canto mágico seduce a niñas vírgenes, las posee y finalmente las ahorca. Halloween y Hallewyn tienen parecida pronunciación, pero distinta grafía.

—No sé qué tiene que ver esa obra de Gheldorode con el sacrificio de la señorita Basilia —insistió Braulio.

—Sí, ¿qué tiene que ver? —preguntó Carmelo.

—Mucho —dijo Requejo—, tiene mucho que ver. Para terminar con las atrocidades del príncipe Hallewyn, la condesa Purmelende, niña y virgen, simula caer bajo el hechizo de su canto mágico, se acuesta con él y en mitad de la cópula toma la espada del príncipe y le corta la cabeza. La condesa Purmelende entrega su virginidad para proteger a las niñas vírgenes del condado, la señorita

Basilia no le cortó la cabeza a Fulvio, pero entregó su virginidad para proteger El Lugar que todos habitamos. En el fondo, la condesa Purmelende y la señorita Basilia hicieron exactamente lo mismo, ninguna de las dos dudó a la hora de sacrificarse.

Algunos murmullos de admiración se escucharon en La Sala. Artemio otra vez tomó la palabra.

—La pieza de Gheldorode no termina ahí —dijo—, la condesa Purmelende regresa a palacio y en sus manos trae la cabeza de Hallewyn, la lleva envuelta en un lienzo. Ahí mismo, frente a todos, quita el lienzo y muere aferrada a la cabeza del hombre que la sedujo y amó.

Requejo reconoció que sí, que ese era el verdadero final de la obra de Michel de Gheldorode.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Artemio admitió que tanto la condesa Purmelende como la señorita Basilia habían elegido el sacrificio y repitió que la condesa Purmelende había muerto aferrada a la cabeza del hombre que amaba. Hizo una pausa muy breve, tal vez para lograr el clima adecuado o acaso para aumentar el dramatismo. El motivo poco importa, lo único cierto es que sirvió para indicar las diferencias: en un caso se trató de un acto de puro amor, dijo, en el otro no, ninguna mujer muere por el hombre que odia. La señorita Basilia continúa viva, Fulvio también.

—Pero ambos fueron expulsados —dijo el menor de los cuatrillizos Malerba.

—Era el precio —dijo Artemio—, la señorita Basilia no dudó en pagarlo. Por eso desde este mismo momento ocupará un sitio de honor en El Panteón de los Recordados, en tanto que Fulvio será olvidado para siempre.

Se oyó un prolongado murmullo que realmente sonó como un formidable aplauso. Los Escogidos y las Escogidas volvieron a los sitios en que estaban antes de que Artemio los convocara, aunque permanecieron poco tiempo ahí: los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido ingresaron a La Sala; ciertamente,

el batallón de limpieza había demorado su entrada. Este hecho no tendría por qué sorprender, sin duda, en La Administración lo habían orquestado de esa manera, con el indudable propósito de que Artemio pudiera pronunciar su proclama. Lo que sí debería haber sorprendido es que Emeterio no estuviera durante esa proclama. ¿Por qué no estuvo? Podríamos afirmar que nadie formuló la pregunta, ya que nadie advirtió esa ausencia. Tal vez Octavio sí lo advirtió, aunque no estamos en condiciones de asegurarlo.

¿Fue un encuentro casual o fue el resultado de una búsqueda planificada? Honestamente, poco importa la respuesta, dicen que la única verdad es la realidad. La realidad, en este caso, fue el asombro que mostró Octavio cuando estuvo frente a Artemio. Es posible que Artemio no haya creído en el asombro de Octavio, aunque tampoco eso tiene importancia, lo real es que ambos comenzaron una charla verdadera a partir de un encuentro que pudo ser impensado o no.

Sin duda, varias cosas le preocupaban a Octavio. Una de ellas, tal vez la más importante, era la ausencia de Emeterio cuando el discurso de Artemio. ¿Por qué no estuvo? A Artemio no le sorprendió la pregunta.

—Hace unos días se lo expliqué —dijo—. Emeterio nunca estuvo.

Octavio miró a su alrededor, tal vez para comprobar que nadie ajeno a ellos lo escuchase, después, en un tono más bajo que el habitual, dijo que no entendía qué significaba eso de que Emeterio nunca había estado.

—¿Era un fantasma? —preguntó.

Artemio, sin perder la sonrisa complaciente, dijo que no era momento para bromas, indicó El Espacio de la Reflexión y hacia allí marcharon. Fue una caminata corta, la hicieron en silencio, como si ambos hubieran decidido retomar la palabra una vez que estuviesen sentados. Dos Escogidas ocupaban un par de sillones, pero se pusieron de pie cuando los vieron llegar. Artemio agradeció el gesto, se sentó, esperó a que las Escogidas se alejaran y reabrió el diálogo con una pregunta:

—¿Tanto le cuesta comprender? —preguntó.

Octavio demoró la respuesta, tal vez porque ignoraba qué tenía que comprender. El silencio hizo que Artemio repitiera que Emeterio nunca había sido un Escogido.

—Por eso jamás estuvo, ¿comprende? —dijo.

A Octavio, habrá que aceptarlo, se le hacía difícil comprender. ¿Tendría que admitir que ese hombre llamado Emeterio nunca había transitado el largo camino del aprendizaje, admitir que en ningún momento había escuchado las palabras de Los Mediadores, a veces en forma de crítica, a veces en forma de elogio, admitir que no había leído ni uno de los muchos libros que brindaban la enseñanza y, por último y más grave, admitir que jamás había aprobado el examen definitivo que le otorgaba la condición de Escogido? ¿Cómo admitirlo si hasta unas semanas antes se había comportado igual que el resto de los Escogidos que deambulaban por La Sala?

—¿Era un espía, como Fulvio? —preguntó.

Artemio no disimuló un gesto que podría ser de indulgencia o, tal vez, de tolerancia. Insistió con que Fulvio, a diferencia de Emeterio, había conquistado su condición de Escogido después de aprobar la totalidad de los exámenes, con los mayores puntajes, precisó. Emeterio, en cambio, no realizó ningún curso ni aprobó ningún examen. Hizo una pausa muy corta y completó: Emeterio nunca fue un Escogido, ingresó con la misión de terminar con el espionaje, lo mandaron para eso.

—¿Lo mandaron? —preguntó Octavio.

Artemio se reclinó en el sillón y lentamente, con laboriosa paciencia, dijo que en La Administración habían descubierto las intenciones de Fulvio. Hizo un gesto, que bien pudo ser de tolerancia, y reconoció que nunca antes se había producido un hecho de esa naturaleza. Se calló por un instante, tal vez esperando una pregunta de Octavio, no hubo ninguna pregunta, por lo que Artemio prosiguió con su relato. Dijo que en La Administración habían nominado a un Escogido para que pusiera las cosas en orden. Fue una elección equivocada. El Escogido seleccionado no estaba en condiciones de cumplir con esa tarea.

—¿Quién era ese Escogido? —quiso saber Octavio.

Artemio tuvo que haber oído esa pregunta, sin embargo, no la contestó. Dijo que no hubo otro camino que traerlo de Afuera.

Acaso para darle tranquilidad a Octavio, aseguró que en La Administración había hombres y mujeres dispuestos a hacer esos trabajos.

—¿Quién era ese Escogido? —repitió Octavio.

Artemio no disimuló su contrariedad.

—Le acabo de decir que no era un Escogido, vino de Afuera.

—No le hablo del espía —dijo Octavio—, quiero saber quién era el Escogido que no estuvo en condiciones de cumplir con su tarea.

—No tiene la menor importancia —dijo Artemio—, eso ya fue.

—Eudoro, ¿verdad? —aseguró Octavio.

—¿Eudoro? —dijo Artemio—. No tengo idea de quién es Eudoro. Por favor, Octavio, no delire.

Octavio inclinó la cabeza, no para asentir sino para buscar una respuesta adecuada a lo dicho por Artemio. Sin duda, encontró esa respuesta, porque se acomodó en el sillón, como quien ocupa un territorio, y habló de aquel involuntario tropiezo con Eudoro, que se convirtió en una amistad, según los parámetros de amistad admitidos en El Lugar. Dijo que Afuera Eudoro había sido un próspero hombre de empresa, padre y esposo ejemplar.

—Eudoro me lo contó y, palabra más palabra menos, fue lo mismo que me contó usted.

Artemio se mostraba imperturbable, sin arriesgar un solo gesto.

—Eudoro padecía un extraño malestar —continuó Octavio—, estaba desencuadrado, así me dijo: desencuadrado. Aquí consiguió encuadrarse, se puede decir que había encontrado la paz, o algo que se le parecía.

Artemio hizo un ademán de aprobación, en definitiva, todos los Escogidos y todas las Escogidas ingresaban a El Lugar con las mismas intenciones. Octavio no estaba diciendo nada nuevo, pero continuó su relato. Dijo que por más de cinco años Eudoro había sostenido una conducta ejemplar. Bajó la voz y, sin disimular la tristeza, agregó:

—Hasta que un mal día le delegaron una tarea: asistir a las reuniones secretas en El Bar e informar lo que ahí se decía.

A Artemio no le inquietó esa noticia: continuaba impasible, frío y rígido como una estatua.

—Eso fue el principio del fin —afirmó Octavio—, Eudoro se desencuadró otra vez. Fue en la misma mesa en la que usted y yo estuvimos el otro día. Ahí mismo habrá comprendido que no tendría remedio, a veces el suicidio es la solución. Esa muerte inesperada modificó todos los planes, Emeterio entra en escena con el único propósito de terminar con la tarea que Eudoro no llegó a cumplir.

Esa revelación modificó la apatía de Artemio: se acentuó su sonrisa benevolente. Esto habrá molestado a Octavio.

—Usted le ordenó que fuera a esas reuniones —dijo—, usted lo llevó al suicidio. Usted dijo que Eudoro era un buen hombre y ahora dice que no lo recuerda.

Artemio por fin habló.

—Tampoco usted debería recordarlo —dijo—, ya le expliqué qué sucede con los muertos en El Lugar. Borre a Eudoro de sus recuerdos, es dañino recordar a gente y a cosas que nunca existieron. Eso déjelo para los escritores, que solo saben mentir. Ahí tiene a Requejo, sin ir más lejos.

—¡Usted sabe que Eudoro existió! —murmuró Octavio, aunque sonó como un grito—. La pomposa ceremonia del traslado de sus cenizas fue un modo de tapar su suicidio.

—Todo depende del color con que se mira y de la forma con que se narra —dijo Artemio y se puso de pie.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

El batallón de limpieza ya se había retirado de La Sala. Las cosas recobraban su forma habitual. Aparentemente, Octavio iba a su cuarto, caminaba a paso tranquilo, como quien pasea, aunque si lo mirásemos con un poco más de atención advertiríamos cierto gesto preocupado en su cara. En sentido contrario venía Célica, exceptuando su natural belleza, no mostraba ningún gesto. Habría que preguntarse si la belleza es un gesto, tal vez no, aunque en Célica todo era posible.

—Lo noto preocupado —dijo cuando estuvo frente a Octavio.

—¿Preocupado? No, solo recordaba.

—¿A Clementina?

—A Eudoro —dijo Octavio.

—¿Eudoro? —repitió Célica.

El gesto de Octavio pudo ser de asombro o, tal vez, de indignación.

—¡No recuerda a Eudoro!

—No lo recuerdo —dijo Célica—. ¿Por qué tendría que recordarlo?

Octavio levantó los brazos y los movió en círculo, como si quisiera abarcar la totalidad de La Sala.

—Estuvo más de cinco años con nosotros, muchas veces habló con usted. En La Tertulia de Requejo, sin ir más lejos —dijo—, lo recuerdo bien.

—No lo recuerdo —dijo Célica.

—Unos hombres de frac negro lo llevaron en una urna —dijo Octavio—, cruzaron toda La Sala.

La cara de Célica pareció iluminarse.

—¡Ah, sí! ¡La ceremonia! —afirmó—. Bonita ceremonia.

—En esa urna iba Eudoro, ¿ahora lo recuerda?

—Esa urna no tenía nombre, ¿quién le dijo que contenía a ese tal Eudoro?

Contrariamente a lo que podría suponerse, Octavio no enfureció, ni levantó la voz, miró a Célica con los ojos de quien está dispuesto a entender todo. ¿Que Célica se pareciera tanto a Clementina motivaba esa actitud? Imposible saberlo, lo cierto es que, con tono amigable, le preguntó si recordaba a Emeterio.

—¿Emeterio? —dijo Célica—. No recuerdo a ningún Emeterio.

Pacientemente, Octavio le explicó que Emeterio no era un Escogido, había ingresado a El Lugar en reemplazo de Eudoro, que se había suicidado porque no pudo cumplir con el pedido que por orden de La Administración le había hecho Artemio. Célica levantó la mano y con tono humilde, infrecuente en ella, le pidió a Octavio que detuviera su relato. No entiendo nada, dijo. Una vez más, Octavio aceptó el pedido.

—¿Recuerda a la señorita Basilia? —preguntó.

—Sí, claro —dijo Célica—. La heroica señorita Basilia, ¿cómo olvidarla?

No todo estaba perdido, Octavio disimuló su alegría.

—¿A Fulvio? —preguntó—. ¿Recuerda a Fulvio?

La cara de Célica volvió a iluminarse.

—¡Por supuesto que lo recuerdo! —dijo—. ¿Con v corta o con b larga?, en eso la memoria me falla. Fue mi mejor compañerito en la escuela primaria.

—Con v corta —dijo Octavio, le dedicó un cordial saludo y se marchó rumbo a su cuarto.

Los desayunos solían ser muy conversados y resultaba lógico, natural, podríamos decir, que lo fuesen: los Escogidos y las Escogidas se reencontraban después de haber pasado muchas horas en la soledad de sus cuartos. Seguramente, luego de más de un año de permanencia en El Lugar, a Octavio no le sorprendían esas mañanas, tan similares unas de otras. Sin embargo, en esta ocasión, La Sala se veía diferente: había más alboroto que el habitual. Eso fue lo primero que preguntó cuando llegó a su mesa.

—¿Por qué tanto bochinche? —preguntó.

—Una nueva Escogida —dijo Braulio.

—Ingresa en menos de una hora —completó Carmelo.

Octavio conocía las Ceremonias de Bienvenida, fue Asistente, junto a Braulio y a Carmelo, en la celebrada cuando el ingreso de Fulvio y había sido testigo de la recepción de Emeterio, ahora vería por primera vez el recibimiento de una Escogida. ¿Cómo sería La Ceremonia de Bienvenida?

—¿Es igual que con los Escogidos? —preguntó.

Braulio, Carmelo y los cuatrillizos Malerba continuaron con el desayuno, Artemio apartó su taza unos centímetros, miró a Octavio y dijo que no entendía la pregunta.

—¿Es la misma Ceremonia de Bienvenida? —insistió Octavio.

—La misma —dijo Artemio y bebió un sorbo de té—. ¿Por qué iba a ser distinta?

Efectivamente, no había ninguna razón para que lo fuese. En El Lugar, exceptuando algunos matices que no vale la pena describir, los Escogidos y las Escogidas gozaban de los mismos derechos y debían obedecer las mismas obligaciones.

—Termine con su desayuno —pidió Braulio.

—Pronto comenzará La Ceremonia —completó Carmelo.

Octavio comió el último trozo de medialuna y bebió lo que quedaba del café con leche. Se puso de pie y siguió a sus compañeros de mesa. La marcha la encabezaba Artemio, detrás iban los cuatrillizos Malerba, luego Braulio y Carmelo y, por último, Octavio. A simple vista, parecían constituir un cortejo a punto de realizar un ceremonial. No hay que creer en lo primero que se ve. Es cierto que iba a celebrarse un nuevo ingreso a La Sala, pero esa recepción no estaría a cargo ni de Artemio ni de Braulio ni de Carmelo y menos aún de Octavio y de los cuatrillizos Malerba. Tres Escogidas, una en calidad de Oficiante, las otras dos como Asistentes, integrarían La Ceremonia de Bienvenida que recibiría a la recién llegada.

El alboroto de La Sala se había transformado en un silencio solemne, respetuoso, podría decirse. Todas las miradas estaban clavadas en El Portal de Entrada: la nueva Escogida iba a aparecer de un momento a otro. ¿Cómo sería? ¿Alta? ¿Baja? ¿Gorda? ¿Flaca? Hasta ese instante nadie, pero absolutamente nadie, tenía la menor idea de su aspecto, de sus formas, de su figura. Una ignorancia, podríamos decir, similar a la de los padres frente al bebé a punto de nacer, conocen su sexo, pero a la criatura recién la conocerán cuando salga del vientre de su madre. En El Lugar también se conocía el sexo de quien iba a ingresar, el resto se sabría cuando apareciera en El Portal de Entrada.

Era alta, un vestido fucsia presagiaba la bondad de su cuerpo. Avanzó hacia las tres Escogidas que le daban la bienvenida, caminaba con armonía, podría decirse que sus piernas eran perfectas.

—Benedicta —dijo—, me llamo Benedicta.

Se puede afirmar, sin riesgo de error, que a la totalidad de los Escogidos y de las Escogidas solo les interesaba la recién llegada, parecían pendientes de cada uno de sus movimientos. Octavio no era una excepción a esa regla, pero, si lo observáramos con mayor cuidado, descubriríamos que solo le interesaba el cabello de la nueva Escogida. Tal vez porque, negro y lacio, era idéntico al de una novia de la que ni siquiera tenía foto.

—Es un nombre de origen latino —dijo Célica.

Octavio no pareció escucharla.

—Las mujeres que se llaman así —continuó Célica— suelen ser delicadas y sensibles. Cuídese, parecen tímidas, pero son decididas y fuertes de carácter.

Esta vez, Octavio la escuchó.

—¿De qué tengo que cuidarme? —preguntó.

—No deja de mirarla —dijo Célica.

Los celos y el amor eran sentimientos ajenos a El Lugar. Una vez formalizado el ingreso, ya fuese de un Escogido o de una Escogida, esas emociones quedaban definitivamente Afuera. ¿Célica quebraba una norma estricta que no admitía indulgencias?

—Aunque no lo parezcan, son pasionales y desvergonzadas —completó.

¿Aquella novia, de la que Octavio ni siquiera tenía foto, era pasional y desvergonzada? En rigor de verdad, solo él lo sabía y, honestamente, no parecía importarle. Podríamos decir que solo le interesaba seguir los pasos de Benedicta. En ese momento, la Oficiante del Comité de Bienvenida la acompañaba hacia lo que iba a ser su cuarto definitivo.

—Benedicta viene del latín y significa “bendecida” —dijo Octavio y giró la cabeza.

Célica no pudo escucharlo, hacía un buen rato que se había marchado. ¿A Octavio le ofendió ese desaire? Pareciera que no, el gesto de su cara no era de ofensa sino de alegría. Volvió a fijar su atención en Benedicta y en la Oficiante del Comité de Bienvenida. Benedicta escuchaba lo que decía la Oficiante. Seguramente eran las mismas palabras que Artemio le dijo a Octavio la tarde en que lo condujo hasta lo que sería su cuarto definitivo. Braulio y Carmelo, en calidad de Asistentes, los habían seguido a modo de escolta. Eso había sido todo. La llegada de Octavio no pareció importarle ni a los Escogidos ni a las Escogidas que deambulaban por La Sala, cada cual continuó con sus cosas. Una indiferencia que a Octavio le habrá parecido natural, seguramente supuso que de ese modo eran todos los recibimientos. En definitiva, ni los Manuales de Iniciación ni los

volúmenes de Estudios Superiores se referían a esa ceremonia y Los Mediadores jamás la mencionaron. El ingreso de Fulvio marcó una peculiar diferencia: aquella tarde La Sala se alborotó. En calidad de Asistente, Octavio había integrado el Comité de Bienvenida y fue testigo del entusiasmo con que los Escogidos y las Escogidas recibieron al recién llegado. Sin embargo, ese fervor no pareció preocuparle. Tal vez lo atribuyó a la peculiar personalidad de Fulvio. Meses después ingresó Emeterio, respetuoso y recatado, realmente la cara opuesta de Fulvio. Esa diferencia no impidió que le brindaran una recepción bochinchera y alborotada, idéntica a la que recibiera Fulvio. Los festejos que ahora le dedicaban a Benedicta eran idénticos a los que recibieran Fulvio y Emeterio. Sin duda, esto perturbaba a Octavio, definitivamente, cerraba el círculo que se había abierto cuando el ingreso de Fulvio y, por sobre todas las cosas, le daba sentido a una pregunta que solo Artemio podía responder. Octavio desistió de Benedicta y de la Oficiante del Comité de Bienvenida y fue en busca de Artemio. Lo encontró de pie, junto a una mesa vacía, lo acompañaban Braulio, Carmelo y un Escogido del que ignoraba su nombre. Los cuatro miraban un sitio específico de La Sala: el pasillo que llevaba a las habitaciones de las Escogidas. Faltaban pocos minutos para que Benedicta y la Oficiante del Comité de Bienvenida entraran al pasillo, eso sería el final de la ceremonia. La Sala volvería a la normalidad. Algunos Escogidos regresarían a sus cuartos, otros elegirían El Sitio de las Pantallas o El Espacio de la Reflexión. Claramente, Octavio esperaba ese momento. Vio que Braulio, Carmelo y el Escogido del que ignoraba el nombre se marchaban hacia un sitio imposible de determinar y vio que Artemio continuaba inmóvil, ajeno a todo. Fue hacia él, era el único que podía responder la pregunta que seguramente por tanto tiempo había guardado.

—¿Por qué nadie se alborotó cuando mi llegada? —preguntó.

—Porque usted es una Anomalía, Octavio, no lo olvide —dijo Artemio y, por un instante, su sonrisa no fue de complacencia sino de conmiseración.

Los cuatrillizos Malerba desistieron del almuerzo. Tampoco estuvo Fulvio, aunque nadie advirtió esa ausencia: asumían que Fulvio nunca había estado en El Lugar. Por consiguiente, la ausencia de los cuatrillizos Malerba era lo único digno de señalarse. Artemio explicó que uno de los cuatrillizos Malerba no se sentía del todo bien, pero no dijo cuál era la dolencia ni quién de ellos la padecía. Octavio advirtió que los otros tres tampoco habían venido.

—Si falta uno faltan todos —dijo Braulio.

—Los hermanos sean unidos —completó Carmelo.

Pastel de papas fue el plato de ese mediodía. Octavio celebró que no le hubiesen puesto salsa de tomate, dijo que el verdadero pastel de papas no llevaba tomates. Pese al énfasis que usó para decirlo, no hubo un solo juicio, ni a favor ni en contra, sobre inclusión o no de la salsa de tomate en el pastel de papas, todos continuaron comiendo, indiferentes a las palabras de Octavio. El silencio se rompió cuando llegaron los postres. Braulio hizo un comentario sobre el budín de pan que le habían servido, pero, tal como sucediera con Octavio, nadie se interesó por las palabras de Braulio, ni siquiera Carmelo que, ajeno a todo, continuó comiendo sus duraznos en almíbar. Se podrían tejer diferentes conjeturas acerca de la indiferencia o el desinterés de ese mediodía, pero no vale la pena demorarse en esa abstracción, pronto ingresarían los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido, irremediablemente, no quedaba otro camino que ponerse de pie. Braulio y Carmelo fueron los primeros en levantarse. Octavio parecía entretenido con unas migas de pan.

—¿Algún problema? —preguntó Artemio.

—Ninguno —dijo Octavio, sin abandonar las migas.

Artemio aprobó con un gesto, dijo algo que no se escuchó bien y se levantó. Todo indicaba que Octavio continuaría otro rato

sentado, distraído con las migas de pan, pero el batallón de limpieza ya ocupaba La Sala, por lo que las abandonó y a paso rápido se dirigió hacia el pasillo que lo llevaría a su cuarto. Esta es una mera suposición, porque se detuvo frente a El Sitio de las Pantallas. Octavio no era un adicto a ese espacio. Sin temor a equivocarnos, podríamos asegurar que las pocas veces que fue, lo hizo por curiosidad o tal vez por aburrimiento. ¿Por qué se había detenido en El Sitio de las Pantallas? La respuesta la podrían dar los Escogidos y las Escogidas que en ese momento deambulaban por ahí; en realidad, dos Escogidas en particular: la señora Adela y Benedicta. Ambas se veían envueltas en una discusión, sin duda, relacionada con la serie que estaban emitiendo. Por supuesto, a Octavio no le interesaba esa discusión, ni siquiera había visto la serie. Se detuvo, habrá que aceptarlo, porque la señora Adela y Benedicta estaban juntas, más allá de lo que discutieran. Claramente, Benedicta reemplazaba a la señorita Basilia. Su teoría de reposición por letras iba teniendo sentido: Emeterio había reemplazado a Eudoro, Benedicta reemplazaba a la señorita Basilia. Eudoro y la señorita Basilia habían sufrido finales trágicos, más allá de que la señorita Basilia luego fuese revindicada, ambos estuvieron sellados por la desdicha: la expulsión en un caso; la muerte, en el otro. ¿A Benedicta le tocaría jugar un papel parecido?

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

Definitivamente, la señora Adela y Benedicta discutían el final de la serie. Octavio se acercó en silencio, todo indicaba que iba con el propósito de sorprenderlas, vano propósito: ni la señora Adela ni Benedicta advirtieron su presencia, no le quedó otro remedio que hablar.

—¡Qué sorpresa! —dijo.

La frase no fue del todo acertada. En La Sala rara vez se producían sorpresas y habría que esforzarse mucho para considerar sorpresivo un encuentro casual. Por fortuna, la señora Adela no se detuvo en esos detalles.

—¡Octavio! —dijo—. Usted no suele venir.

—Soy poco amigo de las series policiales, pero hoy me animé.

—La que estamos viendo no es policial —dijo la señora Adela—, es romántica.

—¿Romántica? —repitió Octavio—. Entonces no hay ningún final para discutir, todas terminan bien.

—No todas —dijo Benedicta.

Octavio la miró como si recién en ese momento advirtiera que la señora Adela no estaba sola. A Benedicta no pareció importarle, insistió con que no todas las series románticas terminan bien.

—Berenice —dijo Octavio con una sonrisa que podría considerarse de bienvenida—, estuve en La Sala cuando su llegada, bella recepción.

—Benedicta, me llamo Benedicta.

La señora Adela se excusó por no haberlos presentado. Octavio dijo que no se preocupara. Benedicta no hizo ningún gesto. Ahí estaban los tres, en silencio, acaso pensando a quién le tocaba hablar y, sobre todo, qué tendría para decir. Octavio pudo preguntarle a Benedicta cuáles eran las series románticas que no terminaban bien, una pregunta adecuada que no implicaba ningún riesgo; sin embargo, hizo todo lo contrario.

—¿Usted reemplazará a la señorita Basilia? —preguntó.

—La señorita Basilia es irremplazable —dijo Benedicta—. La señora Adela me habló de su sacrificio, de su heroísmo.

La señora Adela, imperturbable, aprobó moviendo apenas la cabeza. Octavio también aprobó, en voz baja aceptó que la señorita Basilia era irremplazable y miró a Benedicta. En realidad, miró los ojos de Benedicta. Poseían un tinte ajeno a la gama de colores tradicionales, no existía una palabra capaz de descifrarlos, cualquiera que se pronunciase, malamente se acercaría a la verdad. Para comprenderlos, no quedaba otro camino que mirarlos. Octavio, en voz alta, repitió:

—La señorita Basilia es irremplazable.

Podría decirse que había vuelto la paz. La señora Adela hizo un ademán de despedida, Benedicta repitió el ademán, estaban listas para irse, pero Octavio volvió a hablar.

—Cuando pregunté si iba a reemplazar a la señorita Basilia, me refería a la primera letra de los nombres, su coincidencia —dijo—: se va Basilia ingresa Benedicta, se va Eudoro ingresa Emeterio. ¿Usted cree que es pura casualidad?

—Casualidad o no —dijo Benedicta—, es lo que es.

Si bien la respuesta de Benedicta fue terminante, Octavio no se dio por vencido, expuso a grandes rasgos su teoría del alfabeto y aseguró que un simple chequeo entre los Escogidos y las Escogidas demostraría que esa supuesta coincidencia se repetía en todos los casos. La señora Adela dijo que no había modo de realizar ese chequeo. Esta conclusión tuvo que haber alegrado a Octavio, la imposibilidad de producir el chequeo de ninguna manera invalidaba su conjetura. A buen entendedor, pocas palabras.

—¿Y físicamente son parecidos? —preguntó Benedicta.

Habría que reconocer que Octavio nunca había considerado ese detalle.

—No necesariamente —dijo—, sus ojos y los de la señorita Basilia no se parecen en nada.

—¿Usted recuerda el color de los ojos de la señorita Basilia? —preguntó la señora Adela.

—No, no los recuerdo —dijo—, pero no impresionaban como impresionan los de Benedicta.

Benedicta sonrió.

—Ojitos de cielo —dijo.

Se produjo un silencio, como si esa revelación, que no decía nada, lo dijera todo. La señora Adela hizo un gesto de saludo y se fue. Benedicta la siguió.

—Habría que ver de qué cielo se trata —dijo Octavio—. No es lo mismo el cielo de Finlandia que el cielo de Sicilia.

—Todos los cielos el cielo —dijo Benedicta, sin detener su marcha.

Octavio quedó literalmente con la palabra en la boca: no pudo agregar nada porque la señora Adela y Benedicta ya se habían mezclado entre los Escogidos y las Escogidas que deambulaban por

La Sala. Estuvo un rato, de pie y solo en El Sitio de las Pantallas, no pudo ver que Célica iba hacia él, pero escuchó su voz.

—Lo noto preocupado —dijo.

No era la primera vez que Célica pronunciaba esa frase, pero era la primera vez que la decía a espaldas de Octavio. ¿Podía advertir la preocupación de Octavio sin necesidad de mirarle la cara? ¿Contaba con poderes ocultos? Honestamente, Octavio no tenía respuestas para esas preguntas, por lo que se limitó a girar la cabeza. Célica continuaba ahí, con los labios apenas entreabiertos, en una actitud voluptuosa, definitivamente ajena a El Lugar. Octavio miró por un instante esos labios, imposible saber qué sintió mientras los miraba, luego aprobó con un simple movimiento de cabeza. En otras ocasiones, poco importa cuántas fueron, había negado esa preocupación que señalaba Célica. Ahora la reconocía.

—Algo me preocupa —dijo.

Un gesto, acaso de alegría, apareció en la cara de Célica. ¿Le alegraba la preocupación de Octavio o haberla descubierto? En un tono de voz adecuado a la pregunta, Célica quiso saber qué le preocupaba.

—Las letras —dijo Octavio—, el orden de las letras.

El gesto de alegría de Célica se transformó en un gesto de incompreensión.

—¿El orden de las letras? ¿Qué orden, de qué letras? —preguntó.

Octavio prometió explicárselo y señaló la pared que daba origen a la puerta de El Bar. La invitación estaba hecha y Célica la aceptó de inmediato. Ambos caminaron hacia allí, Octavio apoyó la palma de su mano derecha en la pared y la puerta apareció de inmediato. Adentro, nada había cambiado. La mesa de billar seguía esperando a sus eventuales jugadores. La mujer pelirroja, con un vestido de casi el color de su pelo, y los dos hombres de traje azul y sombrero gris no habían abandonado sus sitios, tampoco el barman de chaqueta y birrete blancos. Continuaba muda la Victrola o la Fonola, o como sea que se llamase ese aparato. En El Salón Familias no había nadie, hacia allí fueron.

No ocuparon la misma mesa de la última vez, pero se sentaron frente a frente, como aquella vez. Célica dijo algo en voz muy baja, tal vez simplemente le pidió a Octavio que hablara. Lo cierto es que Octavio comenzó a exponer su teoría sobre los Escogidos y las Escogidas que abandonaban El Lugar. Eligió palabras precisas que no fueran objetos de inútiles discusiones. “Abandonaban”, por ejemplo, incluía por igual muerte y expulsión, informaba del hecho de irse sin especificar la causa de la partida. Es posible que a Célica no le importara ese detalle, pero continuó atenta a las palabras de Octavio. Palabras, hay que reconocerlo, que se apoyaban en suposiciones de dudosa evidencia. Algo que Octavio parecía no tener en cuenta. Con idéntica certeza a la de Colón frente a los sabios de Salamanca, anunció que poseía la cifra exacta de los Escogidos y las Escogidas que habitaban El Lugar.

—Cincuenta y cuatro en total —dijo.

—Veintisiete son los Escogidos y veintisiete las Escogidas —dijo Celica.

Octavio aprobó sin disimular la alegría. Célica siguió hablando.

—Según su teoría —dijo—, cuando me vaya, podría reemplazarme Clementina.

Octavio negó, moviendo una y otra vez la cabeza. En su cara no quedaba ni una pizca de alegría.

—Eso no puede ser —dijo—. Eso es imposible.

—¿Por qué? —preguntó Célica—. ¿No quiere recuperarla?

Octavio volvió a decir que no podía ser, que era imposible. Lo repitió como un muñeco parlante al que se le ha roto el mecanismo y solo puede reproducir esas únicas palabras, una y otra vez, hasta que las pilas se gasten.

Artemio dio la noticia poco antes de que sirvieran los postres. No vale la pena hablar de ese almuerzo porque realmente no hay nada para decir. Sin embargo, a la hora de los dulces las cosas cambiaron. Artemio anunció que esa misma noche, poco después de la cena, habría una Tertulia. Nadie preguntó dónde iba a ser. ¿Para qué preguntar si todos sabían que siempre era en lo de Requejo? Decir “En lo de Requejo”, de ninguna manera supone aludir a un sitio exclusivo, un recinto del cual Requejo sería el único dueño. En El Lugar no existía la propiedad. Tanto los Escogidos como las Escogidas solo poseían los bienes que habían traído de Afuera. Por supuesto, se trataba de objetos pequeños, de escaso peso. Abundaban los collares, los anillos, las pulseras, incluso los relojes, aunque no tuviesen ninguna utilidad. Había mazos de naipes, fotos de parientes, de amigos o de novias, como las que trajera Octavio. Aunque La Administración era libre de efectuar controles de rutina, no ejercía ningún tipo de veto sobre la pieza ingresada, incluso se hablaba de un Escogido que había traído la última factura del gas y la última de la luz, aunque esto bien podría ser una falsa noticia, ya que ni siquiera se conocía el nombre de ese Escogido; incluso algunos afirmaban que no se trataba de un Escogido sino de una Escogida.

Haber escrito “En lo de Requejo” también puede llevar a equívocos; por ejemplo, suponer que Requejo, en calidad de anfitrión, recibía a los invitados en su cuarto. Hay que recordar que nadie, pero absolutamente nadie, podía entrar a la pieza de un Escogido o de una Escogida. En algún momento, es cierto, ingresaban los responsables de depositar la ropa limpia sobre la cama y, en otro momento, también es cierto, entraban los encargados de la higiene y desinfección del ambiente. Por supuesto, esas tareas se producían cuando los Escogidos y las Escogidas no estaban en sus habitaciones.

Como se habrá notado, los encargados de traer la ropa limpia y los responsables de la desinfección y del aseo carecían de nombre y de sexo. Tampoco tenían nombre, aunque sí sexo, quienes servían el desayuno, el almuerzo, la merienda y la cena, y los que, invariablemente, aparecían al final del desayuno, del almuerzo, de la merienda y de la cena. Los encargados de traer la ropa limpia y los responsables de la desinfección y el aseo, así como los mozos y el ejército de limpieza, únicamente eran laboriosos actores de reparto, sin ninguna incidencia en el relato. Requejo, por el contrario, era un personaje importante: había logrado que se lo nombrase por su apellido y había conseguido que tanto su sillón como el sitio que lo rodeaba fuese considerado un espacio de su propiedad, aunque el concepto de propiedad no existiera en El Lugar.

—¿Se sabe el tema de La Tertulia? —preguntó el mayor de los cuatrillizos Malerba.

—La Inteligencia Artificial —dijo Artemio.

El gesto de Octavio despejó cualquier duda: la Inteligencia Artificial le interesaba poco o nada, sin embargo, preguntó quién lo había propuesto.

—Benedicta —dijo Artemio.

Aquí se produjo un silencio, como si cada uno de los que ocupaban la mesa estuviese buscando una respuesta. Braulio fue el primero en hablar. Dijo que le parecía extraño que una Escogida recién incorporada propusiera temas para discutir. Carmelo dijo que hubo casos similares, hizo una pausa muy corta y comenzó a enumerarlos. Artemio detuvo el recuento y afirmó que la Inteligencia Artificial podría ser un asunto interesante, más allá de quien lo hubiera propuesto. Todo indicaba que las palabras de Artemio significaban el final de la discrepancia, pero no fue así, porque el menor de los cuatrillizos Malerba, que hasta ese momento parecía ajeno a todo, preguntó por qué a Benedicta se le había ocurrido hablar de la Inteligencia Artificial. Artemio y Octavio no dijeron una sola palabra, en cambio, el mayor de los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo plantearon diferentes respuestas, por supuesto,

cada uno habrá considerado que la suya era la única acertada. Como suele decirse, ninguna dio en el clavo, por lo que no vale la pena transcribirlas.

—Señores —dijo Artemio—, La Tertulia será esta noche, después de la cena, es conveniente que descansen.

En esto estuvieron todos de acuerdo. Cinco minutos después, solo Artemio y Octavio quedaron en la mesa.

—No creo que vaya —dijo Octavio.

—¿Por qué? —preguntó Artemio.

—Es un tema que no me interesa —dijo Octavio.

Artemio hizo un gesto que podría ser de consentimiento.

—Como usted prefiera —dijo, se puso de pie y caminó hacia La Administración.

Octavio estuvo otro rato en la mesa. En realidad, fue un rato muy corto, el ingreso de los hombres y las mujeres con uniformes de color gris indefinido le obligó a levantarse y marchar rápido a su cuarto. Sobre la cama encontró la ropa limpia. A simple vista, era el único cambio, si es que un par de medias, un calzoncillo y una camisa prolijamente planchada pudieran considerarse un auténtico cambio. Al menos no parecía serlo para Octavio. Puso cada cosa en su sitio, se dejó caer sobre la cama y miró el techo. Es inútil arriesgar qué pensó durante los pocos minutos que estuvo con los ojos abiertos. Finalmente, los cerró. ¿Se quedó dormido? Es posible, pero en todo caso fue un sueño corto, porque media hora después estaba sentado en el borde de la cama, mirando indiferente la cruz cristiana y la estrella de David, que continuaban colgadas en la pared. Frente a tanta apatía, resultó extraño que de pronto se pusiera de pie, como si hubiese recibido una orden imposible de desobedecer. Fue hasta el placard, desató el paquete de las fotos, tomó la de Jordana y la colocó en el bolsillo superior de su camisa. ¿Por qué eligió la de Jordana y no, pongamos por caso, la de Raquel, la de Luisa o la de Sonia? Podríamos elaborar diferentes conjeturas, pero no vale la pena, solo Octavio conocía el verdadero motivo de esa elección. Lo único cierto es que cerró el paquete de papel celofán,

lo sujetó con el cordel azul, hizo el nudo cirujano, lo colocó debajo de la Biblia y regresó a La Sala con la foto de Jordana en el bolsillo superior de su camisa.

Aunque faltaba un buen rato para la merienda, los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo ya ocupaban la mesa. Los cuatrillizos Malerba discutían exaltados, imposible saber acerca de qué porque lo hacían en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. Braulio y Carmelo también discutían, pero se callaron ni bien Octavio llegó a la mesa. Por el contrario, los cuatrillizos Malerba continuaron con la pelea, ajenos a todo.

—¿Y Artemio? —preguntó Octavio.

—En La Administración —dijo Braulio.

—O en su cuarto —dijo Carmelo.

—Lo vi ir a La Administración —dijo Braulio.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

El silencio de Carmelo fue la prueba definitiva de que Artemio estaba en La Administración. Los cuatrillizos Malerba habían dejado de discutir. Por lo que, hasta la llegada del mozo, todo fue silencio. Braulio pidió té y medialunas de manteca, Carmelo también pidió té, pero con medialunas de grasa. Octavio prefirió café con leche y tostadas. Los cuatrillizos Malerba eligieron mate cocido con bizcochos salados. Un rato después el mozo distribuyó las tazas y los platos e informó que no quedaban medialunas de manteca. A Braulio no pareció preocuparle esa ausencia, con un gesto imperceptible aceptó las de grasa. Los cuatrillizos Malerba habían retomado la discusión, aunque ahora sin tanta vehemencia. Braulio, Carmelo y Octavio cruzaron un par de palabras, no más de eso. Había un clima raro, como si todos quisieran acabar pronto con esa merienda. ¿Les preocupaba el tema que horas más tarde tratarían en La Tertulia? Contestar esta pregunta no tiene el menor sentido, sería una respuesta armada a partir de meras conjeturas. Los cuatrillizos Malerba fueron los primeros en marcharse, en sus platos continuaban los bizcochos salados, solo en tres o cuatro se veía la marca de alguna mordida, los otros estaban tal como el

mozo los había traído. Braulio y Carmelo se levantaron un poco después. Braulio había comido la medialuna de grasa, Carmelo no. Octavio quedó solo en la mesa, masticando con desgano un último trozo de tostada. Por fin se puso de pie y miró La Sala semiva-cía. Los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo iban rumbo a sus cuartos. Claramente, Octavio pensaba imitarlos, pero no pudo ser: en mitad del camino se cruzó con Célica. Podría decirse que Célica, cruzarse con ella, no era razón suficiente para detener la marcha de nadie. Sin embargo, Octavio detuvo su marcha. Célica mostró un gesto de sorpresa, como si recién en ese instante advirtiera la presencia de Octavio.

—¡Qué casualidad! —dijo—. Justamente estaba pensando en usted.

En El Lugar no se admitían casualidades. El capítulo cinco del Manual de Introducción 2, bajo el título El Atributo del Orden, se refería a la casualidad y al azar, puntualizaba acerca del nefasto vínculo entre una y otra fuerza y se detenía espacialmente en los desmanes del caos. Habrá que suponer que Octavio no recordaba ese capítulo, porque con un gesto donde la arrogancia se confundía con el asombro, preguntó:

—¿Pensaba en mí?

—¿Por qué no? —susurró Célica, con los labios entreabiertos.

Los labios de Célica eran idénticos a los de Clementina, voluptuosos y sensuales como los de Clementina. Octavio los había besado sin descanso y los había sentido acariciando su cuerpo. Placer y felicidad que no coincidían con esa mueca amarga esbozada en su cara. ¿La mueca era porque había dejado de besar los labios de Clementina o porque jamás besaría los labios de Célica, idénticos a lo de Clementina?

—Aquí no estamos para ser pensados —dijo Octavio.

—Acerca de eso se hablará en La Tertulia de hoy —dijo Célica y se fue sin esperar respuesta.

Octavio hizo un gesto de indiferencia, que no sirvió de nada porque Célica ya estaba de espalda y lejos de él. El batallón de

limpieza había ingresado a La Sala, para Octavio no quedaba otro camino que volver a su cuarto. Abrió la puerta, seguramente con la certeza de que no iba a encontrar nada nuevo. Así fue, por lo que poco hay para contar: colocó la foto de Jordana nuevamente en el paquete, estuvo un buen rato acostado sobre la cama, aunque no se puede decir que haya dormido, se dio una ducha, raro en él a esa hora, y llegó puntualmente a la cena. Artemio, Braulio y Carmelo se veían envueltos en una discusión que a Octavio pareció no importarle, tampoco a los cuatrillizos Malerba que comían polenta, o algo parecido, en absoluto silencio. Después de los postres, como si hubieran recibido una orden, vaya a saberse de dónde, todos se pusieron de pie al mismo tiempo y, sin decir una sola palabra, se dirigieron a La Tertulia de Requejo. Octavio los seguía un par de pasos atrás. Artemio redujo la marcha.

—¿Ahora le interesa la Inteligencia Artificial? —preguntó, cuando Octavio estuvo a su lado.

—Cambié de idea —reconoció Octavio.

Requejo ocupaba el sillón, tenía la cabeza en alto y los ojos cerrados, una actitud que invariablemente repetía en La Tertulia. La señora Adela, Benedicta y Célica habían elegido el mismo sitio y tres sillas, una pegada a la otra. Benedicta y Célica hablaban de algo que parecía importarles, lo hacían con los gestos típicos de dos viejas amigas, aunque de ningún modo podían ser viejas amigas: Benedicta solo hacía una semana que había ingresado a El Lugar y no había un solo dato de que Afuera hubieran sido amigas. Una vez más, las apariencias engañaban. La señora Adela no parecía interesada en esa charla, con la mirada puesta en un sitio impreciso pensaba en algo, vaya a saberse en qué. Ninguna de las tres advirtió la llegada de Artemio, de Braulio, de Carmelo y de Octavio; Requejo sí lo notó, porque abrió los ojos de inmediato. Los cuatrillizos Malerba aparecieron pocos minutos después. Aparentemente, nadie más asistiría a esa Tertulia.

—¿Qué le preocupa de la Inteligencia Artificial? —preguntó Requejo.

La pregunta iba dirigida a Benedicta, a todos les habrá sorprendido el modo intempestivo con que Requejo entró en tema. Benedicta no tenía por qué sorprenderse, era su primera experiencia en La Tertulia. Dijo que le preocupaban los algoritmos. Los cuatrillizos Malerba se habían ubicado en el otro extremo del semicírculo. Desde allí se escuchó la voz del menor de los cuatrillizos Malerba.

—¿Qué son los algoritmos? —preguntó.

Requejo iba a explicarlo, pero habrá decidido que Artemio podría hacerlo mejor, con un ligero movimiento de cabeza le pidió que se ocupara. En poco más de cinco minutos, Artemio explicó qué eran los algoritmos y de qué modo se utilizaban. El menor de los cuatrillizos Malerba agradeció la exposición. Tal vez con el único propósito de fundamentarla, Requejo citó uno de sus cuentos.

—Sucedre en un planeta habitado por robots —dijo—, pura fantasía.

Ese detalle no pareció tranquilizar a Benedicta. Dijo que al mundo lo habíamos construido a partir de esas ficciones, el primer paso fue pintar las paredes de las cavernas, el penúltimo, los códigos digitales.

—¿Y el último? —preguntó Célica.

—Los algoritmos —dijo Benedicta.

Parecía una escena previamente ensayada.

—Y la Inteligencia Artificial superará a la Inteligencia Humana —concluyó Célica.

Todo indicaba que, a partir de esa sentencia, ya nada quedaba por decir. Tal vez Requejo pronunciaba algunas palabras para cierre y fin de La Tertulia, cada cual regresaba a su cuarto. No fue así, porque en lugar de hablar Requejo, habló Braulio.

—La Inteligencia Artificial solo calcula y procesa datos —dijo y, sin ocultar cierto acento burlón, preguntó—: ¿Un artefacto que acumula algoritmos superará a nuestro intelecto? “Solo tengo información, ni opiniones ni sentimientos”, como un loro grotesco repite ese artefacto.

—Una astuta manera de engañarnos —dijo Carmelo—, de hacernos creer que no hay peligro, que solo hace eso.

La señora Adela, que hasta ese momento parecía ajena a todo, levantó la mano derecha para pedir la palabra.

—No hay peligro —dijo—, la Inteligencia Artificial no piensa, por consiguiente, no existe.

Braulio y Carmelo simularon aplausos de aprobación. El menor de los cuatrillizos Malerba hizo la pregunta. En un tono, que iba de la ingenuidad a la ignorancia, preguntó si los algoritmos se alimentaban de lo que cada uno le brindaba. Requejo, Benedicta y Célica lo confirmaron con un gesto. El menor de los cuatrillizos Malerba se puso de pie y abrió los brazos en un ademán que no solo abarcaba a los que participaban de La Tertulia, sino también al resto de los Escogidos y Escogidas que deambulaban por La Sala, después, en tono monocorde, dijo:

—Durante el tiempo de aprendizaje hablamos de nuestros gustos y de nuestros disgustos, contamos nuestras alegrías y confesamos nuestros dolores, dimos todo.

—Todo —fue la respuesta mansa de cada uno de los participantes.

El menor de los cuatrillizos Malerba se volvió a sentar, agachó la cabeza y preguntó, resignado:

—¿Soñaremos con ovejas eléctricas?

Desde hacía un buen rato, podría arriesgarse que durante algo más de media hora, Octavio ocupaba uno de los sillones de El Espacio de la Reflexión, poco importa saber sobre qué reflexionaba. Tenía los ojos abiertos, por lo que se supone que se trataba de un asunto intrascendente; las cuestiones trascendentes suelen plantearse con los ojos cerrados. Por momentos giraba la cabeza de izquierda a derecha, seguramente buscando a alguien en La Sala. Lo habrá encontrado, porque de pronto detuvo su giro y puso su atención en la señora Adela. Estaba a muchos metros de distancia y no estaba sola, la acompañaba una Escogida que no parecía ser Benedicta. La señora Adela y la Escogida, que definitivamente no era Benedicta, hablaban sobre algo que les interesaba. Esto solo es un supuesto, porque desde El Espacio de la Reflexión resultaba imposible distinguir los gestos de la cara de la señora Adela o los de la Escogida que la acompañaba. Octavio se puso de pie, todo indicaba que pensaba ir al encuentro de las dos mujeres. Sin embargo, fue hacia donde estaba Célica que, suponemos, habrá descubierto en ese momento.

—¿Sabe quién es? —preguntó.

—¿Quién? —quiso saber Célica.

—La Escogida que está con la señora Adela.

Célica no disimuló la sorpresa.

—¡Ay, Octavio! —dijo—. Es Benedicta.

Octavio negó con categóricos movimientos de cabeza y fue al encuentro de la señora Adela. Célica lo acompañó.

Ni la señora Adela ni la Escogida que estaba con ella se sorprendieron por esa llegada intempestiva. Octavio las saludó con un gesto que intentó ser amable y se dirigió a la Escogida que no conocía.

—¿Llegó en estos días? —preguntó—. No recuerdo la ceremonia de bienvenida.

Célica, la señora Adela y la Escogida rieron, cada una a su manera. No tiene importancia describir esas maneras.

—Muy gracioso, no le conocía esa condición —dijo la señora Adela—. Ella es Benedicta y usted estuvo en la ceremonia de bienvenida.

—Participó en la última Tertulia —completó Célica.

Esta Benedicta poco y nada tenía que ver con la otra. Era algo más baja, su figura no poseía encanto y sus ojos, negros, carecían de fuerza.

—¿Y sus ojitos de cielo? —preguntó Octavio, con la seguridad de quien juega la carta de triunfo.

—Tampoco conocía sus dotes como poeta —dijo la señora Adela.

—Mis ojos siempre fueron negros —dijo Benedicta.

La voz, el timbre de voz, parecía el de Benedicta.

—Negros, sí, negros —aceptó Octavio—. Me habré confundido.

—Suele pasar —dijo la señora Adela.

—Sí, suele pasar —repitió Octavio e inclinó la cabeza en un claro ademán de despedida.

La señora Adela y Benedicta le brindaron una sonrisa, que más que amable parecía benévola, y continuaron con su charla. Octavio se marchó sin mirar atrás, tal vez por eso no advirtió que Célica lo seguía. Un rato después la escuchó.

—Lo noto preocupado —dijo.

Octavio se detuvo y señaló hacia donde estaba la señora Adela.

—Esa Escogida no era Benedicta —dijo.

Célica hizo un gesto que bien podría leerse como de aprobación y repitió que lo notaba preocupado.

—No estoy preocupado —repitió Octavio—, solo que esa Escogida no es Benedicta.

—Es Benedicta —insistió Célica.

—¿Por qué la cambiaron? —preguntó Octavio, más que una pregunta era una súplica.

Por un buen rato, Célica intentó explicarle que no habían cambiado a Benedicta, que esa Escogida era Benedicta, que siempre lo había sido. No fue convincente, Octavio persistía en su negativa. Célica sonrió, una sonrisa inquietante, voluptuosa, después movió levemente el pañuelo con el que cubría su cuello.

—¿Qué intenta tapar con ese pañuelo? —preguntó Octavio.

El movimiento de piezas había sido perfecto.

—Una marca —dijo Célica—, cubre una marca.

Efectivamente, se trataba de un moretón, alguien había mordido el cuello de Célica. Ese alguien estaba quebrando todas las normas de El Lugar y Célica era parte de ese quiebre, lo admitía.

—No piense tonterías —dijo—, hay muchas maneras de provocar esta marca.

Octavio lo admitió, de la misma manera que años antes, Afuera, había admitido las palabras de Clementina para explicar aquella marca en su cuello.

—Faltan dos horas para la cena —dijo Célica—, lo invito a un café.

Sin duda, a Octavio le asombró esa propuesta, Célica no acostumbraba a realizar invitaciones. Caminaron hacia la pared en la que se originaba la puerta de El Bar. Octavio apoyó la palma de su mano derecha en el sitio adecuado. La puerta apareció de inmediato, pasaron junto al billar solitario, cruzaron la barra en la que persistían los dos hombres de traje azul y sombrero gris y la mujer pelirroja, con un vestido de casi el color de su pelo, y, finalmente, ingresaron en El Salón Familias. Pese a que no había nadie, Octavio buscó una mesa apartada, esperó a que Célica se sentara y luego se sentó frente a ella.

—¿Así se sentaba con Clementina? —preguntó Célica.

—Me sentaba a su lado —dijo Octavio—, para poder leer lo que me mostraba.

—Y poder besarla —completó Célica.

Octavio bajó la voz y como quien confiesa un secreto, dijo:

—Nos queríamos, me quería.

—La quería —confirmó Célica—, a pesar de que le mintiera con lo de la marca en el cuello.

—Usted también me mintió —dijo Octavio.

—Pero a mí no me quiere.

Querer era un sentimiento vedado en El Lugar. Claramente lo estipulaban los Manuales de Iniciación, se reafirmaba en los volúmenes de Estudios Superiores y Los Mediadores lo repetían sin descanso.

—Pero quiero besarla, necesito besarla.

Octavio más que decirlo lo murmuró. Iba a ponerse de pie, pero un gesto de Célica fue suficiente.

—Usted sabe que es imposible —dijo.

—Solo sé que no sé nada —dijo Octavio.

—Ahora solo falta la cicuta —rio Célica.

—Pero nada le debo a Esculapio —rio Octavio.

—Ni a mí —dijo Célica.

La risa, que no estaba prohibida en El Lugar, fue suficiente para que todo volviese a la normalidad: Célica y Octavio otra vez fueron una Escogida y un Escogido que charlaban despreocupados en una mesa de El Salón Familias. ¿Sobre qué hablaban? Digamos que sobre asuntos sin importancia. En algún momento, Octavio volvió a mencionar a Benedicta, insistió con que esa Escogida que estaba con la señora Adela no era Benedicta. Célica sonrió y preguntó si lo hacía para darle celos. Octavio también sonrió y le recordó que en El Lugar los celos estaban prohibidos. Solo la amistad, dijo Célica. Únicamente la amistad, confirmó Octavio, y según los parámetros de amistad admitidos por La Administración. Este diálogo sucedió en un momento, que duró menos de lo que se tarda en contarlo. Si desde otra mesa alguien los hubiera visto, habría afirmado que se trataba de una Escogida y un Escogido enredados en una charla divertida. Efectivamente, ni Célica ni Octavio ocultaban la risa cómplice de ambos, una complicidad que parecía ir más allá de esa risa. Hablaron otro rato, finalmente se pusieron de pie y caminaron hacia la salida. En La Sala se advertía el alboroto previo a la cena.

Célica dijo que iba a ir a su cuarto, Octavio que iría directamente a la mesa. Cuando estaban a punto de separarse, preguntó:

—¿Por qué cambiaron a Benedicta?

Célica se detuvo.

—Son las leyes del juego —dijo—, hay que aceptarlas y respetarlas.

Lo dijo sin perder la sonrisa, después retomó el camino, rumbo a su cuarto.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

En la mesa solo estaban los cuatrillizos Malerba. Artemio llegó casi al mismo tiempo que Octavio. Braulio y Carmelo aparecieron algo más tarde. Venían enfrascados en una discusión acerca del Eclesiastés. Braulio dudaba de que Salomón hubiera sido su autor y Carmelo le pedía pruebas que fundamentaran esa duda. Ocuparon sus sillas sin abandonar la discusión, parecían ajenos al resto de la mesa. Vanidad de vanidades, dijo Artemio y logró que Braulio y Carmelo se callaran. Solo fue por unos minutos, porque antes de que el mozo viniera por los pedidos, Braulio volvió a hablar, aunque no se dirigió a Carmelo sino a Octavio.

—Lo que es, ya ha sido —dijo—, y lo que será, ya fue.

—Hay un tiempo para todo —agregó Carmelo.

Octavio se disponía a hablar, seguramente para preguntarles por qué le decían lo que acababa de oír, pero Artemio se anticipó. Pidió que tuviesen la fiesta en paz. Braulio preguntó qué fiesta, pero antes de que Artemio le contestara, Carmelo, con las manos abiertas en un gesto que abarcaba toda la mesa, dijo que la comida era una fiesta, que se celebra con pan y vino. Cuando todos parecían estar de acuerdo, se escuchó a uno de los cuatrillizos Malerba, no importa cuál, que claramente hablaba por los cuatro.

—Nosotros comeremos sin pan —dijo.

Mágicamente, se acabaron las tensiones. Cada cual eligió su plato y la comida transcurrió sin nada digno de contarse, aunque, no podemos negarlo, se advertía cierto clima confuso, difícil de explicar. A los postres, Braulio miró otra vez a Octavio y otra vez le dijo:

—Lo que es, ya ha sido, y lo que será, ya fue.

Carmelo también miró a Octavio y agregó:

—Hay un tiempo para todo.

En esta oportunidad, Artemio no pidió nada, se levantó de la mesa sin pronunciar una sola palabra. Los cuatrillizos Malerba también se marcharon en silencio. Braulio y Carmelo lo hicieron envueltos en una discusión sobre el mal uso de ciertos adverbios en lengua española. Octavio quedó solo en la mesa. Más solo que nunca, podríamos agregar sin temor a equivocarnos.

Hasta el momento de la siesta no sucedió nada distinto a los días anteriores. Octavio se despertó a la misma hora de siempre y repitió lo que hacía desde siempre. En principio, ir hasta el cuarto de baño y por un rato mirar su cara en el espejo. Solía repetir que los espejos siempre engañan, pero no hay modo de saber si personalmente aceptaba o no esa mentira. Luego era el momento de la ducha, corta y en riguroso silencio. Afuera jamás había cantado bajo la lluvia, en El Lugar mantenía esa conducta. Por último, un poco de desodorante en las axilas y algunas gotas de perfume en el cuello y sobre el pecho. Seguramente, en ese momento evocaba el aroma de esa colonia inglesa que continuaba buscando. Otra vez en su cuarto, se vestía sin apuro, verificaba que todo estuviese en orden y por fin cruzaba el pasillo rumbo a La Sala. Nunca había tenido el privilegio de abrir la mesa del desayuno, alguien siempre se le adelantaba, algunas veces los cuatrillizos Malerba, otras Artemio, otras Braulio y Carmelo. En esta ocasión ya habían llegado Artemio y los cuatrillizos Malerba. Artemio tenía la vista fija en algún punto de La Sala, los cuatrillizos Malerba charlaban en voz baja, en esa lengua extraña, tal vez eslava o acaso ucraniana, que solo ellos entendían. Octavio ocupó su sitio minutos antes de que aparecieran Braulio y Carmelo. Poco después vino el mozo, recogió el pedido de cada uno y un rato más tarde regresó empujando un carrito con tazas de té y de café con leche, de tostadas con manteca y dulce y de medialunas de manteca y grasa. Así transcurrió el desayuno, sin ningún detalle para contar.

Antes de que ingresara el batallón de limpieza, los cuatrillizos Malerba, Braulio y Carmelo se dirigieron a sus respectivos cuartos, Artemio supuestamente fue a La Administración, al menos se encaminó hacia allí. Octavio quedó solo, tal vez pensando qué hacer,

la incertidumbre de su cara de pronto se transformó en sorpresa: la señora Adela estaba en El Sitio de las Pantallas, pero Benedicta no la acompañaba. Octavio caminó rápido hacia allí. Aunque no era hora de transmisión, la señora Adela ocupaba una de las butacas, tenía los ojos cerrados, pero no dormía, bastó con que Octavio carraspeará para que los abriera.

—¿Y Benedicta? —preguntó Octavio.

—¿Benedicta? —repitió la señora Adela, como si fuera la primera vez que escuchaba ese nombre.

En la cara de Octavio se confundía la sorpresa con la incompreensión: dos Escogidas aparecieron de pronto, lo ignoraron por completo y en un movimiento perfectamente sincronizado se ubicaron a la izquierda y a la derecha de la señora Adela. Esa repentina visita no pareció sorprenderla, porque se puso de pie, saludó a Octavio con un ademán amable y se marchó junto a las dos Escogidas. Octavio decidió volver al cuarto. A lo largo del camino miró hacia uno y otro lado, tal vez con el vano propósito de encontrar a Benedicta.

En las siguientes dos horas no sucedió nada que merezca ser contado. Octavio volvió a La Sala cuando aún faltaba mucho para el almuerzo. Anduvo sin rumbo fijo de un sitio a otro. Claramente, buscaba a Benedicta. Habría que preguntarse por qué y para qué. Tampoco estaría de más preguntarse a qué Benedicta buscaba, ¿la de ojos negros o la de ojitos de cielo? En rigor de verdad, no encontró a ninguna de las dos. Desde lejos observó la mesa que regularmente ocupaban la señora Adela y la señorita Basilia. Ahí estaba la señora Adela, con el aplomo y el recato que la caracterizaban. Por supuesto, no estaba la señorita Basilia, pero tampoco estaba Benedicta, quien orgánicamente debería reemplazarla. Tal vez con la esperanza de que llegara de un momento a otro, continuó vigilando la mesa. Fueron vanas esperanzas, Benedicta no apareció.

Tampoco en esta ocasión Octavio fue el primero. Braulio y Carmelo se le habían adelantado y discutían acerca de la diferencia entre un huevo duro y un huevo poché. Octavio mostró interés por esa disputa, aunque, sin temor a equivocarnos, podríamos

asegurar que lo hacía para que advirtieran su presencia. Sin duda, la advirtieron, porque Braulio y Carmelo se callaron. Octavio aprovechó para hacerles una pregunta que nada tenía que ver con los huevos poché.

—¿Vieron a Benedicta? —preguntó.

—¿Benedicta? —repitió Braulio.

—¿Qué Benedicta? —quiso saber Carmelo.

Sin esperar respuesta, ambos continuaron con el asunto de los huevos duros y los huevos poché. Los cuatrillizos Malerba llegaron en ese momento. Artemio apareció un rato después. Casi de inmediato llegó el mozo, el menú que propuso fue poco atractivo: arroz con menudos, fideos con manteca y tortilla de acelga. Artemio eligió fideos con manteca, Braulio y Carmelo tortilla de acelga, los cuatrillizos Malerba prefirieron arroz con menudos. Octavio escogió fideos con manteca, no le seducía la tortilla de acelga y sentía especial repulsión por los menudos, ya fuesen de pollo, de pavo o de pato. Casi no se habló durante el almuerzo, Braulio y Carmelo habían zanjado sus diferencias en torno a los huevos duros y los huevos poché. Artemio le hizo una pregunta a Braulio, que contestó Carmelo, aunque no fue la respuesta adecuada. Los cuatrillizos Malerba estuvieron todo el tiempo en silencio. Octavio también eligió el silencio, aunque no perdió el apetito: en su plato no quedó un solo fideo. Fue el primero en levantarse, anunció que volvería a su cuarto y hacia allí fue. En mitad del camino se cruzó con Célica. Ambos se detuvieron. Célica le brindó una sonrisa, decididamente cálida. Octavio habrá supuesto que era el momento adecuado para la pregunta.

—¿Dónde está Benedicta? —preguntó.

—Benedicta no está —dijo Célica y sin borrar su sonrisa, agregó—, solo fue por un momento y ese momento pasó.

Octavio habrá comprendido que sería imposible agregar nada, dejó que Célica continuara su marcha, él se dirigió a su cuarto, sin saber que ahí le esperaba lo peor. Entró y fue directo al placard, el paquete con las fotos continuaba debajo de la Biblia, lo desató

y buscó la de Clementina. No estaba. En un acto, que bien podríamos tildar de desesperado, tiró todas las fotos sobre la cama. Fue inútil, Clementina continuaba ausente. Ahora, que seguramente la necesitaba como nunca, volvía a irse. Guardó las fotos, cerró el paquete con la prolijidad de siempre y lo colocó debajo de la Biblia, después se tiró en la cama y ahí estuvo hasta el momento de la cena, acaso pensando que Artemio tendría la respuesta.

En La Sala había menos alboroto que el habitual, pero esto solo es una suposición. Por otra parte, podríamos decir que a Octavio poco le interesaba el alboroto de La Sala. Iba derecho a encontrar a Artemio, por suerte, lo encontró y, para mayor suerte, estaba solo en la mesa.

—Me han quitado la foto de Clementina —dijo Octavio, aún de pie.

Artemio no pareció sorprenderse.

—¿Acaso yo soy el guardián de sus fotos? —dijo.

Octavio se sentó y miró a Artemio, imposible descifrar si había indignación o clemencia en esa mirada.

—Pero usted sabe quién me la quitó y por qué —dijo.

Artemio negó una y otra vez moviendo apenas la cabeza. Faltaba que dijera solo sé que no sé nada, pero no lo dijo. Braulio, Carmelo y los cuatrillizos Malerba llegaron al mismo tiempo, ya estaban todos, era hora de comenzar la cena. A diferencia del almuerzo, el mozo propuso platos exquisitos. Todos comieron con el sabor y la alegría de una fiesta. En realidad, no todos. Octavio casi no probó bocado. A los postres, Artemio le habló.

—No se preocupe —dijo—, la recuperará.

Octavio se lo agradeció, se levantó de la mesa y caminó derecho a su cuarto, sin duda, convencido de que allí encontraría a Clementina. No la encontró. La buscó entre todas las otras fotos, pero fue imposible: no estaba. Esta vez no se molestó en sujetar el paquete con el cordel de seda, lo dejó en el placard envuelto pero desatado. Luego se tiró en la cama. En algún momento, habrá pensado que tendría que ir en busca de Artemio, seguramente decidió que era

imposible, absurdo, podríamos agregar: a esa hora no habría nadie en La Sala. A medianoche, continuaba despierto, por eso oyó, con absoluta claridad, que alguien golpeaba la puerta. Decir que saltó de la cama es casi un lugar común, pero realmente saltó de la cama. Corrió a abrir, pero se detuvo un instante, imposible saber qué habrá pensado, solo podemos decir que abrió de inmediato. Célica lo esperaba del otro lado de la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Está prohibido —dijo Octavio.

—Me gusta lo prohibido —dijo Célica, tomó las manos de Octavio y las apoyó sobre los pechos de ella.

Tanto los Manuales de Iniciación como los volúmenes de Estudios Superiores daban cuenta de los actos no permitidos en El Lugar. Aunque no se detallaran las penas, quedaba claro que no había clemencia para el Escogido o la Escogida que transgrediera alguna de esas proscipciones, lo sucedido con Fulvio y con la señorita Basilia era un ejemplo elocuente. A simple vista, a Octavio nada de eso pareció preocuparle: por un buen rato acarició los pechos de Célica, luego, con un ademán digno de un caballero del siglo XIX, la invitó a entrar y cerró la puerta con llave. Esa acción duró unos segundos, cuando se dio vuelta, Célica lo esperaba, desnuda, junto a la cama. Imposible descifrar el gesto de Octavio: ¿Asombro? ¿Sorpresa? Claramente, Célica había elegido un vestido liviano, ahora desparramado en el piso, y prescindido de lo que suele denominarse “ropa interior”. Poco importa si el gesto de Octavio fue de asombro o de sorpresa, lo único cierto es que estaba a dos pasos de un cuerpo desnudo, tal vez cercano a la perfección. Dio esos pasos y dejó que Célica, lentamente, le quitara la ropa. La cama los esperaba y ahí se tendieron. Se acariciaron sin urgencia, como si el tiempo hubiera dejado de existir o como si fuese exclusivamente de ellos. La lengua de Célica anduvo por el cuerpo de Octavio y la lengua de Octavio recorrió el cuerpo de Célica, Ovidio se mezcló con Sade y ambos, definitivamente, preanunciaron la dicha. Por fin, se encontraron en un abrazo casi idéntico al que Egon Schiele pintara en 1917.

—*Harikoa* —dijo Célica en voz muy baja.

—*Harikoa* —susurró Octavio.

Célica se apoyó en su pecho y un rato después ambos dormían. Octavio despertó a la mañana siguiente. Podríamos decir que lo despertó una fragancia que él conocía muy bien: el aroma de cierta colonia, supuestamente inglesa, que en vano había buscado. Célica no estaba a su lado. Probablemente, pensó que ella había conseguido la colonia y ese era su otro regalo. Se levantó y corrió desnudo hasta el cuarto de baño. La ilusión de encontrarla desapareció ni bien abrió la puerta: era el mismo cuarto vacío con el que se topaba cada mañana. Seguramente, su desnudez comenzaba a hacerse ridícula. Aún quedaba una posibilidad: Célica se había ido antes del amanecer, pero, sin duda, habría nuevos momentos secretos. Octavio se habrá aferrado a esa idea, porque se vistió tranquilo y tranquilo caminó por el pasillo rumbo a su desayuno.

La Sala estaba vacía y en silencio. Las mesas y las sillas continuaban en sus sitios, pero no había ni un solo Escogido ni una sola Escogida que las ocupara. Caminó hasta el centro de La Sala, ahí se detuvo, hizo un giro de trescientos sesenta grados, pero no encontró a nadie. Apuró el paso hasta la pared que originaba La Biblioteca, apoyó la palma de su mano derecha en el sitio adecuado, pero la puerta no surgió. Se acercó a la pared que originaba la puerta de El Gimnasio, apoyó la palma de su mano derecha en el sitio adecuado, pero nada apareció. Corrió hasta la pared que originaba la puerta de El Bar, apoyó la palma de su mano derecha sobre el sitio adecuado, no hubo puerta alguna. Cerró los ojos, tal vez con la esperanza de que todo fuese un mal sueño, cuando los abrió solo encontró silencio y soledad. Caminó otra vez hacia el centro de La Sala. Levantó la vista y supo que las claraboyas lentamente comenzaban a cerrarse.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Octavio.

El Lugar, 30 de agosto de 2023

El simulacro de los espejos

Se imprimió en el mes de agosto de 2025
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, edo. Miranda, Venezuela
Son 2.000 ejemplares

El simulacro de los espejos

Un grupo de individuos, los Escogidos y las Escogidas, habitan en El Lugar. La repetición mecánica domina su existencia aislada del mundo, al que identifican como «Afuera». Reglas, normas y manuales dirigen el comportamiento y el pensamiento; todo está controlado, incluso el tiempo y el espacio, las emociones, la memoria, la improvisación y el azar. Novela inquietante y reflexiva, *El simulacro de los espejos* expone con gran maestría la alienación del ser humano en las sociedades contemporáneas, en el contexto de la era digital.

Vicente Battista (Buenos Aires, 1940)

Escritor y guionista. Tiene en su haber una extensa obra literaria, en la que sobresalen: *Los muertos* —su primer libro de cuentos, premiado por Casa de las Américas (1969) y por el Fondo Nacional de las Artes—; *El final de la calle*, con el que obtuvo el Primer Premio Municipal de Literatura; *La huella del crimen*; *El libro de todos los engaños*; *Siroco*; *Sucesos argentinos* (novela ganadora del Premio Planeta de Argentina); *Gutiérrez a secas*; *Cuaderno del ausente*, así como los ensayos *Walsh 1957. Acerca de la operación Masacre* y *Enlaces y cabos sueltos*. Parte de su obra ha sido traducida al italiano (Voland Editore) y al francés (Éditions Le Mascaret y Éditions Gallimard). Con *El simulacro de los espejos* gana la edición XXI del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos (2025).

